

Historia de España

PREHISTORIA

Del primer hombre a las colonizaciones mediterráneas (hasta el siglo III a. C.)

1

Alfonso Moure Romanillo

HISTORIA DE ESPAÑA

1

PREHISTORIA

Del primer hombre a las colonizaciones mediterráneas (hasta el siglo III a. c.)

Primera parte

Prehistoria

I

LOS ORÍGENES DEL POBLAMIENTO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Como es bien sabido, los más antiguos fósiles físicos y culturales descubiertos hasta el presente proceden de África y, más concretamente, de su sector oriental, al este de la gran falla del Rift. La mayor parte de los especialistas sitúan las primeras evidencias en torno a los 2,5 millones de años, aunque estas fechas se encuentran en constante discusión a causa de las dificultades que presenta situar en un punto fijo de la escala del tiempo algún elemento —físico o cultural— que pueda considerarse definitorio del carácter y comportamiento humano y establecer, además, que es el más antiguo. La llegada del hombre a la Península está relacionada con la expansión del *homo erectus* (para algunos paleoantropólogos, una subespecie primitiva del *homo sapiens*), que en alguna ocasión ha sido definido como el primer colonizador del Viejo Mundo. Su difusión desde África, donde encontramos los testimonios más antiguos de esta especie (1,82-1,5 millones de años en Koobi-Fora, este del lago Turkana, y 1,6 en Kariokotome, ambos en Kenia), le coloca en relación con una gran variedad de ecosistemas —bosques, espacios abiertos, montañas—, lo que puede ser uno de los motores del rápido proceso de especialización de su actividad cerebral y de la aparición de nuevas respuestas tecnológicas y comportamientos culturales cada

vez más normalizados y complejos. Como causas de esta expansión se ha argumentado cuestiones de tipo demográfico, tecnológico y climático. Sabemos que hay grandes migraciones de animales hace 2,5, 1,6 y 0,9 millones de años; en concreto, la segunda de ellas coincide con una época de clima árido y seco en el norte y este de África que motivó importantes movimientos de herbívoros y, en consecuencia, de las poblaciones del género homo que dependían de ellos.

La migración a partir de África pudo realizarse con mayor o menor probabilidad vía terrestre o cruzando algún estrecho. La primera resulta evidente, por tierra a través del istmo de Suez hasta llegar a Próximo Oriente —donde existen ocupaciones bastante antiguas del Paleolítico Inferior— y desde allí dividirse al menos en dos trayectorias, una hacia el Este por el sur del Himalaya (hallazgos de China, Java y Sumatra) y otra hacia Europa a través de los Balcanes. La vía marítima admite dos versiones: hacia Europa a través del Mediterráneo, por el itinerario Túnez-Sicilia-Italia o enlazando Marruecos con el sur de España a través de Gibraltar, o hacia Asia cruzando el estrecho de Bab-el-Mandeb hasta el sur de la Península arábiga y continuando hacia Lejano Oriente por el camino antes reseñado.

Las primeras ocupaciones de la Península por el hombre prehistórico deben entenderse en el marco de su posición geográfica, de su estructura física y de los ecosistemas que en ella se desarrollaron durante el Cuaternario. No es lugar de fácil penetración por tierra: los Pirineos constituyen una importante barrera especialmente difícil de franquear, sobre todo en los periodos glaciales. El hecho de que sus pasos naturales se encuentren en los extremos tiene mucho que ver con la entrada y distribución de las poblaciones animales y humanas durante diferentes episodios de la Prehistoria.

Es también el límite del continente y del Mediterráneo, y el punto más próximo a África, que a través de Gibraltar se encuentra a unos 11 km. Este dato tiene especial importancia a la hora de analizar las vías de penetración de los primeros hombres y enlaza con la hipótesis de las relaciones intercontinentales durante la Prehistoria, que ha pasado por momentos de especial auge y que ha sido empleada para intentar explicar varios fenómenos de nuestro pasado: el propio origen del poblamiento, el arte rupestre levantino o las industrias de tipo geométrico.

El Cuaternario de la Península se caracteriza, además, por unas condiciones de carácter climático y ecológico que dificultan el empleo de la misma periodización geocronológica que en el resto de Europa y que se apoya en la

secuencia glaciaria alpina. Durante la mayor parte del Pleistoceno el clima peninsular no fue demasiado diferente al actual. La influencia del frío durante los episodios glaciales centroeuropeos sólo se dejó sentir con cierta intensidad en las regiones septentrionales y eso especialmente durante el último de ellos (Würm en la secuencia alpina), mientras que en la mitad sur hay evidencias de un clima cíclico con alternancia de periodos lluviosos y de periodos áridos, más próxima al sistema pluvial-interpluvial del continente africano.

Los primeros pobladores

Las evidencias arqueológicas más antiguas corresponden al complejo industrial de los cantos trabajados, pertenecientes al Paleolítico inferior arcaico. Ambos conceptos fueron elaborados a partir del descubrimiento realizados en África oriental y asociados a los restos del primer homo faber. Su industria de piedra es de tecnología muy simple y poco normalizada. Consiste básicamente en cantos trabajados por una o dos caras para obtener un extremo afilado cortante. Tanto estos guijarros tallados como las lascas desprendidas durante su talla fueron útiles plurifuncionales empleados para cortar, descarnar o machacar y, desde luego, no parecen tener muchas aplicaciones como instrumentos de caza.

Precisamente, en esa simplicidad reside uno de los problemas para situar en el tiempo las industrias de cantos trabajados. Los mismos tipos de útiles aparecen en épocas más recientes del Paleolítico inferior e incluso más tarde. Para afirmar que estamos ante industrias arcaicas es preciso que su antigüedad pueda ser certificada por un contexto geocronológico o paleontológico claro, lo que ciertamente no es muy frecuente.

Un trabajo de E. Vallespi realiza una visión crítica de los hallazgos atribuidos a este momento, y una vez eliminadas las situaciones dudosas se llega a un mapa de distribución que alcanza casi toda la península con la excepción de la franja norte. La periferia meridional ofrece mayor número de evidencias y la primera excavación sistemática en el yacimiento de El Aculadero (El Puerto de Santa María, Cádiz). Se trata de un depósito de ladear con abundante materia prima que fue utilizado como taller. Su posición geológica y la tipología de los hallazgos (cantos trabajados, lascas y ausencia de bifaces y hendedores) apoyan una cronología anterior al Achelense. En la periferia suroccidental destacan los depósitos de las terrazas portuguesas de El Algarve y en las antiguas playas de Setúbal-Ericeira. Se han desarrollado dos proyectos multidisciplinarios de investigación en la depresión de Guadix-Baza (Granada) y en Cueva Victoria (Murcia), en los que —en opinión del equipo dirigido por el doctor Gibert— se

encuentran las evidencias más antiguas de la presencia humana en la península. La depresión de Guadix-Baza es un importantísimo yacimiento, con depósitos que van desde el Mioceno Superior (finales del Terciario) hasta el Pleistoceno Medio. La presencia humana se detecta tanto por el hallazgo de fósiles culturales (industria de piedra, huesos con huellas de descarnado o fracturas producidas por el hombre) como por sus propios restos físicos.

Siempre en opinión del equipo investigador citado, el testimonio más antiguo es una lasca procedente del Cortijo de Don Alfonso (Orce) cuya cronología se estima por paleomagnetismo en 1,6-1,7 millones de años. Los yacimientos de Venta Micena, en la misma depresión, parecen estar en relación con un conjunto de pequeños lagos, en torno a los cuales se produjo una inusual concentración de animales en la que los homínidos actuaban como depredadores y carroñeros. En venta Micena, fechada bioestratigráficamente entre 1,2 y 1,3 millones de años, hay varias dolomías trabajadas que se ponen en relación con esa actividad oportunista de descarnado de animales. Esa actividad se evidencia también en los propios huesos cortados fracturados por el hombre. A ello hay que sumar varios restos humanos (fragmentos del cráneo, húmero y falange) pertenecientes a un mismo individuo infantil. De ello hablaremos en otro apartado de este capítulo.

En Cueva Victoria la cronología estimada de 1,4 millones de años ha sido obtenida a partir de correlaciones bioestratigráficas de fauna. En este caso, la presencia del hombre en el yacimiento está documentada por sus propios restos físicos (dos fragmentos de húmero, una falange y un fragmento de fémur) pertenecientes a tres o cuatro individuos, uno de ellos, joven y, el resto, adultos. En todos ellos hay evidencias de que fueron comidos por carroñeros probablemente hienas.

Por su parte M. Santoja señala la posible presencia humana en un episodio relativamente antiguo del Pleistoceno inferior a partir de los hallazgos en depósitos fluviales del Alagón (la Mesa, en Galisteo, Cáceres) y del Tajo (Talavera de la Reina, Toledo), con cronologías tal vez incluso anteriores a la de El Aculadero. Un momento posterior, que se sitúa en los límites del Pleistoceno Inferior y el Pleistoceno Medio (en torno a 0,7 millones de años), está bien documentado en las industrias de terrazas del Tajo en El Espinar y del Guadiana en Molino del Emperador, dentro de la submeseta sur, y en El Pinar del Canto (Toro) Monfarracinos (Zamora) y Valladolid, en la submeseta norte.

En Cataluña, los trabajos de la Asociación Arqueológica de Gerona y la Síntesis de E. Carbonell y J. Canal i Roquet muestran un amplio catálogo de

ocupaciones entre las que destacan los paleolagos de la comarca de La Selva, con el yacimiento de Avellaners, y las terrazas altas del Ter en las proximidades de Gerona, y con los de Puig D'en Roca I-II, Costa Roja, Can Rossinyol y Palau. Se trata de testimonios de grupos poco numerosos y de gran movilidad que se asentaban en zonas desde las que podían controlar los cursos de agua y, por ende, la circulación de animales. Su equipo material consistía en cantos trabajados, lascas procedentes de su fabricación y algunos útiles retocados, principalmente raederas y denticulados. La cronología de esta presencia humana en Cataluña se sitúa a finales del Pleistoceno Inferior, es decir, por encima de los 700.000 años.

A pesar de la extensión de los hallazgos arcaicos y del hecho, a todas luces evidente, de que se trata de una muestra escasa, parece claro que testimonian una baja densidad de ocupación de carácter bastante ocasional. Si a ello añadimos que en la casi totalidad de los casos se trata de lugares de talla y que se dispone de escasa información de carácter paleoecológico y paleoeconómico, resulta francamente difícil acercarnos a unos modelos de vida y cultura a los que accedemos a través de la industria de piedra. Podemos deducir, como máximo, que estos primeros pobladores se desplazaban en bandas muy móviles formadas por un número reducido de aprovisionamiento de guijarros para fabricar utensilios está bien documentada en algunas estaciones interpretadas como talleres. Esa misma distribución topográfica puede sin duda ser puesta en relación con los territorios, lugares de paso o abrevaderos de diferentes tipos de animales. Charcas y otros lugares acuíferos desempeñaron un papel nada desdeñable —en especial en momentos de crisis ecológicas que comportasen períodos de hambre y sed— en la atracción de los animales, y con ellos del hombre cazador y carroñero. En todo caso, parece que se limitan a zonas no demasiado altas, huyendo de los tramos de montaña y de posibles zonas periglaciares.

Sin pretender caer en un excesivo eclecticismo respecto a los orígenes del poblamiento peninsular, hay dos hechos que conviene tener en cuenta. Por un lado, la semejanza —hoy parcialmente cuestionada— entre materiales de estaciones de la periferia meridional y otros pertenecientes a alguna de las etapas del Paleolítico Inferior arcaico de Marruecos (fase III de la periodización de P. Biberson). Por otro lado, la relación evidente entre las industrias del grupo gerundense antes señalado y las de algunas estaciones del Rosellón, con las que hay un buen sistema natural de comunicaciones a través de los pasos orientales de los Pirineos. La penetración pudo pues realizarse por los dos caminos (con seguridad al menos por los pasos orientales de los Pirineos), pero su anterioridad o posterioridad resulta por ahora difícil de concretar.

Paleolítico Inferior Clásico

A finales del Pleistoceno podemos decir que el *homo erectus* ha concluido su proceso de dispersión por el Viejo Mundo y su presencia está bien asentada en la Península. Los mapas de distribución nos muestran una elevada densidad de hallazgos que en principio puede considerarse correlativa a un aumento de la población. A lo largo de todo el Pleistoceno Medio asistiremos a un acentuado proceso de especialización que permite al hombre adaptarse a una gran variedad de ecosistemas tanto en su continente originario como en Asia y Europa. Respuestas tecnológicas similares muestran un panorama industrial normalizado, cuya homogeneidad y rápida difusión se ponen en relación con el dominio del lenguaje. A partir del Mindel se evidencia una aceleración en la evolución biológica hacia las primeras formas del *homo sapiens*. En algunos ambientes científicos los individuos europeos de este grupo más evolucionado han recibido el nombre de *Anteneanderthales* o incluso de *homo sapiens arcaicos*.

Entre los hallazgos antropológicos de esta época encontramos individuos con caracteres arcaizantes (prognatismo, fuertes arcos superciliares, etc.) Que parecen conducir a la subespecie *sapiens* conocida como hombre de neandertal, mientras que otros apuntan hacia la morfología del *homo sapiens* del Paleolítico Superior, como los descubiertos en Cro-Magnon, Grimaldi o Chancelade.

La cultura material de estos precursores inmediatos del *homo sapiens* pertenece al complejo industrial Achelense, que se extiende por todo el Viejo Mundo entre los interglaciares de Gunz-Mindel y Riss-Würm, es decir, desde finales del Pleistoceno Inferior hasta comienzos del Superior. Aunque ese no sea el único tipo de útil representado, se suele decir que el Achelense es una industria de bifaces, que son piezas talladas por ambas caras (talla bifacial) hasta conseguir un objeto de filo cortante y perfil amigdaloides o cordiforme. Se trata de una industria ya normalizada, es decir, que los bifaces —o en general todos los útiles del momento— responden a un modelo o diseño determinados que existe en la mente de los artesanos paleolíticos y que se repite en todas las etapas del Achelense a lo largo de todo el área de dispersión antes señalada.

En las secuencias en que el desarrollo de las industrias se puede correlacionar con datos cronológicos podemos seguir una evolución del trabajo de la piedra que tiende a obtener funcionalidad y eficacia con menor consumo, evolución que puede resumirse en la tendencia a obtener mayor filo cortante con menos empleo de materias primas. En Europa se distinguen cuatro fases en el desarrollo de estas industrias: Achelense inferior (que integra lo que antes se

llamaba Abbevillense), Medio Superior y Final. Desde la segunda comienza a emplearse una técnica especializada de talla, la talla Levallois, que permite prefigurar la forma de los productos resultantes mediante la preparación del núcleo. La cultura material no se limita a los bifaces, apareciendo otros objetos de piedra fabricados sobre núcleos (cantos trabajados, triedros) o lascas (hendedores, raederas, denticulados, cuchillos, etc.), y documentándose ocasionalmente el empleo de hueso, marfil, asta e incluso madera. En el cazadero de Lehringen, en Alemania fue descubierta una especie de lanza o pica de madera de punta endurecida al fuego entre los restos de un elefante abatido y troceado sobre el terreno.

El poblamiento de la Península durante el Pleistoceno Medio

El Achelense está representado en la totalidad de la Península. Además de los testimonios arcaicos antes mencionados, aparece plenamente formado a finales del Pleistoceno Inferior-comienzos del Pleistoceno Medio en yacimientos de los valles del Tajo y del Duero, mientras que a regiones como la cantábrica llega en momentos más avanzados. Éstos grupos se asientan prioritariamente en valles amplios, a veces dominados desde asentamientos ubicados encima de las terrazas altas, que se eligen en función de la disponibilidad de agua de la atracción de determinadas especies animales, de la existencia de materia prima para la tecnología de la piedra y del carácter de vía de comunicación que tiene la red hidrográfica. La dispersión de yacimientos a lo largo de los afluentes del Tajo y del Duero por su orilla derecha e izquierda respectivamente documenta la importancia de estos caminos naturales entre ambas submesetas. Hay además asentamientos en zonas costeras, y en este momento aparecen los primeros hábitats en cuevas, que van a constituir el refugio fundamental a partir del Paleolítico Medio.

En la mayor parte de los casos se trata de depósitos secundarios, en que los materiales han sido transportados por procesos de carácter natural, y por tanto no se encuentran en la posición en que fueron utilizados y abandonados por el hombre. No son frecuentes las secuencias que indiquen la utilización prolongada del mismo lugar. Las estaciones Achelenses responden a actividades de carácter ocasional en todo caso breves. Al disponer de una documentación más amplia, estamos en condiciones de realizar una clasificación funcional de algunos de los yacimientos Achelenses estudiados, entre los que pueden diferenciarse talleres, hábitat y cazaderos o lugares de troceado. Los talleres estaban en relación con la existencia de materias primas —depósitos de cantos de cuarcita, manchas de bloques erráticos de sílex—, con su recogida y, al menos, con una parte del proceso de talla o desbastado. Los cazaderos eran lugares escogidos por sus condiciones

favorables para abatir determinadas piezas, que en muchas ocasiones eran troceadas in situ. No siempre resulta fácil saber cuando esos lugares de descarnado o troceado eran resultado de la actividad cinegética o del aprovechamiento por el hombre de animales muertos o heridos de manera natural. Los hábitat son más difíciles de identificar, pero pese a su carácter más o menos ocasional, en ellos se pueden reconocer distintas actividades relacionadas con la vida cotidiana, hogares o restos de comida.

Ese carácter ocasional y especializado de las ocupaciones dificulta también el conocimiento de la evolución de las industrias. No obstante los trabajos de M. Santoja en el valle del Tormes han proporcionado una visión del desarrollo del Achelense: Achelense Inferior, tres estadios del Achelense Medio, Dos del Achelense Superior y Final. En el caso de la Meseta, el desarrollo de la tecnología comporta una multiplicación progresiva del utillaje sobre lasca. Junto a los bifaces aparecen numerosos utensilios más arcaicos (cantos trabajados) que irán disminuyendo, y algunos instrumentos característicos del Achelense meridional, como triedros y hendedores.

Los lugares de habitación

Como se ha dicho, en este momento comienzan a documentarse las ocupaciones en cuevas, entre las que destaca la de el Castillo (Puente Viesgo, Cantabria). Cuenta con una gran entrada en un emplazamiento privilegiado orientado al este y desde el que domina un amplio tramo del río Pas, lo que ha comportado su utilización prácticamente a lo largo de toda la prehistoria. Los trabajos realizados entre 1910 y 1914 tuvieron en su momento una importancia trascendental para apuntalar con su estratigrafía (casi 20 m de espesor) las primeras periodizaciones del Paleolítico. En su base se detectaron tres estratos (24 y 25 A y B) pertenecientes al Achelense, que parecen corresponder a varias ocupaciones ocasionales entre las que se intercalan fases de abandono durante las cuales la cueva fue frecuentada por animales merodeadores, como el lobo y el oso de las cavernas.

La existencia de hogares denuncia su empleo como campamento por un grupo de cazadores que practicaba una economía diversificada, entre cuyos recursos se contaban los grandes ungulados, en especial ciervos, acompañados de caballos, bóvidos y rinocerontes. Esta última especie está representada por individuos jóvenes, que habitualmente ocupan la vanguardia de las manadas, lo que puede ser significativo de una cierta estrategia de caza orientada hacia grupos de estos animales. La cronología de estas ocupaciones no parece fácil de precisar a

través de los datos de excavaciones antiguas. No obstante, en tanto se alcanzan estos niveles y se obtienen en su caso captaciones absolutas, las únicas referencias son relativas, procedentes de la fauna o de la comparación de las industrias con yacimientos franceses bien tratados como Pech de L'Azè, La Micoche y Combe Grenal entre otros. Tipológicamente los materiales pueden atribuirse al Achelense Superior y sus diferentes capas ser datadas entre el Riss Würm I.

En este mismo sentido pueden interpretarse algunos de los sitios de ocupación del complejo cárstico de Atapuerca (Ibeas de Juarros, Burgos), objeto de un amplio proyecto multidisciplinar de excavación iniciado en 1978 y actualmente en curso. Comprende varias zonas de interés arqueológico situadas en la llamada Trinchera del Ferrocarril (Gran Dolina, Tres Simas, Covacha de los Zarpazos-Sima Norte y Galería que une a estas últimas). En otra cavidad del mismo complejo, Cueva Mayor de Atapuerca, hay diferentes yacimientos y obras de arte rupestre pertenecientes a distintas épocas, entre los que destaca la Sima de los Huesos importante depósito paleontológico paleoantropológico del que hablaremos más adelante. Diferentes suelos de la Trinchera del Ferrocarril presentan ocupaciones que van desde el Pleistoceno Inferior (industrias de la base del Gran Dolina) hasta el Pleistoceno Medio (parte superior de la Galería), que desde un punto de vista arqueológico pueden ser clasificados entre el Achelense Inferior y el Superior. De estos lugares los hombres de Atapuerca podían controlar un amplio territorio de caza, pesca y recolección que comprendía espacios deforestados, bosques abiertos, ríos y zonas acuíferas de donde proceden los restos de aves, peces (barbos, truchas, salmones) y ungulados. El análisis de los restos de caballo, ciervo, bisonte y rinoceronte indica ciertas pautas de descarnado de las piezas y el transporte de algunas partes del cuerpo hasta el hábitat.

Cazaderos, lugares de troceado y áreas de carroñeo

Con relativa frecuencia los testimonios industriales y de otras actividades humanas aparecen asociados a restos de animales que presentan evidencias de haber sido descarnados sobre el terreno. En unos casos se puede tratar de piezas abatidas y troceadas aprovechando unas circunstancias naturales (lugares pantanosos, sitios de paso) o artificiales (trampas, empleo del fuego como instrumento de acoso), en cuyo caso estaríamos ante un cazadero en sentido estricto. Pero en la mayor parte de los casos el hombre aprovechó la carne de animales muertos o heridos de forma natural, en una práctica normal entre depredadores que puede definirse como carroñeo. Ambas situaciones están bien representadas en el Paleolítico Inferior peninsular, en ocasiones incluso en un mismo yacimiento.

Solana del Zamborino (Fonelas, Granada) forma parte de la depresión de Guadix-Baza y es un buen ejemplo de intervención humana en la obtención de recursos el yacimiento se encuentra en lo que en época pleistocena era el borde de un lago integrado en un paisaje de tipo estepario y bosque abierto. Las excavaciones han señalado la presencia de tres estratos en los que se conservan evidencias de que el lugar habría sido utilizado de manera más o menos ocasional como cazadero de cérvidos, uros y caballos. En uno de ellos se detectó la presencia de una fosa de paredes verticales y los cinco metros de longitud que ha sido interpretada como trampa. En el mismo horizonte hay además un hogar con restos de animales quemados, lo que indica también la existencia de hábitat.

La industria ha sido trabajada fundamentalmente en cuarcita y cuarzo de la zona. Los escasos utensilios fabricados en sílex vienen de canteras algo más alejadas del sur de la región, quizá de antiguos cauces de ríos procedentes de Sierra Nevada. Desde un punto de vista tipológico pueden ser clasificados en el Achelense Final.

El sistema fluvial del Tajo en general y los valles del Manzanares y del Jarama en particular, son especialmente ricos en yacimientos de esta época, algunos de los cuales pueden relacionarse con la caza. Uno de los más antiguos es el de Áridos del Jarama (Arganda, Madrid). Situado en lo que fue una antigua terraza de inundación del río, durante los trabajos de M. Antoja y M. A. Querol fueron excavados dos sitios de ocupación (Áridos I y II) con abundante industria y fauna. En el primero pudieron reconocerse dos suelos correspondientes a áreas de aprovechamiento de diferentes especies. El más antiguo presenta parte de un esqueleto de elefante (*elephas antiquus* o *paleoloxodon antiquus*) y fragmentos del cráneo de dos bóvidos asociados a industria lítica utilizada para su troceado, sin que pueda afirmarse si se trataba de un animal capturado o si, como parece a todas luces más probable, sus restos fueron aprovechados después de una muerte accidental. El suelo más reciente proporcionó una amplia muestra faunística de micromamíferos, reptiles, anfibios, aves y peces, que permite un valioso acercamiento a los ecosistemas del entorno más inmediato. Áridos II es otra área de ocupación en que se realizó el descarnado de un elefante adulto, también fallecido de manera natural. Los datos paleontológicos y geoarqueológicos y la industria permiten fechar Áridos en el Achelense Antiguo, durante el interglaciar Mindel-Riss.

En el valle del Manzanares se encuentra una de las principales concentraciones Achelenses del mundo en que los asentamientos durante el cuaternario se vieron favorecidos por circunstancias naturales, y cuyo

descubrimiento —y en la mayor parte de los casos, destrucción— ha sido en gran medida consecuencia del crecimiento de Madrid. De cronología similar a Áridos debe de ser el cazadero o lugar de troceado de Transfensa, situado en la terraza media, y que se localizaron restos de los elefantes e industria del Achelense antiguo en un área de unos ciento cuarenta metros cuadrados. En Arriaga II además de los restos de un paleoloxodon hembra y de materiales de finales del Achelense Medio o del Achelense Superior, se descubrió debajo de aquel una especie de pozo cilíndrico excavado artificialmente y cuya función es aún desconocida.

Los yacimientos de Torralba y Ambrona

Torralba y Ambrona son dos estaciones Achelenses de la provincia de Soria situadas en la vía natural de comunicación entre la Meseta y el valle del Ebro a través de los sistemas del Manzanares-Jarama y del Jalón. Pertenecientes ambas a un mismo nivel de terraza sobre el río Ambrona, corresponden a una zona utilizada como cazadero y lugar de aprovisionamiento de carne en el Paleolítico inferior, cuando el paisaje inmediato estaba marcado por su carácter fluvial y pantanoso. La serie fáunica de mamíferos está formada fundamentalmente por elefantes de colmillos rectos (*paleoloxodon antiquus*), caballo, ciervo, gran bóvido y rinoceronte, a los que se añaden algunas aves acuáticas que pueden proporcionar valiosa información sobre la época del año a que corresponden los depósitos. En los restos de los grandes mamíferos se evidencian indicios de intervención humana, como huellas de descarnado y de extracción de material óseo. Tampoco aquí resulta fácil discriminar si algunos de esos ejemplares fueron realmente cazados o si, simplemente, fueron aprovechados después de un accidente o muerte natural. Las dimensiones de estos elefantes cuaternarios, que en ocasiones pueden alcanzar las nueve toneladas de peso hablan bien claro de las dificultades de su captura con los medios al alcance de los cazadores Achelenses. Diferentes especialistas valoran de distinta manera la importancia de la caza y del carroñeo de las especies más grandes. Mientras que algunos son claramente partidarios de destacar lo primero y señalar la presencia de vestigios de fuego utilizado en estrategias de acoso a las manadas y resto de estructuras de tipo trampa, otros insisten en el significado exclusivamente natural de estas concentraciones de elefantes, independientemente de que fueran aprovechados por el hombre después de muertos.

La cronología de Torralba y Ambrona también han sido objeto de discusiones a partir de los datos geoarqueológicos, fáunicos y arqueológicos. Desde este último punto de vista destaca la presencia de bifaces y hendedores de

tipos evolucionados que puede pertenecer al Achelense Medio o Superior. Tanto el carroñeo como la eventual actividad cinegética realizados en Torralba y Ambrona fueron actividades ocasionales, que al menos en el segundo de los casos requerían un cierto grado de organización y la participación de un grupo relativamente numeroso de cazadores, entre 30 y 40. Si a ello sumásemos las personas que por diversos motivos no participaban directamente en la caza (niños, ancianos) nos encontraríamos con unidades de asociación demasiado numerosas para conseguir alimentos a lo largo de todo el año. O bien el ritmo estacional de utilización de esos posibles cazaderos estaban relacionados con una asociación también ocasional de varios grupos familiares pequeños, o —lo que parece más probable— la importancia de la gran caza era menor de lo que tradicionalmente se atribuye al Achelense.

Los talleres

En un buen número de yacimientos encontramos evidencias de haberse realizado trabajos de extracción y transformación de materias primas. Estas actividades se testimonian por la presencia de numerosos núcleos y restos de talla, entre los que se localizan algunos útiles. Los talleres se encuentran en relación con lugares de aprovisionamiento, en el caso de la cuarcita en graveras de depósitos fluviales y en el de sílex o el cuarzo de filones intercalados entre las calizas o de bloques erráticos localizables en superficie. El taller de Pinedo es bastante representativo de estas actividades, aunque no necesariamente hayan sido las únicas en llevarse a cabo. Está situado en una de las terrazas del Tajo a unos 5 km aguas arriba de Toledo. Las excavaciones realizadas en la década de 1970 por M. A. Querol y M. Santoja sobre un testigo de la gravera llevaron una orientación fundamentalmente vertical para verificar si existía alguna evolución diacrónica de las industrias. Los materiales presentan un aspecto bastante arcaico, con abundantes cantos trabajados, triedros, bifaces espesos, hendedores de tipos primitivos y útiles sobre lasca. No se encuentran en posición primaria, sino que fueron trasladados por las aguas desde el lugar en que se fabricaban. La actividad representada está en relación con una área de aprovisionamiento de cantos que eran objeto de trabajo in situ. No obstante, en otros tramos del mismo depósito hay restos de fauna que pueden indicar actividades de otro tipo. El estudio geoarqueológico de la terraza permite conocer su posición relativa con respecto a otros lugares datados por asociaciones fáunicas, y concretamente tiende a situar Pinedo en un episodio algo anterior al representado en Áridos. Se ha señalado que la industria presenta ciertas semejanzas con la de estadios arcaicos del Paleolítico inferior de Argelia y de Marruecos, aunque estos paralelismos son objeto de revisión. No obstante, su tipología permite clasificar el yacimiento en el Achelense

Inferior. Los restos de taller son frecuentes en todo el área de dispersión del Achelense. En el Manzanares pueden clasificarse funcionalmente en este grupo los yacimientos de Perales del río y la Gabia I, ambos en la provincia de Madrid. Por otra parte, lugares que sirvieron como asentamiento presentan áreas de trabajo en que se realizaron simultáneamente distintas actividades, entre ellas la transformación de materias primas. Un buen ejemplo dentro del paleolítico inferior lo encontramos en Gándaras de Budiño (Porriño, Pontevedra). Situado en una terraza del río Louro, a unos 5 km del Miño, presenta dos áreas de actividad, una de taller y otra de hábitat. En la primera encontramos un gran bloque utilizado como yunque, rodeado de restos de talla, mientras que el área de estancia se detecta por la presencia de varios hogares excavados en el suelo. La materia prima trabajada es el cuarzo de la zona, pero hay también cantos de cuarcita provenientes del cercano río Miño, lo que indica que en lugar debe definirse principalmente como campamento, siendo la talla de la piedra una más entre las actividades realizadas en el mismo. Desde un punto de vista cronológico sus industrias corresponden al Achelense Superior.

El hombre del Paleolítico en la Península Ibérica

El panorama de dispersión del paleolítico inferior peninsular nos muestra por ahora un mapa mucho más denso en yacimientos a medida que nos desplazamos hacia el Sur y hacia Occidente. Tanto los indicios arcaicos como los yacimientos Achelenses se distribuyen siguiendo la red hidrográfica principal y sus afluentes, estableciéndose entre ellos un verdadero sistema ortogonal de comunicaciones, lo que unido a las disponibilidades de materia prima y la dependencia del agua y de la fauna, constituyen un condicionamiento importante. Toda la información disponible nos indica una organización social a base de grupos formados por un número reducido de individuos dotados de bastante movilidad. En consecuencia, el sistema de asociación era de carácter familiar, formado por varios grupos nucleares unidos entre sí por vínculos de parentesco, lo que los antropólogos culturales llaman «familia ampliada». La actividad económica de tipo depredador propia de todo el paleolítico se presenta en estos primeros episodios en su versión oportunista y no especializada. Esto quiere decir que no se dedicaban de manera exclusiva o mayoritaria a la captura de una determinada especie, como sucederá durante el final del Paleolítico Superior, sino que explotan un espectro amplio y variado de recursos. Los yacimientos clasificados como cazaderos de grandes vertebrados como Torralba y Ambrona, parecen indicar que esos grupos familiares debieron de asociarse ocasionalmente, con el fin de poder capturar animales ante los que se encontraban en condiciones de franca inferioridad. No obstante, no hay que olvidar que la importancia de la

gran caza ha sido tradicionalmente sobredimensionada: muchos de esos elefantes troceados sobre el terreno murieron o resultaron heridos de forma natural. En el caso de los ungulados de menor tamaño (ciervos, caballos), aunque resultasen peligrosos (grandes bóvidos), el acoso de una gran manada por un grupo de cazadores, con ayuda del fuego o sin ella, favoreció las estampidas y, en consecuencia, que alguna de las reses terminase herida y pudiera ser rematada con un instrumental que exigía el acercamiento inmediato al animal. La carencia de armas de larga y corta distancia pudo ser suplida con alguna estructura artificial que actuase como trampa. Las grandes cantidades de microfauna, aves, anfibios, reptiles y peces descubiertas en uno de los suelos de Áridos I subraya la importancia mucho más cotidiana que tuvieron esos recursos, que en algunos casos no responden literalmente a la caza, e incluso, no siempre a la intervención humana.

Los estudios paleopatológicos realizados en otras regiones, y en concreto los relativos al desgaste de la dentición del homo erectus, indican una alimentación carnívora, que en el caso de la península parece bastante consecuente con una distribución de yacimientos tendente a los espacios abiertos —mucho más pobres en recursos vegetales para la alimentación humana—, aunque la proximidad de bosques documentada en lugares como Arganda y Torralba-Ambrona permitiría la recolección de frutos que en muchos casos no son muy perecederos. En síntesis, dentro de un panorama bastante incompleto por falta de información y dominado por la tradicional idealización del «homínido cazador de elefantes», parece que hay que destacar ante todo la importancia económica de la captura de pequeños animales, del carroñeo, del acoso de manadas de ungulados hacia trampas o accidentes naturales y, por razones obvias, sólo en contadas ocasiones la caza propiamente dicha de grandes vertebrados, como elefantes y rinocerontes.

La hipótesis de una vía de relación entre Europa y África a través del estrecho de Gibraltar, que por otra parte no es incompatible con el flujo bien constatado de otros grupos de homo erectus y de sapiens primitivos por vía continental, aún no ha sido definitivamente comprobada. Como en todo el Viejo Mundo, estos primitivos colonizadores de la península apenas nos han dejado restos físicos, que por otra parte en muchos casos presentan cronologías bastante controvertidas. Cuando no existe una datación geoarqueológica precisa, por ejemplo, que los restos aparezcan en un depósito bien fechado mediante un procedimiento de laboratorio o por su contexto arqueológico o fáunico la atribución de un fósil humano a una determinada especie dentro del género Homo sólo puede apoyarse en criterios de tipo taxonómicos o anatómicos, lo que no deja de tener sus dificultades ante lo reducido de la muestra disponible para las épocas

más antiguas.

Con todas las reservas propias de un proceso de investigación en curso, y en este caso del debate científico que le acompaña, es obligado volver a mencionar los últimos descubrimientos en venta Micena (Orce, Granada) y cueva Victoria (Mar Menor, Murcia). El primero de los depósitos perteneciente a la depresión Guadix-Baza, ha sido fechado en 1,2-1,3 millones de años, y se localizaron en él restos de un único individuo infantil con evidencias de haber sido comido por carroñeros. En Cueva Victoria los restos pertenecen a tres o cuatro personas, una de ellas joven y el resto adultas, a las que se atribuye la antigüedad ya indicada de 1,4 millones de años. En caso de confirmarse la atribución de ambas series nos encontraríamos ante los hallazgos de *Homo erectus* más antiguos de la península e incluso de Europa, y su presencia en ese sector meridional del continente ayudaría a replantear el problema de los orígenes y cronología de su poblamiento.

Atendiendo a estudios de tipo antropométrico, en la península se ha apuntado la posible pertenencia al grupo de los Anteneanderthales, es decir, de los *erectus* más avanzados, de varios hallazgos ya antiguos, la mandíbula de Bañolas (Gerona) y el parietal de Cova Negra (Játiva, Valencia), posibilidades que parecen descartadas a la luz de las últimas investigaciones. Por el contrario, deben incluirse aquí los hallazgos antropológicos de la Sima de los Huesos, perteneciente al mismo complejo cárstico de Atapuerca (Ibeas de Juarros, Burgos) que los lugares de ocupación reseñados. La sima pertenece a la Cueva Mayor y contiene una brecha que era conocida desde hace años por sus materiales paleontológicos, lo que comportó su sistemático saqueo y destrucción por coleccionistas que buscaban fósiles de un tipo de oso cuaternario hoy extinguido. Durante las excavaciones que se llevan a cabo desde 1978 en el marco del proyecto interdisciplinar antes mencionado han sido localizados más de 180 restos, principalmente piezas dentarias, pertenecientes a once individuos de diferentes sexos y edades que han sido genéricamente bautizados como el «hombre de Ibeas».

Tanto los estudios taxonómicos como el contexto fáunico en que han sido descubiertos y las fechas absolutas indican la gran antigüedad de los restos. Se señala su semejanza con algunos *erectus* o *sapiens* primitivos descubiertos en Europa, como los de Montmaurin y L' Arago entre otros. La datación del depósito se ha intentado a través de los procedimientos del uranio/Torio, del uranio 234/238 y del uranio/paladio, proporcionando resultados por encima de los 200.000,300.000 y 200.000 años respectivamente.

No se ha explicado la causa de la presencia de esos restos humanos en una

brecha sin industria e integrados entre tal cantidad de restos paleontológicos. A pesar del amplio margen de las dataciones absolutas, la existencia de lugares de ocupación y talleres en la misma sierra de Atapuerca y la importancia de su entorno a lo largo de la época en que se desarrolla el Achelense parecen sugerir que todos los yacimientos reseñados pertenecen al hombre de Ibeas.

No estamos en condiciones de apuntar una cronología, siquiera indicativa, para la aparición del Homo sapiens en la Península Ibérica. Como no hay tampoco una barrera entre las industrias del Paleolítico Inferior y las del Paleolítico Medio, tampoco disponemos de una fecha para el final del primero. Encontraremos por primera vez a los Neanderthales peninsulares en los comienzos de la última glaciación, que convencionalmente podemos situar en torno a los 100.000 o 95.000 años. En el Würm I, y sobre todo en el Würm II, ya estará bien documentado en casi toda España la calcárea, diseñándose un mapa de dispersión de yacimientos en cueva adaptado a las nuevas condiciones medioambientales y radicalmente distinto al del Achelense.

LAS POBLACIONES DEL HOMO SAPIENS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

En los comienzos del Pleistoceno Superior el panorama cuaternario se ve modificado por una serie de importantes transformaciones de índole natural y cultural. A partir de este momento nos encontramos ante una nueva especie: el Homo sapiens, con la que termina la expansión del hombre por los cinco continentes. Hace unos 95.000 años el hombre de Neandertal (homo sapiens neanderthalensis) ocupaba toda la zona circummediterránea de Europa, Próximo Oriente y Norte de África. Frente a la imagen tradicional que lo presentaba como un espécimen simiesco en la mejor imagen del «eslabón perdido», hoy sabemos perfectamente de su carácter culturalmente avanzado, físicamente perteneciente a la especie sapiens, y en todos los sentidos bastante próximo al hombre actual. A través de mecanismos no bien definidos, en torno al 35.000 a. C. es sustituido por otra subespecie, el homo sapiens sapiens, cuyos caracteres físicos ya estaban anunciados en los Anteneanderthales desde finales del pleistoceno medio.

La vida de los hombres del pleistoceno superior europeo se desarrolló la mayor parte del tiempo en el ambiente climático especialmente riguroso propio de la glaciación de Würm. El hombre de neandertal vivió durante sus dos primeros estadales (Würmiense I y II) y los sapiens sapiens fósiles durante el resto, produciéndose la sustitución de una subespecie por otra comienzos del estadales Würm III. En los episodios más fríos, las regiones de latitudes elevadas se encontraban cubiertas por las grandes glaciaciones continentales, que en Europa se situaban sobre las áreas escandinava y alpina. Fuera de los límites de sus casquetes de hielo su influencia se manifestó en fenómenos de tipo periglaciario: glaciaciones locales, nivel de las nieves perpetuas mucho más bajo que en la actualidad y, desde luego, un clima mucho más frío, circunstancia que implicaban a todos los ecosistemas. En el ámbito europeo no Mediterráneo se produjo un predominio de los paisajes abiertos de estepa y pradera, en que encontraban su medio idóneo, entre otras especies, las manadas de mamíferos de comportamiento más gregario.

Estas poblaciones del Pleistoceno Superior, a las que podríamos considerar como «los primeros hombres modernos», desarrollaron nuevas tendencias y comportamientos culturales, muchas de ellas enunciadas en épocas anteriores a los Neanderthales. En la periodización tradicional de la arqueología prehistórica, coincide con el paleolítico medio (complejos industriales del Musteriense) y con el paleolítico superior —que se correlacionan, con ciertas matizaciones que alargarían excesivamente esta introducción— con el Homo sapiens neanderthalensis y con el

Homo sapiens sapiens respectivamente. Debe señalarse, no obstante, que las investigaciones, y en especial el hallazgo del Neandertal de Saint-Cesaire en un nivel chatelperronense, indican que esa especie llega hasta el Paleolítico Superior inicial y que los primeros sapiens sapiens se nos presentarían como portadores de las industrias auriñacienses. A lo largo de ambos períodos se acelera el proceso de racionalización y normalización del instrumental lítico y óseo: el Musteriense contempla el apogeo de la industria de las lascas que en los diferentes complejos del Paleolítico Superior occidental (Chatelperronense-Auriñaciense-Gravetiense, Solutrense y Magdaleniense) darán paso a las hojas o láminas como elementos fundamentales para la fabricación de utensilios. Junto a este proceso se producen cambios en el empleo de las materias primas y la incorporación de otras nuevas, como el hueso y el asta. Durante el paleolítico inferior la utilización de material óseo es muy poco frecuente, de ahí se pasa a su uso ocasional en el Musteriense, e irá ampliándose con el trabajo del asta a lo largo del Paleolítico Superior hasta llegar a su apogeo durante el Magdaleniense.

Con el Homo sapiens llegamos también a un nuevo modelo de articulación del espacio y de distribución de la red de yacimientos. Por un lado se produce el empleo masivo de cuevas y abrigos como lugares de asentamiento ocasional o «algo» más prolongado. El uso de las cavernas como área de estancia se reduce a sus primeros metros, a su entrada, en el tramo que cuenta con la protección del techo y de las paredes, pero también con la luz de la temperatura atenuada del exterior. La conquista de estos refugios naturales se relaciona tanto con cuestiones de índole territorial como con la capacidad para controlar el fuego y con el poder disputárselos a algunos depredadores, fundamentalmente a osos y leones cavernarios. Fuera de las regiones cársticas, en especial en las grandes llanuras europeas cubiertas de vegetación esteparia, el asentamiento-tipo fue el poblado a base de cabañas construidas con diferentes materiales, desde productos muy perecederos, como la madera y las pieles, hasta osamentas y colmillos de mamuts.

En el Paleolítico Inferior la actividad económica era oportunista y no especializada, en la que ya se ha señalado que el carroñeo debió de ocupar un papel muy importante. Los Neanderthales iniciaron el camino de la especialización, que llegará a su punto máximo a finales del Paleolítico Superior. La caza se dirige ahora sobre todo a ungulados de tamaño mediano-grande (ciervos, renos, grandes bóvidos, caballos); en el Paleolítico Medio y a lo largo del Paleolítico Superior tenderá a concentrarse en una sola especie en función de la zona y de la evolución de las tendencias y técnicas de caza. Finalmente, hay que señalar que con el sapiens aparecen los primeros testimonios conocidos de un comportamiento relacionable con el mundo de las creencias. Con el hombre de

Neandertal encontramos las más antiguas inhumaciones, en que los restos humanos están integrados en alguna estructura intencional que puede interpretarse como componente de un rito de carácter funerario. Estas tumbas, que continúan estando presentes con el sapiens sapiens a lo largo de todo el Paleolítico Superior, se caracterizan por su diversidad, tanto por el número y posición de los difuntos depositados en cada una de ellas (individuales, dobles, múltiples) como por el tipo de estructura en que se encuentran (fosas simples, cistas, pequeños túmulos). A estos primeros datos que tienen que ver con lo trascendente habrá que añadir la eclosión del arte mueble y parietal durante el Paleolítico Superior, forma de expresión de carácter simbólico que nos acerca al trasfondo ideológico del hombre cuaternario. Si lo inexplicable o inexplicado puede ponerse en relación con el mundo de las creencias, es preciso mencionar numerosas referencias más o menos fundamentadas y contrastadas a fenómenos como el culto al oso, el culto al cráneo, el posible canibalismo (que etnohistóricamente tiene demostrado un componente ritual) y una larga serie de «depósitos de ofrendas» y «santuarios».

El Paleolítico Medio en la Península

Cronología y medio ambiente

En líneas generales, el Paleolítico Medio y el hombre de Neandertal se hacen coincidir con el tramo más antiguo del último glaciar, que en términos absolutos podemos situar entre el 95.000-90.000 y 35.000 antes del presente. La primera de estas fechas puede considerarse como una referencia geológica para el comienzo del Würm, mientras que la segunda procede de un abanico de dataciones de carbono 14 obtenidas en yacimientos arqueológicos. Entre estos límites encontramos en el sistema alpino dos estadales (Würm I y II) y dos interestadales (Würm I-II y II-III), aunque los estudios sedimentológicos más recientes, en especial los realizados en cuevas del sudoeste de Francia, diferencian una secuencia climática más detallada y compleja, lo que unido a la extensión geográfica del Musteriense explica la variedad de ambientes en que encontramos sus industrias.

La cronología de los yacimientos peninsulares sólo es conocida en los escasos yacimientos que han sido objeto de estudios interdisciplinares a través de referencias relativas (sedimentología, fauna, etc.) y en los que puntualmente contamos con fechas absolutas. Si lo primero se entiende por la antigüedad de las investigaciones sobre el terreno en muchas estaciones importantes, como la Cueva del Castillo (Puente Viesgo, Cantabria), lo segundo es consecuencia de que la mayor parte de la época referida queda fuera del alcance de los procedimientos de

análisis más usuales, y en concreto del carbono 14. El Würm I está ya documentado en Cataluña (cuevas de L'Arbreda y Mollet I en Gerona), Comunidad Valenciana (Cova Negra, Játiva) y Andalucía (La Carihuela, Granada), mientras que a través de la información disponible el comienzo de la utilización masiva de las cuevas cantábricas parece que se produce en el Würm II. Los datos sedimentológicos indican en varios yacimientos la existencia de un clima riguroso durante los estadales, lo que explicaría también la presencia esporádica de animales propios de sus ambientes, como el rinoceronte lanudo y el reno.

Las evidencias materiales y la red de yacimientos

Los Neanderthales fueron los autores de las industrias que se engloban bajo el epígrafe de Musteriense, que recogen tendencias tecnológicas que ya se anunciaban en el Achelense final y que estaban presentes sobre todo en las industrias «sin bifaces» (Tayaciense, Evenosiense, Premusteriense, etc.) del paleolítico inferior. Se caracteriza fundamentalmente por un utillaje sobre lasca que comprende un catálogo relativamente corto de tipos (y faces, hendedores, raederas, puntas, denticulados, cuchillos de dorso rebajado). Los trabajos del investigador francés F. Bordes clasificaron el Musteriense en una serie de facies (Musteriense típico, de tradición Achelense, Charentiense, de denticulados) a partir de la frecuencia de cada uno de esos tipos. Después de una amplia etapa de discusiones acerca de su significado, en las que además del propio Bordes participaron investigadores como Binford, Mellars y Laville, entre otros (distintos grupos culturales, diferentes funciones o cronologías, etc.), en la actualidad la controversia continúa y cabe plantearse incluso el problema de la existencia real de esas diferencias.

En la Península el Musteriense está ampliamente representado en todas las regiones. Su distribución muestra lo que serán también las grandes áreas de poblamiento del Paleolítico superior hasta el punto de que muchos de sus lugares de ocupación fueron utilizados a lo largo de ambos períodos. La mayor parte son yacimientos en cuevas repartidas por las zonas montañosas de la cornisa cantábrica, Cataluña, Comunidad Valenciana, sudeste, Andalucía oriental y rebordes de la depresión del Ebro y de ambas submesetas, aunque no falten estaciones al aire libre en zonas de aprovechamiento y obtención de materias primas o de recursos naturales. A partir de esa diferenciación general entre cuevas y lugares al aire libre podemos efectuar una clasificación funcional: las cavidades cumplían en la mayor parte de los casos un papel como lugares de habitación ocasional o de base, mientras que en los lugares al aire libre encontramos por lo general evidencias de actividades más especializadas (caza, extracción de sílex o de

cuarcita) que testimonian una utilización más esporádica. Este esquema reproduce en todos los casos diferentes grados de movilidad. Incluso en las grandes áreas de ocupación de algunas cuevas, en que la cantidad de restos indica una utilización intensa, ésta se efectuaba alternando con fases de abandono. Tanto esa movilidad como el nomadismo deben interpretarse en el contexto de la utilización de espacios concretos. Los campamentos de base estaban relacionados con un territorio relativamente reducido, y la sobreexplotación o la variación de sus recursos conducía a un nomadismo de carácter estacional, de manera que podemos hablar de ocupaciones de verano o de invierno que equivaldrían a cambios en latitud o a desplazamientos a lo largo del curso de los ríos. Los cazaderos y los talleres se encontraban fuera de esa área de captación, dentro de lo que podríamos llamar «territorio logístico», y fueron utilizados tan sólo por una parte del grupo compuesta por los individuos más especializados en la actividad a realizar.

La región cantábrica presenta ya el esquema de poblamiento que va a ser una constante hasta el final del Paleolítico: cuevas situadas a altitudes moderadas en los valles bajos o medios de los ríos comprendidos entre sector central de Asturias y el Pirineo occidental. Entre ellas destacan las cuevas de Morín (Villanueva de Villaescusa) El Castillo (Puente Viesgo) y El Pendo (Valle de Camargo), en cuyas estratigrafías encontramos evidencias de asentamientos importantes y de la alternancia de varias facies. A ellas hay que sumar la cueva de El Conde, en Asturias y las cuevas de Lezetxiki, Axlor y Amalda y el yacimiento al aire libre de Murba, en el País Vasco.

La vertiente mediterránea presenta una elevadísima densidad de ocupaciones musterienses tanto en la franja litoral como lo largo del valle del Ebro. También en este caso la red de yacimientos coincide con lo que será la del Paleolítico Superior. En los bordes montañosos de la depresión del Ebro encontramos asentamientos en cuevas y abrigos utilizados como hábitats (Peña Miel, en La Rioja; Gabasa y Fuente del Trucho, en Huesca; y Eudoviges, en Teruel) y campamentos al aire libre relacionados con la caza (Castellón de la plana, en Huesca y Paretillas de Pozuelo, en Zaragoza) o con la obtención y la talla de la piedra (talleres de la Sierra de Urbasa y Coscobillo, en Navarra, y cuenca del Najerilla, en La Rioja, entre otros).

En Cataluña, las más de veinticinco estaciones conocidas de esta época aparecen en la totalidad de su territorio (zona litoral, depresión prelitoral, depresión central y norte de la cordillera prelitoral), con especial densidad las comarcas del Ter, Llobregat, Serinyá y la Selva, y en varios tramos de su franja costera. En Serinyá destaca la cueva de L'Arbreda —con una amplia estratigrafía

que integra depósitos de los dos primeros estadiales del Würm —, Roca Forolada y el campamento al aire libre de la Selva dels Avellaners. En el Llobregat se encuentran otros dos de los más renombrados yacimientos catalanes de la época, Abri Romaní y Abri Agut. En el primero está documentada su utilización durante temporadas relativamente largas por grupos de cazadores de caballos y de ciervos. En la zona del Vall de Femosa hay numerosas ocupaciones cortas al aire libre. La costa fue también intensamente ocupada por los cazadores musterienses dejando su testimonio en numerosos yacimientos en cuevas y en superficie, algunos de los cuales han desaparecido como consecuencia de las últimas transgresiones marinas. Entre otros se conocen los de las cuevas de Fumada y Musle y los campamentos de Bóvila en Sugranyes y Cabellet.

La estratigrafía más importante de la Comunidad Valenciana es la de la Cueva Negra de Játiva, revisada por V. Valverde Bonilla, que alcanza los dos primeros estadiales del Würm y contiene niveles con industrias del Charentiense, el Musteriense de tradición Achelense, el Musteriense típico y de una variante poco común que recibe el nombre de Parachateriense. El Charentiense está también representado en el sudeste de la cueva de Zahara I, conocida desde los trabajos de L. Siret a principios del siglo XX. Andalucía oriental es otra región importante en este campo y en la que, además, se ha desarrollado durante los últimos años una investigación bastante intensa. Destacan los grupos de cuevas de los alrededores de Málaga y de las sierras del interior, ya en la vertiente del Guadalquivir, como La Carihuela y Cueva Horá (Granada). En Gibraltar hay varias cavidades (Devil's Tower, Gorham's cave, Forbes Quarry y Genista) con estratigrafía Musteriense, vinculadas además a algunos de los hallazgos «históricos» de Neanderthales, aunque la antigüedad de los trabajos realizados resta operatividad a su utilización actual. En ambas submesetas la distribución de los yacimientos en cuevas se limita a los rebordes montañosos. Destaca la de Los Casares en la submeseta sur, y Cueva Millán y la Ermita en la Norte. Estas últimas constituyen un buen ejemplo de aprovechamiento temporal de dos refugios muy próximos por parte de la población dedicada a la caza y a la pesca en el valle burgalés del Arlanza. Es en el interior de estas mismas regiones donde se están identificando y valorando una serie de yacimientos de superficie cuyas industrias tal vez puedan constituir una variedad regional de la facies de tradición Achelense o incluso un Paleolítico Medio no Musteriense. Aparecen bajo la forma de talleres y lugares de hábitat en fondos de valles, cerca de los cursos de agua. Son frecuentes en la cuenca del Guadiana y los afluentes del Tajo y el Duero, como el de la Puebla de Yeltes (Salamanca). En Portugal está representado tanto el Musteriense de las cuevas (Gruta Nova) como el Paleolítico medio al aire libre (terrazas del Tajo próximas a Lisboa).

Desde un punto de vista tecnológico, los yacimientos españoles muestran la totalidad de las facies del Musteriense establecidas a partir de los trabajos de F. Bordes. Se observa una relativa rareza del uso de la técnica Levallois, que se refleja en la escasez de la facies Ferrassie, que es la variedad de Chateriense en que se emplea esta forma de preparar los núcleos. En la región septentrional está representada una variedad del Musteriense de tradición Achelense caracterizada por el empleo de frecuentes hendedores que recibió el nombre de Vasconiense.

La actividad económica

La obtención de recursos por parte de las poblaciones de Neanderthales de la península ibérica representa algunos rasgos y —sobre todo— algunas tendencias, que la diferencian claramente de lo descrito en el Paleolítico Inferior. La información disponible procede en cantidades muy desiguales de evidencias relacionadas con la caza, la pesca, el marisqueo y la recolección aunque por razones de conservación sólo podemos obtener conclusiones significativas de las primeras. La actividad cinegética durante el Paleolítico Medio denota una atención especial a las especies de tamaño mediano-grande. El catálogo de restos de prácticamente todas las estaciones incluye como especies predominantes el caballo, el ciervo y los grandes bóvidos (uro y bisonte). En otros, como Peña Miel, Cova Negra, Gabasa, el Conde y Lezetxiki, están presentes en cantidades relativamente importantes la cabra y el rebeco. De forma más ocasional y en número reducido encontramos también restos de un gran proboscídeo cuaternario, el paleoloxodon antiquus (cueva del Castillo) y de dos especies de rinocerontes, el lanudo (cuevas de Toll y L'Arbreda) y el de Merck (Gabasa y cuevas de Morín, Millán, Gibraltar, Horá y El Castillo, entre otras), propias de climas fríos y templados, respectivamente. Los animales indicados aparecen en cada lugar en proporciones variables en función de factores de índole ambiental y de las propias tendencias de caza de sus ocupantes. En relación con los primeros conviene señalar la ausencia casi total de grandes vertebrados propios de un clima riguroso, que sólo están excepcionalmente representados por el rinoceronte lanudo y por el reno, este último localizado en Morín y en L'Arbreda. El resto son especies euritermas o con gran capacidad de adaptación que tienen sus hábitats preferidos en los espacios abiertos (caballo, bóvidos), bosque adhesionado (ciervo), bosques (corzo, jabalí) o terrenos accidentados (cabra, rebeco). Las estrategias de subsistencia de estos Neanderthales comienzan a alejarse del carácter indiscriminado y oportunista y de la práctica del carroñeo descrita en el Paleolítico Inferior, iniciando un camino hacia la especialización que será propia de episodios posteriores, y que se orientará fundamentalmente hacia el ciervo, el caballo y los grandes bóvidos. El eventual predominio de alguna de esas especies responde a las características del terreno en

que se ubicaba el yacimiento, lo que dado el grado de movilidad de estos grupos no es indicativo de especialización ni de dependencia. El ciervo es una de las más abundantes en toda la región cantábrica. Lo mismo sucede en L'Arbreda, en que es seguido de un tipo de asno salvaje, de los bóvidos y en menor grado del caballo, especie esta última que sin embargo es la más representada en el Duc de Torroella (Gerona) y en Cueva Horá (Granada). En Axlor (Guipúzcoa) se detecta un cambio en las especies más capturadas desde los niveles inferiores (ciervo, cabra) a los superiores (caballo y bóvidos) que puede correlacionarse con un retroceso del bosque. En la cueva de Amalda, también en el País Vasco, los restos más frecuentes pertenecen al rebeco, pero los bóvidos, ciervos y caballos le superan ampliamente en su equivalencia en carne. Un análisis detallado de estas evidencias indican que la actividad cinegética se dirigía fundamentalmente hacia las manadas, lo que explica la frecuencia de restos de animales jóvenes y de hembras, bien documentada en los cérvidos de Cova Negra, en los caballos, ciervos y bóvidos de Gabasa, y en los rinocerontes de El Castillo. La ausencia de instrumental especializado en la caza con armas arrojadas para distancias largas o medias parece indicar que se practicaba un sistema básicamente de acoso en grupo. El estudio de las edades expresadas en meses de los animales con dentición de leche puede incluso indicarnos la época o estación del año en que fueron capturados, y en consecuencia, en que el yacimiento fue utilizado.

Respecto a la pesca, lo primero que hay que reseñar son los problemas de conservación que afectan a los restos de peces, lo que tiene por consecuencia que sólo en circunstancias verdaderamente excepcionales lleguen hasta nosotros algunas vértebras y otolitos de los ejemplares de cierto tamaño. Dada la relativa antigüedad de la época que tratamos, los datos en este sentido son muy escasos. Siempre se refieren a especies de río u obtenidas en tramos fluviales, como las truchas, bogas de río, anguilas y ciprínidos de Cueva Millán, procedentes del cercano río Arlanza. Las aves presentes en Gorham's Cave pueden actuar al igual que los peces como indicativo de carácter estacional, aunque la antigüedad de los trabajos en esa cueva gibraltareña dificultan cualquier interpretación actual en este sentido. Los restos del marisqueo y la recogida de molusco de costa, que alcanzará tanta importancia económica a finales del Paleolítico Superior y en el Epipaleolítico, no plantean por el contrario problemas de conservación, y por ello su ausencia en los niveles del Paleolítico Medio indica que, incluso en áreas litorales, era una actividad prácticamente irrelevante.

Material paleoantropológico

El Paleolítico Medio peninsular ha proporcionado restos humanos al menos

en dieciséis yacimientos. En todos los casos se trata de material aislado muy fragmentario: no hay ningún esqueleto completo, y quince de las estaciones indicadas son cuevas (la excepción es el hallazgo de Bañolas) en que los restos aparecen integrados en la estratigrafía junto con industria y otras evidencias de ocupación. No hay pues ningún enterramiento ni indicios de estructuras de carácter ritual; por el contrario, en varias ocasiones se detecta una evidente posición secundaria de los huesos. La clasificación antropológica de los restos como pertenecientes a la subespecie de Neandertal se apoya en caracteres físicos y en la cronología geológica o arqueológica del estrato en que fueron descubiertos. Los hallazgos españoles encontrados en contexto se asocian a industrias del Paleolítico Medio pertenecientes al Musteriense típico en Devil's Tower, Forbes Quarry, Genista, La Carihuela, Cueva Horá, Mollet y Barranco de Zafarraya, al Charentiense tipo Quina en Lezetxiki, Axlor y Cova Negra, al tipo Ferrassie en los Casares, y al Musteriense de denticulados en Agut.

Hay otros restos sin contexto arqueológico o asociados a industrias no determinables en Genista, Gruta Nova, Salemas, Bañolas y Lezetxiki. Dos de estos han sido en ocasiones atribuidos a los Anteneanderthales a través de supuestos criterios taxonómicos y/o cronológicos: la mandíbula de Bañolas y el parietal de Cova Negra la primera fue descubierta durante el siglo pasado y, por tanto, no se conserva una referencia exacta del contexto, aunque el depósito de procedencia pertenece al Würm y por consiguiente a la época de los Neanderthales. El segundo es un fragmento craneano derecho de un individuo adulto que, según las revisiones efectuadas en ese importante yacimiento valenciano, procede también de niveles del Würm, probablemente del estadal II.

El Paleolítico superior en la península ibérica

A comienzos del tercer estadal Würmiense se produce la llegada a la península de nuevas poblaciones pertenecientes a otra subespecie humana, el Homo sapiens sapiens, portadoras de nuevas estrategias de subsistencia, de la tecnología de láminas, el trabajo del asta, y, sobre todo, del arte mueble y parietal. Su penetración se produjo a través de los pasos extremos de los Pirineos, como evidencia la relación entre las industrias del área cantábrica y el Mediterráneo con las de Aquitania y el valle del Ródano, respectivamente. Su dispersión por la península coincide en líneas generales con la de los grupos musterenses de las cuevas, pero los mecanismos de sustitución de la población de Neanderthales por estos grupos de tipo cromañoides siguen siendo un misterio.

Cronología y medio ambiente

El Paleolítico superior se desarrolla en la segunda mitad del Würm, comprendiendo por tanto dos períodos estadales —el Würm III (35.000-20.000 antes del presente) y el Würm IV (18.000-10.000)—, y el interestadial de Laugerie o Würm III-IV que les separaba. Excepto durante ese interestadial y las oscilaciones templadas, ese periodo de tiempo coincide con los momentos más fríos del Würm, con incidencia en el norte de la península y, en menor grado, en el ámbito mediterráneo y en Portugal.

Dada la diversidad regional de sus complejos industriales, en la actualidad está muy extendida la subdivisión de base arqueográfica del Paleolítico Superior en Inicial, Medio y Final, que en la secuencia de Europa occidental se corresponde con los complejos industriales Auriñaciense-Perigordense (o Chatelperronense-Auriñaciense-Gravetiense, según la periodización utilizada), Solutrense y Magdaleniense. Con un criterio amplio y flexible podemos decir que la cadena de Chatelperronense-Auriñaciense-Gravetiense se desarrolla en el ambiente cada vez más frío del Würm III, el Solutrense a lo largo del interestadial de Laugerie y comienzos del Würm IV, y el Magdaleniense en el resto del mismo hasta, prácticamente, el final de la glaciación. La cronología relativa del Paleolítico Superior español se conoce a través del estudio de estratigrafías en cuevas de diferentes puntos de la Península. Existen secuencias «largas» que documentan prácticamente todo el periodo señalado como las de El Castillo y El Pendo, situadas en los municipios cántabros de Puente Viesgo y Camargo, respectivamente. Ambas, y en especial la primera —que fue excavada en los años inmediatamente anteriores al comienzo de la Primera Guerra Mundial—, sirvieron como base para la periodización general del Paleolítico. Sin embargo, en el estado actual de la investigación resulta más significativo el estudio interdisciplinar y extensivo de ocupaciones que reproduzcan detalladamente fases concretas. La transición del Paleolítico Medio al Paleolítico Superior y en general el Paleolítico Superior Inicial aparece bien representada en Cueva Morín y en la cueva de El Pendo antes mencionada. El Paleolítico Superior Medio (Solutrense) puede seguirse pormenorizadamente en las estratigrafías cantábricas de las cuevas asturianas de las Caldas (San Juan de Priorio) y La Riera (Posada de Llanes), y las mediterráneas de Parpalló y Mallaetes (Gandía, Valencia) y Ambrosio (Vélez Blanco, Almería). El Magdaleniense Inferior y Medio está bien representado en las Caldas, La Riera y la Viña en Asturias, El Juyo y Rascaño en Cantabria y Parpalló en Valencia. Finalmente, el Magdaleniense Superior se encuentra datado y documentado en las cuevas de Tito Bustillo (Asturias) y Ekain y Urtiaga (Guipúzcoa).

La red de yacimientos

A lo largo de la Europa extraglacial las poblaciones del Paleolítico Superior aparecen ubicadas en ecosistemas muy diversos: regiones de bosque, de estepa, de montaña y, consecuentemente, en distintos tipos de asentamientos (cuevas, abrigos, campamentos, e incluso auténticos poblados al aire libre). La red de yacimientos del Paleolítico Superior español responde a un esquema ya completamente diseñado desde el Musteriense, con un empleo masivo de las cuevas en la mayor parte de la España calcárea y con las zonas de máxima concentración de ocupaciones en la costa cantábrica y en varios focos de la mediterránea, a las que se añaden puntos dispersos en el interior.

En las cuevas se observa un aumento de la superficie y de la intensidad de la ocupación. Destacan los grandes yacimientos de base utilizados de una manera relativamente prolongada, como El Castillo y El Pendo en la costa cantábrica y Parpalló y Mallaetes en el Mediterráneo. En otros casos es clara la frecuentación del lugar en episodios más breves que alternan con fases de abandono, o incluso su empleo esporádico para actividades concretas (en Cantabria, Rascaño como cazadero de cabras durante el Magdaleniense) o de carácter ocasional. Hay, además, un progresivo aumento del número y de la densidad de yacimientos a lo largo del Paleolítico superior, que en el cantábrico pasan de una veintena en el Auriñaciense a más de un centenar en el Magdaleniense. Puede pues deducirse un sensible incremento demográfico, fácil de poner en relación con factores de carácter económico, como las innovaciones en técnicas y armamento de caza y, en consecuencia, la mayor rentabilidad de los recursos (especialización, explotación de nuevos reductos y especies), que permitieron mantener una población más numerosa en grupos formados por un mayor número de individuos.

El empleo de las cuevas como hábitat se ve acompañado por su uso como santuario decorado con arte rupestre. De hecho, un elevado porcentaje de las cavidades con pinturas o grabados parietales presenta niveles de ocupación pertenecientes al Paleolítico superior, algunos claramente correlacionables con aquellas (Altamira, Ekain, la Viña, Tito Bustillo, El Castillo, etc.). En otros casos se trata de «santuarios» en sentido exclusivo que por distintos motivos nunca fueron usados como asentamientos (las Monedas, las Chimeneas). Como en el cantábrico, la red de yacimientos de la vertiente mediterránea coincide en líneas generales con la del Paleolítico Medio, extendiéndose entre Gerona y Gibraltar. Conviene señalar que no estamos ante una única región sino ante varios grupos con personalidad diferenciada (Cataluña, Comunidad Valenciana, Sudeste, Andalucía) y que tampoco es algo tan radicalmente distinto a lo cantábrico como se ha pretendido. En el interior hay evidencias más dispersas en el valle del Ebro, las submesetas y Portugal. En las dos Castillas la presencia humana, aunque esporádica

probablemente por razones de tipo paleoecológico y climático, está atestiguada por la existencia de interesantes yacimientos con arte Paleolítico. Con todas las reservas relacionadas con las posibilidades de conservación y de descubrimiento mencionadas otras veces, debemos señalar en esa misma región la existencia de lugares de ocupación al aire libre.

Las evidencias materiales

Los modos de talla y retoque de la piedra de comienzos del Paleolítico Superior ya habían sido descubiertos o ensayados durante el Musteriense. No obstante, se producen importantes innovaciones, en especial como consecuencia de un proceso de racionalización y especialización, que hace que se fabriquen útiles cada vez más adaptados a sus distintas funciones —y por tanto que se multipliquen los tipos— y de la incorporación de la industria elaborada de hueso y asta.

La industria del Paleolítico Superior Inicial presentan al principio series caracterizadas por la presencia de un porcentaje decreciente de utensilios de tipología Musteriense (raederas, denticulados) y por el empleo en proporciones variables a lo largo de su desarrollo de dos técnicas de retoque: abrupto o borde rebajado, y escaleriforme. Los útiles fabricados con cada una de ellas se han considerado característicos de otros tantos complejos industriales, y la relación entre ambos es uno de los problemas más debatidos a lo largo del último siglo de investigaciones. Las posiciones de investigadores y escuelas tienden a polarizarse en dos posturas: considerar que se trata de otras tantas tradiciones técnicas —Perigordiense y Auriñaciense— que se desarrollaron al mismo tiempo, o que, por el contrario, hay una secuencia unilineal que pasa por los estadios Chatelperronense (equivalente a Perigordiense Inferior), Auriñaciense y Gravetiense (Perigordiense Superior). Aunque el problema subsiste, en el estado actual de la investigación tanto en el ámbito cantábrico como en el Mediterráneo no hay datos que apunten a la existencia de más de una tradición técnica, y por tanto en las siguientes páginas hablaremos de una única secuencia.

En la costa cantábrica, la transición del Paleolítico Medio al Superior tan sólo está representada en los niveles Chatelperronienses de Morín y en el Auriñaciense arcaico de El Pendo al contrario que en el Mediterráneo, en la región son mucho más frecuentes los niveles y yacimientos auriñacienses que los Gravetienses, y corresponde a dos estadios, el Auriñaciense típico y el Auriñaciense evolucionado. El primero presenta caracteres bastante similares en toda Europa, cuenta con las azagayas de base hendida como fósil director y aparece en las cuevas de El Conde

y Cueto de la Mina en Asturias, Morín, El Castillo y El Pendo en Cantabria y Santimamiñe en el País Vasco. El Auriñaciense evolucionado con azagayas losángicas carece de la homogeneidad del anterior, respondiendo a variedades de tipo regional, y estando representado, entre otras, en las cuevas de Hornos de la Peña (San Felices de Buelna) y El Otero (Secadura, Valle de Aras), en Cantabria. El Gravetiense incorpora tipos líticos propios de armas arrojadas (puntas de La Gravette y de Font-Robert) y lo encontramos en las cuevas ya citadas de Cueto de la Mina, El Castillo y Morín, y en las de Bolinkoba y Lezetxiki, estas últimas en el País Vasco.

En las cuevas de Amalda y de Aizbitarte III (Guipúzcoa) han sido y están siendo estudiados niveles de Gravetiense con abundantes buriles de Noailles, lo que indica su carácter evolucionado. El Paleolítico Superior Inicial de la vertiente mediterránea presenta un aspecto claramente atlántico, semejante al del norte de España y al del suroeste francés. La relación entre industrias de retoque Auriñaciense o escamoso e industrias de borde rebajado se invierte con respecto a lo reseñado en el cantábrico, con neto predominio de las segundas, de ahí el término tradicional de «provincia gravetiense» utilizado durante décadas. La secuencia comienza en Cataluña con niveles del Auriñaciense Arcaico, que no volveremos a encontrar en otros puntos de la región y que tampoco parecen indicar una transición *in situ*, sino la llegada de una corriente a través de los Pirineos. El Auriñaciense típico aparece en Reclau Viver y L'Arbreda en Cataluña y en Mallaetes en Valencia, y el Auriñaciense evolucionado en Cova Beneito de Muro, también la Comunidad Valenciana. Finalmente, el Gravetiense está representado además de en estas últimas en Morote, las Palomas, Morceguillos, Porcs, Maravelles y Parpalló, estas dos últimas con las principales estratigrafías del Mediterráneo español. Durante este episodio se produce la aparición en Mallaetes de los primeros objetos de arte mueble, que luego alcanzarán amplia difusión a lo largo del Solutrense.

El Paleolítico Superior Medio, que en la Península comprende varias fases de un único complejo industrial, el Solutrense, ha sido considerado tradicionalmente uno de los momentos de ruptura o discontinuidad. Destaca especialmente la incorporación del retoque invasor como técnica especializada que permite la obtención de puntas de flecha perfectamente simétricas, en ocasiones con elementos para enmangar, y adaptadas por ello al empleo en armas arrojadas (a esta época pertenecen la plaqueta grabada de Fedets, en Vienne, que al parecer representa un arquero). La dispersión geográfica del Solutrense es más reducida que la del resto de los complejos industriales del Paleolítico Superior, limitándose a la Península Ibérica y a la parte meridional de Francia hasta el Valle del Ródano.

Dentro de aquélla los yacimientos se concentran en la regiones cantábrica y mediterránea ya reseñadas, y se presenta de manera más ocasional en Portugal y en el Valle del Ebro. El Solutrense cantábrico se encuentra claramente en relación filética con el sudoeste de Francia, aunque presenta una acentuada personalidad regional en tipología y secuencia y ciertas diferencias internas. Faltan los episodios más antiguos de la periodización francesa, comenzando la secuencia regional por el Solutrense Medio, que está representado en la parte occidental de la región (Cuevas de las Caldas, Cueva Rosa, Cueto de la Mina, Hornos de la Peña). La casi totalidad de los yacimientos pertenecen no obstante al Solutrense Superior, con las puntas de laurel, de sauce y de muesca como útiles característicos, tal y como lo encontramos en La Riera (Asturias) y Altamira, la Pasiega y Chufín (Cantabria). A lo largo de la costa cantábrica se evidencia la variabilidad de estas industrias, cuyo paradigma probablemente sean las cuevas asturianas de las Caldas (Valle del Nalón) y La Riera (sector costero del oriente en Asturias).

Durante el Paleolítico Superior Medio se hacen evidentes las diferencias entre el mundo cantábrico y el Mediterráneo, hasta el punto que en este último se ha apuntado la posibilidad de un foco genético independiente, aunque contemporáneo, del resto del mundo Solutrense. La secuencia comienza aquí por un Solutrense pleno en las cuevas de Parpalló y Mallaetes (Gandía, Valencia), y alcanza su particularidad regional en el Solutrense Superior, que es el considerado como típicamente ibérico. Fue identificado por primera vez en Parpalló y presenta una serie de tipos líticos peculiares, como las puntas con pedúnculo y aletas y un intenso incremento del arte mobilar, que incluye centenares de plaquetas grabadas y pintadas con motivos esquemáticos o figurativos. El desarrollo de estas industrias termina con un Solutrense evolucionado, o Solutreogravitense en que se detecta una amplia expansión territorial. Este episodio representa una ruptura con el tecnocomplejo Solutrense en el sentido de que el característico retoque invasor se ve sustituido por el tipo abrupto; supone además un elemento de relación entre el Mediterráneo español y otras poblaciones de las orillas de este mar. También ha sido estudiado un yacimiento Solutrense con puntas de tipo mediterráneo en la cueva de Chaves (Huesca).

El Solutrense también está claramente representado en Portugal aunque los escasos yacimientos excavados y datados planteen importantes problemas. Por un lado, la estación al aire libre de Vale Almoinha (Torres Vedras) presenta una industria descrita como de tipo cantábrico con puntas de muesca (fósiles característicos del Solutrense superior en el norte) y con una cronología del 20.380 B. P., similar a las más antiguas obtenidas en la cueva asturiana de La Riera. Por otra parte, las fechas de carbono 14 de la Grotta Caldeirao (Tomar) parecen indicar

la perduración de este episodio (en este caso con puntas de pedúnculo y aletas como las del Solutrense ibérico) hasta una época en que en otras regiones peninsulares estaba comenzando el Magdaleniense. El Paleolítico Superior Final es la etapa mejor conocida como consecuencia de la mayor cantidad y calidad de la información posible. Persiste la concentración de yacimientos en el cantábrico y en varios focos del Mediterráneo, y está bien documentada la existencia de grupos magdalenienses en puntos de Portugal y del interior, si bien en este último caso se trata de evidencias puntuales o circunstanciales que hablan de una presencia bastante ocasional.

En el cantábrico las investigaciones permiten seguir tres estadios principales en el desarrollo del Magdaleniense: Arcaico-Inferior, Medio y Superior-Final. Ni entre ellos ni en buena parte con respecto al Solutrense puede hablarse de una solución de continuidad más allá de variaciones en la frecuencia de ciertos grupos tipológicos o la incorporación de nuevos tipos al utillaje óseo. El Magdaleniense cantábrico aparece bajo dos facies diferenciadas por la industria ósea, que tienen sus paradigmas en los niveles 5 de Rascaño (Mirones, Cantabria) y *beta* de El Castillo, y que están representadas además de en los lugares epónimos en las cuevas de la Paloma (Asturias) y Altamira, respectivamente. También el Magdaleniense inferior cantábrico presenta dos variedades: la de la cueva de El Juyo (identificada además en El Cierro Cueto de la Mina y La Riera) y la del País Vasco (cuevas de Urriaga, Aizbitarte IV y Lumentxa). Durante estos episodios comienza a alcanzar un gran desarrollo el arte mobilar (y paralelamente el arte rupestre), con colecciones tan importantes como las formadas por los omóplatos decorados de El Castillo y que se exponen en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid).

Los yacimientos con Magdaleniense Medio no son demasiado frecuentes, y en muchos casos la época correspondiente de las estratigrafías está sustituida por niveles arcillosos que indican una desocupación. No obstante ha sido identificado en distintos trabajos en las cuevas asturianas de las Caldas, la Paloma y la Viña. Junto con el Magdaleniense Superior Inicial esta es la etapa de mayor auge del arte mobilar, con la aparición de plaquetas decoradas, esculturas de bulto redondo, e incluso algunos de los tradicionales fósiles directores del Magdaleniense Medio pirenaico, como rodetes y contornos recortados. Encontramos Magdaleniense Superior en las cuevas de Tito Bustillo (Ribadesella), El Pendo, Cueto de la Mina y Morín, y la etapa final en Urriaga, Aizbitarte, la Pila y Ekain.

El Magdaleniense mediterráneo, que sucede al Solutreogravitense en la secuencia regional, se presenta bajo dos facies, el Magdaleniense *sensu stricto* y el

Epigravetiense. Este último se caracteriza por su grado de microlitización, que le acerca más a la idea que tenemos de industrias postglaciares. Las etapas iniciales del Magdaleniense inferior tan sólo están representadas en la ya citada cueva Parpalló. Esta misma es la estación clásica del Magdaleniense Medio Mediterráneo, que encontramos también en los niveles inferiores del Abrí de la Senda Vedada y de las cuevas de Matutano (Vilafamés, Castellón) y Volcán del Faro (Cullera, Valencia). El Magdaleniense Superior con arpones está documentado en Cataluña en Bora Gran D'en Carreres y Caudes Guilles, en la Comunidad Valenciana en las cuevas de Matutano Cendres y Volcán del Faro, en Murcia en las de El Caballo y los Mejillones, y en Andalucía en las de El Toro, Hoyo de la Mina y el Higuerón. Aunque no es fácil establecer subdivisiones, desde un punto de vista cronológico el Magdaleniense de Tosal de la Roca pertenece a un estadio final.

En Portugal y en el interior de la Península, y en concreto en las dos submesetas, se presentan también algunas evidencias pertenecientes al Paleolítico Superior Final. En la fase de la estratigrafía de abrigo de Verdelpino (Cuenca) hay un nivel de clara adscripción al Magdaleniense. En Tejado de Béjar (Salamanca) la estación al aire libre de la Dehesa ofrece una tipología propia del mismo momento. En el Valle del Ebro, la ya mencionada cueva de Chaves contiene un nivel que cronológicamente puede adscribirse al Magdaleniense Superior. Aunque no hay un número suficiente de elementos de juicio, la presencia humana durante esta época esta también atestiguada por el arte rupestre de cuevas y lugares al aire libre de Segovia y Burgos. En la cueva de El Caballón, en Oña, fue descubierto a principios del siglo XX un bastón de mando decorado con una estilización frontal de cabra, que es un elemento característico del Magdaleniense Superior cantábrico.

La actividad económica

Los orígenes del Paleolítico Superior no representan ninguna ruptura con respecto a las tendencias económicas del Musteriense, pero a lo largo de su desarrollo se produce un proceso de transformación que en los episodios finales dibujará un panorama radicalmente distinto. Los ecosistemas y los recursos potenciales tampoco puede decirse que sufran modificaciones sensibles. Durante los estadiales (Würm III y Würm IV), un clima riguroso —aunque lógicamente menos riguroso que en la Europa continental—, se deja sentir en las tres regiones comentadas: la cantábrica, la mediterránea y la portuguesa. En los episodios más fríos el paisaje tiende a los espacios abiertos e incluso a la estepa —ecosistemas con menos densidad de recursos alimenticios vegetales para el hombre que los bosques—, mientras que se produce un aumento de los árboles durante el interestadial y las oscilaciones templadas. La fauna presente en los yacimientos es

fundamentalmente venal; las especies adaptadas a climas más rigurosos, como el reno, sólo aparecen de manera muy ocasional en las regiones septentrionales. Los representantes de la gran fauna desaparecen progresivamente: el rinoceronte y el mamut sólo están presentes en algún yacimiento del Paleolítico Superior Inicial, como El Castillo y Morín, respectivamente.

Con respecto a episodios anteriores, la actividad depredadora de estas poblaciones introduce tres modificaciones: progresiva especialización en la caza, captación de alimentos del entorno inmediato de los yacimientos y utilización de recursos hasta entonces poco o nada explotados. La especialización es un proceso que puede seguirse a lo largo del Paleolítico Superior. En el Musteriense vimos que la actividad cinegética estaba dirigida a animales de tamaño mediano-grande, en concreto a ciervos, caballos y grandes bóvidos, con presencia ocasional de otras especies mayores. Esta tendencia subsiste en los comienzos del Paleolítico Superior, pero pronto se desplaza casi en exclusiva hacia especies de menor talla y comportamiento gregario, con un incremento en la captura de ciervos y la incorporación de la cabra. El estudio por sexos y edades de los restos de animales descubiertos en excavaciones indica una estrategia de caza de manadas. En el cantábrico la especie predominante en los espectros fáunicos de esta época es el ciervo, cuyo número de restos supera el noventa por ciento en muchos niveles Solutrenses y, sobre todo, magdalenenses. Este proceso está bien documentado en las cuevas de El Juyo, El Castillo y Tito Bustillo, entre otras muchas. Algo similar sucede en el Mediterráneo según puede seguirse en las estratigrafías de Parpalló, Mallaetes, L'Arbreda y gorham's cave.

Por otra parte, en los últimos momentos del Paleolítico Superior se detecta la explotación de recursos del espacio más inmediato al hábitat. Es significativa la abundancia de restos de cáprido en lugares de suelo accidentado, mientras que en yacimientos contemporáneos situados en lugares de llanura sigue predominando el ciervo. En Parpalló y Mallaetes, que son dos yacimientos en espacios de roquedo muy cercanos entre sí, las especies más capturadas en niveles Solutrenses y magdalenenses son el ciervo y la cabra; por el contrario en el Volcán del Faro, en una zona próxima a la costa y distante unos 20 km de los anteriores, predominan el ciervo y el caballo. Este fenómeno es especialmente relevante al final del Paleolítico Superior, como se documenta en las cuevas cantábricas de Rascaño y Ekain, entre otras. Tal vez la compartimentación señalada sea consecuencia de la sobreexplotación de ciertos animales cuyo ritmo de reproducción —una cría por año— no pudo ajustarse a la presión demográfica y cinegética de estas poblaciones. En la regiones costeras, en especial en la cantábrica, asistimos al desarrollo creciente del marisqueo, que es a un raro en el Paleolítico Superior

Inicial, que se amplía en el Solutrense, y que se hace especialmente intenso durante el Magdalenense, en que los restos de moluscos y crustáceos son abundantes incluso en lugares como la cueva de El Castillo, que se encuentra a más de 30 km de la antigua línea de costa. Esta explotación, que tendrá amplia continuidad en el Epipaleolítico de esta misma zona, está dirigida especialmente hacia los gasterópodos de roca, como lapas y bígamos. Siempre insistiendo en la escasez de datos determinada por la naturaleza frágil y perecedera de los restos, conviene aludir al papel de la recolección de plantas y frutos y de la pesca. A pesar de que el tipo de paisaje vegetal predominante en los momentos fríos no era el más pródigo en recursos alimenticios, el estudio del desgaste dental en los restos humanos indica la importancia de esos productos en la dieta de las poblaciones de la época aunque sin duda es necesario un muestreo más amplio, los análisis de un incisivo y un molar del Magdalenense en la cueva de Rascaño (Mirones, Cantabria) muestran desgastes que sólo en menos de un 20% parecen responder al consumo de alimentos exclusivamente animales. La mayor parte de los productos consumidos por esos *sapiens sapiens* eran de origen vegetal o compuestos principalmente por vegetales.

La práctica de la pesca se intensificó a lo largo del Paleolítico Superior, alcanzando un apogeo relativo durante el Magdalenense. Significativamente, incluso en lugares próximos a la costa, la pesca se orientaba hacia peces de río y de estuario, como salmones, truchas y reos. La presencia de especies de mar es siempre circunstancial —algunos peces de roca (durdos o maragotas) posiblemente retenidos en charcas durante las bajamares—, lo mismo que la captura de ciertos mamíferos marinos, como las focas, cuyos restos están presentes en Altamira y Tito Bustillo. Esta preferencia se explica por la mayor densidad de peces fluviales —en especial durante el remonte de los salmones— que hacía más viable su captura manual o con trampas, y su «caza» con arpones.

El hombre del Paleolítico Superior y el mundo de las creencias

Al hablar de creencias se entiende que nos referimos a dos tipos de cosas: la magia y la religión. La primera es una técnica en que la obtención de determinados resultados está en relación causal con que se realicen correctamente determinadas manipulaciones o prácticas. La religión implica la creencia en fuerzas o en seres no materiales, y las relaciones con ellos se establece a nivel de rito o ceremonia en que los hombres solicitan, suplican o realizan actos de propiciación para conseguir sus deseos. Como ha señalado repetidas veces A. Leroi Gourhan, sus distintos elementos (totemismo, magia de fecundidad, magia de caza, ritos de iniciación, etc.) En el mundo de la Prehistoria pertenecen al campo de las hipótesis de trabajo,

ya que *todo esto se da en el hombre y el hombre del Paleolítico Superior era un hombre plenamente realizado...* Sin embargo, en estas épocas trabajamos tan sólo a través de testimonios materiales y de su contexto, que además de ser escasos, proporcionan evidencias indirectas e incompletas. Hay casi unanimidad en admitir que los rituales funerarios demuestran la existencia de un pensamiento trascendente (por lo menos la creencia en los espíritus de los muertos), por lo que la existencia del mismo está documentada arqueológicamente a partir del hombre de Neandertal. Durante el Paleolítico Superior, el *Homo sapiens sapiens* nos dejó otras estructuras que no podemos —o no sabemos— relacionar con las actividades «normales» de la vida cotidiana y a las que a veces se ha atribuido un cierto significado de tipo trascendente. El arte Paleolítico mobiliario y rupestre, que es una producción propia de estos grupos de hombres y mujeres del Würm reciente, debe entenderse dentro de este mismo campo, algo así como el decorado de una actuación de carácter religioso al que faltasen los actores.

Los enterramientos y la presencia de lo inexplicado

Ya se ha indicado en apartados anteriores la diferencia entre los restos humanos físicos en posición secundaria, desplazados, revueltos o depositados como resultado de procesos naturales (muerte accidental, acción de depredadores, transporte o de deposición geológica etc.) y los que presentan huellas evidentes de intervención del hombre (enterramientos, canibalismo, utilización o transporte de ciertas partes del cuerpo).

Por desgracia, la Península tampoco ha sido muy pródiga en hallazgos de estructuras funerarias. Los escasos restos paleoantropológicos pertenecientes al Paleolítico Superior son en todos los casos fragmentos de esqueleto pertenecientes al *Homo sapiens sapiens*. No hay datos que permitan ampliar la información obtenida en Francia sobre la continuidad de los Neanderthales a comienzos del Paleolítico Superior Inicial y la llegada de poblaciones de la subespecie *sapiens sapiens* en el Auriñaciense. Entre los restos datados en ese episodio pueden citarse los de las cuevas de El Castillo y peña del Mazo (Cantabria). Al Solutrense pertenecen otros fragmentos de Parpalló Barranc Blanc, y al Magdalenense, los de El Pendo, Tito Bustillo, La Paloma y Bora Gran D'en Carreres entre otros.

Las únicas estructuras artificiales interpretadas como funerarias en la Península pertenecen al importante yacimiento de Cueva Morín, en Villanueva de Villaescusa (Cantabria). En opinión de sus excavadores, J. González Echegaray y L. G. Freeman, se trata de varias fosas cubiertas por túmulos alargados en las que se habrían practicado enterramientos con unos rituales y ofrendas cuya descripción

pormenorizada supera las presentes disponibilidades de espacio. Lo más sorprendente es la ausencia de restos óseos humanos, que se ha explicado mediante complejos procesos de conservación a través de los cuales las partes blandas del cuerpo habrían sido sustituidas por tierra hasta construir, en la fosa llamada Morín I, el molde en positivo de un cuerpo y de varias ofrendas de carne, entre ellas una especie de cervatillo. Si bien no se puede dudar del carácter artificial e intencional de las estructuras de Cueva Morín, quedan muchos interrogantes sin resolver, como el hecho, no gratuito, de que no haya llegado hasta nosotros ningún hueso humano del presunto enterramiento en un yacimiento cuyos sedimentos han permitido la conservación de miles de fragmentos óseos de fauna.

Del Magdaleniense Inferior, en las varias veces mencionada cueva de El Castillo se recogieron dos bóvedas craneanas de hombres adultos que habrían sido intencionadamente cortadas hasta darles un aspecto de cuenco o «copa», nombre este último con el que han pasado a la literatura científica. Por desgracia ambas piezas han desaparecido, y por ello no es posible comprobar si realmente fueron trabajadas o no. En caso afirmativo, no parece previsible que lo fuesen tan sólo para obtener un recipiente, que podía haberse conseguido por otros medios más sencillos. Resulta difícil dilucidar si su presencia debe ponerse en relación con prácticas funerarias, rituales o canibalísticas. Esto último, aunque no sea en absoluto imposible, no debe ser separado —como demuestran los estudios de tipo etnohistórico— de algunas motivaciones de carácter trascendente. La antropofagia como fuente de obtención o redistribución de proteínas animales sólo parece haberse producido en circunstancias de tipo económico, ecológico, social y militarista muy concretas. Con frecuencia se recurre a considerar de significado mágico o trascendente algunas situaciones que pueden escapar a la comprensión actual. En este marco deben entenderse depósitos y estructuras como las de las cuevas de Erralla, Salitre y El Juyo. En la primera se trataba de dos astas de cérvido recubiertas de una serie de lajas de piedra y acompañadas de útiles líticos y óseos y restos de vertebrados y moluscos. En Salitre se localizó un cráneo infantil depositado junto con restos de animales en una cavidad natural de la pared próxima a un panel decorado con digitaciones. Las estructuras de la cueva de El Juyo, interpretadas como un «santuarios» por González Echegaray y Freeman, se encontraban en relación con un bloque de caliza ligeramente modificado, cuyo aspecto sugiere el de las máscaras localizadas en cuevas con arte rupestre. En su entorno había una serie de hoyuelos y astas de cérvido y se encontraba parcialmente recubierto por una gran laja.

En excavaciones sistemáticas modernas, en las que se sigue un cuidadoso

registro de la situación de los hallazgos, se han podido observar disposiciones no casuales de objetos de arte mueble. Esto resulta especialmente relevante en el caso de las plaquetas decoradas, que tienden a aparecer agrupadas en ocasiones formando auténticos enlosados. Los ejemplos de las cabañas de Gönnersdorf (Alemania) resultan especialmente evidentes, ya que las mencionadas placas se disponen sobre el suelo de las cabañas en forma de pavimentos que no parecen precisamente destinadas a facilitar su contemplación. En algún caso se ha llegado a hablar de «santuarios con placas», trasladando a lo mobilar una interpretación ritual hasta entonces aparentemente reservada al arte parietal.

Las plaquetas grabadas o pintadas tienden además a aparecer en cierta cantidad en algunos yacimientos, a la vez que faltan totalmente en la mayor parte. En Francia en el cantábrico son especialmente características del Magdaleniense Medio y comienzos del Magdaleniense Superior, coincidiendo con el momento de máximo apogeo del arte mobilar. En el Magdaleniense Superior en la cueva asturiana de Tito Bustillo casi un centenar de placas grabadas, algunas de ellas con representaciones de animales, aparecen en menos de dos metros cuadrados en torno a una fosa en la que fue descubierta una estilización femenina en asta de cérvido. En Urtiaga (Guipúzcoa) el registro arqueológico de las excavaciones antiguas indican que varios fragmentos de la plaqueta grabada antes y después de su rotura procedían de la misma zona. En el ámbito Mediterráneo tenemos, no obstante, el ejemplo más espectacular en la cueva de Parpalló, con varios miles de piezas de este tipo distribuidas en niveles que van desde el Gravetiense al Magdaleniense Superior. En este caso no conservamos información sobre la posición exacta en que fueron localizadas, y por tanto de si había una disposición intencional.

El Arte Paleolítico en la Península Ibérica

El arte es un fenómeno cuya aparición en el Paleolítico hay que poner en relación con la llegada del Homo sapiens sapiens. Sus primeros testimonios figurativos corresponden al Auriñaciense, en que se encuentran bien fechados tanto objetos de arte mueble (yacimientos de Vogelherd y Geißenklösterle, Alemania) como fragmentos de paneles decorados descubiertos en relación con niveles arqueológicos (bloques de la Ferrassie, Francia). Con el hombre de Neandertal del Musteriense y del Chatelperronense, tan sólo puede señalarse la presencia en algunos de sus niveles de ocupación de minerales y fósiles recogidos trasladados a los yacimientos como objeto de curiosidad, y que ocasionalmente sufrieron algún tipo de pequeña transformación.

El arte mueble Paleolítico aparece en forma de grabados sobre plaquetas y objetos óseos y esculturas a lo largo de toda Europa y una parte de Siberia, con agrupaciones realmente importantes en los valles del Rhin, Danubio Dnieper. El arte rupestre se concentra por el contrario en la parte más occidental, principalmente en Francia y en España, o, para ser más exactos, en cuatro regiones concretas de ambos países: por un lado, Aquitania, Pirineos centrales y Ródano y por otro, la costa cantábrica. El tradicional término «arte francocantábrico» no resulta sin embargo demasiado preciso ni afortunado, y personalmente lo sustituiría por «arte Paleolítico occidental», englobando por tanto lo parietal y lo mobiliario como fenómenos paralelos que son. En la Península Ibérica han sido descubiertas en torno a 111 estaciones de arte rupestre pertenecientes a esta época. De ellas, 83 se encuentran en la costa cantábrica (Asturias, Cantabria y País Vasco) y el Pirineo navarro. El resto se reparte por la franja mediterránea y diferentes puntos del interior. Esta repartición coincide en líneas generales con la de las industrias del Paleolítico Superior, aunque tampoco en este caso deba hablarse de «regiones» separadas.

En los yacimientos valencianos y andaluces se insistió durante mucho tiempo en la personalidad de su arte mueble y parietal que contendría elementos comunes con el de otras estaciones de la «provincia mediterránea». Las investigaciones más recientes, en especial la cuidadosa revisión de la gran colección de placas decoradas de la cueva de Parpalló, permite negar la existencia de un aislamiento radical con el cantábrico, cuyos nexos están bien representados en el arte mueble y rupestre de la Meseta, que contiene rasgos característicos de ambas vertientes.

En la costa cantábrica la red de yacimientos con arte parietal coincide totalmente con la de lugares de habitación del Paleolítico Superior. De hecho la mayor parte de ellos presentan un área de asentamiento que se puede poner en relación con las pinturas y grabados, aunque no siempre sea posible o fácil precisar con exactitud su cronología.

Se trata de un arte en cuevas, y por lo general en zonas profundas con un régimen de oscuridad absoluta: las Chimeneas El Castillo y Cullalvera en Cantabria, Tito Bustillo y El Buxu en Asturias y Santimamiñe, Ekain y Altxerri en el País Vasco. Hay, no obstante, grabados exteriores situados en abrigos o a la entrada de cuevas, como la Viña y la Lluera (Asturias) o Venta Laperra (Vizcaya, e incluso pinturas en tramos próximos a la boca de algunas, como La Haza La Fuente del Salín y la Pasiega «B» en Cantabria. Desde un punto de vista cronológico la mayor parte parecen corresponderse con momentos avanzados del

Paleolítico Superior, coincidiendo su apogeo con el momento de máxima expansión demográfica y de desarrollo del arte mobilar, durante el Magdaleniense.

Posiblemente las representaciones más antiguas del cantábrico sean algunos profundos grabados exteriores de la cueva de El Conde o del abrigo de La Viña, pertenecientes ambos yacimientos al grupo del Valle del Nalón, en el sector central de Asturias. El arte de estilo Solutrense está bien representado en las cuevas cántabras de Chufín, la Pasiega —en concreto en su galería «A»—, en la serie de pinturas rojas de Altamira, y al menos en tres cuevas de las zonas limítrofes entre Cantabria y el País Vasco: la Haza y Covalanas en Ramales y Arenaza en Galdames. El Magdaleniense se corresponde, como en el resto de las regiones del arte Paleolítico occidental, con la plenitud del estilo figurativo-analítico y con el empleo de las técnicas más complejas: modelados interiores en pintura o grabado, policromía, etc. a esta época pertenecen los espectaculares conjuntos grabados y pintados en la peña de Cándano, El Buxu, Tito Bustillo y Llonín en Asturias, Altamira, El Castillo y Las Monedas en Cantabria y Santimamiñe, Ekain y Altxerri en el País Vasco.

En su conjunto, el patrimonio rupestre del cantábrico bien puede compararse con el de cualquiera de las regiones clásicas de esta parte de la Prehistoria. En el marco del arte Paleolítico occidental presenta algunas peculiaridades de índole iconográfica, en especial la diferente proporción de especies de animales y la abundancia y variedad de signos. Frente al predominio en Francia del binomio caballo-grandes bóvidos y la presencia de especies de ecosistemas y climas rigurosos, las pinturas y grabados de las cuevas cantábricas se caracterizan por la abundancia de ciervos —en especial de ciervas— y la rareza o ausencia total de especies «frías» (reno, mamut, rinoceronte lanudo, antílope Saiga). El oriente de Asturias y el occidente de Cantabria presentan una gran concentración de signos, cuya presencia en yacimientos próximos, en áreas en que coinciden con otros temas, parece ser un testimonio de los hábitos de territorialidad de sus pobladores. En la vertiente mediterránea no existe una única región, sino varios focos cuya diversidad puede ser reflejo de la señalada al hablar de sus industrias. Son hallazgos por ahora bastantes dispersos, como los yacimientos oscenses de Forcón y la Fuente del Trucho, en la cuenca del Ebro, y un par de estaciones en Cataluña, y las cuevas de El Niño (Albacete) y Fosca (Alicante). Tan sólo parece definirse un grupo en Andalucía oriental, en especial en torno a Málaga. Aunque carece de manifestaciones rupestres, la impresionante colección de plaquetas decoradas con animales y signos de la cueva valenciana de Parpalló constituye un marco imprescindible para conocer el desarrollo cronológico del arte Paleolítico.

Las pinturas de las cuevas andaluzas parecen pertenecer también exclusivamente al Solutrense y el Magdaleniense, representados en diferentes fases de la decoración de las cuevas malagueñas de La Pileta, Nerja y Doña Trinidad de Ardales. En los últimos años ha sido dado a conocer un grabado al aire libre de estilo Paleolítico que representa un caballo en la localidad de Piedras Blancas (Escúllar, Almería).

En el interior peninsular los yacimientos se presentan aún más dispersos: rebordes montañosos en las dos submesetas, penillanuras salmantinas y extremeñas y afloramientos muy localizados en ambas cuencas sedimentarias. En la submeseta sur destacan las cuevas de los Casares (Guadalajara) y Maltravieso (Cáceres). Esta última contiene un importante conjunto de representaciones de manos en negativo perfectamente comparable a los de las estaciones cántabras de Fuente del Salín (Muñorrodero) y El Castillo (Puente Viesgo) o incluso a los de la pirenaica de Gargas.

En la submeseta norte están también documentadas las relaciones con el mundo cantábrico y con el mundo Mediterráneo, representado este último en el material mueble fechado a lo largo de la estratigrafía de Parpalló, la cueva de La Griega (Pedraza, Segovia) y el lugar al aire libre de Mazouco (Freixo, Portugal) presentan claras analogías con el Mediterráneo, mientras que las convenciones y el estilo del caballo grabado en un afloramiento del esquisto de Domingo García (Segovia) y de las cabras de la cueva de Penches (Barcina de los Montes, Burgos) nos acercan más al arte cantábrico. En la región de Oña y no lejos por tanto de Penches se encuentra la cueva de El Caballón, donde a principios del siglo XX se descubrió un «bastón de mando» con una esquematización de cabra vista de frente, que es un tema característico del Magdaleniense cantábrico, en concreto de sus momentos más avanzados.

El final del Pleistoceno coincide con importantes cambios climáticos, ecológicos y culturales. Al registro arqueológico del Paleolítico Superior, con sus espectaculares manifestaciones artísticas, sucede un panorama radicalmente distinto que en la Península Ibérica comportará nuevas formas de adaptación, uso de territorio, explotación de recursos naturales y transformación de las materias primas. No existirá sin embargo una ruptura, sino, como veremos el próximo capítulo, la búsqueda de un nuevo modelo basado, al menos en sus primeros momentos, en la continuidad.

LAS TRANSFORMACIONES DEL POSTGLACIAL EN LA PENÍNSULA

A finales del pleistoceno los cazadores del Paleolítico Superior habían alcanzado un cierto equilibrio con los recursos naturales disponibles en su territorio. No obstante, en torno al año 11.000 antes del presente, se iniciaron una serie de cambios ecológicos y culturales que marcaron el proceso de sustitución de la economía depredadora por la economía productora de alimentos. Este proceso tuvo una duración variable según la región objeto de análisis, que en el viejo mundo va desde tres milenios en la zona Sirio-Palestina hasta siete en regiones atlánticas de tardía neolitización.

La arqueología tradicional elaboró los términos de Epipaleolítico y Mesolítico para denominar las culturas que se desarrollan entre el final del Paleolítico Superior y el Neolítico. Aunque a veces se utilicen de manera equívoca, el concepto de Epipaleolítico (etimológicamente, fin del Paleolítico) debe aplicarse a las poblaciones postglaciares cuyas formas de subsistencia se apoyan exclusivamente en el aprovechamiento de recursos naturales, es decir, que continúan con el tipo de actividad económica propia del Paleolítico. Por el contrario, la palabra Mesolítico hace referencia a una etapa intermedia o de transición, cuando determinados grupos humanos comienzan a transformarse y experimentar nuevos modos de vida que conducirán a la producción artificial de alimentos con la aparición de la agricultura y de la ganadería.

Al igual que en casi toda Europa, en la Península Ibérica se desarrollaron exclusivamente complejos industriales correspondientes al Epipaleolítico. No se conocen focos autónomos de neolitización o de transformación hacia la economía productora, que llegará del exterior a partir del 6000 a. C.

Cambios Climáticos y Ecológicos

A finales del último estadal se detectan los primeros síntomas de un mejoramiento ambiental que culminará en los episodios climáticos posteriores. El progresivo retroceso de las glaciaciones fue dejando al descubierto amplias superficies que pudieron ser colonizadas por la vegetación, la fauna y el hombre. En términos generales, puede decirse que esta es la época de expansión de los bosques, que ahora se extienden por Europa continental a expensas de la tundra o de espacios antes cubiertos por el hielo. La fusión de los casquetes glaciares supuso la trasgresión Postglacial, una importante elevación del nivel del mar que cubrió algunas franjas costeras, sumergiendo terrenos antes habitados, y originó cambios

apreciables en el paisaje litoral. Todas estas modificaciones climáticas y ecológicas comportaron a su vez una nueva oferta de recursos naturales potencialmente utilizables por los grupos humanos. Los bosques son para el hombre una fuente de alimentos vegetales mucho más importante que las estepas y las tundras, pero además sirven de refugio a agrupaciones fáunicas de composición y hábitos muy diferentes a las de espacios abiertos. Durante el Paleolítico Superior las actividades económicas más importantes estaban orientadas hacia la caza, la pesca y el marisqueo, mientras que en apariencia el medio vegetal no ofrecía un volumen de alimentos importante. Sin que ello implica siempre una dieta prioritariamente carnívora, en la actividad cinegética Würmiense existían cotas importantes de especialización en algunas especies —generalmente ungulados, como los ciervos y los renos— de costumbres gregarias.

Durante el Postglacial se intensifica la recolección de frutos y raíces al tiempo que la caza debe adaptarse a las nuevas especies dominantes. Aunque no existe una muestra de población lo bastante representativa, el estudio de la dentición de algunos enterramientos de la época parece indicar un consumo de alimentos vegetales mayor que el de épocas anteriores. No pueden establecerse generalizaciones sobre la actividad económica que resulten mínimamente válidas con carácter general, porque una de las características de la época es precisamente la diversificación geográfica que ofrecen las distintas poblaciones. Un esquema teórico de explotación de los bosques parece indicar una gran abundancia de recursos en ciertas estaciones del año y una relativa escasez en otras. Muchos yacimientos importantes han proporcionado grandes cantidades de restos de ciertas especies, como aves migratorias o mamíferos marinos, lo que sin duda es reflejo de su utilización estacional. Si algún intento de abstracción pudiera resultar válido, éste podría resumirse en el concepto de «diversificación» o actividad recolectora diversificada, en que se explotaba con intensidad una mayor variedad de recursos, tanto vegetales como animales. Esa explotación intensiva estaba dirigida hacia un territorio próximo y conducía al agotamiento de sus recursos, lo que implicaba la necesidad de buscar nuevos espacios. Sólo en lugares especialmente ricos en alimentos se han podido documentar asentamientos prolongados e incluso cierto grado de sedentarización. No obstante, esto no implica que estemos ante una actividad de tipo oportunista generalizada. En diversas regiones se detecta una cierta planificación tendente a evitar la sobreexplotación.

El Epipaleolítico europeo comienza en una de las fases tempranas del tardiglacial, la oscilación de Alleröd (12.000-11.000 B. P.), Sufre un periodo de enfriamiento durante el Dryas III (11.000-10.000 B. P.), Que supone el final de la

Edad de los Hielos, y continúa durante las primeras etapas de los tiempos postglaciares u Holoceno: el Preboreal (10.000-8000 B. P.), El Boreal (8000-7500) y el Atlántico (7500-4500). Y las transformaciones ecológicas y las culturales fueron bruscas, de manera que en términos generales podemos hablar de tres etapas en el desarrollo de esas poblaciones: Epipaleolítico antiguo, que supone una clara continuidad de las industrias y formas de vida de los últimos complejos del Paleolítico Superior, adaptadas o en proceso de adaptación a las nuevas circunstancias. Así el Aziliense francocantábrico, el complejo microlaminar del Mediterráneo o la cultura de Remouchamps de Bélgica sustituyen al Magdaleniense en sus respectivas regiones.

Epipaleolítico reciente, en que asistimos a procesos de adaptación e innovaciones tecnológicas hasta ahora desconocidas, como el mundo de los concheros representado en el Asturiense cantábrico, o las industrias geométricas del Tardenoisiense francés o del Epipaleolítico geométrico reciente del Mediterráneo.

Contacto con el neolítico, que se produce bien por aculturación a cargo de otros grupos ya productores, o de un estadio subneolítico en que pueblos recolectores adoptan algunas técnicas propias de esos grupos, como la alfarería o el pulimento de la piedra.

Desarrollo del Epipaleolítico en la Península Ibérica

España y Portugal, como todo el continente europeo, quedan dentro del ámbito de las poblaciones que podemos considerar Epipaleolíticas en el sentido en que antes ha sido definido el término. Las primeras evidencias de la economía productora tienen origen exterior, y por ahora deben relacionarse con la expansión del neolítico de las cerámicas cardiales, cuyas primeras manifestaciones no llegan a nuestras regiones mediterráneas hasta el VI milenio a. C. En varios puntos de la España atlántica la neolitización se retrasa al menos dos milenios más. El Epipaleolítico antiguo de la Península es también aquí una clara continuidad de los últimos episodios del Paleolítico Superior, y reproduce la diversidad geográfica y las variedades regionales de aquellos, resumidas en los ámbitos cantábrico y Mediterráneo. Aunque existen algunos indicios en ese sentido, las industrias postglaciares del interior son aún prácticamente desconocidas. Al Magdaleniense cantábrico le sucede el Aziliense (nombre que procede de yacimientos de Mas d'Azil, en Ariège, Francia), mientras que su equivalente Mediterráneo evoluciona hacia industrias de tipo microlaminar.

En el Epipaleolítico más avanzado se detectan o se acentúan algunos cambios en las estrategias económicas y las formas de vida de las poblaciones de esas mismas zonas. En el cantábrico occidental se desarrolla el Asturiense, con su peculiar industria y formas de explotación de recursos terrestres y marinos, y en el oriental, un Epipaleolítico postaziliense caracterizado por la presencia de microlitos geométricos y emparentado con el Tardenoisiense francés. También en el Mediterráneo se desarrolla el microlitismo geométrico, que a través del valle del Tajo pudo llegar a asentarse de manera prolongada en la zona portuguesa en torno al río Muge.

La Costa Cantábrica

La distribución de yacimientos Epipaleolíticos coincide, en líneas generales, con la del Paleolítico superior cantábrico, ocupando una franja desde el valle asturiano del Nalón hasta el Pirineo occidental. La trasgresión marina Postglacial comenzó ya a invadir lo que ahora es la plataforma litoral, modificando el paisaje costero. Durante el Epipaleolítico reciente el nivel del mar se encontraba aún unos 20 m por debajo del actual, continuando su elevación hasta el presente, cuya costa debió de ser incluso sobrepasada en algún momento. En la costa cantábrica, la primera etapa del Epipaleolítico está representada por el complejo industrial Aziliense. Como se ha señalado su nombre procede de la gran caverna de Mas d'Azil en la región francesa de L'Ariege y su dispersión geográfica alcanza la Dordoña, los Pirineos y la zona septentrional española indicada. Desde su descubrimiento y valoración en el siglo XIX, el Aziliense ha sido indistintamente asociado por los autores a las ideas de continuidad o discontinuidad con respecto a las industrias del Paleolítico que le anteceden, en este caso el Magdalenense superior-final. En nuestra opinión, no existe ruptura entre ambos episodios, como no existe nada que afecte al comportamiento de una misma población humana. Los cambios que pueden detectarse a través del registro arqueológico son los originados por nuevas estrategias, que necesitan hacer frente al agotamiento de ciertos recursos por la sobreexplotación en el episodio anterior, por el nuevo medio natural en que se desarrolla la vida, y en especial, por la diversificación de los ecosistemas explotados, y en consecuencia, del utillaje necesario para obtener alimentos o transformar materias primas. En otros aspectos, como lo relacionado con las creencias, hay argumentos contrapuestos que deben ser analizados más detenidamente, como la continuidad de los tipos de ritual funerario, por un lado, y la desaparición del arte, por otro.

El hábitat Aziliense de la región responde al mismo esquema del Magdalenense Final, al que se superpone directamente o después de un hiato que

ha sido detectado en varias cuevas de la región. Junto a estas cavidades comienzan a tener cierta importancia los asentamientos en abrigos al pie o en las laderas de farallones rocosos. Los emplazamientos se reparten entre las zonas de la marina litoral y, en menor grado, los cursos bajos de los ríos cantábricos entre el Nalón y el Bidasoa, casi siempre a altitudes moderadas y a menos de 30 km de la costa. Entre las pocas excepciones encontramos las cuevas cántabras de Rascaño, Piélagos y Salitre, en un tramo ya relativamente encajado del río Miera y los Azules, en la zona de confluencia entre el Güeña y el Sella (Asturias).

La tecnología Aziliense nos muestra ante todo una reducción de tamaño de los útiles de piedra del episodio anterior. Hay, además, un aparente empobrecimiento de las técnicas de talla y retoque, relacionado localmente con el aumento del empleo de la cuarcita y la disminución de sílex. Estos hechos se interpretan como parte de un proceso de racionalización que busca instrumentos más eficaces con un menor esfuerzo. La disminución del tamaño, que recibe el nombre de microlitismo, está en relación con el empleo de estas piezas como componentes de útiles enmangados en armaduras de madera, similares a los descubiertos en yacimientos Epipaleolíticos del norte de Europa. La industria de hueso y asta presenta las diferencias más llamativas respecto al Magdaleniense. Época en la que había alcanzado su máximo apogeo. Hay una disminución cuantitativa y cualitativa de los tipos, que casi se limitan a azagayas, punzones y los característicos arpones aplanados con perforación en forma de ojal. La desaparición de los temas decorativos puede estar en relación con la búsqueda de la misma o mayor eficacia con el esfuerzo, o con cambios en la expresión artística de la que hablaremos más adelante.

Desde un punto de vista económico se observa también cierta modificación con respecto a los episodios anteriores en el cantábrico. En lo referente a la caza, al final del Paleolítico Superior existía un importante nivel de especialización, en que la especie más capturada era el ciervo, aunque comenzó a detectarse un incremento de la cabra en sus últimos momentos. Como consecuencia de los cambios ecológicos, y de la sobreexplotación de algunos ungulados y desajuste entre demografía y recursos, en el Aziliense asistimos a una diversificación en la actividad cinegética, con más variedad de especies capturadas y mayor presencia de animales de bosque, como el jabalí y el corzo, aunque continúe siendo importante el ciervo. En terrenos especialmente abruptos, como las zonas de desfiladero en que se encuentran las cuevas de Rascaño y Salitre, se detecta una cierta especialización en cabras y rebecos, lo que continúa demostrando una vez más la explotación de un territorio inmediato.

La atención a los recursos más próximos se evidencia sobre todo en la actividad marisquera. Durante el Magdaleniense encontrábamos numerosas conchas de molusco en yacimientos relativamente alejados de la costa —como la cueva del Castillo, a casi 30 km—, mientras que ahora éstas solo aparecen en los asentamientos cercanos al mar. Las especies más recolectadas siguen siendo las de roquedo —lapas y bígaros— aunque se observa una disminución general de los tamaños a causa de la sobreexplotación, y la sustitución del género *Littorina* por el género *Monodonta* como consecuencia del calentamiento de las aguas, La pesca sigue centrada en peces de río y de estuario (truchas, salmones, reos).

El tipo de vegetación indicado por los análisis polínicos denotan un paisaje de bosque bastante propicio para el aprovechamiento de sus recursos alimenticios, como avellanas y bellotas, aunque no haya suficiente información directa (restos vegetales) ni indirecta (estudios de denticiones humanas) que pueda instruir sobre su consumo. La información sobre la organización social sigue siendo escasa. De las dimensiones y potencia de los yacimientos podemos deducir dos cosas: la falta de grandes asentamientos de base como los observados en el Magdaleniense y la escasez de ocupaciones muy intensas. Las evidencias azilienses, aunque numerosas, se presentan, salvo excepciones, bajo la forma de un nivel único de reducida potencia que muchas veces constituyen la culminación de las estratigrafías, lo que puede interpretarse como testimonio de mayor movilidad, consecuencia de una actividad económica con fuerte componente estacional.

Como los capítulos anteriores, el comportamiento religioso puede ser estudiado a través de los rituales funerarios y de las manifestaciones artísticas. La única inhumación conocida, que por fortuna ha podido ser estudiada en el marco de modernas excavaciones sistemáticas, responde a las mismas pautas que algunas de las del Paleolítico Superior e incluso Medio. Se encontraba en la cueva de los Azules I (Cangas de Onís, Asturias), en la zona de confluencia entre el Sella y el Güeña. Se trata de una fosa simple parcialmente limitada por la alineación de piedras en que el cadáver de un hombre adulto fue depositado boca arriba. Sobre varios puntos de su cuerpo se colocaron útiles de piedra y hueso, entre ellos varios arpones y algunos cantos con restos de pintura. La tumba fue cubierta por un túmulo alargado, culminando en una estructura funeraria con la que parece estar en relación un hogar próximo. El enterramiento en Los Azules aparece además bien datado por sendas fechas de carbono 14 pertenecientes al nivel anterior y posterior: 9540 y 9430 B. P., respectivamente.

El fenómeno más llamativo del momento es la desaparición del arte figurativo, tanto rupestre como mobiliar. Hay además una crisis de los elementos

decorativos, paralela a la reducción del número de tipos óseos que habitualmente les sirven como soporte, aunque puede señalarse algunos temas geométricos incisos sobre arpones azilienses de los Azules y sobre plaquetas colgantes de las cobas de Morín, el Piélagos y San Juan (Cantabria). El adorno personal también parece simplificarse, conservándose los tipos de colgantes más sencillos (conchas y dientes perforados) del final del Magdaleniense. Llegados a este punto, resulta inevitable preguntarse por las causas de la desaparición de este arte. Hemos incluido el arte de los cazadores entre las manifestaciones de tipo trascendente, siguiéndole día tradicional de considerar como parte del comportamiento religioso todo aquello que no tiene una comprensión inmediata. Si, como resulta evidente, su desaparición se produce en el paso del Paleolítico Superior al Epipaleolítico antiguo, habrá que plantearse su posible relación con otras transformaciones de ese tránsito, que básicamente se refieren a la economía y a la organización territorial, marcada esta última por su tendencia al aislamiento, que bien pudo ser lo que rompió el ideario común que había dado unidad al gran arte Paleolítico occidental.

A partir del episodio climático boreal y hasta avanzada la fase atlántica, se producen en la región cantábrica nuevos cambios en el comportamiento cultural de sus poblaciones de cazadores-recolectores. Este episodio reciente está bien definido en la parte occidental del cantábrico, a raíz de lo cual recibe el nombre de Asturiense, mientras que en la mitad occidental se desarrollan unas industrias postazilienses bastante variables, menos conocidas y con un cierto componente geométrico. El Asturiense cantábrico se extiende por la franja costera del oriente de Asturias y occidente de Cantabria con especial densidad en los concejos de Llanes y Rivadedeva. Sus yacimientos se ubican sobre todo en la zona más próxima a la costa actual (y por ello no muy alejada de la de su época, en que el nivel del mar estaba unos 20 m por debajo del presente), aunque no faltan algunos de los valles de acceso al interior e incluso de montaña. El hábitat Asturiense continúa siendo las cuevas, aunque hay evidencias del empleo del exterior inmediato a las entradas, en especial en las zonas situadas en la zona más costera, cuyas condiciones de habitabilidad no debían de ser demasiado idóneas a causa de su tamaño y orientación.

La imagen del Asturiense se asocia tradicionalmente a los característicos «concheros», que no son, sin embargo, exclusivos de esta cultura ni de esta región. Consisten en grandes acumulaciones de moluscos en las que se integran restos óseos e industria, y que ocasionalmente aparecen cementados en forma de brecha. Por sus seculares condiciones de conservación son una valiosa fuente de datos acerca de los recursos explotados por los ocupantes del lugar. Las industrias Asturienses acentúan la tendencia a la simplificación observada en el Aziliense.

Aparecen algunos útiles de sustrato, con frecuente empleo de la cuarcita: lascas, denticulados, escotaduras y útiles sobre guijarros, entre los que destacan los «picos Asturienses». Se trata de cantos trabajados unifacialmente hasta obtener un objeto triédrico y apuntado. La relativa identidad de la materia prima hace que el instrumental tenga un aspecto bastante homogéneo. El utillaje en hueso es aún más escaso, con punzones, anzuelos bipuntados e incluso algunos bastones de mando formalmente similares a los Paleolíticos, pero carentes de decoración. Precisamente ahora la desaparición de los grabados mobiliarios, que ya en el Aziliense eran excepcionales, marca el punto final de cualquier manifestación artística. Las evidencias materiales de la tecnología Asturiense denuncian un instrumental poco variado que se explica por la tendencia a la simplificación ya comentada, pero que tal vez sea también consecuencia del carácter selectivo de la muestra disponible, que en casi su totalidad procede de concheros.

La actividad económica se basa en la explotación de sus tres medios: el bosque mixto, las zonas de roquedo de la costa y los acuíferos de río, estuario y mar abierto. Como en otras poblaciones Epipaleolíticas, este tipo de biotopos imprimen a las prácticas depredadoras un componente estacional. Durante el invierno es más sencilla la captura de ciervos, especialmente de hembras y crías, en ocasiones más difícil y arriesgado el marisqueo, mientras que en verano sucede exactamente lo contrario. Este ritmo estacional de explotación, aunque no implique comportamientos excluyentes, favorece la recuperación biológica de la fauna. Entre las especies cinegéticas continúa el amplio predominio del ciervo, aunque comienza a detectarse la presencia de las propias de bosque, como el corzo y el jabalí, o de otras simplemente adaptadas a suelos accidentados, como la cabra y el rebeco, que ahora viven reducidas a zona de montaña. El marisqueo está centrado casi exclusivamente en lapas y bígamos del género *Monodonta*, aunque en los concheros aparecen vestigios de otras especies cuyos restos son de conservación más difícil, como crustáceos y erizos de mar. A lo largo del Asturiense tardío, ya en el periodo Atlántico, se detecta la presencia creciente de mejillones y una reducción de los tamaños de los moluscos que posiblemente esté en relación con el recalentamiento de las aguas y la sobreexplotación a que estaba sometida la costa desde finales del Paleolítico Superior. Los restos de peces indican que sigue efectuándose una actividad pesquera de río y de estuario (truchas, reos, salmones), pero que comienza a pescarse en el mar. Esta novedad es consecuencia del empleo del anzuelo, que explica la presencia de restos de peces de roca de cierto tamaño, como durdos o maragotas, con independencia de que ejemplares más pequeños pudiesen ser capturados en las charcas de bajamar mediante trampas o incluso a mano. En síntesis, desde un punto de vista económico podemos decir que asistimos a un proceso de diversificación en la obtención de recursos que evitar

riesgos de sobreexplotación y agotamiento como los reseñados al final del Paleolítico Superior.

A través de la escasa información disponible sobre este tema, las creencias constituyen otro de los elementos de continuidad respecto a episodios anteriores. El único enterramiento conocido es el del Molino de Gasparín (La Franca, Asturias), descubierto de manera accidental en 1926, por lo que no pudo ser registrado con las mismas garantías que se hubiese sido en el curso de una excavación sistemática. Las noticias conservadas hablan de una inhumación simple con el esqueleto en posición tendida, parcialmente cubierto de piedras sobre las que se ubica un hogar.

El Epipaleolítico reciente que se conoce como Postaziliense se extiende por la parte oriental de la costa cantábrica, Este de Cantabria, País Vasco y Pirineo occidental. La densidad de yacimientos es reducida, situándose en cuevas ubicadas en lugares de paso y de contacto bastante idóneos para el tipo de actividad económica que practicaban estos grupos. El utillaje lítico es de tipo laminar, sin la macroindustria Asturiense, y en lugares como la cueva de Santimamiñe (Kortezubi, Vizcaya) aparece material geométrico que recuerda los complejos del Tardenoisense francés. La industria de hueso es escasa, limitándose a azagayas y punzones y algún objeto excepcional, como el «bastón de mando» de Santimamiñe o los anzuelos de Marizulo.

El final de los complejos Epipaleolíticos en el cantábrico está marcado por la tardía aparición de la economía productora de alimentos que caracteriza el neolítico. Sin embargo, y como veremos en el próximo capítulo, por cuestiones relacionadas con el carácter selectivo de la investigación que se ha llevado a cabo en la región, este fenómeno no es especialmente bien conocido. Las primeras evidencias son en algunos casos exclusivamente materiales (aparición de cerámica tosca en cuevas o en concheros tardíos), sin que ello implique necesariamente un cambio de carácter cultural. En algunos tramos de esta costa los primeros grupos verdaderamente neolíticos fueron los constructores de los sepulcros megalíticos más antiguos.

El Epipaleolítico en el Mediterráneo Peninsular

A finales del tardiglacial, la franja costera que va desde Cataluña hasta Andalucía recibe, aunque de manera más atenuada en el cantábrico, la influencia de los cambios climáticos y ecológicos que se producen con la última retirada de los hielos. Esto origina procesos de adaptación paralelos a los del resto de Europa

occidental, aunque aquí tengan una dinámica particular gracias a las últimas investigaciones y en especial a los trabajos de J. Fortea, conocemos las características y el desarrollo de los complejos industriales del Epipaleolítico de la zona, aunque se dispone de una menor cantidad de información de carácter ecológico y económico.

La secuencia cultural del Mediterráneo se presenta en principio similar a la del sur de Francia o el cantábrico: un Epipaleolítico antiguo microlaminar de estilo Aziliense próximo al Paleolítico Superior Final de la zona y un Epipaleolítico reciente con industrias líticas de tipo geométrico similares al Sauveterriense y el Tardenoiense franceses. Como veremos en el siguiente capítulo, los primeros neolíticos se superpondrán a esta última fase, propiciando en unos lugares un Epipaleolítico con cerámica, al mismo tiempo que en otros encontraremos ya un verdadero neolítico con economía de carácter mixto, basada en el cultivo de cereales y el pastoreo de ovicaprinos. La repartición geográfica de los yacimientos diseña un mapa de carácter costero en el primer momento que se extiende hacia el interior en la fase avanzada. Se trata de asentamientos en abrigos, pies de farallones o lugares al aire libre, situados a lo largo de los cursos bajos de los ríos y cerca de manantiales.

El Epipaleolítico antiguo del Mediterráneo español tiene una distribución similar a la del Paleolítico Superior Final, al que se superponen sin solución de continuidad, de la misma forma que lo hace el Aziliense en el cantábrico. Está representado por el complejo industrial microlaminar que se presenta bajo dos facies que recibe el nombre de otros tantos yacimientos: Sant Gregori de Falset (Bajo Priorato, Tarragona) y Mallaetes (Gandía, Valencia).

Las industrias líticas del complejo microlaminar tipo San Gregori se caracterizan por la frecuencia de laminillas de dorso rebajado y de raspadores. Algunos de los niveles de su estratigrafía presentan semejanzas estructurales con el Aziliense, más concretamente con el Aziliense de Perigord, la facies de Mallaetes tiene quizá más semejanza con el sustrato Magdalenense local, con mayor índice de raspadores que de buriles. Tanto en un grupo como en otro sorprende la escasez de industria ósea, más acentuada aún que en el Aziliense. La actividad económica presenta ciertas diferencias respecto al sustrato. Entre las especies de caza encontramos fundamentalmente restos de cabra, caballo, ciervo y conejo. Esta última, aunque el número de restos no siempre puede dar una idea de la cantidad de carne aprovechada, debió de jugar un papel muy importante en la alimentación de las poblaciones del Mediterráneo español durante el Paleolítico Superior y el Epipaleolítico. En los lugares próximos a la costa se detecta alguna actividad

marisquera y pescadora, y entre los moluscos terrestres una intensa recolección de caracoles del género hélix. Como elemento casi excepcional en la zona hay algún conchero con industrias de tipo «aziloide», como el de Camping Salou (Tarragona).

El Epipaleolítico reciente del Mediterráneo está marcado por la presencia de industrias de carácter geométrico que tiene su origen en influencias de tipo Sauveterriense o Tardenoisense procedentes del sudoeste de Francia. En la época del desarrollo de estos complejos geométricos se produce una expansión de los yacimientos hacia el interior, penetrando especialmente por el Valle del Ebro, que está representado en los abrigos de Costelana (Zaragoza) y Botiquería dels Moros (Teruel). En algunos nichos, como en el caso Mallaetes, se produce la perduración de industrias microlaminares. El complejo geométrico, y situaciones como la señalada en Mallaetes, el complejo microlaminar, recibirán las primeras aportaciones tecnológicas del neolítico principalmente bajo la forma de cerámica cardial, dando lugar a una especie de Epipaleolítico cerámico en que el comportamiento económico sigue apoyado en la explotación de recursos naturales. También en este caso el tecnocomplejo geométrico aparece bajo dos facies: tipo Filador (Margalef, Tarragona) y tipo Cocina (Dos Aguas, Valencia). La expansión desde el sudeste de Francia se entiende, en opinión de J. Fortea, como un fenómeno de difusión secundaria a través del cual se establecen importantes y dinámicos focos. El complejo tipo Filador está caracterizado por raspadores, hojitas, escotaduras y geométricos, entre los que faltan los trapecios. El otro grupo presenta en Cocina la evolución de estas industrias (Cocina I con trapecios, Cocina II con triángulos) hasta la aparición de las primeras cerámicas cardiales en Cocina III.

No hay apenas información sobre el comportamiento de carácter trascendente. Hasta el momento no se conoce ninguna estructura funeraria, y los únicos indicios en este sentido pueden ser los relacionados con el arte. Precisamente por la ausencia de objetos en hueso o asta, falta el arte mobiliario sobre armas o utensilios. Hay no obstante un grupo de evidencias parietales pertenecientes al arte levantino —del que hablaremos más extensamente en el siguiente capítulo— que pueden ponerse en relación con estas industrias. En opinión de B. Martí Oliver y M. Hernández Pérez, las pinturas rupestres de carácter figurativo y tradición paleolítica llegarían hasta la época de desarrollo del complejo microlaminar, mientras que asociado al complejo geométrico encontramos un arte mobiliario no figurativo consistente en plaquetas grabadas con motivos lineales, a veces compuesto en series dispuestas simétricamente. Estos motivos tienen su paralelo en pinturas situadas, en ocasiones, en las paredes de los abrigos levantinos y, en otras, en los mismos en que fueron descubiertos los objetos

mobiliarios.

El Postglacial en el Litoral Atlántico

Aunque este capítulo esté destinado exclusivamente a la Prehistoria de España, es obligado hacer referencia a lo que sucede en la costa atlántica portuguesa, que durante el Epipaleolítico avanzado recibirá a través del Valle del Tajo la influencia de los grupos que en el Mediterráneo fabricaban industrias de tipología geométrica. El principal foco Epipaleolítico portugués se concentra la zona del río Muge, no lejos de Lisboa. Comprende una serie de concheros de grandes dimensiones (Cabeço de Arruda, Moita do Sebastiao, Cabeço d'Amoreira) que contienen evidencias de hábitat y de enterramientos. En Cabeço de Arruda fueron localizados varios fondos rectangulares de cabañas construidas con postes de madera que incluían un pozo lleno de conchas de moluscos. En otros casos se encontraron inhumaciones individuales, que mostraban un ritual común en que los adultos se enterraban acompañados de un modesto ajuar de colgantes y brazaletes de conchas.

Las industrias de los concheros del Muge son de carácter geométrico (segmentos, triángulos, algunos trapecios, denticulados). Su origen y filiación han sido ampliamente debatidos a lo largo de más de un siglo de investigaciones y, de hecho, su material lítico fue uno de los pilares de las teorías africanistas, que en este caso defendían una relación con el Capsiense del Magreb. En la actualidad, los datos arqueológicos, antropológicos y las dataciones absolutas han descartado esta posibilidad. Por el contrario, parece bastante clara su relación ya reseñada con el complejo geométrico del Mediterráneo. En el Postglacial antiguo hay, además, otros importantes grupos de el Alemtejo, con industrias de carácter macrolítico (cantos trabajados). Parte de los yacimientos correspondientes a este momento debieron de quedar sumergidos como consecuencia de la última transgresión y, por lo tanto, no podemos tener acceso a los mismos. En una etapa más avanzada, en los estuarios del Tajo, Sado y Mira, encontramos asentamientos de economía relativamente estable que parece estar preparándose para el paso a la producción de alimentos. El esquema descrito del Epipaleolítico peninsular dibuja un mapa irregular y con grandes vacíos, que en parte de los casos no responden a lagunas de la investigación, sino a la ausencia real de poblamiento en aquella época. En amplias regiones del interior los colonos neolíticos vendrán a llenar un vacío de milenios.

EL NEOLÍTICO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

El término neolítico, literalmente «Nueva Edad de la Piedra», fue acuñado en el siglo XIX para designar los tiempos en que se produjo una formación tecnológica caracterizada por la invención del pulimento de la piedra y de la cerámica. Hoy el concepto hace referencia a una modificación en el comportamiento cultural, que a veces coincide, y a veces no, con los cambios materiales señalados. La neolitización supone el paso de la economía basada exclusivamente en el aprovechamiento de recursos naturales a la productora. Este cambio se concentra en la aparición del cultivo de la tierra y/o de la domesticación, y tiene su reflejo en el resto de las formas de vida: acumulación de excedentes alimentarios («previsión de futuro»), tendencia al sedentarismo y con ello al establecimiento en poblados más o menos estables, aumento demográfico y cambios en la estructura social y nuevas formas de comportamiento religioso. La aparición de la agricultura y de la ganadería es el resultado de unos procesos que requirieron un periodo de gestación y experimentación, que desde luego exige la existencia de los agriotipos (antecesores silvestres) de las plantas y animales que fueron cultivadas y domesticados, respectivamente. En las diferentes regiones del Viejo y del Nuevo Mundo, las primeras especies producidas son también distintas: arroz el Lejano Oriente, maíz, frijoles y calabazas en Mesoamérica, yuca en las selvas de Sudamérica y cereales en Próximo Oriente. Entre los animales, la cabra y la oveja fueron los primeros en ser domesticados en Siria-Palestina y los montes Zagros, mientras que en todo el continente americano la domesticación se limitó según la regiones, al cuy (conejo de Indias), al pavo, la llama y la alpaca. Si bien la investigación arqueológica y paleoecológica nos indica la forma en que se produjo la transición al neolítico, no es fácil responder a preguntas sobre sus causas. Una revisión histórica de las interpretaciones nos muestra la sucesión de teorías que han valorado fundamentalmente las causas de orden climático (G. Childe), ecológico (Braidwood) o demográfico (Bindford, Cohen), entre otras. Todas ellas tienen en común la idea de adaptación o ajuste entre recursos alimentarios y número de individuos a los que alimentar. La necesidad de que coincidiesen una serie de circunstancias favorables y, en especial, la existencia de los agriotipos de las primeras especies cultivadas o domesticadas, explica que el proceso de neolitización sólo se haya producido de una manera autónoma en una serie de focos independientes. Por ahora no puede hablarse de ninguno de ellos en Europa, cuyo Neolítico deriva de los existentes en Próximo Oriente y, en concreto, de las regiones sirio-palestinas y anatólicas, a partir de las que se extiende por dos vías, una continental y otra mediterránea.

La Neolitización de la Península

La incorporación de la península a las nuevas formas de vida caracterizadas por la economía productora está marcada por el carácter alóctono del proceso y por la diversidad cultural y cronológica de la forma en que el mismo tuvo lugar en cada una de sus regiones. Las más antiguas manifestaciones de la agricultura y la ganadería se refieren al cultivo de cereales y a la domesticación de ovicaprinos. Los primeros están representados por varias especies de trigo (principalmente *Triticum monococum* o esprilla y *Triticum dicocoides* o escanda) y de cebada (*Hordeum vulgare* y *Hordeum polystichum*) cuya coexistencia es frecuente en un estadio inicial de la horticultura. Aparte de la posible presencia del perro en yacimientos Epipaleolíticos, los primeros animales domésticos de la península son la oveja y la cabra. Ni unos ni otros tienen antecesores silvestres o salvajes en la península, por lo que no es posible pensar en un origen local de su cultivo y de su crianza. Los primeros pastores y agricultores peninsulares se sitúan en la costa oriental y forman parte del llamado Neolítico Antiguo del Mediterráneo, caracterizado desde el punto de vista de la cultura material por las cerámicas decoradas con impresiones llevadas a cabo con conchas del *Cardium edule* (berberecho). Estas poblaciones tienen su dispersión a lo largo de casi todo el Mediterráneo y representan una de las vías de difusión del Neolítico desde el Próximo Oriente. Su expansión fue rápida y fundamentalmente litoral y, posiblemente, tuvo lugar por vía marítima, mediante una navegación de cabotaje, por un camino terrestre costero, o de una forma mixta. Este Neolítico de las cerámicas impresas constituye el testimonio más antiguo de la producción de alimentos en todo el Mediterráneo y se caracteriza por la economía mixta, el hábitat en cuevas (Arene, Candide, Liguria) y ocasionalmente en poblados y, sobre todo, por un equipo material uniformado, por encima de evidentes diferencias regionales, por la cerámica cardial antes mencionada.

No es fácil precisar la dinámica con que se produce la neolitización en esa franja mediterránea española. Parece claro que no hay un proceso único y que la relación entre los portadores de las nuevas formas de vida y cultura y las poblaciones de sustrato Epipaleolítico se establece de maneras distintas. A finales del siglo VI y primera mitad del V milenio a. C. encontramos, por un lado, lo que podemos considerar un verdadero Neolítico desde una perspectiva económica (restos de trigo, cebada, cabra y oveja) y material (cerámica cardial, punzones, cucharas, ausencia de una industria Epipaleolítica), representado en los yacimientos de cueva de L'Or (Beniarrés, Alicante) y la Sarsa (Bocairent, Valencia). Simultáneamente, esas mismas cerámicas aparecen asociadas a industrias de tipo geométrico de la cueva de la Cocina o microlaminar en la de Mallaetes, en contextos sin agricultura y ganadería que tal vez podría ser definidos como Epipaleolíticos neolitizados o como subneolíticos.

A partir de mediados del V milenio y a lo largo de IV asistimos a la expansión del modo de vida neolítico por el resto de la península. Este fenómeno alcanza las diferentes regiones peninsulares en distintos momentos, de manera que lo que en unas es el primer Neolítico puede ser contemporáneo del Neolítico pleno o avanzado de otras. En los límites entre los dos milenios se produjo la llegada de un Neolítico por vía continental con cerámica lisa, que convergen con las decoradas de raíz mediterránea, y que en Cataluña está representado por el grupo de Montboló. En el Valle del Ebro las evidencias materiales indican un proceso similar al del Mediterráneo: las cerámicas impresas aparecen con industria de sustrato geométrico en abrigos y cuevas como Botiquería dels Moros (Mazaleón, Teruel) y Costalena (Maella, Zaragoza) y en un contexto de pleno neolítico en Chaves (Baltarás, Huesca). En Andalucía se configura un neolítico medio caracterizado fundamentalmente por los hábitats troglodíticos y la aparición de nuevos tipos cerámicos asociados a las impresas. Se trata de la tradicionalmente denominada «cultura de las cuevas», primero con sus características cerámicas con decoración incisa y después con un gran engobe rojo del que reciben el nombre de «cerámica de la almagra». En la Andalucía occidental las cuevas y los poblados costeros de este mismo círculo mantienen estrechas relaciones con el Alemtejo. Por su parte, Extremadura presenta paralelos tanto con el neolítico portugués como con el meseteño.

La Meseta recibe en la segunda mitad del V milenio la llegada de gentes neolitizadas procedentes del mundo meridional de las cuevas. La ausencia de un sustrato Epipaleolítico parece indicar que estamos ante un auténtico movimiento de población, se asentó sobre todo en los rebordes montañosos y en zonas no especialmente propicias para el cultivo, lo que hace pensar en una economía de carácter pastoril. En algunas zonas la neolitización no llega hasta el IV milenio, a veces incluso avanzado. En todas partes el Neolítico Final supone una ruptura con los episodios anteriores, consecuencia de la creciente presión demográfica y de la extensión de un nuevo orden de tipo religioso y social. En la segunda mitad del milenio se produce la expansión desde la fachada atlántica del fenómeno megalítico, y se configuran los tres grandes núcleos peninsulares: el del sudeste, el portugués y el pirenaico. Los testimonios de los momentos de proximidad o de transición al Calcolítico —la cultura catalana de los «sepulcros de fosa», los poblados del sudeste o del valle del Guadalquivir, la «cultura de los silos», etc.— suponen en la mayor parte de las regiones una ruptura con respecto al Neolítico de las cuevas. Desde finales del V milenio, a lo largo de todo el IV y hasta comienzos del Calcolítico (en torno al 2500 a. C.) se difundirá un nuevo ritual funerario —el megalitismo— representativo de un nuevo modelo de sociedad. Su perduración durante la Edad del Cobre, e incluso su reutilización en etapas posteriores, será un

elemento más de continuidad.

El Neolítico. Un Aporte Mediterráneo

Las primeras aportaciones culturales y humanas de las poblaciones con cerámicas cardiales se producen a comienzos del VI milenio a. C. en una primera etapa se asientan en la franja mediterránea entre Cataluña —donde se enlazan con los importantes grupos de sudeste de Francia— y el sudeste. Conceptualmente podemos diferenciar dos tipos de asentamientos: los pertenecientes a un Neolítico puro en que el nuevo equipo material viene acompañado de la producción de alimentos, y otros en que la cerámica impresa con *Cardium* se superpone a contextos con industrias geométricas, dando lugar a una especie de Epipaleolítico neolitizado. Esta primera etapa se circunscribe a la zona reseñada desde Cataluña hasta Murcia, con focos de máxima densidad y tradición histórica en Monserrat y las tierras valencianas del sur del Júcar. Los hábitats conocidos se encuentran fundamentalmente en cuevas, que en ocasiones denotan una ocupación intensa y prolongada. Entre los primeros destacan las del Toll y Monserrat en Cataluña y L'Or (Beniarrés) y la Sarsa (Bocairent), y entre los segundos, Guixeres de Vilobí (Cataluña) y Casa de Lara (Villena, Alicante). Su economía puede ser conocida de una manera directa a través de los restos paleontológicos paleobotánicos correspondientes a los alimentos consumidos, y de una manera indirecta, por los instrumentos empleados para su obtención (azuelas, hoces, layas) o transformación (molinos de mano). La actividad económica fue desde un principio de carácter mixto, agrícola y ganadera, en la forma en que fue importada por los primeros grupos mediterráneos. Se cultivaban varias especies distintas de trigo y cebada, cuya asociación, como ya se ha indicado, es normal en estadios iniciales de la agricultura cerealista. B. Martí Oliver y J. Juan Cabanilles se inclinan por una agricultura basada en la deforestación como medio para conseguir tierras de cultivo. Las primeras especies que se importaron ya domesticadas fueron la cabra y la oveja, a las que posteriormente se añadiría el ganado vacuno y de cerda. La existencia de una economía productora plenamente neolítica no impide que continúe una intensa actividad depredadora, respecto a la cual se dispone de datos difíciles de cuantificar y de relacionar con los procedentes de la horticultura y la ganadería. En cuanto al número de restos óseos, los provenientes de especies de caza (ciervo, corzo, cabra, jabalí, caballo, toro salvaje y conejo) representan casi la mitad del material paleontológico recogido. En lo que concierne a vegetales silvestres, la muestra es mucho más reducida a causa de su carácter perecedero, señalándose restos de bellota en alguna de las estaciones valencianas. Los caparazones de moluscos y peces marinos aparecen en yacimientos cercanos a la costa, mientras que en cueva de L'Or se señala la presencia de caracoles terrestres.

La introducción de nuevos modos de vida y modelos productivos comporta siempre cambios en el ámbito de las creencias, aunque en estas épocas resulten aún difíciles de evaluar. El comportamiento de carácter trascendente se evidencia al menos en dos tipos de actuaciones: el nuevo arte parietal y los rituales funerarios. A este Neolítico Antiguo se corresponden las pinturas rupestres de carácter macroesquemático de la comarca de la Contestania, de las que se hablará más adelante, a las que se superpone el característico arte levantino. Su emplazamiento en abrigos y su iconografía aluden a un universo conceptual diferente al del arte naturalista del Paleolítico Superior, lo que constituye un argumento más a añadir a los muchos elementos de carácter alóctono que encontramos en estos momentos.

Las escasas evidencias de carácter funerario se limitan a algunas inhumaciones en cuevas: la Sarsa y Coveta, etc. aunque el tipo de emplazamiento no indica una ruptura con respecto al mundo Paleolítico y Epipaleolítico, el carácter múltiple de las inhumaciones (una doble en la Sarsa y, en ocasiones, varias tumbas por yacimiento) parecen anunciar la costumbre de los enterramientos colectivos en cueva, característica de momentos más avanzados. Las poblaciones neolíticas cuentan con una cultura material propia que se corresponde con el conocimiento de nuevas técnicas (cerámica, pulimento de la piedra) y con la necesidad de hacer frente a nuevas actividades (la producción de alimentos, su transporte, transformación, almacenamiento, etc.). Su «fósil director» son las varias veces mencionadas cerámicas impresas, decoradas mediante la aplicación de la concha del *Cardium* o de otros instrumentos (punzones, gradinas). Por su morfología y tipo de pasta pueden establecerse dos grupos, uno de vasos más finos con decoración cardial —posiblemente no aptos para ser expuestos directamente al fuego— y otro de piezas más bastas, cuyos componentes estarían destinados respectivamente al almacenamiento y a la cocción de alimentos. La tecnología de la piedra se ve ampliada con el pulimento que permite fabricar hachas y azuelas apropiadas para la actividad agrícola y para la explotación del bosque que exige la obtención de nuevas tierras cultivables. En piedra tallada continúan fabricándose algunos útiles de episodios anteriores como los geométricos y se incorporan los elementos de hoz, que resultan fácilmente identificables por su forma y por la presencia de un brillo o lustre característico producido por su empleo para cortar cereales. La industria ósea es especialmente rica y variada en yacimientos como la cueva de L'Or, y se aplica tanto a la fabricación de útiles en sentido estricto (punzones, espátulas, cucharas, gradinas) como objetos de adorno.

El Neolítico Pleno. La Expansión por el Resto de la Península

Entre mediados del V milenio y comienzos del IV a. C., encontramos ya bien

documentada la presencia de poblaciones productoras en la mayor parte de la península. El mecanismo de su difusión y la incidencia en el sustrato es de alguna manera similar al descrito al hablar del Neolítico mediterráneo, en el que se observaba un doble proceso: Neolítico puro de origen externo y neolitización del Epipaleolítico local en los casos de que éste existiese. La importancia y la naturaleza de ese sustrato es variable de una región a otra, perdurando en algunas hasta la aparición del megalitismo en el Neolítico Final. La cronología del cambio cultural varía de unas regiones a otras, de forma que lo que en unas zonas constituye el primer Neolítico coincide con estadios avanzados en otras, que en la periodización antigua podríamos llamar Neolítico Medio.

En el litoral mediterráneo, al Neolítico Antiguo le sucede una etapa conocida como Epicardial, que a lo largo del IV milenio encontramos representada entre otras en las cuevas de L'Or (Valencia) y Fosca (Castellón). Junto con la decoración cardial aparece ahora otra también realizada mediante impresión con otros instrumentos, o con cordones en relieve. En Cataluña, el grupo con cerámicas lisas que recibe el nombre del importante yacimiento de Montboló parece representar la llegada del aporte continental a la península. En Andalucía, el número de yacimientos y referencias es elevado, aunque no hay demasiada información de tipo estratigráfico, cronológico y paleoeconómico, por lo que muchas de las interpretaciones son actualmente objeto de discusión. En sus primeros estadios encontramos horizontes con cerámicas impresas, junto con otras con decoración incisa o con cordones en relieve, a las que se suman las típicas cerámicas con engobe rojo o «a la almagra» que configuran el equipo material de lo que tradicionalmente se viene llamando «cultura de las cuevas». Al mismo tiempo hay estaciones en que el sustrato Epipaleolítico, representado por una industria de tipo geométrico, es asimismo importante, de forma que parece documentarse el doble esquema antes descrito para el Mediterráneo (Neolítico verdadero y neolitización del sustrato). En relación con esas primeras poblaciones de la cultura de las cuevas, la discusión se plantea en términos de si ésta representa un episodio antiguo paralelo al cardial o si estamos ante un Neolítico Medio o Pleno, y consecuentemente posterior, que es lo que parecen indicar las últimas revisiones.

En Andalucía oriental los hábitats son fundamentalmente cuevas, algunas de ellas representativas de ocupaciones intensas y prolongadas: La Carihuela de Piñar (Granada), Murciélagos de Zuheros (Córdoba), El Nacimiento (Jaén), Nerja (Málaga), etc., aunque hay también verdaderos poblados al aire libre, algunos de los cuales continuarán en uso hasta llegar la transición con el Calcolítico. En Andalucía occidental y en el sudeste, además del mundo de las cuevas (la Mora, en Jabugo) similar al del resto de la región, encontramos una serie de yacimientos

costeros al aire libre más relacionados con el mundo portugués del Algarve. Estos últimos representan una población particular asentada en poblados sin estructuras defensivas, compuestos por cabañas de dimensiones reducidas que debieron de estar construidas con barro y material vegetal.

Con los problemas habituales de escasez y el carácter selectivo de los datos, sabemos que estas poblaciones desarrollaron una economía mixta agrícola y ganadera en la que también jugaban un importante papel la caza y la recolección de productos silvestres. El cultivo de cereales está documentado por el hallazgo de macrorrestos de trigo en La Carihuela y de trigo y cebada en Los Murciélagos, entre otros, y por la presencia tanto en las cuevas como en los poblados de láminas de sílex con el característico brillo o lustres de los elementos de hoz. Hay evidencias de productos silvestres en varias localidades, como los restos de bellotas localizados en los sedimentos de la cueva de Los Murciélagos. Los estudios de tipo zooarqueológico nos presentan a los ovicaprinos como animales domésticos predominantes, seguidos en mayor o menor número por el cerdo y los bóvidos. La importancia de las especies de caza varía en función del territorio de captación del yacimiento, destacando el ciervo, la cabra montés, el rebeco, el jabalí y el conejo. Al igual que en el Levante, en yacimientos cercanos a la costa, como la cueva de Nerja, se observa una actividad marisquera, con recolección de caracoles marinos y mejillones.

A finales del V milenio nos encontramos ya con un Neolítico interior como consecuencia de la expansión del mundo de las cuevas hacia La Meseta y Extremadura, región esta última donde aparece con influencias atlánticas. Como referencias para fechar sus orígenes, podemos recordar las dataciones del 4300-4200 a. C. de Zuheros y apelar a las de 3700 de los primeros niveles neolíticos de La Vaquera (Segovia). La ausencia de un sustrato Epipaleolítico en estas regiones apoya, como apunta G. Delibes, una verdadera colonización a cargo de poblaciones procedentes de la cultura de las cuevas. Estos grupos se asientan en terrenos de los rebordes montañosos de ambas submesetas, utilizando las cuevas como lugares de habitación y, en ocasiones, de enterramiento. Sólo en un momento más avanzado, que podemos poner en relación con un mejoramiento climático en torno al 3000 a. C., encontramos algunos poblados al aire libre. Entre aquellas destacan las de Nogalera y La Vaquera (Segovia) y Atapuerca (Burgos), en la submeseta norte, y el Aire de Patones (Madrid) y Verdelpino (Cuenca), en la submeseta sur. Los poblados aparecen en ocasiones en lugares de cierto valor estratégico, como el de Ucero (Soria), Peña del Bardal de Diego Alvaro (Ávila) o Altotero de Modúbar (Burgos), mientras que en otras se localizan sobre los areneros (Valdavia, Palencia) a orillas de ríos, dando lugar a los característicos

yacimientos con «fondos de cabañas». El equipo material está compuesto fundamentalmente por cerámicas con decoración incisa, acanalada o a la almagra y por una reducida industria de piedra. No hay mucha información directa de carácter paleoeconómico, si exceptuamos los análisis fáunicos de Verdelpino o La Vaquera. La ubicación de los primeros yacimientos en lugares marginales de escasa utilidad agrícola parece indicar una dedicación preferente al pastoreo, atestiguada por el predominio de ovicaprinos en los yacimientos citados, en los que aparecen en segundo término restos de cerdo y bóvidos domésticos. Junto a todo ello hay una fuerte presencia de la caza de ciervo, cabra montés, caballo, conejo y jabalí.

Como en el Mediterráneo y en Andalucía, están atestiguados algunos enterramientos en cuevas. En la Galería del Sílex de la Cueva Mayor de Atapuerca hay un importante conjunto de inhumaciones rodeadas de pequeños túmulos, en un contexto en que aparecen otras estructuras artificiales y una gran cantidad de grabados rupestres. Algunos de los motivos parietales, en especial antropomorfos y esquematizaciones animales, presentan paralelos evidentes en la decoración cerámica, constituyendo una referencia cronológica más dentro del complejo panorama del arte postpaleolítico peninsular. El Valle del Ebro ha sido a lo largo de la historia una de las principales vías de circulación y de penetración de grupos y de ideas desde el Mediterráneo hacia el interior. Por esta se produce la llegada de los cursos neolíticos hasta Navarra y el País Vasco e, incluso, posiblemente, hasta la costa cantábrica. En el Bajo Aragón la presencia de un Neolítico de raíz mediterránea es relativamente antigua, y se presenta en los mismos tipos de contexto que en el Mediterráneo, encontrando las primeras cerámicas impresas junto con materiales del Epipaleolítico geométrico en las cuevas y abrigos ya citados de Botiquería dels Moros y Costalena, mientras que hacia el 4500 a. C. en la cueva de Chaves hay un Neolítico puro de economía ganadera con cerámicas cardiales de influencia catalana.

Varios yacimientos navarros, alguno de ellos en pleno Pirineo, reproducen muy bien el proceso de transición desde el Epipaleolítico local de tipo postaziliense y geométrico hasta el Neolítico en la segunda mitad del IV milenio: cuevas de Zatoya (Aburrea), Berroverría (Urdax) e, incluso antes en la de Abauntz (Arrainz). En el País Vasco se ha destacado la existencia de dos grupos, uno de la vertiente cantábrica y otro de la meridional, que reciben el nombre de otros tantos yacimientos representativos, Santimamiñe (Kortezubi, Vizcaya) y Los Husos (Elvillar, Álava). En relación con el segundo se encuentran los poblados alaveses de Monticu de Charratu Y Fuente Hoz, también con un sustrato de carácter Epipaleolítico.

En las estaciones aragonesas, vascas y navarras de las que se dispone de información de tipo paleoeconómico (cuevas de Arenaza y Kobeaga), como siempre referida sobre todo a restos animales, se señala la presencia de ovicaprinos como especie doméstica principal seguida por los bóvidos o el cerdo, según los casos. La caza del ciervo tiene siempre una gran importancia, acompañada de otras especies en función del tipo de paisaje de cada una de las áreas de captación de recursos: corzo, rebeco, cabra montés, jabalí, etc. la presencia de gramíneas está documentada en Abauntz desde comienzos del V milenio y se carece de información sobre el consumo de productos vegetales en los otros yacimientos reseñados.

En el resto de la península, y en especial en los ámbitos norteños, la incorporación a este mundo Neolítico es bastante tardía, en ocasiones cronológicamente contemporánea de lo que en otras regiones ya se considera Neolítico Final. En Asturias y Cantabria se detecta, por un lado, la aparición de cerámica muy poco diagnosticada en depósitos de economía claramente recolectora, como algunos concheros tardíos de tradición Asturiense, y, por otro, un primer horizonte Neolítico en cuevas caracterizado por una cerámica de acabado grosero. En Cantabria los primeros testimonios evidentes de una economía productora, en este caso pastoril, parecen corresponder a los primeros grupos portadores del fenómeno megalítico.

El Final del Neolítico y el Megalitismo ibérico

A lo largo de la segunda mitad del IV milenio y del III asistimos a una serie de cambios en las formas de vida de las poblaciones neolíticas que inciden diferenciadamente en cada una de las regiones peninsulares. Las dotaciones más antiguas del inicio de estos cambios se acercan a la barrera del 4000 a. C. (incluso superándola, si hablamos de fechas calibradas), mientras que el punto de llegada será la introducción de la metalurgia en el Calcolítico o Edad del Cobre, que tomando como referencia las fechas bien conocidas del poblado de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería) podemos situar hacia el 2500-2400 a. C. aunque será en otro capítulo donde se explique la importancia de esta nueva tecnología y su impacto en las poblaciones de la España prehistórica, conviene adelantar que, al menos en un principio, no supuso una solución de continuidad con respecto al Neolítico Final, ya que incluso en asentamientos de la importancia del poblado almeriense ya citado, la metalurgia aparece como una actividad complementaria.

El IV milenio incorpora sobretodo nuevos patrones de poblamiento y de utilización del territorio y nuevos rituales funerarios. En la mayor parte de la

península se difunden los asentamientos al aire libre, que en la vertiente mediterránea suponen la utilización agrícola de las llanuras: hábitats correspondientes a los «sepulcros de fosa» en Cataluña, a la cultura de los silos en Andalucía, poblados valencianos y de la costa de Huelva, etc. hacia 3400 a. C. la Comunidad Valenciana recibe la influencia del Neolítico continental, y en especial del grupo de Chassey, que se manifiesta en la característica decoración esgrafiada de sus cerámicas. Poco antes del 3000 comienza a dibujarse el esquema de poblamiento tradicionalmente conocido como «cultura de Almería», que a mediados del siguiente milenio propiciará la transición hacia el Calcolítico. El paso desde el mundo Neolítico a los comienzos de la Edad de los Metales puede seguirse de manera especialmente detallada en el poblado granadino de los Castillejos de Montefrío, donde se observa la sustitución de los materiales propios de la cultura de las cuevas (cerámicas decoradas con impresiones de puntos, cordones o almagra) por los del Neolítico Final con sus características cerámicas lisas. No obstante, se continúan utilizando las cavidades como lugar de habitación, como demuestran las excavaciones en oriente y occidente de Andalucía. En este mismo milenio asistimos a cambios significativos en los rituales funerarios, como los representados por la ya citada cultura catalana de los sepulcros de fosa, por las inhumaciones de la cultura de los silos y, sobre todo, por la introducción del megalitismo, cuya importancia exige un tratamiento más pormenorizado.

La secuencia no puede seguirse con el mismo detalle en toda la península en Portugal el megalitismo se superpone al Neolítico con cerámicas cardiales; en la submeseta norte parece coincidir con la expansión de la cultura de las cuevas; en algunos puntos de la cornisa cantábrica esos mismos monumentos pueden representar la llegada de los primeros grupos productores de alimentos. Aunque parece que existe un poblamiento de origen casual anterior, a mediados del III milenio está documentado el poblamiento en las Islas Baleares, posiblemente en relación con el Neolítico Final del sur de Francia. El final del Neolítico y los comienzos de la Edad del Cobre (IV y III milenio a. C.) están marcados por el origen y extensión del fenómeno megalítico. La idea de megalitismo está asociada a la aparición de un nuevo ritual funerario (y por ello poblaciones portadoras de otro sistema de creencias) y de una peculiar arquitectura que utiliza grandes bloques de piedra como material constructivo. La dispersión de estas estructuras es bastante extensa tanto en el espacio como en el tiempo, por lo que posiblemente no pueda hablarse de un único proceso, que en este capítulo intentaremos centrar en el Neolítico peninsular.

Tras muchos años de discusiones sobre orientalismo u occidentalismo, sobre difusión o convergencia y sobre la evolución cronológica de las estructuras, el

carbono 14 ha demostrado la mayor antigüedad del megalitismo de la fachada atlántica del occidente europeo, solución ya apuntada por B. Bosch Gimpera que buscaba sus raíces en el Epipaleolítico de la zona portuguesa del Muge. Más complejo resulta dilucidar las causas inmediatas de su aparición y de esa génesis local o alóctona, cuestiones ampliamente debatidas por diversos autores. Algunas de las dataciones absolutas de radiocarbono y termoluminiscencia obtenidas en dólmenes portugueses superan la barrera del 4000 a. C., aunque la mayor parte de los hallazgos se fechan a lo largo del IV milenio y se prolongan por el III, en cuya segunda mitad los encontramos asociados a los primeros objetos de cobre. Las mismas tumbas fueron puntualmente utilizadas por las gentes de vaso campaniforme y de El Argar, ya en plena Edad del Bronce, e incluso encontramos enterramientos intrusivos de épocas muy posteriores.

Los megalitos propiamente dichos son estructuras funerarias destinadas a inhumaciones colectivas, lo que constituye una novedad frente a la tradición de enterramientos individuales que encontramos hasta el pleno Neolítico. Algunos de ellos alcanzan grandes dimensiones, y su construcción exigía sin duda la participación de un elevado número de personas durante un período de tiempo prolongado, lo que nos habla de un sistema de asociación en grupos numerosos y un nivel de organización y de jerarquía capaz de coordinar esa importante inversión de energías. Su carácter colectivo y una serie de elementos mobiliarios que constituyen su ajuar «estándar» representan un modelo de comportamiento religioso que fácilmente puede ponerse en relación con ese nuevo tipo de sociedad.

Desde un punto de vista arquitectónico, las tumbas megalíticas consisten en una estructura «abierta» de grandes piedras, que dibujan como mínimo la cámara sepulcral, y en un túmulo o montículo de tierra —o de tierra y cascajo— que la recubre. Las estructuras más simples reciben el nombre de «dólmenes» (en bretón «mesa de piedra») y constan de paredes verticales y cubierta plana. Más complejas y de mayores dimensiones, aunque no necesariamente más antiguas o más modernas, son los sepulcros de corredor y las galerías cubiertas. El material constructivo no siempre es literalmente «megalítico» (de grandes piedras), utilizándose a veces elementos de menor tamaño, en especial en los sepulcros de falsa cúpula, en que la cubierta se realizó por acercamiento de hiladas. En algunos lugares en cuya proximidad no se disponía de grandes bloques de piedra, a veces el mismo ritual y ajuar aparece en grandes osarios cubiertos por un túmulo, como el de Villanueva de los Caballeros (Valladolid). Aunque son las tumbas colectivas las que caracterizan este fenómeno hay otros elementos colaterales, como menhires, crónlechs o henges.

Una parte de los ajuares presenta componentes muy similares en puntos alejados: hachas de piedra pulimentada, microlitos geométricos, cuchillos de sílex, cuentas de collar, cerámicas, a la que se añaden otros objetos de extensión geográfica más limitada. Entre estos últimos en la Península Ibérica destacan elementos de simbolismo claramente antropomorfos: ídolos-placa de pizarra entre el Tajo y el Algarve en Portugal y en las tierras españolas de Huelva y Extremadura; espátulas en la submeseta norte y País Vasco; ídolos oculados sobre falange u otros huesos largos y «betilos» en el sudeste español, etc. entre estos últimos se identifican claramente atributos femeninos que pueden relacionarse con la diosa madre, aunque su filiación mediterránea actualmente esté cuestionada. Ya en el III milenio se incorporan a los ajuares puntas de flecha con retoque invasor y bifacial, que tienden a ocupar el lugar de los microlitos geométricos antes mencionados.

Algunas de las cámaras sepulcrales (en especial en el grupo galaico-portugués) llevan además decoración pintada o grabada. Los temas predominantes tienen carácter geométrico, pero no faltan representaciones animales, como ciervos y serpientes, antropomorfos, e incluso alguna escena de caza. Más adelante, al tratar de las representaciones rupestres postpaleolíticas, volveremos brevemente sobre el tema de este arte megalítico.

En la península, el fenómeno megalítico está presente con mayor o menor densidad en casi todas las regiones españolas y portuguesas. Se puede hablar de tres grandes focos: el occidental, el del sudeste y el pirenaico. El primero es el que ha aportado cronologías más antiguas, y está ampliamente representado en las tierras portuguesas del estuario del Tajo, el Algarve, Las Beiras (en especial Beira Alta) y el norte del Duero, y enlaza con los grupos españoles de Extremadura y Salamanca por un lado y de Galicia por el otro. En él predominan las estructuras en forma de dolmen simple y de sepulcro de corredor. La submeseta norte presenta esos mismos tipos de monumento en los grupos zamoranos y burgaleses. En las zonas sedimentarias encontramos una densidad de hallazgos sensiblemente menor; hay verdaderos megalitos, como el sepulcro de corredor de los Zumacales, en las proximidades de Valladolid y osarios sin estructuras de grandes piedras, como el ya citado de Villanueva de los Caballeros. Precisamente estos hallazgos pueden apuntar a un posible nexo del grupo de Las Loras, hasta ahora puesto en relación con La Rioja y el País Vasco, con el megalitismo occidental. En Cantabria el megalitismo era hasta hace poco algo desconocido, subrayándose el aparente vacío que existía entre Asturias y el País Vasco. Los monumentos localizados en varios puntos de la región son muestra de un panorama similar al de las áreas limítrofes. En el País Vasco y Navarra predominan los dólmenes simples y

continúa el empleo de las cuevas como lugares de enterramiento. En Cataluña el megalitismo parece que fue introducido desde el Midi francés en torno al 3000 a. C., estando la fase más antigua representada en los dólmenes y sepulcros de corredor del Ampurdán.

En Andalucía encontramos la mayor densidad de monumentos, algunos de ellos de dimensiones colosales. Es en esta región en la que la continuidad hasta el mundo Calcolítico y la relación con lugares de hábitat se encuentra mejor documentadas. Además de dólmenes y sepulcros de corredor existen enormes galerías cubiertas (más de 90 m de túmulo en el sepulcro de El Romeral, Málaga), y sepulcros con cubierta de falsa cúpula, a los que tradicionalmente se atribuye un origen oriental en relación con la presunta llegada de colonizadores metalúrgicos. Algo extraordinariamente llamativo es la situación y emplazamiento de estos monumentos, que en la mayor parte de los casos aparece sin relación explícita con ningún tipo de poblado lo que ha proporcionado al megalitismo cierta aureola de «civilización de muertos». Subsiste por tanto el problema de conocer el tipo de hábitat de los constructores de megalitos y el tipo de sociedad que representaban. La respuesta más verosímil es su correspondencia con un régimen de vida móvil que no se reflejó en asentamientos estables y en construcciones en materiales sólidos. No obstante, posiblemente no fuese el único tipo de poblamiento en todas las regiones y a lo largo del dilatado espacio de tiempo en que se utilizaron los megalitos como lugar de enterramiento. Algunos de los asentamientos estudiados en Granada ocupan emplazamientos naturales de carácter defensivo, como Montefrío. Sólo en momentos avanzados, hacia 2400 a. C. en Los Millares, encontramos hábitats fortificados y auténticas necrópolis junto al poblado. El estuario del Tajo proporciona lugares de habitación correspondientes a los megalitos de Neolítico Final en Serra de Baautas y Penedo de Lexin (3100 y 3055 a. C., respectivamente) y auténticos poblados fortificados de época Calcolítica comparables a Los Millares en Vila Nova de Sao Pedro y Zambujal. Fortificaciones similares aparecen en Castelo de Santa Justa, en el Algarve.

El empleo de las grandes tumbas aisladas a lo largo de generaciones, a modo de panteones (a veces hay restos de centenares de individuos), indica que estas poblaciones retornaban al mismo lugar por lo menos para efectuar sus ritos funerarios, y apoya la idea expuesta por varios autores del significado de estos monumentos como indicativo de carácter territorial, mediante los cuales el grupo «marcaba» el espacio bajo su control. Los conjuntos más recientes como el representado por el poblado y necrópolis de Los Millares, parecen responder a otro tipo de sociedad, perteneciendo cada tumba a una unidad de tipo familiar distinta.

El Arte Rupestre Postpaleolítico

El arte parietal Paleolítico que tratamos en un capítulo anterior no agota las producciones rupestres de la prehistoria española. Durante el Epipaleolítico, el Neolítico, Las Edades de los Metales —e incluso en épocas históricas— encontramos abundantísimas pinturas y grabados de distintas cronologías, técnicas, estilos, repartición geográfica y emplazamientos. Los soportes sobre los que se ubican no son menos diversos, y aunque la mayor parte son naturales (cuevas, abrigos, afloramientos rocosos), aparecen también sobre estructuras construidas por el hombre, como sepulcros megalíticos, menhires y estelas. Entre las producciones artísticas postpaleolíticas destaca el llamado «arte levantino». De entrada conviene señalar que aunque esta denominación tradicional está plenamente consensuada y comprendida, existen reservas e incluso discusiones bastante justificadas acerca de su oportunidad. El concepto de «levantino» en lo parietal se ponen en relación con elementos de tipo geográfico, compositivo (carácter narrativo), estilístico (dinamismo, diferentes grados de estilización), iconográfico (presencia de la figura humana) y cronológico, o con la superposición más o menos confusa de todos ellos. Su cronología precisa se encuentra en constante revisión, a pesar de lo cual, en el estado actual de los conocimientos, su inclusión en el capítulo del Neolítico se encuentra, como veremos, plenamente justificada.

La dispersión geográfica del arte levantino responde sólo en parte a su nombre: se extiende por la vertiente mediterránea, desde Lérida hasta Almería e incluso Cádiz, y aunque las zonas de mayor densidad se encuentran próximas a la costa hay grupos importantes que aparecen en lugares tan alejados del mar como el río Vero (Huesca), Albarracín (Teruel) o Villar del Humo (Cuenca). Todos tienen en común su localización en paneles expuestos a la luz natural, lo que plantea no pocos problemas de protección y conservación. Casi siempre se trata de abrigos, y sólo ocasionalmente de paredes al aire libre o entradas de cuevas. Por lo general tanto los paneles como los abrigos tienden a concentrarse en grupos con cierta homogeneidad y personalidad propia.

Pero además hay que tener en cuenta que el término «arte levantino» se aplica a un fenómeno que en absoluto es iconografía y estilísticamente homogéneo. Desde ese punto de vista encontramos desde paneles y figuras bastante figurativos (y en este sentido, «próximos» a lo Paleolítico) hasta totalmente esquemáticos. Tradicionalmente se pensaba que las figuras más realistas eran las más antiguas y que daban paso a las tendencias esquemáticas, pero la escasez de superposiciones impide contar con un buen respaldo para conocer la evolución de los estilos, si es

que tal evolución ha existido. En este aspecto es perfectamente lícito plantearse incluso hasta qué punto nos encontramos ante un único ciclo artístico, o si más bien lo que estamos llamando «levantino» se desarrolla durante un período dilatado que implica varios tipos de comportamiento cultural que se manifiestan en producciones parietales también distintas. Es más, su dispersión geográfica alcanza regiones entre las que no habido unidad cultural en ningún momento de la prehistoria. Desde un punto de vista técnico, se trata de un arte pictórico monocromo efectuado en tintas planas, entre las que predominan ampliamente la gama de rojos. El empleo de otros colores, como el negro, es menos frecuente, y la asociación con el grabado, verdaderamente excepcional. No es un arte de representaciones aisladas, sino de composiciones en que la figura humana ocupa un papel protagonista. Hay numerosísimas escenas de caza (La Valltorta, Castellón), de lucha (Nerpio, Albacete; Morella, Castellón), de tipo agrícola (Dos Aguas, Valencia) o pastoril (Cañada del Marco en Alacón, Teruel), de recolección (La Araña de Bicorp, Valencia), de domesticación (Tío Campano y Doña Clotilde, Albarracín) e incluso algún jinete (Abrigo IX del Cingle de la Gasulla, Ares del Maestre).

El estudio de este arte ha tocado todos sus aspectos y en consecuencia planteado muchos interrogantes, entre los que destacan los relativos a su cronología, a su filiación y a su contexto cultural. La cronología ha sido objeto de discusión desde su descubrimiento a principios de siglo XX, en que fue considerado como arte Paleolítico con ciertas peculiaridades propias de otra provincia artística. A partir de la década de 1940 las revisiones críticas de M. Almagro Basch refutaron algunas interpretaciones que parecen sugerir esa antigüedad (la supuesta presencia de fauna cuaternaria), profundizaron en las diferencias con el arte francocantábrico y —sobre todo— señalaron la representación de formas de vida (agricultura, pastoreo, domesticación) claramente posteriores a la neolitización.

Con respecto a su relación con los complejos industriales conviene señalar que —a diferencia del arte Paleolítico y a semejanza de lo esquemático— lo levantino no presenta testimonios geoarqueológicos que puedan apoyar una datación, como la correlación con estratigrafías, o paralelismos abundantes evidentes con objetos mobiliarios. Por el contrario, la existencia de yacimientos de ocupación en abrigos decorados es poco frecuente y, cuando existe, pertenece a distintos episodios: Epipaleolítico, Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce. En la actualidad hay unanimidad en su cronología postpaleolítica, pero el debate científico se centra en dos cuestiones: continuidad o discontinuidad con respecto al arte Paleolítico y filiación local o foránea. En apoyo de la primera hipótesis está la

proximidad de algunas figuras a las del arte de las cavernas (dimensiones, perspectiva torcida, estatismo) y el alejamiento más que notable de otras. En contra están los elementos considerados de origen oriental por F. Jordá Cerdá (atuendo de hombres y mujeres, tocado de los primeros, empleo del arco compuesto, perspectiva oblicua) y algunos paralelismos con decoraciones mobiliarias recientemente señalados. El descubrimiento de los abrigos de Plá de Petracos (Castell de Castells, Alicante) ha permitido conocer unos temas hasta ahora inéditos y proporcionado nuevas evidencias cronológicas a partir de la comparación entre arte parietal y decoración cerámica. Se trata de unas grandes representaciones antropomorfas y de otros motivos que por su carácter han sido bautizadas como «macroesquemáticas». En abrigos como el I de la sarga y el IV de Barranc de Benialí se superponen a ellas otras figuras típicas del arte levantino, que consecuentemente serían posteriores. A su vez los antropomorfos de la fase macroesquemática tienen sus paralelos en algunos vasos cardiales del pleno Neolítico de las cuevas de L'Or y de la Sarsa, por lo que si la secuencia de superposiciones puede extrapolarse al resto del arte levantino nos encontraríamos con que éste representa una ruptura con respecto al arte del final del Paleolítico Superior.

A partir de estos datos, las interpretaciones de B. Martí Oliver y M. Hernández Pérez proponen una secuencia en que el final del arte naturalista de raíz Paleolítica se sitúa en el Epipaleolítico microlamiar. Durante el desarrollo de la facies geométrica se produce un arte de tipo lineal geométrico y en el Neolítico con cerámicas cardiales el macroesquemático. De ambos toma algunos elementos el arte levantino, que se origina en el Neolítico Final de las comarcas centro-meridionales de la Comunidad Valenciana en los últimos siglos del V milenio. A partir de estos momentos se produce la difusión de este nuevo estilo artístico por el resto de la franja mediterránea peninsular, coincidiendo con áreas culturales distintas. Desde un punto de vista cronológico parece evidente la perduración del arte levantino hasta la Edad del Bronce, mientras que, a la vista de representaciones de carácter tan figurativo y analítico como las de Chimiachas (Huesca) o algunas de Albarracín (Teruel), la relación o la tradición Paleolítica no parece que pueda ser definitivamente descartada.

Pero, como ya se ha dicho, esta no es la única modalidad artística que se da en la prehistoria reciente española. De forma al menos parcialmente paralela al arte levantino se desarrolla un arte de tipo esquemático sobre estructuras artificiales (arte megalítico, y sobre abrigos y afloramientos naturales al aire libre (pintura esquemática). Centrándonos en lo rupestre y dejando de lado los objetos mobiliarios de sus ajuares, el arte megalítico se localiza sobre las lajas de las

cámaras sepulcrales e incluye temas de tipo geométrico y figuraciones animales y humanas en diferentes grados de abstracción. Se emplean las técnicas de la pintura y grabado, las primera especialmente característica del noroeste de la península, y bien representada en el dolmen de la capilla de Santa Cruz, en Cangas de Onís (Asturias). Este grupo, que implica Galicia, Asturias y el norte de Portugal, es el principal del arte megalítico de la península y el único que denota una personalidad propia; el resto son focos aislados y de menor densidad que se ubican en diferentes puntos de la Meseta, Huelva, Andalucía oriental y el Alemtejo portugués. Entre las pinturas predomina lo lineal-geométrico, pero hay también grabados con temas antropomorfos y animales que a veces contienen auténticas composiciones, como las escenas de caza de Juncais y Lubageira (Viseu). Son significativos los antropomorfos de Los Gabrieles (Huelva) y Azután y La Estrella (Toledo), en este último asociado a cazoletas. Entre los animales encontramos cérvidos en el sepulcro de corredor de Cubillejo de Lara (Burgos) y «serpentiformes» en una sorprendente estatua-menhir del sepulcro de corredor del pantano de Navalcán, cuya cámara sepulcral debió de estar además totalmente decorada con temas ondulados.

La pintura rupestre esquemática postpaleolítica es extraordinariamente abundante y está representada en la mayor parte de la península. Mencionada circunstancialmente desde el siglo XVIII, se localiza principalmente en abrigos y, de manera muy ocasional, en afloramientos rocosos al aire libre. La técnica utilizada es la tinta plana monocroma en rojo y su temática comprende esquematizaciones humanas, animales, ídolos, soles, líneas, etc. su repartición geográfica alcanza, como se ha dicho, prácticamente la totalidad de la península, pero tiene sus zonas de mayor densidad en los valles del Tajo, Guadiana y Guadalquivir y en Sierra Morena. Con independencia de los procedimientos de ejecución utilizados y del hecho de que la tendencia esquemática está presente en otras modalidades artísticas —incluido el Paleolítico Superior—, arte megalítico y pinturas esquemáticas son aspectos de una misma realidad que coexisten a lo largo de varios episodios de la periodización arqueológica que van desde el final del Neolítico hasta avanzada la Edad de los Metales. Los paralelismos entre pinturas esquemáticas y ciertas representaciones megalíticas son bastante evidentes e implican monumentos con un espectro cronológico amplio; mientras que alguno de los antropomorfos y animales esquemáticos descubiertos en los dólmenes aparecían en contextos neolíticos, las pinturas de sepulcros de época Calcolítica de Los Millares contenían frescos que en el momento de su descubrimiento se relacionaron con las pinturas de Los Letreros de Vélez Blanco, también en la provincia de Almería. Al mismo tiempo, elementos del arte claramente megalíticos aparecen en afloramientos en Peña Tú (Asturias) y San Sebastián de Garabandal

(Cantabria), e incluso sobre menhires en el Collado de Sejos aparecen asociados a sendas representaciones de puñales de tipología metálica.

Por otro lado, esos paralelismos pueden hacer extensivos a objetos mobiliarios presentes en ajuares, como oculados, soles y ciervos esquemáticos, que aparecen tanto en paredes de abrigo y megalitos como las cerámicas Calcolíticas de Los Millares. Algunos de estos motivos están bien fechados en contextos más modernos que circunstancialmente están presentes en el megalitismo postneolítico, por ejemplo en los fragmentos de cerámica campaniforme decorados con soles y ciervos esquemáticos descubiertos en Las Carolinas (Madrid).

En síntesis puede decirse que el arte rupestre es una constante a lo largo de la prehistoria reciente de la Península Ibérica. Arte levantino, arte megalítico y arte esquemático son fenómenos en buena parte paralelos cuyos límites superan las parcelas en que el resto de la cultura material permite subdividir el tiempo que va desde el Epipaleolítico hasta la Edad de los Metales. Sobre el panorama descrito en este capítulo aparecerán los primeros grupos peninsulares conocedores del uso y de la metalurgia del cobre. Con esas poblaciones Calcolíticas se iniciarán Las Edades de los Metales, en las que asistiremos a una larga serie de cambios de índole social, económica y política. La necesidad de disponer de metales establecerá nuevos estímulos de relación y una nueva organización espacial y condicionará la apertura de vías comerciales. Sobre todo, comenzará a diseñarse un nuevo orden social, especializado profesionalmente y jerarquizado, que comenzaremos a ver en los primeros grandes poblados del sudeste.

SEGUNDA PARTE: DE LA EDAD DE LOS METALES A LA ÉPOCA ROMANA

II

EL INICIO DE LA UTILIZACIÓN DE LOS METALES

A pesar de los enormes problemas de periodización de esta época, debido a las diferencias regionales y cronológicas puestas de manifiesto incluso en una gran diversidad terminológica utilizada por los distintos autores, se puede afirmar que la entrada de la Península Ibérica en la economía incipiente de los metales se produce en el tercer milenio. Esta inicial aparición de la metalurgia supone un importante avance de la economía por las posibilidades que ofrece el empleo del cobre en un primer momento y posteriormente del bronce (aleación de cobre y estaño). La agricultura, que se había iniciado en la etapa anterior, conocerá ahora una mayor extensión. Por su parte, la estructura político-social conoce un inicio de complejidad y aparecen los primeros núcleos preurbanos. Podemos decir que se inicia un doble proceso de diferenciación, la estratificación interna de las sociedades con el predominio de unos grupos sobre otros, por la existencia de un grupo social que posee la técnica especializada de la metalurgia, y relaciones también de desigualdad entre los distintos pueblos, con un predominio claro de aquellas poblaciones que poseen yacimientos metalíferos y los explotan. Así la zona sur de la península y zonas adyacentes destaca sobre el resto de las áreas peninsulares ya a lo largo del segundo milenio por ser el área donde se da abundancia de cobre. Por otra parte, a medida que avanza el uso de los metales, sobre todo con el bronce ya desarrollado, las sociedades tienen una mayor capacidad bélica, son grupos de población que ubican sus poblados en lugares fáciles de defender con refuerzos incluso de murallas y en sus tumbas se han descubierto abundantes armas, reflejo de una necesidad vital. Del mismo modo, la búsqueda del cobre trajo como consecuencia que se abrieran nuevas rutas comerciales o de intercambio o se reforzaran vías antiguas. Destacan por su influencia en el proceso histórico posterior los contactos mediterráneos por la búsqueda de cobre y estaño principalmente, aunque también oro, plata y plomo, y la apertura de las rutas marítimas atlánticas, por el estaño del noroeste de la Península Ibérica, Bretaña y las Islas Británicas.

Todo este proceso trajo como consecuencia que ya en este momento

comenzara a darse una clara diferenciación entre las distintas áreas culturales, que, muy a grandes rasgos, pueden ser: Valle del Guadalquivir, Granada, Almería y el Sudeste, con desarrollo de las técnicas del metal y economía agrícola y Cataluña, País Vasco, Norte, Noroeste y Extremadura, que siguen con su economía ganadera. A modo de periodización, aún con las dificultades de diversidades regionales la arqueología y la confusión terminológica de muchas de las obras del último siglo, podemos establecer lo siguiente:

1. Calcolítico o Edad del Bronce, que también ha sido designado en otras épocas Eneolítico. Se puede situar entre la segunda mitad del tercer milenio y los primeros siglos del segundo. Es la época del megalitismo, que ya ha sido analizado anteriormente. En esta época se incluye también el fenómeno campaniforme, denominado por otros, creemos que impropriamente, cultura del vaso campaniforme.

2. Edad del Bronce. Es la etapa de desarrollo pleno del metal, normalmente el bronce, destacando como grupo fundamental la denominada «cultura de El Argar».

3. Bronce Final. Hacia el año 1000 a. C. o finales del segundo milenio. Es una etapa mal conocida y bastante desigual según las zonas peninsulares, como se puso de manifiesto en el I Congreso sobre Etnogénesis y Etnografía de la Península Ibérica celebrado en Madrid en diciembre de 1989 y organizado por M. Almagro Gorbea, uno de los investigadores más interesados en el estudio de la formación de las etnias de la Península Ibérica, o, dicho de otro modo, de la conformación de los pueblos que aparecen con sus nombres respectivos en las fuentes greco-latinas referidas a la época de la conquista y épocas anteriormente cercanas.

En el Calcolítico se produce una serie de cambios importantes con relación a la etapa anterior. El uso del metal trae como consecuencia una situación que será continuada a lo largo de la antigüedad al menos hasta el Bajo Imperio Romano, que es la supremacía del desarrollo histórico de Andalucía con respecto al resto de la Península Ibérica. Comienza a aparecer un protourbanismo relacionado directamente con los inicios del empleo del metal, con poblados situados en lugares defendidos y con defensas artificiales. La agricultura se generaliza en la cuenca de los grandes ríos y en los valles, habiendo aparecido mayor número de útiles relacionados con esta actividad, como molinos, hachas pulimentadas, dientes de hoz, etc., en los yacimientos de la época excavados. Asimismo, la caza juega un papel importante y se avanza en la domesticación de nuevas especies animales, encontrándose en yacimientos de esta época bóvidos, óvidos, cápridos, cerdo,

caballo conejo. Parece que la industria textil se extiende en esta época, si tenemos que hacer caso de los hallazgos de pesas de telar y fusayolas con bastante profusión. No obstante, la cerámica, sobre todo el vaso campaniforme, sigue siendo con mucho el resto más relumbrante de esta época. En el Estado actual de la investigación se sabe que el vaso campaniforme no es una cultura, sino más bien un fenómeno, pues existen numerosas culturas europeas en zonas geográficas distintas que tienen entre sus elementos el vaso campaniforme. Se ha pensado en distintos orígenes para el vaso campaniforme: Ibero, oriental, etcétera, pero, si partimos de que no es definidor de una cultura, sino elemento de muchas, todas estas hipótesis tienen su razón de ser. Como dice Terradell, es un dato que permite situar en una misma época a grupos distintos, sin que el resto de los elementos de cultural material sean homogéneos, marcando caminos de mutuas influencias.

En el aspecto funerario se produce la aparición de enterramientos colectivos frente a los individuales anteriores. Es el megalitismo analizado en el capítulo precedente. Pero, junto a este tipo de enterramientos, aparece la utilización de cuevas naturales aprovechadas como sepultura o algunas construidas con tal fin, sin que esto signifique necesariamente que los enterrados en los megalitos pertenezcan a sociedades dominantes, ya que en algunas cuevas utilizadas como sepultura han aparecido restos que hacen referencia a grupos sociales ricos y poderosos.

En esta época es cuando las Baleares entran plenamente en un proceso de contactos casi regulares con el entorno por el avance que se ha producido la navegación. Hacia el año 1700 a. C., como fecha de referencia, podemos hablar del final de esta primera fase de uso de los metales. La que genéricamente hemos denominado Edad del Bronce es la etapa de uso pleno del metal. No vamos a entrar a analizar las diferentes nomenclaturas utilizadas para designar esta etapa o las distintas fases de ella, pues complicaría demasiado la exposición y no aportaría nada fundamental a lo que queremos expresar, que es, en definitiva, que hacían y de qué instrumentos se servían las poblaciones de esa época en la Península.

Se da una cierta unidad geográfica con su foco principal en el sureste de la península ibérica, aunque con relaciones con las áreas vecinas. Ese grupo denominado «cultura de El Argar» o «civilización de El Argar», que ha alcanzado una técnica metalúrgica más avanzada, comenzando a ser casi dominantes las piezas hechas de bronce, con una desaparición paralela, aunque no total (hay una especie de hoz primitiva para cuya fabricación se siguen utilizando piezas de sílex), de la artesanía de materias líticas.

En cuanto al hábitat de esta época, aunque no de forma exclusiva, la mayoría de sus poblados van a situarse en alturas naturales de fácil defensa, aunque el hábitat en cueva no desaparece por completo. Otra novedad importante es el paso del enterramiento colectivo (ya sea megalítico, ya en cuevas), al enterramiento individual dentro del mismo poblado. La actividad económica aumenta. El sector agropecuario se caracteriza por el cultivo de trigo, cebada y leguminosas, así como el lino, y la cría de caballos, bóvidos, ovejas, cabras y cerdo, aunque en la dieta alimentaria todavía sigue siendo importante la caza, en la que destacan el ciervo, el jabalí y la liebre. La minería y metalurgia conocen un avance espectacular, precisamente por el uso cada vez más frecuente de piezas de bronce, sobre todo en la zona del sudeste y de ahí, la gran densidad de poblados en la provincia de Jaén por la riqueza de los yacimientos mineros de Linares. Pero esta metalurgia por fundición no se circunscribe únicamente a la zona del Sudeste, pues se han encontrado crisoles, escorias y moldes de fundición en yacimientos del Suroeste portugués, así como en Levante y La Mancha, continuando también algunos elementos Calcolíticos como las puntas de flecha de Palmela, hachas, escoplos, agujas y punzones. Conviene también destacar el círculo del noroeste de influencia atlántica con un gran florecimiento de la metalurgia del bronce y el oro.

En la cerámica se produce un cambio respecto al Calcolítico, pero no un corte total, como han querido ver algunos autores, pues en muchos casos se trata de una evolución de las anteriores. Lo típico de la cerámica de esta época son las formas carenadas, que, progresivamente, van ascendiendo desde la base (en las primeras formas) hasta cubrir prácticamente todo el vaso en el Bronce Final. A lo largo de toda esta etapa se han ido produciendo diferenciaciones en el grado de desarrollo de las distintas regiones, precisamente en función de la existencia en mayor o menor grado de minería y metalurgia. Podemos decir, de todos modos, que hacia el año 1300-1200 a. C., de acuerdo con las investigaciones actuales, comienza una nueva etapa que genéricamente se ha denominado Bronce Final y en la que durante siglos, por la propia evolución interna y por la influencia de elementos externos, entre los que destacan fundamentalmente los denominados «campos de urnas» y las relaciones mediterráneas (fenicios y griegos), se irán formando las poblaciones indígenas que aparecen en las fuentes clásicas de la Península Ibérica. En la práctica, cuando hablamos del Bronce Final, nos estamos refiriendo al último periodo de la Prehistoria y al paso a la Historia. Pero, no por ello, y dada la naturaleza del acontecer humano, se pueden hacer cortes bruscos. Es la etapa en que se producen, sin duda, las mayores transformaciones culturales, económicas y sociales que desembocarán en el mosaico de pueblos que encuentran los romanos a su llegada y que analizaremos más adelante.

Se trata de un período de gran dinamismo cultural en relación con el precedente, con unas interrelaciones cada vez más fluidas entre las distintas áreas de la Península. Es el momento, además, en que comienzan a producirse las influencias culturales externas, algunas de las cuales analizaremos como capítulo aparte (colonizaciones) y otras (bronce Atlántico, cultura de los «campos de urnas», etc.) al hablar de la formación histórica de los pueblos indígenas prerromanos. Únicamente para encuadrar cronológicamente esta etapa diremos, siguiendo a Almagro-Gorbea, que el Bronce Final se inicia hacia el 1500 a. C. y llega en el noroeste hasta la formación de la cultura de los castros hacia el año 500 a. C.; que algo similar sucede en el centro de Portugal, aunque los castros de esta zona pueden fecharse hacia el año 700; que en el Sudoeste el Bronce Final llega hasta el periodo orientalizante tartésico, hacia el año 700 a. C.; que en la Andalucía occidental debemos hablar, como piensan varios autores, de Bronce Final pretartésico o prototartésico, que continúa con un período prontoorientalizante, para llegar hacia el año 500 a un período denominado por Almagro Ibero-turdetano; que algo similar sucede en Extremadura, aunque la primera etapa del Bronce Final no sea prototartésica; que en la Meseta el Bronce Medio y Final están caracterizados por la Cultura de Cogotas I, llegando a través de lo celtibérico, hasta lo celtibérico-romano hacia el año 100 a. C.; que en el sudeste, a una etapa de Bronce Tardío (postargar), sigue una etapa de Bronce Final y las influencias tartésicas orientalizantes, que, junto con las griegas, desembocan hacia el año 550 a. C. en el Ibérico Antiguo, y, finalmente, en el nordeste la fecha que en otros ámbitos corresponde al Bronce Final, coincide aquí con el inicio de los Campos de Urnas Antiguos I, que llegan en la mayor parte de las zonas al Ibérico Antiguo hacia el año 550.

LA CULTURA TARTÉSICA

En la actualidad, el proceso histórico de las poblaciones del suroeste, conocido como «cultura tartésica», se pone en relación con el horizonte cultural «orientalizante» (M. E. Aubet), que afecta de forma desigual a Grecia, Italia y el sur de España, representando, según esta autora, una transición entre las culturas protohistóricas y geométricas del Mediterráneo y la civilización histórica clásica, con el acceso de las poblaciones de estas áreas a formas de vida urbana, en un periodo cronológico que se enmarca entre el siglo VII y el siglo VI a. C. en opinión de M. E. Aubet, el horizonte que conocemos como cultura tartésica nace exclusivamente de la componente fenicia y como fenómeno más «oriental» que «orientalizante», dado que las colonias fenicias del litoral de Granada, Málaga y Cádiz ya estaban fundadas desde mediados del siglo VIII a. C. y su auge económico se inicia en el año 700 con la penetración generalizada de importaciones fenicias hacia el interior, lo que da como resultado un proceso de «aculturación» que conducirá a lo largo de los siglos VII y VI a. C. a una serie de cambios culturales conocidos con el nombre de «horizonte tartésico orientalizante».

El Valor de las Fuentes Literarias

En los últimos años se ha producido una renovación total de los conocimientos sobre Tartesos mediante el análisis de los hallazgos arqueológicos y una revisión crítica de las fuentes literarias, lo que ha hecho conseguir una perspectiva distinta del conocimiento de la historia de Tartesos. Hay posibles referencias a Tartesos en una serie de fuentes semíticas y las tradiciones míticas griegas. Entre las primeras destacan las menciones de la Tarsis bíblica contenida en los libros del Antiguo Testamento y las alusiones a Tarsis en la estela de Nora y la inscripción del emperador asirio Asharadón. En el Antiguo Testamento la palabra Tarsis es utilizada como antropónimo, piedra preciosa, tipo de barco y topónimo. La identificación de este topónimo no ha sido uniforme. Así, mientras para unos autores hay que situarlo en el Mar Rojo sin tener en cuenta la fecha de composición de la fuente, para otros Tarsis es Tartesos, independientemente también de la cronología. Lo más probable es que, según la época de composición del texto y la concepción del mundo que tenían los hebreos como algo cerrado, en una primera etapa (primeros años del I milenio a. C.) se refiriera al Mar Rojo como tierra prometida, teniendo relación en las referencias más modernas con Tartesos, debido al comercio que realizan los fenicios con el occidente del Mediterráneo a partir del siglo VIII a. C. tanto González Wagner, como Bunnes y Alvar consideran que la referencia a Tarsis es una referencia a occidente, bien en su conjunto, bien en un lugar más concreto de occidente. El agrupamiento b-trss de la primera línea de la

estela de Nora y la inscripción de Asharadón en que este emperador asirio se vanagloria de haber conquistado muchos países marítimos, entre ellos el país de Tar-si-si, refuerzan la localización mediterránea occidental de la Tarsis bíblica.

Las tradiciones míticas griegas pueden dividirse en dos grupos: las que ofrecen información indirecta en un momento anterior a la expansión colonial histórica de los siglos VIII y VII a. C. y las que aluden específicamente a Tartesos. A éstas hay que añadir las tradiciones de carácter histórico. Al primer grupo pertenecen las leyendas de los nostoi (vuelta a casa de los caudillos de la guerra de Troya —Ulises, Anfíloco, Teucro, Antenor, etc.-), de los Argonautas y su ubicación occidental, posiblemente por razones de tipo político-económico de determinadas ambiciones coloniales en occidente, y la ubicación occidental del mito de las Gorgonas y las hazañas de Perseo por Hesíodo (*Teogonia*, 274 y S. S., Segunda mitad del siglo VIII a. C.), sin lugar concreto, porque el inicio de la gran colonización impone la búsqueda de una región nebulosa más lejana. Entre las tradiciones míticas griegas que aluden específicamente a Tartesos se encuentran el mito de Gerión y el décimo trabajo de Hércules, localizados en la Península Ibérica, porque en un determinado momento constituyó para los griegos el fin occidental del mundo y cuya historicidad es extensamente rechazada, las tradiciones míticas griegas, sin mención específica, pero que han sido relacionadas con esta cultura peninsular (leyendas y mitos relativos al jardín de las Hespérides y el undécimo trabajo de Hércules, el de Atlas, Prometeo y los Titanes, así como la leyenda de la Atlántida) y el mito de Gárgoris y Habis, que es el más célebre de los relacionados con Tartesos y sobre el que se han realizado estudios e interpretaciones muy abundantes, intentando a menudo con él la reconstrucción interna de Tartesos. Entre estos estudios destacan los de Caro Baroja, Maluquer, Blázquez, Vigil, Ruiz Rodríguez, Bermejo y García Moreno para quienes el referido mito sería el reflejo de un sistema monárquico con una monarquía divina de tipo hereditario y una sociedad dividida en clases. En opinión de González Wagner, se trata de una creación tardía determinada por los postulados teóricos de la antropología helenística y aplicada artificialmente a los orígenes de Tartesos.

Finalmente se conocen también una serie de tradiciones de carácter histórico recogidas por Estesícoro (raíces argéneas del río Tartesos), Anacreonte (longevidad de su monarca Argantonio), Hecateo (habla de una tal Helibyrge, ciudad de Tartesos), Heródoto (Tartesos como emporio de gran riqueza más allá de las Columnas de Hércules, así como de relaciones con los focenses), Eforo, Aristófanes, Estrabón (Tartesos como ciudad, Río, región y centro de contratación de metales) y Avieno, que ofrece la más abundante información de índole geográfica. Habla de una ciudad llamada Tartesos que identifica con Cádiz,

confusión que podría arrancar de época helenística.

En general podemos decir que las reconstrucciones históricas sobre Tartesos se han visto a menudo artificialmente enriquecidas debido a la utilización de una documentación literaria perteneciente con frecuencia a tradiciones tardías y en muchas ocasiones ajenas al mundo autóctono Peninsular. En este panorama los testimonios realmente significativos son bastante reducidos.

Las Fuentes Arqueológicas

Los hallazgos arqueológicos realizados no permiten hablar de una ciudad concreta, sino de una zona geográfica, más o menos delimitada por las características que éstos presentan. Es precisamente en la actualidad la arqueología quien puede aportar novedades para revisar lo relacionado con la cultura tartésica. En este sentido el estudio de las estratigrafías de Carmona, Colina de los Quemados, Ategua, Cabezo de San Pedro, Lora del Río, así como los poblados de Medellín, Riotinto o Carambolo, y las necrópolis de Setefilla y Medellín, han aumentado las perspectivas de nuevos análisis.

El horizonte cultural tartésico arranca del Bronce Final y experimenta una evolución determinada por dos factores, su propio desarrollo interno y la influencia de los pueblos colonizadores del Mediterráneo. En la evolución de este horizonte cultural tartésico, que no es uniforme, podemos distinguir tres grandes fases:

1. Período inicial, con una cronología incierta entre siglo IX y mediados del siglo VIII a. C., definido por la ausencia de cerámica hecha a torno, que demuestra la falta de contactos directos con el Mediterráneo central y oriental algunos autores hablan de este periodo como fase última del Bronce Final del suroeste.

2. Período medio, entre mediados del siglo VIII o un poco antes y los primeros años del siglo VII a. C. continúa la cerámica hecha a mano aunque aparecen las primeras piezas a torno, y se documentan las primeras relaciones con la colonización fenicia.

3. Período final, desde los inicios del siglo VII y hasta mediados del siglo VI, etapa en la que se intensifica la influencia colonial fenicia, se generaliza la cerámica a torno, aumenta el comercio de minerales, todo lo cual da como consecuencia la orientalización de la cultura tartésica.

Pero junto a elementos de cultura fenicia aparecen en el sur de la península

entre los siglos VIII y VII a. C. piezas griegas, sobre todo de cerámica dentro de yacimientos de filiación fenicia o pertenecientes al ambiente tartésico. Para García y Bellido, Blanco Freijeiro y Blázquez, Tartesos es el resultado del impacto orientalizante (fenicio y griego) sobre las poblaciones indígenas del suroeste peninsular. Para otros investigadores, en lo referente a la cultura material, lo tartésico sería lo indígena y todo lo oriental encontrado en el sur de la península sería foráneo.

En resumen, podemos decir que a comienzos del Bronce Final se produce un cambio en el horizonte cultural de esta zona con la aparición de elementos nuevos. El sur y sureste de la península presentan una facies cultural característica y propia que se extiende a lo largo del Guadalquivir, Huelva y, con sustanciales diferencias, el sur de Portugal hasta la desembocadura del Tajo con presencia de nuevos tipos cerámicos, entre los que sobresalen la cerámica de retícula bruñida y la geometría pintada. Tartesos no es el período orientalizante del sur de la península, sino algo más complejo, donde la etapa orientalizante es sólo una fase.

Proceso Histórico de Tartesos

El desarrollo histórico de Tartesos está en relación con un proceso de transformaciones estructurales que dan como resultado una diferencia clara entre las comunidades autóctonas meridionales del denominado Bronce Final de la Península, en el que no existen todavía estímulos coloniales y las poblaciones de época posterior en las que la influencia mediterránea conduce a una realidad cultural nueva. En esta evolución ha tenido lugar el contacto entre dos culturas distintas, la fenicio-oriental, de tradición urbana, economía desarrollada y diversificada y sociedad compleja y estratificada, con una estructura política avanzada en el marco de la ciudad-Estado, y la autóctona del Bronce Final del suroeste, rural de carácter pre urbano, con una organización social simple y poco diferenciada, una economía agrícola y ganadera con muy poco peso de las prácticas artesanales y metalúrgicas y sin una clara especialización. Este panorama debido de sufrir una profunda modificación por la demanda fenicia de metales, de lo que es un claro indicio la aparición y desarrollo de la industria de bronce tartésicos, el aumento de los yacimientos mineros explotados y de las cantidades de metal producidas, así como de nuevas técnicas (Riotinto y Quebrantahuesos).

El eje del motor económico se desplaza hacia las prácticas minerales y metalúrgicas, siendo los fenicios los agentes de esta transformación socioeconómica al aportar innovaciones en la minería y la metalurgia, así como el conocimiento del torno del alfarero y el hierro. Todo esto conduce a una

diversificación de las prácticas económicas de las poblaciones locales, lo que favorece la tendencia hacia una diversificación y estratificación social, a la vez que se debilitan paralelamente los vínculos internos de parentesco de las poblaciones autóctonas al orientar hacia el exterior a las unidades, que son a la vez productivas. El proceso de diversificación económico-social favoreció la aparición de sectores productivos especializados (minería, metalurgia, orfebrería y cerámica), con una mayor productividad que propicia la aparición de un excedente, del que se apropia una aristocracia militar, y el desplazamiento de la vida rural hacia formas de poblamiento de carácter netamente urbano, como puede verse en Cabezos de Huelva, Colina de los Quemados, Ategua y el castro de Medellín.

Pero estas transformaciones estructurales no sólo tienen lugar localmente, sino a nivel regional como consecuencia de la demanda fenicia se hace preciso un control efectivo sobre las zonas de producción metalífera y sobre las vías internas de comunicación hacia la costa. Esta unificación de la estructura económica favorecía el desarrollo de tendencias hacia alguna forma de unificación política. Las fuentes literarias (Heródoto, Anacreonte y el viaje de Colaios de Samos) hacen referencia a un basileus Argantonio, que gobernaba sobre Tartesos en la segunda mitad del siglo VII a. C. y cuyas características eran gran longevidad, pacifismo y hospitalidad. No obstante, el término basileus no debe ser usado como testimonio inequívoco de la existencia de una monarquía tartésica, dado que los griegos lo utilizaban para referirse a los gobernantes de los pueblos bárbaros y por oposición a sus propios sistemas de gobierno. Hay que tener en cuenta, también, la posible falsedad histórica de las fuentes literarias que dan noticia de unas pretendidas dinastías mitológicas (Gerión, Gárgoris y Habis) para sustentar la existencia real de una monarquía tartésica de la cual Argantonio podría considerarse como descendiente.

Además, arqueológicamente el Bronce Final del Sudoeste únicamente nos permite hablar de unas sociedades incipientemente jerarquizadas sin traspasar la estructura de grupos familiares gentilicios con jefes de carácter guerrero. Por otra parte, hay que tener en cuenta las propias diferencias regionales y las particularidades culturales, con las diferencias socio-políticas y socio-económicas derivadas. En el suroeste, Huelva parece ser la zona que recibió un mayor impacto de la presencia fenicia con transformaciones más intensas. De este modo, según González Wagner, debemos considerar la muy probable existencia de un proceso de unificación política en torno al núcleo más avanzado, la región de Huelva. Tal proceso no se manifiesta en la aparición de un estado territorial con una estructura política monárquica, sino en una especie de confederación tartésica en la que los distintos caudillos locales reconocerían la autoridad de un jefe como, Argantonio.

En todo el Mediterráneo y no sólo en Tartesos se conoce la existencia de un período orientalizante, que al parecer se debe más a un proceso de difusión cultural de técnicas y modelos de raíces orientalizantes que a una transformación profunda de las estructuras culturales propias de cada una de estas áreas, que siguen conservando su fondo original. Por otro lado, gran parte de estos restos materiales orientalizantes de carácter suntuuario (marfiles, bronces y joyas, sólo son representativos de las élites locales y no del conjunto de la población tartésica. Con frecuencia estos objetos materiales tomados del exterior se superponen sobre las prácticas locales sin modificarlas.

En otro orden de cosas, a partir del siglo VII a. C. la arqueología documenta un repentino crecimiento demográfico de los asentamientos fenicios del Mediterráneo central y occidental, a la vez que el establecimiento de otros nuevos, debido, al parecer, a la presión asiria sobre los territorios agrícolas fenicios del interior. Nos encontramos de este modo con un proceso en dos etapas: en un primer momento se producen transformaciones estructurales en el ámbito económico, social y político, debidas a la demanda comercial de los semitas y que aceleran la evolución del mundo autóctono, para pasar después a la implantación de comunidades agrícolas semitas en las tierras tartésicas del interior (Sevilla, Extremadura y quizá Córdoba). Se produce, de este modo, una asimilación de los indígenas, bien como mano de obra agrícola en los asentamientos coloniales fenicios, bien como fuerza de trabajo industrial en las factorías, que se convierten en elementos directos de aculturación.

El Final del Mundo Tartésico

Una serie de acontecimientos, entre los que posiblemente el principal sea la fundación de la colonia focense de Masalia (Marsella), influyen de manera clara en el debilitamiento del reino de Tartesos. La fundación de Masalia al final de la vía interior del estaño en la desembocadura del Ródano perjudicó el abastecimiento del estaño en el mediodía peninsular, de modo que a finales del siglo VI a. C. ya no existen representaciones de la gran metalurgia del bronce en Tartesos. Los fenicios ya no pudieron proporcionar a los indígenas el estaño necesario para la fabricación de bronces y la propia actividad económica de los fenicios, que actuaban como intermediarios, se vio afectada, lo que se refleja en una importante crisis en los asentamientos fenicios del círculo del estrecho. Políticamente, este proceso desembocó en la crisis de la unidad de la infraestructura económica regional y la consiguiente ruptura del equilibrio político, dividiéndose el territorio en un mosaico de «taifas» donde ningún jefe local estuvo en condiciones de controlar un territorio más amplio del que tradicionalmente pertenecía a su grupo. El periplo

del almirante cartaginés Himilcón (hacia 500 a. C.) supone un intento de los cartagineses, que surgen ahora como potencia mediterránea, por reorientar de nuevo la demanda del estaño Atlántico, en un momento en que la industria del bronce de Cartago es floreciente y se ha producido una crisis en Masalia.

Parece ser que los cartagineses han devuelto el control del estaño Atlántico a los fenicios de Gadir (Cádiz), que lo conservarán en época romana, probablemente a cambio de ser abastecidos de este mineral por ellos en condiciones ventajosas. Al mismo tiempo Cartago sustituyó a los fenicios como proveedor de plata y otros metales en el Mediterráneo central y oriental.

La actividad económica de los fenicios peninsulares se centró en la obtención del estaño Atlántico, al menos por parte de Gadir, y en la explotación y comercio de la sal y sus derivados, probablemente ambos en régimen de monopolio, lo que no favorecía una reactivación de las prácticas económicas tartésicas tradicionales. Paralelamente se produce la transformación de una economía del bronce en una economía del hierro, propia ya de tiempos ibéricos, donde el suroeste se vio relegado por otras áreas productoras de hierro.

En resumen, se produce un estancamiento del mundo tartésico que adquiere unos rasgos arcaizantes frente al despegue de lo propiamente ibérico, donde los estímulos coloniales púnicos y griegos actuaron de modo similar a los fenicios en el suroeste peninsular en la etapa anterior.

El Problema de la Escritura Tartésica

En opinión de De Hoz, la más antigua escritura hispánica surge en la zona del suroeste con una relación directa con la escritura fenicia, por el contacto que desde siglos VII a. C. mantienen los fenicios con los habitantes indígenas de las costas de la península. Según él esta escritura, la única autóctona utilizada durante dos siglos en la península, se extendió por todo el sur hasta alcanzar las costas mediterráneas en el este, donde el contacto con los griegos va a dar lugar a la escritura semisilábica íbera. También se extiende hacia occidente en el Algarve portugués. Según Correa, los testimonios más antiguos de escritura de la Península Ibérica son los conjuntos de grafitos aparecidos en Huelva y Medellín (siglos VII y VI a. C.), siendo de época posterior (siglo IV o III) el hallado en Córdoba.

La epigrafía del suroeste la forman un grupo homogéneo de estelas de las que conocemos 71, buena parte fragmentadas y 12 perdidas. Todos estos epígrafes realizados en piedra son posiblemente estelas funerarias y han sido halladas en

territorio portugués, excepto cinco en España (Alcalá del Río, Puente Genil, dos en Extremadura, etc.). Su cronología oscila entre el siglo VII y el V o IV a. C. la lengua en que están escritas aún no ha sido descifrada, aunque Correa, siguiendo a Tovar, piensa que el signatario del Sudoeste es la escritura tartesia propiamente dicha. El signatario conocido hasta el presente comprende 51 signos, pero sin que haya seguridad de que todos ellos tengan valor fonético y no otra función. González Wagner, por su parte, piensa que la escritura tartésica sirve de soporte a una lengua local que, aunque recibió préstamos de los fenicios, no fue desplazada por la lengua de éstos, sino que se perpetuó conectando con la llamada «época ibero-turdetana».

LAS COLONIZACIONES FENICIA, GRIEGA Y PÚNICA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

El término «colonización» está cargado de herencias que tienen su origen en el romanticismo alemán y el empirismo anglosajón. Estas corrientes utilizan el pasado para justificar ciertos modelos políticos, así como relaciones humanas y éticas e incluso normas presentes. Un ejemplo bastante elocuente de esta adecuación del pasado al presente lo constituye la colonización griega, que se presenta como triunfo y consolidación de Occidente frente a Oriente, de la civilización frente a la barbarie, de lo racional frente a lo irracional. En este sentido sólo a través de modelos gestados en Europa podía venir la evolución de la humanidad. Nos encontramos ante una teología occidental o helenocéntrica, según la cual la historia de occidente es la única que corresponde a la realización de la razón. Así, la colonización griega aparece en muchas obras como una necesidad histórica, intentando demostrar que el imperialismo griego era necesario para el despertar de los pueblos, lo mismo que el colonialismo moderno es algo imprescindible para el desarrollo del tercer mundo.

La Colonización Fenicia

El valor de las fuentes literarias y la arqueología

Existe una clara inadecuación entre las fechas de las tradiciones literarias y los materiales obtenidos de las excavaciones arqueológicas. Los textos bíblicos del Antiguo Testamento hablan de navegaciones en el siglo X a. C. de fecha también tempranas son las referencias en la narración egipcia del viaje de Ounamon y las estelas de los emperadores asirios (siglos IX a. C.), mientras que los textos de los autores griegos y romanos sitúan la fundación de Gadir, Lixus y Utica en torno al 1100 a. C. Estas fechas no se corresponden con los datos de la arqueología: en Chipre los objetos fenicios más antiguos son del siglo XI a. C. En Malta las tumbas más antiguas se fechan en la segunda mitad del siglo VIII, mientras que en Cartago los materiales del Santuario de Tanit no van más allá del siglo VIII a. C.; los materiales de Lixus rondan el siglo V y los de Mogador, el siglo VII; las necrópolis de la región de Tánger se fechan en el siglo VIII a. C., al igual que las excavaciones de Motya en Sicilia; en Cerdeña las fechas de los hallazgos arqueológicos se sitúan entre finales del siglo IX y comienzos del VIII, mientras que para la Península Ibérica los datos no van más allá del siglo VIII a. C.

Causas y objetivos de la colonización fenicia

En la fecha de 1100 a. C. en que las fuentes literarias sitúan la supuesta fundación de Gadir, las ciudades fenicias tienen un grado de desarrollo que difícilmente permite organizar una empresa de tal magnitud como la colonización, ya que utilizan todavía un sistema de intercambio basado en la reciprocidad, más cercano a los modelos de premercado. Hasta el reinado de Hiran I (970-936 a. C.) Tiro no se convierte en potencia política y naval, produciéndose en ese momento unas condiciones favorables para iniciar la empresa de expansión hacia el este: interrupción del comercio fenicio con el Mar Rojo hacia el 850 a. C. con la consiguiente dificultad de acceso a las fuentes de materias primas en el continente asiático y el cambio de orientación del mercado y de la demanda —Plata, cobre, estaño y hierro en sustitución de oro, piedras preciosas y marfil—. Junto a ello se detecta una importante escasez de tierra cultivable, unida a una creciente presión demográfica (siglos XII a VIII a. C.), todo lo cual encaja perfectamente con los datos de la arqueología: desde mediados de siglo IX a. C. las naves de Tiro frecuentan el Egeo y acaso también el Mediterráneo central, siendo la primera colonia de Tiro en ultramar Kition (Chipre) de mediados de siglo IX a. C., para controlar la producción y el comercio de cobre y servir de cabeza de puente a la expansión fenicia hacia occidente. A lo largo de este proceso los fenicios abastecieron a los territorios orientales bajo hegemonía de los asirios de una serie de productos manufacturados y materias primas, fundamentalmente plata o cobre, oro y hierro de la Península Ibérica. Éste carácter de intermediario del comercio fenicio aparece en las fuentes antiguas (Ezequiel, Heródoto, Diódoro y Flavio Josefo, por ejemplo).

Junto a las factorías de la costa, que realizan fundamentalmente una función comercial, encontramos la llegada de población con visos presumiblemente agrícolas y una cierta organización territorial. Pero esta situación no es única en el Mediterráneo, pues los fenicios occidentales muestran una clara tendencia a la expansión territorial (Cerdeña) o claras preocupaciones agrícolas (Sicilia). En la Península Ibérica parece que puede hablarse de una penetración fenicia a lo largo del valle del Guadalquivir hacia las fértiles tierras de la región de Sevilla. No hay razón para pensar que los fenicios de la Península Ibérica no tuvieran las mismas preocupaciones agrícolas que los de África, Cerdeña y Sicilia. También se ha aducido como causa de la expansión hacia occidente la presión tributaria que ejerce Asiria sobre las ciudades fenicias. Pero posteriores investigaciones parecen demostrar que estas capitales obtuvieron un trato de favor, una relación comercial preferente y unas ventajas comerciales que no tuvieron otros centros dependientes de Asiria. Tiro, aunque pagó tributo a los reyes asirios, conservó su autonomía política y sólo a partir de Senaquerib (704-681 a. C.) sintió verdaderamente la presión asiria y en el momento en que las ciudades fenicias se convirtieron en provincia asiria las colonias de occidente hacía ya tiempo que habían sido

establecidas. Además esta presión tributaria, lejos de dar lugar a una crisis, estimuló las relaciones comerciales hacia el Mediterráneo.

Los asentamientos fenicios. La fundación de Gadir

La máxima concentración de poblamiento fenicio se ha hallado en la zona costera de las provincias de Málaga y Granada, que es, además, la zona más explorada de la costa sur. Pero si, como parece, la meta de los fenicios era el suroeste peninsular, sobre todo por la riqueza de metales de la región de Huelva, la elección de la zona oriental se debe, en opinión de Gasull, a varias causas: un factor estratégico de dominio del estrecho de Gibraltar, la disponibilidad de tierras donde asentarse y las numerosas dificultades que presenta la travesía del estrecho de Este a Oeste, por lo que estos asentamientos de la costa oriental se dividían de base de apoyo al comercio dirigido entre Oriente y el suroeste peninsular.

Todos los establecimientos tienen en común su emplazamiento en un promontorio poco elevado, situado a la entrada de una vía fluvial y con su necrópolis en la orilla opuesta al curso del agua en otro islote, con las excepciones de Gadir y Almuñécar. Este modelo de asentamiento responde al descrito por Tucídides (VI, 2) en promontorios o islotes con fines comerciales. Sin duda el asentamiento fenicio que más controversia ha levantado en cuanto a la fecha de su fundación ha sido Gadir. Los historiadores clásicos, influidos por su grandeza y prosperidad en época helenística y romana, sitúan su fundación en 1100 a. C. para salvar el lapsus de tiempo entre esta fecha y las que nos ofrece la arqueología (no hay ningún hallazgo anterior al siglo VIII a. C.), algunos historiadores modernos han propuesto la existencia de un período precolonial, junto a una facies protoorientalizante en los siglos IX y VIII a. C. pero hay, además, una ausencia total de importaciones en el territorio de influencia directa de la colonia fenicia anteriores a 750 a. C.

Quizá la más firme defensora de la tardía fundación de Gadir es M. E. Aubet, quien aporta, además, otros datos que coadyuvan a revisar la cronología de la fundación de Gadir: los trabajos de paleotopografía que muestran un asentamiento fenicio relativamente pequeño y comparable al de Sexi (Almuñécar, Granada), tanto por su extensión, como por su situación, así como las características de enclave comercial y su situación geográfica, que contradice la hipótesis de que Gadir ejerciera como centro primario en la expansión fenicia por el sur de España. Por contra, González Wagner propone la hipótesis de que, si arqueológicamente no hay un núcleo urbano para la fecha de las fuentes escritas, es porque, en un primer momento, más que un núcleo urbano fue una pequeña

factoría bajo la protección de un templo encargada de organizar el comercio con la población indígena del interior.

Aparte de Gadir, conocemos por las fuentes literarias y la arqueología una serie de asentamientos fenicios en el sur de la Península Ibérica Malaka (Málaga), y Abdera (Adra, Almería) por Estrabón y, por datos de la arqueología, Guadalhorce (Málaga), de la segunda mitad del siglo VII a. C.; la necrópolis de Trayamar (Málaga), de fines del siglo VIII o principios del VII; el Castillo de Doña Blanca (Cádiz) de mediados de siglo VIII; Guadarranque (Cádiz); Adra y el Cerro del Prado (Algeciras), del siglo VIII a. C. únicamente tres asentamientos fenicios, Toscanos, Horno de Mezquitilla y Chorreras, han sido excavados sistemáticamente y han proporcionado ricos niveles de habitación del siglo VIII a. C.

Después de realizado este análisis conviene hacer referencia a una serie de aspectos que han resaltado los historiadores que se han ocupado de este proceso.

1. Se puede hablar de un contingente de población inicial relativamente importante, organizado y socialmente complejo, así como de la existencia de una serie de comunidades de mercaderes socialmente interrelacionadas y perfectamente organizadas sobre la base de los vínculos de solidaridad que establece una cultura común.

2. Tradicionalmente se ha denominado a los establecimientos fenicios en la Península con el término «factorías», definición que se ajusta a centros del norte de África y alguno de Iberia, pero no a la mayor parte de los mismos. Bondi piensa que hay que diferenciar entre centros proyectados hacia el comercio y sin vocación interior y fundaciones con un mayor empeño territorial, cuyo elemento prioritario es el contacto con el territorio circundante. A diferencia de lo que sucede en el Mediterráneo central, las fundaciones fenicias aparecen privadas de un relevante componente indígena, y los contactos colonizadores indígenas se documentan en el interior y no en los asentamientos litorales, con una «zona de respeto» a los márgenes de las fundaciones fenicias. Una teoría análoga es defendida por Whittaker y Bunnens. Niemeyer, por su parte, niega este control territorial por parte de los asentamientos fenicios hispanos a diferencia de las colonias griegas de la Magna Grecia.

3. No sabemos nada de las instituciones que rigieron estos establecimientos en época arcaica, aunque sí en el periodo cartaginés, con un gobierno de magistrados o sufetes en Cádiz, asistido por una asamblea de ancianos, como en Cartago, y posiblemente en Ebusus.

4. Parece que se puede afirmar que se trata de una actividad de Estado y no de una empresa privada, si tenemos en cuenta la experiencia comercial fenicia anterior a su establecimiento en la Península y que Tiro tuvo conocimiento previo del potencial en plata y otras materias primas del Sur peninsular.

LA COLONIZACIÓN GRIEGA

Del mismo modo que en la colonización fenicia, las fechas de las fuentes literarias y las de la arqueología no coinciden. Heródoto nos transmite la noticia de que los focenses fueron los primeros entre los griegos que hicieron largos viajes y descubrieron Iberia y Tartesos y se hicieron amigos de Argantonio poco antes del 546 a. C. según Estrabón, Rhode fue la primera fundación de los griegos en Iberia antes de las islas Gimnesias (Baleares); Ampurias fue fundada por colonos focenses, lo mismo que Hemeroskopeion y Akra Leuké. También Licofrón y Apolodoro sitúan colonos Rodios en la Península Ibérica y baleares. Timeo, por su parte, sitúa la fundación de la Masalia focense 120 años antes de la batalla de Salamina, es decir, en el año 600 a. C. los datos de la arqueología (el hallazgo de dos cascos corintios de bronce, uno en la ría de Huelva de hacia la segunda mitad del siglo VI y el otro en Guadalete de hacia 630 a. C., así como peines de marfil en Carmona y Osuna con figuras grabadas, similares a los de Samos del estrato correspondiente a 640-630 a. C.) muestran que en Rosas no hay, hasta el presente, nada anterior al siglo V a. C. junto a esto se ha constatado la falta de productos griegos anteriores al siglo V a. C. en el sudeste (Valencia y Alicante). Por otro lado, los testimonios arqueológicos griegos más antiguos en el sur y sureste se fechan entre los siglos VIII y VII a. C.

Causas de la colonización

La denominada segunda colonización griega o gran colonización griega se enmarca en el período arcaico (siglos VIII a VI a. C.), considerado por los historiadores como una etapa de crisis. El crecimiento demográfico del final de la época geométrica, unido a una insuficiente explotación del suelo y un sistema de herencia basado en la repartición desigual entre los herederos, genera un enfrentamiento claro entre la aristocracia y la población campesina debido a la creciente desigualdad en la propiedad de la tierra. Paralelamente se produce un desarrollo apreciable del artesanado y el comercio con el surgimiento de un demos urbano con base económica en la actividad artesanal. Otro hecho importante es el comienzo de la llegada de productos de otras áreas y el inicio de la transformación de la economía de tipo inmueble, basada en la agricultura y la propiedad de la tierra como principal medida de valor para la aparición de la economía mueble con el comercio como factor fundamental.

El resultado de todo este proceso es la evolución de la stasis en las polis arcaicas: los artesanos y comerciantes se igualan económicamente con la aristocracia, pero sin participación de las instituciones de la ciudad, mientras que

se produce una concentración urbana por aumento de trabajo en la ciudad y la aristocracia terrateniente va acumulando mayor cantidad de tierras. La colonización aparece como una salida a la crisis: para los que gobiernan la ciudad es una solución a la potencialidad subversiva de la situación, mientras que para los comerciantes tiene la doble ventaja de obtener nuevos mercados y poder participar en la organización política de las nuevas polis con un papel importante en la preparación de las expediciones.

Establecimientos griegos y sus problemas

Aparte de la falta de coincidencia de los datos de las fuentes literarias y epigráficas hay otra serie de puntos oscuros en relación con las colonias griegas que es conveniente aclarar.

1. Rhode, Rosas. Las fuentes literarias dan noticia de la presencia de los Rodios en la Península Ibérica y de la fundación de Rhode entre el 800 y 776 a. C. junto a estas noticias se ha aducido el hallazgo de fragmentos de cerámica griega (jonica, corintia y rodia) en poblados del sur de Francia del siglo VII a. C., anteriores a la fundación de Masalia. Pero parece evidente que es muy forzado relacionar unos pocos fragmentos de cerámica con una actividad colonizadora. Por otra parte, no tenemos constancia de ningún material griego en Cataluña anterior al siglo VII y las excavaciones en Rosas no han proporcionado ni un fragmento anterior al siglo V a. C., con lo que queda por demostrar la existencia de una colonización rodia anterior a la fundación de Masalia hacia 600 a. C.

2. Establecimientos griegos del sudeste. Las fuentes literarias mencionan tres colonias griegas en el sudeste de la Península Ibérica: Hemeroskopeion, Alonis y Akra Leuké. Tradicionalmente se ha localizado en Denia, Benidorm y Alicante, respectivamente, aunque con pocas bases reales, hasta que, a partir de la década de 1950, los arqueólogos muestran su escepticismo debido a la falta de hallazgos griegos en la zona, hablando incluso algunos de «colonias supuestas» y evocando otros una presencia focea casi imperceptible.

P. Rouillard, a partir del estudio del material cerámico que ha aparecido en una veintena de lugares entre Castellón y Murcia con fechas entre 580 y 560 a. C., intenta una posición central entre ambas opiniones resaltando que la presencia de cerámica gris o pintada de imitación o tradición griega, así como la existencia de una escultura de tradición helénica, son prueba evidente de la presencia griega y de un punto de irradiación, cuya localización y estructura se nos escapan. Asimismo pone de manifiesto que la mayoría de los lugares de habitación en que

éstas cerámicas han aparecido surgen con las importaciones griegas y tienen un desarrollo rápido; estos establecimientos son costeros o en la desembocadura de los ríos (Mijares, Júcar, Segura), que son vías de penetración, de cambios. En referencia concreta a los establecimientos griegos del sudeste peninsular, Rouillard afirma que, cuando se habla de la colonización focense, se piensa en grandes establecimientos (Marsella, Ampurias). Pero los establecimientos griegos del extremo occidental se inscriben en una tradición no específicamente focea. El sistema colonial griego en la Península Ibérica no ha conocido el desarrollo técnico que se observa en otros: ni especialización, ni organización. Se trata de estructuras ligeras, abiertas. Los establecimientos de la costa deben ser entendidos como asentamientos abiertos, punto de encuentro entre los sistemas económicos diferentes, entre individuos, dentro de la región donde pueden desarrollar además del comercio una actividad artesanal. Tales fundaciones no debieron de disponer de una gran extensión geográfica. Por lo que se refiere a las localizaciones, respecto a Hemeroskopeion los materiales arqueológicos nuevos nos permiten reabrir el debate entre las localizaciones propuestas, Denia o Peñón de Ifach (Calpe); Akra Leuké, más que en Alicante, donde los testimonios arqueológicos son de época romana, se podría pensar en Tossal de Manises o en la Albufereta, donde hay testimonios griegos arcaicos; Alonis, por su parte puede situarse en Santa pola (Alicante), que constituye un avance entre el mar y la bahía, por sus estructuras de hábitat y los materiales allí hallados (cerámica ática del 450 al 430 a. C.).

3. Mainake. Schulten, partiendo de las fuentes literarias, la ubica como colonia focea, sita en el Cerro del Peñón, con una datación de hacia 630 a. C. tanto en Estrabón, como en Mela, Plinio, Tolomeo o los Itinerarios, cuando se describe la costa meridional de la Península Ibérica, se dice algo concreto sobre Mainake, que es ubicada entre Malaka y Sexi. Estrabón enumera una serie de argumentos para probar que Mainake perteneció al grupo de las ciudades coloniales griegas. Mainake se encuentra a mayor distancia de Calpe que Malaka, está en ruinas y, aún así, muestra las características de una ciudad griega en contraste con Malaka de carácter fenicio.

Pero la arqueología muestra que la población ubicada en el altozano al pie del Cerro del Peñón, en la desembocadura del río de Vélez, es con toda seguridad un establecimiento fenicio. Las excavaciones realizadas en Toscanos en diversas campañas desde 1964 han puesto en evidencia que esta colonia fenicia fue fundada hacia mediados del siglo VIII a. C. y que en su desarrollo fueron integradas las cuestas inferiores del Cerro del Peñón y del Cerro de Alarcón. En la primera mitad del siglo VI a. C. es destruida en parte y abandonada hasta su ocupación a comienzos del imperio.

Para Niemeyer, los tres argumentos de Estrabón concuerdan con los hallazgos arqueológicos del yacimiento fenicio de la desembocadura del río Vélez. Este establecimiento debe de haber sido fundado hacia la mitad del siglo VII y destruido o abandonado hacia la mitad del siglo VI. La colonia es muy conocida fuera del ámbito de las colonias fenicias occidentales por los recursos de su territorio circundante, su ubicación conveniente y sus diversas y extensas relaciones comerciales. En el siglo IV comienza a ser conocida y tomada por los historiadores griegos como colonia masaliota. En la época en que escribe Estrabón, siguiendo la ficción establecida en el siglo IV interpreta los restos del establecimiento fenicio como pertenecientes a uno griego foceo.

Etapas de la colonización griega

La primera etapa de la colonización griega (mitad del siglo VIII a mitad del siglo VII a. C., se caracteriza por la procedencia continental de los colonos y la búsqueda de nuevas tierras para liberar la presión demográfica, afectando, sobre todo, al sur de Italia y Magna Grecia y a Sicilia. En la segunda fase (mediados del siglo VII a principios del siglo V a. C., los colonos proceden de Grecia continental y asiática (Grecia insular y ciudades de Asia Menor), tienen carácter más comercial y el campo de expansión se amplía: costa más occidental del Mediterráneo (Península Ibérica, Costa Azul), el Mar Negro y norte de África. En el Próximo Oriente los asirios actuaban como barrera. Por lo que se refiere a la Península Ibérica, en los últimos años había quedado en segundo plano la investigación sobre la colonización griega y se había dado prioridad a la fenicia. Actualmente está cambiado y el interés se centra en el análisis de las relaciones de los griegos con el mundo indígena, ocupándose de la chora colonial como el territorio que dependía de un establecimiento griego con dos conceptos distintos: los campos vecinos al núcleo habitado, cultivados directamente por sus habitantes, y la zona de dominio, área afectada por la actividad económica de la colonia.

Partiendo de estos análisis se distinguen las siguientes etapas en la colonización griega:

1. Etapa precolonial (siglos VIII a VI a. C.), de primeros contactos y primeras navegaciones sin asentamientos estables. Esta etapa de búsqueda de enclaves comerciales en principio no permanentes fue en todo el Mediterráneo occidental muy breve. Arqueológicamente estas relaciones se reflejan en los hallazgos de abundante cerámica, aunque no debió de ser el único instrumento de cambio, ni su ausencia definitoria de la no existencia de relaciones con los griegos. Los testimonios arqueológicos griegos más antiguos se fechan en el sur y sudeste entre

los siglos VIII y VII a. C. y han sido hallados en yacimientos fenicios, lo que nos lleva a pensar en un comercio fenicio como intermediario de productos griegos, mientras que en la costa catalana, Levante y zona interior de Albacete (Alto Guadalquivir) los hallazgos griegos no son anteriores al comienzo del siglo VI a. C.

En cuanto a los fragmentos de cerámica griega del siglo VII a. C. encontrados en el sur de Francia, pueden deberse al comercio etrusco y no tanto a intercambio directo griego o presencia griega en la zona. Todo ello conduce a pensar en una superposición de rutas comerciales de etruscos, griegos y fenicios-cartagineses en el Mediterráneo central y occidental y en una hegemonía o monopolio de una sola potencia.

2. Etapa colonial (a partir del siglo VI a. C.), con asentamientos estables a partir de la fundación de Masalia (Marsella) hacia el año 600 a. C., primera colonia de los focenses en el Mediterráneo occidental. Su etapa de prosperidad se sitúa en el siglo VI en que aparecen como exportadores de sus propios productos, importadores de productos griegos, realizando intercambios con los indígenas y acuñando pequeños divisores de moneda con inspiración ateniense. Aproximadamente hacia el año 500 a. C. una serie de acontecimientos en Europa central (comienzo de la II Edad del Hierro) trajeron consigo el cambio en las importaciones de cerámica de calidad por bronces y cerámicas de los etruscos, a la vez que un descenso en la prosperidad de Masalia, lo que benefició al desarrollo de Emporion (Ampurias, Gerona).

Ampurias

Se trata del único establecimiento griego peninsular que conocemos por la arqueología y las fuentes literarias. Esta colonia focense tuvo un doble asentamiento, la palaiapolis o ciudad vieja, situada en una isla próxima a la punta más meridional del golfo de Rosas y fundada en el 575 a. C., y la neapolis o ciudad nueva, que comenzó su existencia unos 25 años después, con una localización más meridional. A partir de los textos de Estrabón (3, 4,8-9) y Tito Livio (34,9) se ha deducido la existencia de una ciudad indígena próxima a la colonia griega, pero, a partir de los trabajos de M. J. Pena hoy podemos decir que arqueológicamente esta hipótesis no tiene base. Tradicionalmente se pensaba que la ciudad indígena estaría situada debajo de la ciudad romana, que conocemos y es vecina de la ciudad griega. Pero las excavaciones de E. Sanmartí han puesto al descubierto que la zona donde se asienta la ciudad romana comienza a ser habitada a partir del 200 a. C. y no hay restos de ciudad indígena debajo. Por otra parte, los textos de Livio y Estrabón no dicen lo mismo y reflejan dos situaciones diferentes. Estrabón no habla

nunca de ciudad indígena, sino de relaciones entre indígenas y griegos de Emporion, mientras que Tito Livio sí habla de la ciudad indígena, pero proyectando en el pasado una realidad presente.

Ampurias es un establecimiento comercial, como indica su nombre, y pudo nacer como «puerto de comercio» en terminología de Polanyi, pero entendiéndolo como un concepto más abierto y sin circunscribirlo a los marcos económicos, sociales, jurídicos y de control del Estado.

En los primeros momentos depende de Masalia como demuestra el hallazgo de ánforas de tipo masaliota en la neapolis y su irradiación económica y cultural en los territorios cercanos no parece haber sido muy importante en época arcaica. A partir del siglo V, Masalia decae y Ampurias inicia una nueva etapa de plena independencia económica: realizar abundantes importaciones de cerámica ática siendo posiblemente centro redistribuidor en Languedoc y Cataluña; desarrolla sus propios circuitos comerciales en la costa oriental y sudeste hasta Almería, como sabemos por los hallazgos de cerámica griega del siglo V a. C.; acuña durante el siglo V pequeños divisores con la marca EM con tipos de inspiración ateniense y dracmas de plata en los últimos años del siglo IV. Se podría pensar que durante los siglos V y IV a. C. el apogeo económico dio lugar a una estructura político-oligárquica, como conocemos que sucede en Masalia. En cuanto a un posible dominio territorial a través de su chora, parece que en el periodo arcaico pudo ser una «ciudad sin territorio», pero la prosperidad económica del período clásico provocó el crecimiento de la ciudad, lo que debió reflejarse en los territorios circundantes con una transformación de los oppida indígenas, apareciendo rasgos cerámicos en su estructura y urbanismo. Un ejemplo claro lo tenemos en Ullastret, a 14 km de Ampurias, cuyo recinto murado posiblemente es de principios del siglo IV a. C., realizado con técnica helénica y habiendo aparecido junto a él cerámica ática.

La Colonización cartaginesa

Según la información de Timeo, Cartago fue fundada en el último cuarto de siglo IX a. C. por un grupo de exiliados procedentes de Tiro, en las costas del norte de África (Túnez), al margen de los planteamientos comerciales de la expansión fenicia.

Causas y objetivos de la colonización dentro de sus etapas

En la segunda mitad del siglo VI a. C. Cartago adquiere el carácter de Estado

de amplia base geográfica y potencia la explotación económica del territorio interior desconocido. Como consecuencia, la economía cartaginesa se transformó en mercantil y agrícola comercial. El resultado fue de una «punificación» de la tierra interna cartaginesa sembrada de aldeas y ciudades agrícolas.

Parece claro que los cartagineses desarrollaron un importante comercio administrativo ante las dificultades para consolidar su prestigio en una base agrícola-territorial en el norte de África, reglamentado por tratados políticos (con los etruscos, con Roma). Esta irradiación comercial no parece detectarse en el Mediterráneo central (Sicilia, Cerdeña) y occidental (Península Ibérica e islas) hasta el siglo VI a. C. aunque su florecimiento parece haber sido en cierta medida posterior. Con todo, las evidencias literarias y arqueológicas señalan la existencia de algunos asentamientos de origen cartaginés (Almuñécar, Ibiza) hacia mediados del siglo VII a. C. en opinión de González Wagner, estas tempranas fundaciones no parecen haber respondido a una motivación de tipo comercial, ya que los intereses de los cartagineses no se encuentran aún presentes, sino posiblemente a un prueba demográfico creado en Cartago por el flujo migratorio procedente del levante y desencadenado por la presión asiria.

Dentro de los objetivos comerciales, a partir del siglo VI a. C. y, sobre todo, en el siglo V, se superponen diversas corrientes mercantiles en el Mediterráneo central y occidental, más como una «entente» económica que como competencias y hostilidades. Esto se pone de manifiesto en la batalla de Alalia, Córcega (525 a. C.), narrada por Heródoto, con enfrentamiento de etruscos, cartagineses y griegos, más como operación de limpieza contra los piratas focenses que entorpecían el tráfico en el mar Tirreno. Por todo ello, el establecimiento del círculo comercial cartaginés en la Península Ibérica, al igual que en otras zonas, no supone ni la conquista territorial, ni un cierre de estos mercados a las actividades de los griegos, ni una merma de la autonomía de los establecimientos fenicios que, como Gadir, la conservaron incluso durante el período bárquida. Las actividades económicas de fenicios y cartagineses en occidente se desarrollaron de un modo independiente, aunque con las lógicas conexiones y con interferencias con otros pueblos, que se saldaron por medio de tratados (romano-cartagineses de los años 509 y 548 a. C., por ejemplo).

En este estado de cosas, la derrota de Cartago por Roma en la I Guerra púnica (264-241 a. C.) significó, junto con la pérdida de Sicilia y Cerdeña, el desmembramiento de todo el edificio sobre el que había descansado el comercio de Cartago en occidente. Al estado cartaginés únicamente le quedaron dos alternativas: o convertir Cartago en una potencia africana basada en la explotación

de los recursos locales, como proponía la facción de Hanón II el Grande, o sustituir los antiguos elementos de control indirecto por la conquista de los territorios cuyas materias primas se necesitaban, como proponía Amílcar Barca cuya tesis triunfó. Amílcar inició la conquista de las tierras, pero fue su yerno Asdrúbal quien las organizó administrativamente, sentando las bases para un Estado federal Ibero-púnico, aprovechando las propias instituciones indígenas y vinculándose mediante lazos de matrimonio y hospitalidad a las élites dominantes indígenas.

Pero la dominación directa cartaginesa en la Península Ibérica no implicaba la monopolización de los mercados y las relaciones comerciales externas, diferenciándose un comercio de Estado de los Bárquidas y un tráfico comercial independiente de éste, pero que lo complementaba. En el año 226 a. C. se produce la primera intervención romana frente a las actividades cartaginesas en la Península Ibérica, firmándose el tratado del Ebro. Pocos años después estalla la II Guerra púnica y se inicia la conquista de Hispania por Roma.

Asentamientos

De acuerdo con los datos de las fuentes literarias y la arqueología, se pueden distinguir los siguientes. Sexi, que aparece en la obra de Hecateo de Mileto y de Estrabón y acuña moneda de tipo púnico en época romana, siendo su necrópolis de Almuñécar (Granada) de siglos VII a. C.; Cartago Nova, actual Cartagena, fundada en el año 226 a. C.; Baria, con su necrópolis en Villaricos (Almería), del siglo VI a. C., y la necrópolis de Jardín (Málaga), también en el siglo VI a. C.

Ebusus ha sido investigada más a fondo y se han despejado una serie de incógnitas sobre ella. Según la teoría tradicional, los cartagineses fueron los primeros que a mediados del siglo VII a. C. establecieron en ella su primer enclave occidental de acuerdo con los datos de las fuentes literarias (Diódoro, Estrabón, Mela y Plinio) y los trabajos arqueológicos de Terradell, M. J. Almagro y J. Román, se puede proponer, como ha hecho Barceló, la existencia de dos fases de asentamiento distintas, un primer asentamiento fenicio de un asentamiento cartaginés del siglo siguiente, que dura hasta la II Guerra púnica.

En el Estado actual de conocimientos no se puede hablar de la conquista por parte de Cartago de los territorios del sur peninsular, pues la finalidad esencial era, como ha visto González Wagner, establecer una demanda con el fin de obtener los minerales del sureste. Por ello, no se puede considerar como una relación de causa-efecto la presencia cartaginesa y el desmoronamiento de Tartesos, sino que éste está vinculado más bien con la fundación de Masalia y la desviación de la

demanda del estaño Atlántico la presencia cartaginesa actuó como vitalizadora de las estructuras políticas, sociales y económicas, al igual que la anterior demanda fenicia sobre Tartesos. La presencia bárquida introdujo la economía monetaria, pero ningún proceso de aculturación al margen de la asimilación de determinados elementos culturales por parte de los autóctonos.

Para Bondi, la penetración cartaginesa en la Península Ibérica tiene un desarrollo cronológico diferenciado respecto a las grandes islas itálicas. Sólo en la época bárquida se plantea en términos de hegemonía. Básicamente los cartagineses en el período bárquida buscaban en la Península Ibérica el simple control de los recursos minerales y la formación de una base militar, al contrario de lo que sucede en Cerdeña, donde se produce la conquista militar con su correspondiente penetración territorial y, desde fines del siglo VI a. C., la explotación de los recursos locales y una importante actividad agrícola y minera, o en Sicilia, donde la presencia púnica está condicionada por la presencia colonial griega y su influencia cultural y económica, jugando un papel «bisagra» entre el helenismo de la isla y los aportes púnicos.

Como conclusión general debemos decir que todas las transformaciones que se observan con los fenómenos colonizadores fenicio-griego-púnico en las diferentes zonas de la Península Ibérica, sobre todo en aquellas que tuvieron un contacto más directo fundamentalmente por presencia de población colonizadora, van a propiciar una serie de procesos que influyen decisivamente en el desarrollo histórico posterior, a diferencia de lo que sucede en otras zonas que no tuvieron relación directa con el fenómeno colonizador.

LAS ÁREAS HISTÓRICO-CULTURALES DE LA ÉPOCA PRERROMANA

En el año 218 a. C., en el transcurso de la II Guerra púnica, desembarcaron por primera vez en la Península Ibérica al mando de Cneo Cornelio Escipión, utilizando como cabeza de playa a Ampurias, y durante prácticamente dos siglos de conquista (las guerras cántabras, realizadas contra los últimos pueblos sin conquistar de la Península Ibérica, cántabros y astures, terminaron oficialmente en el año 19 a. C.), los romanos, que, en sus continuos avances y retrocesos en Hispania, encontraron una gran variedad de pueblos con distintos orígenes y estructuras (sociales, económicas, políticas, religiosas, etc.), así como en distintos estadios de evolución, desde los más cercanos a sus propias formas organizativas si atendemos al punto de vista político, como se ha visto reiteradamente por los habitantes de, a grandes rasgos, la actual Andalucía y el levante hasta Cataluña y el valle medio del Ebro, hasta aquellos otros cuyas estructuras eran más cercanas a realidades precjudadanas, es decir, no políticas, como eran, en general, los pueblos que tradicionalmente se han incluido dentro de la denominada «área céltica» (o no ibera, por oposición a las poblaciones iberas, que indistintamente se denomina «ibera» o «ibérica» y así lo haremos nosotros también), llamada en la actualidad «indoeuropea» con una base esencialmente lingüística. A esto hay que añadir que la conquista, que, como hemos dicho, duró dos siglos con avances y retrocesos incluidos, influyó decisivamente en el grado de evolución de las comunidades indígenas, ya sea por la propia relación pacífica entre estas comunidades y los romanos, ya sea por la posible conjunción de intereses de estas comunidades para oponerse a aquellos. Estas estructuras organizativas distintas y la misma época distinta de contacto con los romanos, junto con desarrollo histórico anterior de estas comunidades, dieron como resultado el que, en el momento de la conquista, que es el momento que se refiere la mayoría de las fuentes grecolatinas de época clásica, las corporaciones de los pueblos que vivían en las distintas áreas que podemos denominar histórico-culturales de Hispania no sean iguales.

Durante lo que se ha dado en llamar época protohistórica peninsular, y más concretamente desde el siglo XI hasta incluso el III a. C., en la Península Ibérica se está realizando un proceso de desarrollo histórico en el que intervienen distintos factores, de carácter externo, como son las influencias transpirenaicas, las denominadas «invasiones indoeuropeas» (aunque, como se verá más adelante, este término esté últimamente bastante en discusión), las influencias mediterráneas (más concretamente el proceso colonizador fenicio y griego, que tiene sobre todo influencia en el sur y el levante peninsular, donde luego se desarrollará el llamado

«mundo ibérico», que no es uniforme, pues en él se pueden diferenciar claramente una zona ibérica septentrional y otra meridional), así como influencias atlánticas, sobre todo en la zona occidental de la península.

Todos estos movimientos e influencias sitúan a la Península Ibérica en los procesos históricos que se están realizando en estos momentos en el mundo Mediterráneo en el continente europeo en general. Pero, junto a ellos y sin una menor importancia, hay que tener en cuenta dentro del proceso de formación histórica del mundo que encuentran los romanos, cuando conquistan la Península Ibérica, la propia evolución interna de las poblaciones indígenas en la que tienen especial importancia la influencia de la cultura tartésica, sobre todo en la zona suroccidental de la península, y el propio desarrollo de las comunidades establecidas. Lo veremos más concretamente en capítulos posteriores, cuando analicemos el proceso de formación histórica de cada una de las áreas histórico-culturales.

Historia de las Investigaciones

El primer estudio de carácter general sobre los pueblos de la Península Ibérica se lo debemos a A. Schulten, quien, desde un punto de vista tecnológico y basándose esencialmente en las fuentes literarias, considera que sobre una población indígena ligur se establecen los iberos (procedentes del norte de África) y los indoeuropeos (celtas del centro de Europa), surgiendo de la mezcla el complejo celtibérico con un predominio de los iberos.

Estudios posteriores (R. Menéndez Pidal, 1918), excavaciones de necrópolis que se creían en zona geográfica de los iberos, pero que correspondían a una etapa anterior (para Schulten, etapa precéltica o preibérica), y las excavaciones en el supuesto asentamiento ibérico de Numancia (realizadas por Blas Taracena y donde el elemento ibérico es minoritario), hicieron desechar las teorías contenidas en el meritorio trabajo de Schulten.

P. Bosch Gimpera (1932) da un importante paso adelante al utilizar conjuntamente y comparar la información que nos ofrecen las fuentes literarias y las obtenidas a partir de las actuaciones arqueológicas. El uso de los datos ofrecidos por la arqueología supone un gran avance respecto a la obra de A. Schulten. Para P. Bosch Gimpera, el carácter dominante en la España prerromana es el elemento «céltico», aunque actualmente las investigaciones recientes han llegado a formular la incorrección de hablar de elemento céltico y, más bien, debe hablarse de elementos indoeuropeos en general, dejando el término «céltico»

únicamente para una parte de esta área.

A partir de 1943 y en los años siguientes aparece en la importante obra de J Caro Baroja (los pueblos del norte de la Península Ibérica, los pueblos de España y España primitiva y romana), quien, a partir del análisis de las fuentes literarias y de los datos de la arqueología y la etnografía, realiza un estudio étnico-geográfico, no propiamente histórico, y establece diferentes áreas geográficas en las que incluye a los distintos pueblos prerromanos esta obra de J Caro Baroja sigue constituyendo un punto de partida obligado para cualquier estudioso del tema, aunque estudios monográficos sobre pueblos prerromanos concretos han revisado y superado algunos de sus planteamientos. En la actualidad la investigación tiende a valorar y estudiar concretamente las zonas ibera o ibérica e indoeuropea de la península, y se realizan excavaciones con una metodología establecida y criterios científicos, toman como base de información las fuentes escritas.

Por lo que se refiere a los estudios históricos, una vez comprobado hasta dónde se puede llegar con los estudios étnico-geográficos, el objetivo principal de conocimiento se centra en descubrir la organización política, social, económica, religiosa, etc., de cada uno de estos pueblos o de varios en conjunto. En esta línea han sido definitivos los trabajos de M. Vigil, quien realizó un planteamiento de estos temas por primera vez entre nosotros en un artículo ya un poco antiguo, aunque no suficientemente ponderado en el Boletín de la Real Academia de la Historia, número 152, 1963. Este interesante trabajo ha constituido el arranque de toda una serie de estudios posteriores que han invertido la tendencia historiográfica de prestar sobre todo atención a las zonas que se integraron más pronto en la formación social romana, pasando a primer término la investigación sobre áreas marginales y el análisis del elemento indígena. Se descubre de esta forma como las diferencias estructurales existentes entre los distintos pueblos de España antes de la conquista romana se siguen manteniendo en la supervivencia de algunas zonas de elementos estructurales indígenas.

El Problema de las Fuentes

Las obras de los autores greco-latinos de época clásica romana nos transmiten una serie de informaciones que son juicios y descripciones desde su propia óptica e ideología de una realidad histórica que, en muchos casos, se aleja bastante de la suya, por lo que se produce una «interpretación» de la misma realidad que intentan describir. Estos autores tienen su particular visión de la historia y, sobre todo, de la de otros pueblos que sólo les interesarán en la medida en que entran en relación con Roma, fijándose básicamente en lo que es extraño a ellos y acuñando

una serie de clichés que luego aplican indiscriminadamente. Por ejemplo, en el relato de Estrabón referido a las poblaciones que él llama «montañesas» del norte de la península, se encuentra una descripción no objetiva de las mismas, que se inserta en la idea general que sobre el bárbaro existía en la época en que el geógrafo de Amasia realiza su obra.

Por ello, a la hora de manejar estas fuentes, como muy acertadamente ha señalado J. C. Bermejo, es absolutamente necesario tratar de encontrar su sentido específico, teniendo en cuenta la mentalidad de los autores, pues, sólo así, considerando los modelos sociológicos e históricos que poseen los autores griegos y latinos para juzgar a las culturas bárbaras, es posible llegar a separar en sus descripciones lo real de lo imaginario. A partir de estas premisas podemos descubrir en la obra de Estrabón una serie de elementos y criterios ideológicos que fundamentan su descripción de los «montañeses» del norte de Iberia y que han sido claramente puestos de manifiesto por M. C. González (Veleia, 5, 1988). En la descripción que Estrabón hace de los pueblos del norte podemos estar ante meros tópicos que lo único que nos permite conocer son las características fundamentales que definen la visión que la etnografía antigua tiene acerca de los «montañeses» y los «bárbaros».

Hay que valorar e interpretar la obra de Estrabón en sus justos términos separando los tópicos propios de un discurso ideológico de intencionalidad política de los datos concretos que, corroborados por otras fuentes, sí reflejan la realidad histórica que se intenta describir. Para ello es necesario contrastar los datos de las fuentes literarias con los de las epigráficas y la arqueología. Las inscripciones que fueron realizadas en su mayoría en época romana sobre material duro, con relativa frecuencia, incluyen «restos inconscientes» de la sociedad indígena que nos permiten conocer los procesos de cambio que han tenido lugar en las estructuras prerromanas. Lo que ha llegado hasta nosotros reflejado en estas fuentes no es la realidad indígena prerromana, sino la realidad indígena-romana (galaico-romana, astur-romana, celtíbero-romana, vasco-romana, etc.); de ahí la dificultad de analizar por separado estos dos mundos, pues conocemos el primero, el indígena, gracias a las formas de expresión del segundo. Hoy nadie duda, por ejemplo que las gentes, gentilitates y demás formas organizativas de los pueblos del área indoeuropea peninsular sean de época anterior a la conquista romana, a pesar de que los conocemos por inscripciones de después de la conquista; el problema es interpretar el significado de la referencia a estos elementos del período prerromano.

Como complemento de estas fuentes las acuñaciones de monedas sirven con

bastante frecuencia para confirmar la identificación de civitates. Asimismo, los datos que se obtienen en las distintas actividades arqueológicas serían de gran ayuda en la resolución de pruebas planteados para este y otros procesos históricos del mundo antiguo, pero desgraciadamente la ausencia de prospecciones excavaciones en muchas zonas, la falta de estratigrafías completas y claras en yacimientos ya excavados, así como la publicación de noticias sobre excavaciones realizadas o en curso, etc., hacen que muchas ocasiones estos posibles datos tengan escaso valor.

Por otra parte, sobre todo a través del análisis de la onomástica (toponimia, antroponimia, teonimia, etc.), la lingüística nos ofrece información indispensable sobre el sustrato lingüístico y las áreas metropolitanas, así como la relación entre antropónimos y nombres de unidades organizativas indígenas, entre otros aspectos.

Delimitación Actual de las Áreas

Tradicionalmente se ha dividido la Península Ibérica en dos áreas, ibérica y céltica. No obstante, a partir de los estudios citados en el apartado anterior y otros más realizados desde mediados del siglo XX, se observa en la actualidad que esta distinción es excesivamente simplificadora, pues los avances producidos, tanto a partir del hallazgo de nuevos materiales, arqueológicos y fundamentalmente epigráficos, como a partir de nuevas interpretaciones de materiales ya existentes, han puesto de manifiesto la realidad de un panorama mucho más complejo en la Península Ibérica durante la época prerromana, esto es, en el momento inmediatamente anterior a la conquista romana, la cual, como ya hemos dicho, no se produjo de golpe, sino de forma gradual e incluso con avances y retrocesos. En la actualidad, a partir de la información que nos transmiten las fuentes escritas, la arqueología y la lingüística, podemos distinguir dentro de la Península Ibérica diferentes áreas histórico-culturales, aunque esta distinción no sea tajante en el sentido de que elementos de un área no pueden estar en otra o que exista una delimitación tajante entre unas áreas y otras, es decir, no se puede trazar una línea precisa de separación que marque una diferenciación radical entre una zona y otra, sino que más bien debemos hablar en algunos casos de zonas de influencia o zonas freáticas entre áreas. Teniendo en cuenta la información a que hemos hecho referencia, podemos distinguir en la actualidad dos grandes áreas (ibera e indoeuropea), en cuyo interior se pueden diferenciar asimismo varias subáreas.

Área ibera

Esta área ocupa la franja mediterránea de la península ibérica y el suroeste, y en ella se pueden distinguir dos zonas:

1. Zona ibera propiamente dicha, que incluye Levante y Cataluña, influida por la colonización griega y los aportes de la cultura de los campos de urnas, de clara filiación indoeuropea y factor difusor de elementos indoeuropeos por el valle medio del Ebro y, de aquí, a la Meseta Norte (Valle del Duero), aunque con una pujante cultura propia en la época del Bronce, sobre todo en la zona del sudeste.

2. Zona de influencia ibera o zona meridional, que se corresponde con la Andalucía actual en casi toda su extensión, así como el Algarve portugués y parte de Extremadura, en cuya formación tienen que ver sobre todo la cultura de Tartesos, que tuvo su desarrollo en la zona más occidental de Andalucía, aunque, a pesar de los grandes esfuerzos desplegados por arqueólogos e historiadores, aún no sabemos dónde estaba situada su capital o centro principal, y los elementos aportados por las colonizaciones griega y púnica.

La cultura de los campos de urnas se desarrolla en Europa central hacia 1200 a. C. y penetra en la Península Ibérica por los pasos del Pirineo oriental. La característica principal de esta cultura es el ritual de la incineración, en el que las cenizas serán depositadas en unas urnas, lisas o decoradas, la cultura de los campos de urnas se propagó hacia occidente, lo que significó la integración de grandes áreas geográficas de la Península Ibérica (Cataluña y Valle del Ebro) y del sudoeste de Francia (Languedoc y Aquitania) en el ámbito general de una cultura superior.

Área indoeuropea

En la historiografía actual se está imponiendo la utilización de este término que tiene un contenido esencialmente lingüístico, por ser más comprensivo de la realidad a la que se refiere en otros términos utilizados en épocas pasadas. A partir de una serie de estudios y hallazgos recientes hoy podemos delimitar con bastante claridad la denominada «área indoeuropea» de la Península Ibérica, aunque con algunas zonas de transición. A grandes rasgos comprende las dos mesetas, el norte y el oeste de Hispania, extendiéndose desde el valle medio del Ebro (claramente establecido el límite en la actualidad tras el conocimiento del Bronce de Contrebia) y el Sistema Ibérico al este, hasta el río Guadiana por el sur, el Atlántico por el oeste y el cantábrico por el norte. Esta área es la señalada por los lingüistas como área de claro dominio de las lenguas indoeuropeas y dentro de ella quedan incluidas todas las lenguas de carácter céltico (como es el caso de la celtibérica, en

el valle medio del Ebro sobre todo), como las no propiamente célticas (como es el caso de la lusitana, que ocuparía el centro de Portugal y parte de Extremadura), y también en su seno existen, por supuesto, como ha demostrado los trabajos de M. L. Albertos, diferentes regiones o varias antropónimas menores definidas por la presencia de ciertos nombres personales característicos.

Muchos eran los pueblos que ocupaban este territorio durante la antigüedad: celtíberos (citeriores y ulteriores), carpetanos, vacceos, vettones, lusitanos, turmódigos, astures, galaicos, etc., pero todos ellos presentan en el plano lingüístico una característica común que da cierta unidad a la zona, el carácter indoeuropeo de sus lenguas. Pero existe un elemento diferenciador que son sus formas organizativas sociales. Atendiendo precisamente a estas estructuras de organización social, la supuesta unidad desaparece, debiendo diferenciar del conjunto a la zona del Noroeste, los galaicos de los textos romanos, que ocupaban en la antigüedad un territorio un poco más amplio que la actual Galicia. De acuerdo con las investigaciones más recientes, esta zona del Noroeste posee en época prerromana y primeros tiempos de la dominación romana una organización diferente, que se reconoce sobre todo a partir de las fuentes y gráficas, todas ellas, como ya hemos visto, de época romana, pero en las que aparecen reflejadas instituciones y formas organizativas características de la sociedad indígena. A partir de la epigrafía de época romana podemos conocer parte de estas estructuras indígenas y observar los procesos de cambio que en ellas se van produciendo junto con las transformaciones históricas que tienen lugar dentro de la Península Ibérica.

Tradicionalmente se había pensado que existían las mismas formas organizativas indígenas entre los galaicos, los astures, los cántabros y demás pueblos del área indoeuropea, aunque reflejadas en la epigrafía con términos distintos, gentes, gentilitates y genitivo del plural en *-um/-orum* con sus variantes, en el caso de los astures, cántabros, vettones y pelendones entre otros, en el caso de los galaicos con el signo epigráfico *de*, que era leído como «centuria» (A. Schulten, A. Tovar, M. L. Albertos, P. Le Roux y A. Tranoy, entre otros). Como en tantos otros asuntos epigráficos de nuestra historia antigua, fue la inclusión de M. L. Albertos la que puso sobre la pista de la interpretación correcta hay epigrafistas e historiadores proponiendo la equivalencia = castello J. Santos y, sobre todo, G. Pereira han continuado esta intuición reforzándola ante el punto de vista histórico, frente a los que seguían manteniendo la interpretación como «centuria» u otras interpretaciones, como tendremos ocasión de ver más adelante. La hipótesis se vio confirmada en su totalidad con la aparición de una nueva inscripción en Astorga, en la que aparecen dos individuos que, aparte de su pertenencia a la comunidad de los Lemavos, del primero de ellos, que es una mujer, Fabia, se dice que vive en

Eritaeco y del segundo, Virio, posiblemente su hijo de siete años, se dice que vive en eodem, por lo que creemos que se ha pensado, con toda razón, que el término con el que se debe concordar debe de ser neutro por razones de lengua y castellum (que muy probablemente debamos traducir como «castro») por razones históricas.

Hoy sabemos, sobre todo a partir de los estudios de M. L. Albertos, J. Santos y M. C. González, que los términos que encontramos en la mayor parte del área indoeuropea (gens, gentilitas y genitivos de plural) son términos que aluden al nombre de una unidad suprafamiliar, es decir, mayor que una familia, que viene expresada en la mayor parte de los casos por el uso del genitivo del plural y que están relacionados con el parentesco. (Por ejemplo la siguiente inscripción de Yecla de Yeltes, Salamanca, territorio de los vettones: segontius Talavi f(ilius) Talabonicum= Segontio, hijo de Talavo, de los Talabonicos; o de esta otra de Poza de la Sal, Burgos, territorio de los pelendones: D(is) M(anibus). Atila(a)e Cantabrequn, Ati(lii) f(iliae)= A los dioses Manes. A Atilia, hija de atilio, de los cantabrecos).

En el área del Noroeste (Gallaecia), independientemente de la interpretación que se dé del signo epigráfico (para unos centuria, y para otros castellum), lo que sí parece claro (y en esto tanto P. Le Roux, A. Tranoy, J. Alarçao y R. Etienne, por un lado, como G. Pereira y J. Santos por otro, estaban de acuerdo ya en el I Seminario de Arqueología del Noroeste, en Guimaraes en 1979) es que la realidad que encierra este signo está referida al lugar de origen y habitación de la persona en cuestión, lo que lo diferencia claramente de la función de los términos gens, gentilitas y genitivos del plural. Se trataría de núcleos de población (posiblemente castros) con una independencia organizativa imposible de determinar de momento en el interior de los populi o civitates. (Por ejemplo la siguiente inscripción de Braga, en territorio de los galaicos bracarenses, Albura Caturonis f(ilia) Letiobri, an(norum), LXX, h(ic) e(st) = aquí yace Albura hija de Catur, de 70 años, del Castro Letiobro; o esta aparecida en Cerdeira do Coa, Portugal, al sur del Duero y a unos 150 km del territorio de los Límicos, es decir, fuera del territorio de las civitas (comunidad ciudadana) o el populus de este grupo de población: Fuscus Severi f(ilius) Limicus Arcuce, an(norum), XXII h(ic) s(itus) e(st). S(it) t(ibi) t(erra) l(evis). P(ater) f(aciendum) c(uravit) = aquí yace Fusco, hijo de Severo, del pueblo (o civitas) de los Límicos, del Castro Arcuce, de 22 años. Que la tierra te sea leve.) En este último caso, por haber muerto el individuo fuera del territorio de la civitas a que pertenece el Castro en el que vive, se indica, además del referido asentamiento, la civitas, que es lo significativo dentro de las relaciones del derecho público.

Este límite de los castella y las unidades suprafamiliares es el mismo que señalan, por un lado, el curso inferior del río Duero hasta el océano y, por otro, la divisoria entre galaicos y astures. Desde la desembocadura del Duero sigue el curso de este río hasta encontrar la desembocadura del Sabor; continúa el cauce en sentido ascendente por una línea imaginaria entre el río y las sierras de Bornes y Nogueira, sigue al oeste de la Sierra de la Culebra y sur de la Sierra Segundera, para continuar hacia el norte por las de San Mamed, Caurel y Ancares y ya, por último, por el curso del río Navia hasta su desembocadura en el mar cantábrico, tal como expone J. Santos a partir del análisis de la zona en que han aparecido las inscripciones convención de castella y sin indicación de la ciudad en la que estaba integrado cada conjunto de castros. De esta forma, por exclusión, queda trazado límite noroccidental del área geográfica de las organizaciones suprafamiliares.

El resto de área indoeuropea y sus límites vienen dados aproximadamente por los lugares de hallazgo de las inscripciones con mención de organizaciones indígenas suprafamiliares o, por decirlo de otro modo, unidades organizativas indígenas. Este límite, que puede tomarse como punto de referencia en la separación del área indoeuropea y el área ibera, ha sido establecido con claridad por M. G. González a partir de la recogida y análisis de todas las inscripciones y documentos convención de unidades suprafamiliares, que ha reflejado en un mapa en su obra *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*, y es el siguiente: en la parte occidental y hacia el sur tomamos en la desembocadura del Duero la línea de costa hasta la desembocadura del Tajo, abarcando el territorio lusitano y, desde allí, por el curso del río Tajo hasta encontrar territorio Vettón. Sigue en dirección Este por las cercanías del río Almonte hasta llegar a las proximidades de la Sierra de Altamira y los Montes de Toledo, ya en territorio carpetano... Desde los Montes de Toledo sigue por las actuales provincias de Toledo y Ciudad Real hasta alcanzar la Sierra de Almenara y la serranía de Cuenca. De aquí a los Montes Universales, a los que corta, dirigiéndose hacia el sur de Peñalba de Villastar en la provincia de Teruel. Este punto es el más suroriental. El límite por el Este y en dirección Norte alcanza el río Turia en la misma provincia de Teruel y continúa hasta la comarca Belchite, ya en Zaragoza; prosigue entre los límites de esta comarca y la de Azaila, cortando el río Huerva, por el sur del Ebro hasta las proximidades de Zaragoza (que queda al Norte); continúa por el sur del río Ebro hasta la divisoria actual de Navarra y Zaragoza, dejando al Norte, en territorio vascón, a Cascante, y sigue por el sur del Ebro hasta el río Alhama, en la actual comunidad de La Rioja, y, desde allí, a Arnedo, Bergasa y El Redal en dirección Norte para luego alcanzar de nuevo el Ebro a la altura de Mendavia (vascona) que queda al Norte de esta línea y, de aquí, al extremo oriental de la Sierra de Cantabria. En este tramo coincide los límites

entre los celtíberos, los Berones y los vascones, como afirma M. A. Villacampa en su obra sobre los Berones.

El límite oriental en el valle medio del Ebro viene marcado por el triple límite entre celtíberos (contrebienses), vascones (alavonenses) e iberos (saluienses), límite que se ha podido precisar con bastante exactitud a partir del hallazgo de la denominada Tabula contrebiensis o Bronce latino de Botorrita. Este documento público fechado por los cónsules en el año 87 a. C. expone un litigio entre comunidades indígenas por la compra de un terreno para una canalización de aguas, para cuya resolución se recurre a una tercera comunidad, Contrebia Belaisca. En la parte final del documento aparecen los individuos que han sostenido la causa de cada una de las comunidades, así como aquellos de los contrebienses que han actuado como jueces. El sistema onomástico de los distintos individuos (la diferente forma de expresar el nombre) es distinto, según se trate de los miembros de una u otra comunidad. Los que actúan de jueces, ciudadanos de Contrebia Belaisca, celtíberos por ello, presentan el mismo sistema onomástico que el resto de los pueblos del área indoeuropea (nombre personal + genitivo de plural + filiación: Lubbus urdinocum letondonis f. = Lubbo de los Urdinos, hijo de Letondo). La causa de los saluienses, habitantes de Salduie, sedetanos según las fuentes y, por ello, iberos, fue defendida por un individuo cuyo sistema onomástico y naturaleza de sus antropónimos son distintos a los de los contrebienses (nombre personal + filiación + ciudad: (--) assius (-)ehiar f. salluiensis = (--)asio hijo de (-)eihar, saluiense). La causa de los alavonenses, habitantes de Allavona, ciudad perteneciente a los vascones según las fuentes, fue defendida por un individuo cuyo sistema onomástico es idéntico al del saluiense que aparece anteriormente (nombre personal + filiación + ciudad: Turibas Teitabas f. Allavonensis = Turibas hijo de Teitabas, alavonense). Gracias a la diferente forma de expresar su nombre los individuos que allí se mencionan se ha podido establecer de modo preciso el límite entre las áreas indoeuropea e íbera en el valle medio del Ebro, descubriéndose claramente que la zona de Contrebia Belaisca (Valle del río Huerva) debe incluirse dentro del área de la Hispania indoeuropea, con lo que queda establecido el máximo de penetración occidental en el Valle del Ebro de los celtíberos y su lengua.

Pero en este punto se nos plantea una duda: los vascones, que en el documento al que hemos hecho referencia aparecen con un sistema onomástico no indoeuropeo, sino semejante al de los iberos, ¿deben ser incluidos en el área íbera o el área indoeuropea? Y lo mismo los várdulos, en cuya epigrafía no ha aparecido ninguna mención a unidades indígenas suprafamiliares. No tenemos datos suficientes para decidimos por una u otra alternativa, aunque, como veremos más

adelante, en el proceso de formación histórica de estos pueblos antes de la llegada de los romanos influyen los mismos elementos transpirenaicos que en el resto de lo que denominamos zona indoeuropea y, en este caso, con mayor intensidad si cabe por ser los primeros puntos de contacto.

Faltaría únicamente trazar en este límite oriental de unidades organizativas indígenas la divisoria desde el este de la Sierra de Cantabria hasta el cantábrico. Para establecer esta línea M. C. González toma como base la presencia o ausencia en los documentos epigráficos de menciones a organizaciones indígenas suprafamiliares. En la epigrafía de los várdulos (pueblo limítrofe por el sur con los Berones) no hay ni un solo ejemplo de este tipo de unidades organizativas, a pesar de la abundante presencia de nombres personales indoeuropeos, mientras que sí aparecen, aunque no con frecuencia, entre los caristos: desde la Sierra de Cantabria sube hacia el Norte hasta encontrar el Condado de Treviño y, de aquí, por el sur de los montes de Vitoria y al oeste de Alegría de Álava, por el puerto de Arlabán, la Sierra de Elguea, la Sierra de Aitzgorri y el puerto de Azcárate por el Deva hasta su desembocadura en el cantábrico.

Estos son los límites que perfilan el área peninsular ocupada por documentos epigráficos con mención de organizaciones suprafamiliares (gentes, gentilitates y genitivos de plural), que coincide en gran medida (Sur y buena parte del Este) con el límite de la Hispania indoeuropea.

Ninguno de los miembros arriba mencionados (gens, gentilitas y genitivos de plural), ni el signo epigráfico aparecen en las inscripciones del área íbera, donde los individuos expresan su origen únicamente a través de la filiación (nombre del padre en genitivo y filius, ya sea en toda su extensión, ya sea con la sigla f.) Y de la ciudad a la que pertenecen.

ÁREA IBERA. PUEBLOS DEL SUR Y ESTE DE ESPAÑA

Como hemos visto anteriormente, aunque es difícil poder delimitar con exactitud las distintas áreas histórico-culturales de la Península Ibérica en época prerromana, se puede afirmar que, a grandes rasgos, el área íbera se corresponde geográficamente con la zona oriental y meridional de la Península. Esta área no es uniforme, ni en su orografía ni en su clima, ni en su ecología, pudiendo distinguirse dentro de ella varias subáreas: Cataluña, con diferencias entre la costa y el interior, el Valle del Ebro, Valencia, Sudeste, Alta Andalucía y Baja Andalucía. Esta área se halla constituida por un mosaico de pueblos entre los que existen manifestaciones culturales similares, que nos permite generalizar para todos ellos la denominación de «civilización ibérica» o «pueblos del área íbera», aunque dentro de un área tan amplia haya una serie de matices y diferencias entre unas y otras regiones, debidos tanto a la diversidad de sustrato indígena como los contactos, directos o indirectos y más o menos intensos, con los pueblos colonizadores pues se trata precisamente de la zona de influencia directa de las colonizaciones fenicia, griega y púnica. Podríamos decir sin miedo a equivocarnos que la civilización ibérica es la respuesta cultural indígena a los estímulos colonizadores.

Límites y ubicación geográfica

Con una localización más o menos precisa, debido sobre todo a que en muchos casos no sabemos hasta qué punto la administración romana respecto las divisiones originarias indígenas, a partir principalmente de los datos de las fuentes greco-latinas de época clásica romana, vamos a señalar los pueblos más importantes de esta área, los de mayor amplitud geográfica.

Cataluña

En los valles de los Pirineos se encuentran los arenosios (Valle de Arán), los andosinos (zona de Andorra) y los cerretanos (en la Cerdaña).

En las zonas llanas de Vic y Gerona estaban situados, según J Maluquer los ausetanos, aunque A. del Castillo los sitúa en la Costa Brava en contra el testimonio del propio Livio. La discusión ha surgido por un texto de Tolomeo (2, 2,70), que relaciona a los ausetanos con la ciudad de Gerunda (Gerona), lo que ha llevado a muchos autores modernos a considerar que la comarca de la Selva estaba ocupada por este grupo de población. En la actualidad (J. M. Nolla y E. Sanmartí, sobre todo) se piensa que los indiketans ocupaban todo el litoral gerundense,

mientras que los ausetanos ocuparían el interior, la comarca de Osuna. Esta ubicación se compadece mejor con las noticias del resto de los autores antiguos (Avieno, que los denomina ausoceretes, y Plinio el Viejo, sitúan a los indiketas en la costa y a los ausetanos en el interior, mientras que Estrabón se olvida de los ausetanos en su descripción de la costa).

En la zona de Berga se encontraban los bergistanos, gente salvaje entre los que abundan los bandidos que atemorizan al resto de la población, según Plinio.

En los alrededores de Barcelona, en las comarcas del Maresme y el Vallés, se ubican los lacetanos. Es probable que tanto los lacetanos como los lasetanos y layetanos de las fuentes, fueran un mismo pueblo o pueblos muy relacionados (en Plinio aparecen lacetanos, la laletanos y lasetanos, que para Schulten son todos lacetanos).

Valle del Ebro

Estrabón sitúa a los ilergetes en las ciudades de Osca (Huesca) Ilerda (Lérida). Parece que estos ilergetes no tienen que ver directamente con los ilercavones a los que Plinio ubica en la costa sur del Ebro hasta las proximidades de Sagunto. Los ilergetes se adentraban en territorio aragonés hasta entrar en contacto con los celtíberos. Se trata, por la noticia de las fuentes, de un grupo de gran personalidad y dureza.

Otro grupo de población muy importante en la zona del valle del Ebro son los sedetanos. Para la ubicación de este grupo de población ha sido decisiva la tesis doctoral de G. Fatás. Hasta entonces (Bosch Gimpera y García y Bellido, entre otros) habían sido incluidos dentro de los edetanos, por el Bajo Aragón hasta más arriba del Ebro, ignorando la existencia de los sedetanos ahora sabemos que los sedetanos ocupaban las tierras situadas entre los montes de Castejón y Muela, los Monegros hasta la Sierra de Alcubierre, con los ilergetes al norte, el río Matarraña que sería el límite con los ilercavones y por el sur la línea natural que cambia la divisoria de aguas de la cuenca del Ebro en la provincia de Teruel.

Tenemos también en esta zona a los suesetanos, localizados en los textos de Tito Livio como vecinos de los sedetanos y los lacetanos, por lo que algunos historiadores modernos (Rodríguez Adrados, Vallejo, etc.) han pensado que debían de estar situados en la actual provincia de Tarragona. Para Fatás, hacia comienzos del siglo II a. C. no había suesetanos en Tarragona, sino en la Tarraconense, ocupando la mayor parte de la actual comarca de las Cinco Villas de

Aragón en el límite entre Aragón y Navarra.

Comunidad Valenciana

Uno de los grupos principales de población de la zona son los edetanos. Estrabón los menciona en la costa, pero sin una localización fija. También ha habido aquí confusión de pueblos. En este caso se habían confundido los edetanos y los sedetanos (Schulten fue el primer defensor de esta identidad), pero, como hemos visto antes, a partir del estudio de los textos de los autores antiguos, más concretamente de Plinio, los sedetanos estaban más cercanos al Ebro y los edetanos en las provincias de Castellón y Valencia, en el territorio que encierran los ríos Sucro= Júcar en la frontera meridional y Udiva, identificado por Schulten con el Mijares, siendo Lliria una de sus principales ciudades.

También en esta zona las fuentes mencionan a los contestanos, que han sido objeto de estudios detallados de Llobregat y Uroz. De los autores antiguos únicamente Plinio y Tolomeo se refieren a ellos con claridad, pues Estrabón no menciona para nada a la Contestania, cuyo territorio es atribuido a los edetanos. Sin duda, en el caso de Estrabón estamos ante un texto con referencias de carácter general, sin concretar el territorio exacto de cada una de las poblaciones que ocupaban las distintas zonas de la Península Ibérica, pues, sólo a medida que se fue conociendo con más claridad el territorio de los distintos pueblos, aparece como tal en los autores grecolatinos. Schulten proponía el carácter celta de los contestanos a partir de las etimologías y relaciones de la raíz del nombre, aunque en la actualidad se atribuye un origen mediterráneo antiguo a todos los pueblos cuyo nombre termina en –itani o –etani. Además, por su cultura material y por su escritura este grupo de población es Ibero, por lo que, como dice Presedo, parecen ociosas estas discusiones lingüísticas. Para Plinio, la Contestania se extendía desde el río Taver, que desemboca en el golfo ilicitano hasta el río Sucro, donde limitaría con los edetanos. Saitabi (Játiva) Ilici (Elche), Lucentun (La Albufereta, Alicante) y Dianium (Denia) son sus principales ciudades.

Los pueblos el sudeste peninsular

Siguiendo en nuestra enumeración hacia el sur nos encontramos, de acuerdo con los datos de las fuentes antiguas, con los deitanos citados por Hecateo. Para Plinio, el territorio que ocupa este grupo de población coincide con la costa oriental de la Citerior, entre los contestanos y los bastetanos. Según Bosch Gimpera y Pericot, los deitanos estaban situados a partir del siglo III a. C. al nordeste de los mastienos y tartesios, mientras Cabré, con base en el estudio arqueológico de la

región, afirma que a partir del siglo V a. C. podemos hablar de la fase íbera de la zona. Por lo que hoy sabemos, su territorio estaba en la vega del río Segura, separando a los contestanos de los mastienos. Al sur de los deitanos y a continuación en la costa se encuentran los mastienos, que reciben este nombre de la ciudad de Mastia y a quienes el Periplo de Avieno cita sin ninguna precisión. Tampoco parece que Hecateo y Teopompo tengan más suerte en la descripción del lugar de asentamiento de este pueblo, hablando Hecateo de alguna de sus ciudades como Ciudad céltica. Para Schulten una de sus principales ciudades Molybdana (citada por Hecateo), estaba situada en la región de Cartagena.

También en esta zona junto a los mastienos se cita a los libiofenices, habiendo pensado algunos autores modernos que su territorio coincidiría en gran parte con los mastienos. El hecho de que aparezcan citados por Avieno junto con los mastienos debe llevarnos a la conclusión de que se trata de pueblos distintos, aunque si hacemos caso a Eforo, que los da como habitantes de Malaca, Sexi y Abdera, se trataría de los mismos mastienos de Hecateo. Lo que sí parece claro es que se trata de pueblos extranjeros, y sus descendientes y los hallazgos de la arqueología en los yacimientos de Toscanos Trayamar y otros similares así parecen confirmarlo.

Continuando por la línea de costa nos encontramos con los bastetanos, a quienes Estrabón atribuye una situación en el litoral entre Calpe y Gades y que pertenecen a la Turdetania. Hay una gran confusión entre los autores antiguos en cuanto a su localización, incluso dentro de la descripción del mismo Estrabón, para quien en otros pasajes los bastetanos habitan en el interior, desde las sierras de la provincia de Cádiz hasta Granada, llegando casi hasta Málaga. Tolomeo habla de dos grupos, los bástulos al oeste y los bastetanos al este, denominando los primeros bástulos-poenos, los cuales, en opinión de Schulten, corresponden a los blastofenicios de Apiano y a los poeni de Plinio. Actualmente se piensa que estaban situados en Almería y con una penetración hacia la vega de Granada, identificando su población principal y la que les da el nombre, Basti, con Baza, a pesar de que la arqueología no ha sido muy explícita hasta el momento en ese sentido. Otra de sus ciudades importantes era Tutugi, identificada con Galera.

La Alta Andalucía

Esta zona estaba habitada en época prerromana por los oretanos. Ni Avieno, ni Polibio los citan expresamente. Sí lo hace Estrabón a la vez que a sus ciudades más importantes, pero los hace llegar hasta la costa sur. Los datos de Tolomeo no son relevantes, pues para entonces ya la administración romana había desdibujado

los límites primitivos de los pueblos. Por Estrabón sabemos que su territorio es atravesado por los cursos altos del Betis (3, 4,12) y del Júcar (3, 4,14). En la actualidad parece claro que los oretanos ocupaban la zona oriental minera de Sierra Morena la mitad este y norte de la provincia de Jaén y parte de las de Ciudad Real y Albacete, esto es, la zona natural de paso entre el centro, sur y Levante de España. Destacan entre sus ciudades Cástulo (cerca de Linares), que tuvo una gran importancia en la época de dominio cartaginés de la península por su vinculación con Aníbal, y Oria u Orissia (probablemente Granátula).

El Valle del Guadalquivir

De todos los pueblos citados por los autores antiguos pertenecientes al área íbera, los de mayor extensión e importancia son los turdetanos. Según varios autores antiguos y modernos, este término es una forma de denominación de los tartesios, aunque, como dice Presedo, comúnmente la palabra se emplea entre los arqueólogos para significar la época que va desde el siglo V hasta la conquista romana y, por esta razón, lo tartésico es para nosotros la fase más antigua de esta misma región. Sus elementos de cultura material son comunes en lo fundamental con los de los iberos. Estrabón identifica turdetanos y túrdulos, pero para Polibio y Plinio son distintos, estando los túrdulos al norte de los turdetanos. Plinio dan noticia de unos turduli veteres en Lusitania, noticia que ha sido confirmada por el hallazgo de un pacto de hospitalidad en el Castro Da Senhora da saúde ou Monte Murado (Pedroso), V. N. da Gaia, fechado en el año siete d. C. por los cónsules en el que aparecen como participantes unos turduli veteres. Para Estrabón, la Turdetania comprende todo el valle del Guadalquivir, limitando con los carpetanos y por el sur con los bastetanos. Según este autor, tiene forma de cuadrado con 2000 estadios de ancho y de largo. Podría ser este nombre el que denominaba a toda la región, en la que habitaban, según los datos de las fuentes, poblaciones menores difíciles de localizar.

El mapa del área íbera se completa con los bástulos, ya citados al referirnos a los bastetanos, que estarían situados en la actual provincia de Granada.

El Proceso de Formación Histórica del Mundo Ibérico

Para comprender el proceso de formación de la cultura ibérica es preciso atender al estudio de la propia dinámica interna de la Península Ibérica en las etapas anteriores a la primera mitad del milenio I a. C. sobre todo. En este proceso intervienen de forma decisiva una serie de elementos que fueron resaltados de forma muy clara por M. Bendala y J. Blanquez en las Actas de las I Jornadas sobre

el Mundo Ibérico, celebradas en Jaén en 1985. De allí entresacamos unas cuantas ideas que consideramos de esencial importancia para el conocimiento del proceso de formación histórica de estas poblaciones hasta llegar a la etapa que podemos denominar «ibérica», u «horizonte ibérico». Las fuentes literarias hablan de los iberos como un pueblo que se extiende desde Andalucía hasta en Languedoc por la zona costera, con una misma lengua y una cultura similar. Hoy sabemos que se trata de un mosaico de pueblos y el principal problema que tenemos que resolver es el origen de la cultura ibérica.

Según la opinión de Bendala y Blanquez, que compartimos, el principal cambio que se produce en esta época es la integración de las tierras de la Península Ibérica en las grandes culturas del oriente mediterráneo, con lo que surge un proceso de evolución histórica que desborda y condiciona las líneas evolutivas anteriores.

Pero este horizonte nuevo, fundamentalmente exterior, no debe hacernos perder de vista que en esta etapa se está produciendo la consolidación de las culturas del Bronce Pleno, cuyo foco más importante se sitúa en Almería (poblados de El Argar y El Oficio), y que irradian fuertes influencias a amplias zonas meridionales. Tras esta etapa del Bronce Pleno los arqueólogos han establecido a partir de una serie de datos nuevos o de interpretación de datos anteriores un denominado Bronce Tardío (1300-1100 a. C.) en el que continúan los componentes de la cultura argárico, con desaparición de algunas de sus formas cerámicas y compenetración de elementos culturales del horizonte meseteño caracterizado con el nombre de Cogotas I: cerámicas excisas, boquique, etc. Esto mismo puede decirse para la Comunidad Valenciana, con la penetración de influjos procedentes de la Meseta. También en la Andalucía occidental puede hablarse paralelamente de un Broce Tardío con las mismas características que han sido apuntadas para las demás zonas.

Para Bendala y Blázquez, con este Bronce Tardío se llega a una crisis final del mundo argárico, hecho que no puede situarse al margen de la crisis general que afecta a todas las culturas mediterráneas. Pero a esta situación general de crisis, que supone para estos autores el Bronce Tardío, sigue una fase de mayor vigor que, de acuerdo con las actuales investigaciones, puede ser caracterizada como Bronce Final. El factor más importante de esta revitalización es, sin duda, la influencia de la cultura tartésica, y se trata de una época de mayor apertura cultural que las fases precedentes. Los comienzos de esta nueva etapa puede situarse hacia el año 1000 a. C. esta fase se va a caracterizar, sobre todo, por una fuerte influencia y penetración de los elementos culturales tartésicos, entre los que

destacan, de acuerdo con los hallazgos arqueológicos, las cerámicas con decoración bruñida, los vasos de perfil carenado, las superficies alisadas, etc. éstos datos de la arqueología no hacen más que confirmar las noticias de las fuentes escritas (Polibio 3, 24,4), para quien el mundo tartésico se extendió hasta la región de Cartagena (Mastia Tarseion).

Los autores antes citados destacan dos aspectos fundamentales de esta etapa, una vez revisado el panorama que ofrecen las secuencias de importantes yacimientos arqueológicos de la zona: la ruptura con la línea decadente del Bronce Tardío, ubicándose incluso los yacimientos en otros lugares, y, sobre todo, la constatación de que el foco tartésico es el principal catalizador de la renovación cultural que se produce en este momento, teniendo también cierta importancia, aunque bastante menor, la penetración de los campos de urnas, con incidencia especial en Cataluña y Valle medio del Ebro, estableciendo en las tierras llanas y los valles una economía de tipo agrícola. No es el momento de pararnos a analizar si la propia cultura tartésica es fruto de una evolución autóctona únicamente o recibe también impactos exteriores, pues lo hemos visto anteriormente. Pero sí es necesario resaltar, siguiendo de nuevo a Bendala y Blázquez, que sobre la base del Bronce Final tartésico se superpone una fase orientalizante, profundamente marcada por el influjo fenicio, que comienza en el siglo VIII y tiene su momento álgido en el siglo VII y parte del siglo VI a. C. también se extiende a la zona ibérica clásica, en buena parte, como resultado de la irradiación tartésica hacia esa área.

En el siglo VI a. C. se produce la crisis de la cultura tartésica, lo que traerá consigo una mayor vitalidad e influencia de las zonas ibéricas del sudeste y Levante. En este proceso de revitalización de las zonas del este peninsular tiene una especial importancia la presencia griega, que tradicionalmente había sido suficientemente valorada para la zona del nordeste y que, en estos momentos, debe ser tenida también en cuenta no sólo para la zona del Levante, sino incluso para la zona meridional de España. Con respecto proceso de formación de la cultura ibérica parece conveniente hacer mención a las opiniones de tres autores que se han ocupado del tema: Abad Casal, Arteaga y Aubet.

Para Abad Casal, la formación de la cultura ibera está en relación con el impacto de las corrientes orientalizantes sobre los pueblos indígenas. Andalucía es la única región peninsular donde existían esas circunstancias favorables y lo ibérico es el desarrollo de la cultura indígena con fuertes aportaciones y matizaciones colonizadoras mientras que a la Comunidad Valenciana, en opinión de Tarradell y Llobregat, la cultura ibera llega ya formada.

O. Arteaga, a partir de yacimiento de los Saladares (Orihuela, Alicante), en el que se ha establecido una secuencia estratigráfica desde el Bronce Final al llamado «horizonte ibérico» pleno, diferencia lo orientalizante tartésico y lo fenicio occidental de las culturas protoibéricas (Alta Andalucía, Sudeste y Levante Meridional). El mundo ibérico meridional se diferencia de lo propiamente turdetano, de lo público costero y del mundo ibérico septentrional, a la vez que conecta con lo tartésico mediante el desarrollo protoibérico o y conoce directamente los procesos generatrices de las culturas ibéricas más antiguas. En su opinión, existe una diferencia clara entre iberismo meridional de la alta Andalucía el sudeste y el levante meridional, donde la cultura ibérica se forma a lo largo de siglos VII a. C. en un proceso de desarrollo complejo durante siglos VII a. C. y septentrional desde los alrededores del Cabo de la Nao hacia levante y hasta el Ebro, sur de Cataluña, costas catalanas, sur de Francia, Bajo Aragón, Cataluña interior y Meseta, en cuya formación hay que valorar, junto a los procesos formativos de la cultura ibérica meridional, las actividades griegas.

En opinión de M. E. Aubet, el establecimiento de las colonias fenicias en la zona del estrecho aceleró un proceso de transformaciones económicas y sociales que se venía gestando en el suroeste desde principios del I milenio a. C. pero si se admite que la sociedad urbana en el sur de la Península no se encuentra hasta bien entrado el siglo VI a. C. y, fundamentalmente, a partir del siglo VII, no parece que hayan influido decisivamente en la aparición de las ciudades ibéricas el estímulo colonial tartésico, ni su efecto más inmediato, el período orientalizante tartésico. Además, los primeros y más poderosos focos de iberismo aparecen en la Alta Andalucía y en el Sudeste, en la periferia del mundo tartésico y no en su epicentro. Por ello, para M. E. Aubet los inicios de la cultura ibérica y de la vida urbana serán posibles gracias a las bases socioeconómicas establecidas por el intermediario tartésico durante los siglos VII y VI a. C., pero no puede afirmarse que sean consecuencia inmediata y directa de ellas. Es la influencia griega desde el Sudeste la que estimulará la cultura ibérica urbana en la Alta Andalucía.

Debido al propio proceso de evolución interna de las poblaciones indígenas y a los influjos exteriores, más o menos importantes según las zonas, el mundo ibérico se configura como un foco de gran riqueza cultural y económica a partir de la segunda mitad del siglo VI a. C. dentro de esta cultura ibérica se distinguen arqueológicamente una serie de facies regionales que son debidas a dos factores: el sustrato étnico que influye sobre la cultura que recibe y desarrolla el predominio de fenicios en los siglos VIII y VII a. C., y las influencias griegas más intensas a partir de mediados del siglo VI y los siglos V y IV.

Estas diferencias regionales se han puesto de manifiesto en aspectos tan importantes como los urbanísticos; mientras que en la zona de influencia de los campos de urnas (Cataluña y Valle del Ebro) los poblados se organizan en torno a una calle central dejando las casas sus paredes traseras reforzadas a modo de murallas, en la zona más meridional se encuentra una urbanística mucho más cercana a los modelos del Mediterráneo oriental, concretamente a la griega. En líneas generales podemos decir que en Cataluña el proceso de iberización constituyó una evolución continuada en la que se constatan influencias mediterráneas, en origen fenicias, que se pone de manifiesto sobre todo en los restos cerámicos y los ajuares metálicos, y posteriormente griegas a partir de mediados del siglo VI a. C., que, tanto en esta zona como en el levante ibérico, son las que tienen mayor incidencia y que actúan sobre poblaciones indígenas con una tradición cultural con fuerte influencia de los campos de urnas. Al respecto se plantea un interesante problema, aplicable no sólo a Cataluña, sino a todas las zonas del Levante no «nuclear» ibérico, que ha sido perfectamente resaltado por E. Junyent y otros autores, el insuficiente conocimiento de la evolución de estas gentes a lo largo de los siglos IX, VIII y VII a. C. y de sustrato preibérico inmediato, es decir, saber cuáles eran los elementos definidores de aquellas comunidades que recibieron las primeras influencias mediterráneas. Por otra parte, cada vez parece más evidente en Cataluña la dicotomía entre la costa y las zonas del interior, siendo los ritmos de evolución hacia el iberismo muy distintos en una y otra parte, ya que las zonas costeras reciben las influencias foráneas, sobre todo mediterráneas, en una época más temprana. Para Sanmartí es evidente que, mientras no se demuestre lo contrario, nuestra visión actual del problema es la de considerar que la aparición de las formas y modos de vida, de unos patrones culturales, en definitiva, que podemos calificar ya de ibéricos, se debió a una rápida expansión sur-norte de unos estímulos —y quizá también poblaciones— generados en la zona nuclear donde la cultura ibérica tuvo su epicentro, es decir, en el sudeste peninsular, entendiendo con ellos las actuales provincias de Murcia y Alicante.

En el Valle del Ebro, según A. Beltrán, la iberización afecta esencialmente a la cultura material, sin que se produzcan cambios de población o sustitución de modos de vida. Esta penetración de elementos iberos se inicia en el siglo V a. C. y se desarrolla en los siglos IV y tercero, perdiendo vigencia en contacto con lo romano (siglos II y I). Pero esta iberización no supone el que las bases indígenas desaparezcan, antes bien permanecen en los poblados determinados objetos, cerámicas y otros utensilios. La mayor parte de los yacimientos conocidos pertenecen a la edad del hierro, a la época romana republicana y al periodo de cambio de era. Las influencias ibéricas proceden de la zona del Levante y el Ebro

actúa como difusor a través de algunos de sus afluentes (concretamente el Valle del Jalón) hacia la Meseta. Pero los contactos culturales con el mundo celtibérico son constantes, tanto en lo referente a cultura material, como elementos de alfabeto, moneda, etc., apareciendo ciudades de nombre indígena con formas ibéricas e indoeuropeas, por ejemplo, Nertobis-Nertobriga. Finalmente, es importante resaltar que la iberización de las tierras interiores del valle estuvo ligada estrechamente a la penetración de los romanos en estos territorios. F. Burillo ha reivindicado el camino del río Mijares como vía de penetración de las influencias de la costa (colonizadores e indígenas) hacia el interior, pero no buscando una zona de excedentes agrícolas, que no la hay en las tierras turolenses a las que conduce, sino un territorio rico en minerales, que se sitúa en la propia cuenca del río Mijares, especialmente en la Sierra de Albarracín (hierro y, en menor medida, plata y cobre). Esta necesidad de minerales de la zona norte de la costa levantina donde desemboca el Mijares es evidente y, por otra parte, no es menos cierto que en esa zona el proceso iberizador se desarrolla con anterioridad al del interior del valle del Ebro.

A comienzos del siglo VI a. C. estamos asistiendo al inicio de un proceso que dará lugar a la cultura ibérica, en el que sobresalen la utilización y divulgación de la cerámica a torno, el desarrollo del urbanismo y la generalización del uso del hierro.

Por lo que se refiere a Andalucía, la cultura ibérica, o mejor, los rasgos ibéricos, presentan matices que la diferencian de la cultura ibérica levantina, debido en gran medida a la propia evolución interna del componente indígena (tartésico sobre todo) y en parte a la propia ubicación de unas y otras comunidades, lo que hace que predominen en unos casos los influjos orientalizantes, más arraigados en la zona occidental, y en el resto las nuevas relaciones que se establecen en las zonas más orientales de España con los pueblos colonizadores del Mediterráneo, sobre todo con los griegos.

Debido precisamente al distinto proceso de formación histórica que siguen estas poblaciones, hay que distinguir dentro de la amplia área que va desde Cataluña hasta Cádiz dos tipos de cultura ibérica, una meridional, desarrollada y Andalucía, sudeste de España y Levante meridional, y una septentrional, desarrollada en los alrededores del Cabo de la Nao en Alicante, hacia Levante y hasta el Ebro y el sur de Cataluña, propagándose hacia las costas catalanas y el sur de Francia, Bajo Aragón, Cataluña interior y hasta la Meseta.

Como conclusión podemos decir que los territorios más meridionales de la

Península Ibérica quedaban polarizados hacia la civilización tartésica, mientras que los territorios más septentrionales del área ibera lo hacían hacia la civilización de los campos de urnas, aunque dentro del proceso de iberización han de tenerse en cuenta como elementos fundamentales los influjos mediterráneos aportados por fenicios y griegos.

El desarrollo urbano en el área ibera. el concepto de ciudad

El proceso anteriormente reseñado va a llevar en el siglo V a. C. a las poblaciones indígenas a un estadio de desarrollo superior que podemos calificar como plenamente urbano, con lo que el mundo ibérico se «homologa», aunque más tardíamente con las demás culturas del mundo Mediterráneo de los milenios II y I a. C., con un tipo de organización más próximo a la de las sociedades mediterráneas. La existencia de la ciudad como núcleo básico de la organización interna es uno de los rasgos que caracterizan al mundo ibérico. Pero este proceso de urbanización no es uniforme, sino que se establecen diferencias que pueden llegar a ser extremas entre los distintos territorios. Así, por ejemplo, en las campiñas de Jaén encontramos ciudades y una organización del poblamiento en torno a ellas ya en pleno siglo V a. C. mientras que en el valle medio del Ebro el establecimiento de ciudades no se remonta más allá del siglo III a. C.

En el proceso de análisis de la organización del poblamiento ibérico se plantea un problema fundamental, poder determinar cuando un núcleo habitado puede o debe ser considerado como una ciudad. Pero no podemos dar respuesta a este problema sin determinar previamente el concepto de ciudad, noción relativa y que puede variar dependiendo de la cultura a que se refiera. No obstante, a pesar de las dificultades es de un punto de vista metodológico es obligado descubrir los elementos que definen un asentamiento de población como ciudad.

Por oposición, para que las ciudades existan es imprescindible, en primer lugar, que haya otros núcleos que no lo sean y que se puedan definir como rurales. Es decir, deberá existir un hábitat diferenciado en el que el asentamiento que se identifique como ciudad deberá contar con unas atribuciones de las que carezcan los núcleos rurales y realizar unas funciones derivadas de sus mismas atribuciones exclusivas. Estas funciones cubren toda una serie de aspectos defensivos, político-administrativos, económicos, religiosos, etc., que necesariamente deberán proyectarse a los núcleos rurales, faltos en todo o en parte de los servicios que la ciudad les proporciona.

Esta relación entre ciudad y núcleos rurales es recíproca, pues estos últimos

deberán ofrecer a aquella una serie de prestaciones, normalmente en sentido de dependencia. Pero el hecho de que sea esta relación recíproca no quiere decir que sea igualitaria. Existe una vinculación desigual en la que la ciudad juega un papel preponderante. Por otra parte, todas las funciones que se desarrollan en la urbe tienen su reflejo material en una serie de edificios específicos con una configuración constructiva y urbanística distinta de las viviendas. En cuanto al tamaño, es claro que el sistema de vida urbano supone la atracción de los habitantes de los asentamientos rurales y menores, lo que traerá como consecuencia que la ciudad tenga un número mayor de habitantes y de construcciones que, evidentemente, se manifiesta cuando uno de estos establecimientos es objeto de excavación. No obstante, es difícil determinar de manera absoluta cuándo estamos ante un asentamiento ciudadano y cuándo estamos ante uno rural, por lo que la identificación de un asentamiento con el núcleo que realiza las funciones específicas de la ciudad debe hacerse por comparación entre yacimientos de la misma época y dentro de un territorio con una cierta uniformidad económica y cultural. Éste proceso comparativo y de observación de las diferencias de tamaño y estructura de los poblamiento que corresponde a ciudades y de aquellos que no realizan estas funciones únicamente es posible cuando la identificación entre yacimientos arqueológicos concretos y nombres de ciudades que conocemos por las fuentes escritas o las leyendas monetales referidas al área íbera es segura. Las fuentes escritas por el área íbera, como para el resto de España, son fundamentalmente los autores clásicos greco-latinos, todos ellos de una época comprendida entre el siglo II a. C. y el siglo II d. C. asimismo, vías importantes para el descubrimiento de los nombres de los núcleos ciudadanos de época íbera las leyendas monetales y los textos epigráficos grabados en otro tipo de documentos. Las informaciones que ofrecen cada una de éstas pueden ser coincidentes y complementarias, aunque no siempre sucede así por su misma naturaleza. Por ejemplo, en las fuentes literarias (historiadores y geógrafos sobre todo) las referencias a ciudades indígenas están en relación con el propio objeto de la narración, la mayor parte de las veces acontecimientos bélicos.

Centrándonos más concretamente en la ordenación del territorio en el área ibérica de España, a partir de los estudios arqueológicos realizados sobre poblamiento de las áreas ibéricas, fundamentalmente en el valle medio del Ebro por F. Burillo, en la zona del alto Guadalquivir por A. Ruiz y M. Molinos en la zona de los edetanos por J. Bernau, H. Bonet y C. Mata se puede llegar a concluir que los asentamientos se ubican y se distribuyen en función de la explotación de los recursos económicos de la zona y teniendo en cuenta la naturaleza de cada uno de ellos, según se trate de poblaciones de carácter urbano o rural. Por regla general los asentamientos de estas dos áreas analizadas hasta ahora con más profusión suelen

localizarse en zonas agrícolas, aunque también se han descubierto establecimientos ubicados en determinados lugares de explotaciones mineras o de otras actividades económicas. En definitiva, la distribución de asentamientos se realiza de forma irregular de acuerdo con las posibilidades económicas que presenta el territorio y no mediante una planificación ordenada de la utilización del mismo, con lo que la mayor densidad demográfica y el mayor número de núcleos importantes se explica por la existencia también de una mayor cantidad de recursos.

En la distribución de los núcleos habitados influyen elementos de tipo político o incluso militar, como es por ejemplo la necesidad del control del territorio en su totalidad, buscando para ello puntos de fácil defensa y que dominen el territorio propio, o de un paso importante de comunicaciones, con lo que en ocasiones encontramos asentamientos con un carácter estrictamente militar, aunque, por lo que se conoce hasta el presente, suelen ser escasos.

Finalmente, en lo que se refiere al poblamiento se observa también que entre los distintos asentamientos se establece una jerarquización en función de una relación de control e intercambio de los centros ciudadanos sobre los centros rurales, e incluso dentro de los propios centros ciudadanos se produce esta relación de control de los mayores sobre los más pequeños. Este proceso de jerarquización será potenciado y favorecido posteriormente por la acción de Roma, pues su propia estructura político-administrativa tiene como base estos mismos principios. De este modo el control territorial por parte de Roma será mucho más rápido, más fácil y menos costoso.

Organización socio-política

La sociedad

Es algo admitido por todos en la actualidad que hablar de clases en las sociedades antiguas trae consigo una serie de riesgos, y más en casos como el de las primitivas como la ibérica. Donde los datos para diferenciar los distintos grupos de población son muy escasos y, la mayoría de las veces, poco claros.

Los trabajos de A. Arribas, J. Maluquer, J. Caro Baroja, M. Vigil y A. Balil, entre otros, que se han ocupado del estudio de los pueblos iberos, han encontrado diferencias en el seno de la estructura social, tanto en las fuentes escritas, con datos aislados sobre una clase superior de los régulos y sus clientes y amigos, como en el material arqueológico encontrado en las tumbas, sobre todo en lo referente a la forma de las propias tumbas y el ajuar funerario encontrado en ellas.

Del análisis de las tumbas deduce F. Presedo la existencia de un grupo de régulos que debían de formar la nobleza y cuyos mausoleos denotan un nivel alto de riqueza; junto a ellos existiría una clase media con tumbas más pequeñas y un ajuar discreto, aunque con algún elemento de importación, distinguiendo entre ellos los que aparecen enterrados con falcata y aquellos que no la tienen dentro de su ajuar funerario lo que diferencia a los guerreros del grupo de posibles comerciantes y artesanos cualificados (broncistas, Herreros, escultores, etcétera), y finalmente el grupo social más bajo dentro de la escala, que son los individuos enterrados en las numerosas sepulturas pequeñas consistentes en un solo hoyo en el suelo, a veces sin ningún ajuar, y con la urna tapada únicamente con una piedra.

Por otra parte, este mismo autor, a partir del estudio de los bronce ibéricos y de la pintura de los vasos cerámicos, distingue, por un lado, a los jinetes a caballo con escudo redondo y falcata o lanza y, por otro, a un grupo muy numeroso de hombres armados a pie. Junto a este grupo hay una serie de autores (Nicolini entre ellos) que han identificado con sacerdotes a una serie de individuos tonsurados, y con un velo o con una diadema sobre el pelo no tonsurado. Sin embargo, en opinión de M. C. Marín Ceballos, no parece que podamos hablar de sacerdocio profesional, sino ocasional, que recaería en iniciados pertenecientes a las clases superiores. Habría también otro grupo de hombres sin cualificación alguna, vestidos con túnica larga (el traje nacional Ibero) o corta, pudiendo tratarse en este caso de jóvenes o de guerreros.

Entre las esculturas de mujeres, que veremos cuando hablemos del arte ibérico, aparece una clase superior de grandes damas mitradas, oferentes o no, que representan a grandes señoras en un acto litúrgico. En ocasiones aparece también una llamada por Nicolini «sacerdotisa» y variedad de estatuillas que no puede ser adscritas a ninguna profesión o status. Lo que sí parece claro a partir de los estudios de A. Ruiz es que lo militar está presente en todos los niveles de la estructura global:

1. Estrabón habla de continuas guerras entre los iberos.
2. Los ejércitos de los régulos del sur suelen ser mercenarios.
3. Este predominio de lo militar está sustentado por la ideología, como puede verse a partir del análisis de los ajuares de las tumbas y la presentación de los Reyes como grandes caudillos militares.
4. La metalurgia, a menudo en función de la guerra, adquiere un alto grado

de desarrollo.

5. La rapiña se convierte en un sector productivo más dentro de la economía íbera.

En la actualidad hay dos aspectos fundamentales en el estudio de la organización socio-política ibérica: el análisis profundo y detallado del denominado Bronce de Lascuta con el decreto de Emilio Paulo, documento de extraordinaria importancia por la información que transmite, y los análisis de la planificación territorial de la Bética, a partir de los datos de la arqueología. En este análisis se destaca la existencia de numerosos recintos conocidos con el nombre de «turres» en época clásica, cuya función debió de ser defensiva y que en la actualidad se ponen en relación con un reflejo de la organización socio-política. Entre estos estudios conviene destacar los realizados por J. Fortea y J. Vernier, J. Mangas, A. Ruiz y M. Molinos y sus colaboradores y L. García Moreno.

La importancia del Bronce de Lascuta, sobre todo por su antigüedad con respecto al resto de los documentos epigráficos conocidos para Hispania, dio origen desde principio a numerosos estudios, tanto desde el punto de vista epigráfico como del Derecho. Entre estos estudios destacan los realizados por E. Hübner y Th. Mommsen publicados en 1869. A. D'Ors realiza una síntesis desde el punto de vista jurídico y Ch. Saumagne también lo analiza, al estudiar los orígenes del municipio de derecho latino en el marco extratálico. De época posterior son los estudios indicados en el párrafo anterior.

A través del Bronce de Lascuta podemos aproximarnos al conocimiento de la organización socio-política de los pueblos del sur de la península en la etapa inmediatamente anterior a la conquista romana. Este Bronce, aparecido a mediados de siglo XIX fuera de todo contexto arqueológico y próximo a la localidad de Alcalá de los Gazules, en el sudoeste de Cádiz, encierra un decreto de Lucio Emilio Paulo, que se fecha el 19 de enero del año 189 a. C.

En este decreto se concede la libertad a los habitantes de la Turris Lascutana desligándolos de su dependencia de Hasta Regia. Además, en el documento en cuestión se hace referencia a la propiedad de las tierras cuya posesión tienen los Lascutanos y al núcleo habitado fortificado (oppidum) en el que viven, confirmando la posesión que, de hecho, ya tenían.

En cuanto al contenido del texto es necesario, en primer lugar, situar geográficamente ambas comunidades o núcleos que aparecen mencionados en él,

Hasta Regia y Turrus Lascutana. Hasta o Asta Regia se localiza en la Baja Andalucía, más concretamente en el área de Cádiz, en el despoblado de Mesas de Asta. Es una comunidad frecuentemente citada en las fuentes geográficas de época imperial romana (Plinio y Tolomeo entre otros) y en Plinio aparece como una colonia de ciudadanos romanos fundada probablemente por Julio César.

La localización de la Turrus Lascutana presenta mayores problemas, pues no sabemos con exactitud si se trata de una localidad distinta del oppidum Lascuta, que conocemos por las series monetales libio-fenicias y en las fuentes de época imperial como civitas stipendiaria (ciudad que, aunque sus ciudadanos tenían el estatuto de libres, debía pagar un tributo o estipendio a Roma, aportado equitativamente por todos sus habitantes). Para A. Tovar, por ejemplo, la turrus sería diferente al oppidum y se trataría de un enclave fortificado que, como avanzadilla, serviría de defensa al oppidum. Se piensa que la turrus podría estar ubicada en Alcalá de los Gazules.

Conocemos, por otra parte, a través de los datos de la arqueología y las fuentes literarias, la existencia en esta zona y en esa época de torres las llamadas Torres Hannibalis, que serían puntos de vigilancia y defensa de la campiña. Fortea y Bernier han puesto en relación estas Torres de las fuentes escritas con recintos fortificados con muros ciclópeos los dispersos por todo el territorio de Andalucía, que podían servir tanto de fortines militares para pequeños grupos expedicionarios como de núcleos urbanos destinados a poblaciones aliadas o tributarias de la ciudad principal. No debe descartarse tampoco la posibilidad, en opinión de J. Mangas, de que pudiera servir de defensa frente a posibles revueltas de poblaciones sometidas en el interior del territorio. La cronología que se atribuye a estos recintos fortificados va desde el 400 al 200 a. C. su construcción parece que es debida a los cartagineses, aunque no todas pueden atribuirse a Aníbal por su cronología, sino únicamente las del primer cuarto del siglo III a. C. además, es posible que los romanos construyeron algunas.

En contra de lo dicho hasta aquí, está la opinión de L. García Moreno, quien considera difícil identificar la Turrus Lascutana con estos recintos fortificados, debido al reducido tamaño de los conocidos y que, en el caso de la mencionada turrus, exigiría la existencia de una aldea pegada a sus muros. Para este autor el paralelo más idóneo podría ser el castellum que, según Vitrubio (10,13), arquitecto de tiempos de Augusto, existía a una cierta distancia de Gadir (Cádiz) como defensa de ésta o los castelli meridionales de los que da cuenta Livio (34,19) para el 197 a. C.

Interesa ahora resaltar el contenido del decreto. Según el texto la Turrís Lascutana dependía de la ciudad de Hasta y los habitantes de la turrís eran *servei* (¿esclavos?) de los *hastienses*. Esta comunidad de *siervos* tenía en régimen de posesión un núcleo urbano fortificado (*oppidum*) y unas tierras (*agrum*), cuya propiedad jurídica real, según puede verse en el texto, pertenecía a la ciudad de Hasta.

Se deduce del texto que estos *servei* están adscritos de forma comunitaria a la ciudad de Hasta, tienen en *possessio* (*usufructo*) un territorio (*agrum*) que trabajan para crear unos excedentes económicos, gran parte de los cuales pasarían a la ciudad de Hasta, y residían de forma conjunta en un mismo núcleo urbano. Con la llegada de Roma la situación cambia y por la acción del general Emilio Paulo se va a liberar a los habitantes de la Turrís Lascutana de la dependencia de Hasta, quedando sometidos a Roma. Es decir, que el derecho de propiedad pasaba al Senado y al pueblo romano, mientras que el derecho de *usufructo* seguía perteneciendo a los habitantes de la Turrís Lascutana la sumisión a Roma de los *lascutanos* les va a permitir disfrutar de la posesión del núcleo habitado fortificado y de las tierras.

Este es el contenido del decreto, pero el problema fundamental se centra en el análisis del término *servei*. M. Vigil fue el primero en analizar el término, deduciendo que estos *servei* constituían una forma de esclavitud especial en la que una ciudad ejercía la hegemonía sobre otra, de forma que no puede verse en estos el estatuto del esclavo. J. Mangas y L. García Moreno han analizado con planteamientos y resultados distintos este término. Para J. Mangas, hay que entenderlo como una forma de dependencia no esclava a la que denomina «servidumbre comunitaria». Esta forma de dependencia no sería característica únicamente del sur de la Península Ibérica, sino que se encuentran formas análogas durante la antigüedad en otras zonas del Mediterráneo, como es el caso de los *ilotas* de Esparta los *penestas* de Tesalia los *mariandinos* en Heraclea del Ponto, etc. se trataría en todos los casos de poblaciones en su mayoría indígenas que fueron sometidas en conjunto.

Mangas, además de relacionar esta forma de dependencia con las existentes en otras zonas del Mediterráneo, intenta relacionar la *servidumbre* mencionada en el Bronce de Lascuta con otros testimonios, tanto de fuentes escritas como de datos arqueológicos, referentes también al sur de España, en los que, según él, igualmente, se hace referencia a la existencia de una considerable población *servil* en la bética prerromana. Hay un texto de Justino (44,4) autor del siglo III d. C., pero cuyas noticias provienen de Trogo Pompeyo (época de Augusto), según el cual en

el reino de Tartesos...plebs in setem urbes divisa= plebe dividida en siete ciudades. Para Mangas, este texto hay que interpretarlo en el sentido de que sus siervos, recogidos bajo el término plebs, estarían divididos en siete núcleos, que habría que considerar como ciudades dependientes de la ciudad privilegiada. En la oposición populus-plebs el primer término hace referencia a los privilegiados. La referencia a Tartesos se puede deber a que en época de Augusto la idea que se tenía sobre ella estaba ya muy desdibujada. De esta forma la noticia de Justino estaría reflejando la forma de dependencia que se consideraba característica de la bética prerromana.

Hay otro dato que, en opinión de Mangas, debe tenerse en cuenta, el texto de Diodoro Sículo (25,10) en el que nos trasmite la noticia de que en Cartagena se había producido una revuelta de numidas, acudiendo Amílcar a reprimirla, reduciéndolos a esclavitud/servidumbre (edoulothesan) para que pagasen un tributo. Poder pagar un tributo requiere tener alguna forma de posesión sobre la tierra o sobre cualquier otra actividad productiva, lo que no sucedería si se tratara de esclavos.

Por otra parte, como ya hemos visto anteriormente, la arqueología confirma los datos de las fuentes literarias sobre la existencia de recintos fortificados en la bética, que se debían de utilizar para la defensa del territorio, tanto de amenazas externas como de posibles revueltas de las poblaciones sometidas en el interior.

En resumen, para J. Mangas, en la bética prerromana la servidumbre comunitaria era la forma de dependencia dominante y probablemente, aunque la documentación no es explícita en este caso, existieran formas de dependencia análogas en el resto del área ibera. El análisis realizado por Mangas ha sido criticado por García Moreno, quien pone en tela de juicio la validez de utilizar datos procedentes de regiones y épocas demasiado diferentes desde el punto de vista del desarrollo histórico, a la vez que cree que Mangas no realiza un examen pormenorizado de las fuentes en que se encuentran tales datos. Concretamente García Moreno critica la equivalencia que este autor hace de los términos populus y plebs del texto de Justino, pues para García Moreno están haciendo referencia a dos aspectos distintos de la población de Tartesos, populus resaltaría el elemento político de la sociedad haciendo, entonces, referencia al término de «la ciudadanía», mientras que plebs haría referencia a todo el colectivo social, es decir, a «la multitud», no olvidando, además, que el texto está reflejando una teoría antropológica helenística y, por ello, quizá esté alejado de la realidad.

Por último para García Moreno, en el análisis de Mangas hay un excesivo interés de extender a toda la bética un mismo régimen de relaciones de propiedad,

cuando sabemos que se daban en ella varias situaciones de desarrollo socio-económico, e incluso en otras áreas fuera de la bética.

Arribas ya había apuntado la aparición de formas esclavistas para la bética aunque afirmando que en número muy inferior a la época romana. Para este autor, en la extensión de la esclavitud en la Turdetania debe de influir el ejemplo de las colonias semitas y la creciente demanda de mano de obra por parte de las explotaciones mineras.

García Moreno propone otra vía de interpretación del texto del Bronce de Lascuta poniendo en relación su contenido con lo que sucede en el mundo púnico (Cartago), tomando como base el texto de Livio (43,8) que nos trasmite la información de la creación de una colonia latina *libertinorum* en Carteia en el año 176 a. C. para este autor, los habitantes de la *Turris Lascutana* pertenecerían a un tipo de comunidades en estado de servidumbre, cuyo estatuto y tipología se remontaría claramente a Cartago, que las habría creado en su área de dominación hispánica, es decir, una vez más se pretende explicar lo que ocurre en un lugar determinado de la España antigua por factores externos con preferencia sobre el propio desarrollo histórico y la propia dinámica de lo preexistente.

Pero García Moreno, al igual que los autores anteriores, generaliza a partir de este documento la situación para toda un área, al afirmar que donde habrían quedado restos más claros, aunque no abundantes, de este tipo de servidumbre comunitaria es en la zona del sur de Hispania, donde más densa y profunda había sido la acción de Cartago. En el caso de Lascuta hay que señalar que se trataba de una ciudad de fuerte influencia fenicia, tal como indicaría la utilización de un alfabeto neopúnico en sus acuñaciones y la persistencia de una antroponimia púnica en la oligarquía dirigente hasta tiempos avanzados. Lo mismo ocurriría con Carteia, antigua fundación fenicia, transformada posteriormente en enclave cartaginés. En definitiva, para García Moreno no se trataría de un tipo de servidumbre turdetana (indígena) en origen, sino púnica (debida a la acción de Cartago).

Es decir, los distintos autores que se han ocupado de analizar el contenido del decreto están de acuerdo en lo fundamental, la existencia de una forma de dependencia, la servidumbre comunitaria, pero la discrepancia está en saber a quién es debida, si tiene un origen en la propia evolución histórica de las poblaciones indígenas o si es la acción de una potencia exterior, en este caso Cartago, la que lleva a la situación reflejada en el Bronce de Lascuta.

Queda todavía un último aspecto que resaltar en el análisis del decreto de Emilio Paulo, aunque se refiere a algo propiamente romano, la razón por la cual el general romano procede a la manumisión de estos *servei*. F. Marco ha situado en sus justos términos la respuesta. Para comprender la razón de esta manumisión hay que contemplar el decreto en el marco de la política internacional llevada a cabo por Roma en el siglo II a. C., momento en que el Estado romano está desarrollando una política de expansión. En este contexto en el transcurso de las operaciones bélicas en las provincias, el poder de decisión del general sobre el botín y su destino debió de ser definitorio, al menos en primera instancia, sin que fuera necesario consultar al Senado.

A pesar de que las razones concretas de la manumisión se nos escapan, por no ser lo conservado posiblemente más que un extracto del decreto, lo que implica éste es una relación de *amicitia* por parte de los beneficiados con Roma. Para algunos historiadores este decreto supone el inicio de la política de reorganización de las ciudades indígenas y esta manumisión aparece como un primer paso en el proceso de integración de formas no romanas de dependencia en el marco de las concepciones jurídica y política de Roma, aspecto de suma importancia dentro del contexto general de la romanización.

Para Marco, a éstos se les concedió el usufructo de sus tierras y del núcleo urbano en que habitaban, sin otorgarles un *ius latii* que cuadra mal con la reluctancia mostrada por el Estado romano en el siglo II hacia la concesión de ciudadanía a extraños.

Organización política

Para el conocimiento de los aspectos de la organización política del mundo ibérico contamos con los datos que aparecen en las fuentes literarias, en especial Polibio, Apiano y Tito Livio, sobre la existencia de *reyezuelos* o *régulos* en la zona sur de Hispania en el momento de cambio de la hegemonía Cartaginesa a la romana.

Para este tema de la realeza y los reyes en la España antigua está aún por superar en su conjunto el estudio de J. Caro Baroja publicado en 1971, para quien la institución monárquica existe en la zona sur de España hasta el mismo momento de la conquista romana, como herederos de la monarquía mítica de Tartesos, después de la desaparición de Tartesos, los pueblos del Sur, fragmentados desde el punto de vista político, pero en su mayoría con regímenes monárquicos, aparecen en las fuentes escritas con nombres nuevos. Según las noticias de Apiano (*iber*, 5)

la muerte de Amílcar en el año 229 a. C. se debió a la conjura de varios reyes de pueblos iberos y de personajes influyentes.

En el momento que Roma conquista a Cartago la zona sur, surgen en el relato de Tito Livio dos reyezuelos, que son los más conocidos: Culcas y Luxino. Culcas aparece en el año 206 a. C. como aliado de los romanos contra Cartago, dominando 28 oppida de la zona más celtizada del sur, la Beturia (Liv. 28, 13,3), en el año 197 a. C. es un rebelde a Roma dominando ya únicamente sobre 17 fortalezas (Liv., 33, 21,6). Por el contrario, las noticias de Polibio son contradictorias, pues nos hablan de que los romanos habían aumentado su reino a este Culcas (Polyb., 21, 11,7). Luxino, por su parte, aparece en el año 197 a. C. como rebelde a Roma y dominando núcleos tan importantes como Carmona, Bardón, Malaca o Sexi (Liv., 33, 21,7), localizadas en el área más fuertemente dominada e influida por los cartagineses.

De estas menciones se desprende el dominio de algunos régulos sobre varios núcleos urbanos fortificados, aspecto que quizá debemos poner en relación con el análisis realizado por algunos investigadores, a partir de los datos que proporciona la arqueología, sobre ordenación del territorio y jerarquías.

En el momento de la pérdida de estos territorios por Cartago a manos de Roma, aparecen junto a estos reyezuelos más importantes otros que dominan únicamente sobre una ciudad tras la fragmentación de la monarquía tartésica. Attenes es el primer reyecillo que se pasó a las filas romanas en el año 206 a. C. sabemos también que Cerdubeles era régulo de Cástulo en el año 196 a. C. La mención de estos «monarcas» no excluye la existencia de ciudades cuya estructura política no estaba en torno a un régulo, como es el caso de Astapa en Sevilla, citado por Caro Baroja. Pero estas «realezas» nos son conocidas no sólo a través de las fuentes literarias, ya que también en los elementos decorativos de las monedas aparecen elementos que nos confirman la existencia de la institución real, como es la cabeza diademada del anverso de algunas monedas, que se interpreta como un símbolo de realeza.

Por otra parte es posible, en opinión de Caro Baroja, que algunos santuarios hayan tenido una significación institucional en relación con ciudades soberanas en función no de una «ciudad-Estado», sino de un territorio más amplio con varias ciudades, de las cuales una es la capital propiamente dicha. Está claro, pues así aparece en las fuentes, que en la Turdetania, en el momento de la lucha de romanos y cartagineses, había reyes que dominaban en varias fortalezas (oppida), reyes que dominaban en más de una ciudad a la vez, reyes o régulos que

dominaban sobre una e incluso, ciudades que no eran gobernadas por una institución real. Entre los reyes de la zona meridional, aparte de los citados, hay que mencionar a un rey de los orisos, que deben de ser de los oretanos entre los años 229-225 a. C. (Diodoro de Sicilia). Esteban de Bizancio, que tiene como fuente a Artemidoro de Efeso (hacia el 100 a. C.), cita la ciudad de Orisis, junto con el pueblo oretano, del cual indica que tenía otra gran ciudad, Cástulo. Vemos, pues, emparentados por las fuentes el nombre de un rey, el de un pueblo con varias ciudades y el de una ciudad.

La institución real se ha desarrollado en el sur de España desde la Edad del Bronce hasta tiempos históricos, que coinciden con las fases más tardías de la Edad del Hierro, habiendo tenido, sin duda, grandes influjos orientales en sus orígenes y en relación con la explotación de importantes riquezas naturales. Pero las fuentes nos dan noticia de régulos que mandan sobre pueblos no iberos, régulos celtas o galos que luchan en la península contra los romanos y régulos que parecen de estirpe ibérica en la zona oriental.

Entre los primeros destacan Moeniacocepto y Vismaro, al servicio de los cartagineses, los cuales, al ser vencidos, dejan tras sí un botín típico de áreas célticas: torques de oro, brazaletes, etc. podemos pensar en individuos no iberos bajados de la Meseta.

Para la zona oriental de la península hay también datos de otros régulos con carácter militar. Tito Livio (34-11) nos da noticia para el año 195 a. C. de un régulo de los ilergetes, Belistages, que mandó a su propio hijo como legado al campamento de los romanos. Por otra parte, también por datos de los historiadores Polibio (3, 76,1; 9,11; 10, 18,3, etc.) Y Tito Livio (22,21), así como de algún otro autor antiguo, conocemos a un Indibilis, Indebiles o Andobales, no sabemos con precisión si de los ilergetes o de los suesetanos, y un Mandonius de los ilergetes. Por otra parte tenemos también el nombre de un Edeco, rey de los edetanos, según Polibio (10,34), que junto al nombre de Ilerdes de los ilergetes, permite plantear la relación de algunos nombres de régulos con los de sus pueblos y ciudades de origen: Edeco-Edetani-Edeta e Ilerdes-Ilerda-ilergetes.

Al norte del Ebro estos régulos se localizan principalmente en el interior, mientras que en la regiones costeras, más influidas por los griegos, abundan las comunidades regidas por asambleas, senados y magistrados.

Las monarquías de esta época y de estas áreas eran bastante inestables, pues la mayor o menor importancia de sus dominios dependían de la fortuna o

habilidad de cada reyezuelo, ya que sus dominios estaban en relación con la integración bajo el mando personal de cada régulo de comunidades distintas, que no tenían ninguna estructura común entre sí y que, desaparecido el correspondiente régulo, podían pasar a depender de otro o ser autónomas.

En opinión de Caro Baroja, los pueblos ibéricos son monárquicos por antonomasia y continúan con esta institución hasta ser dominados por Roma. Para ellos la idea de la «realeza», basada en planteamientos bélicos, es esencial como idea política. Finalmente hay otro hecho resaltable: ni Cartago, ni Roma posteriormente, se precipitaron a romper la estructura indígena de la monarquía militar. Todos estos datos hay que ponerlos en relación con un hecho ya analizado anteriormente, que la formación social ibera es una formación social urbana. Tanto las fuentes literarias como la numismática mencionan la existencia de ciudades, mientras que la arqueología confirma la existencia de núcleos habitados que pueden ser calificados como tales, además de fortificaciones y de las denominadas turris.

A partir de lo dicho hasta aquí sobre la organización política de las poblaciones iberas y su desarrollo histórico podemos hablar en el orden político de la aparición y desarrollo del Estado. Parece que a la llegada de Roma existen régulos, presentes antes de la dominación bárcida, establecidos sobre centros urbanos con diferente carácter y los que tiene un peso primordial el elemento militar, si tenemos en cuenta las informaciones de las fuentes y, sobre todo, de Estrabón, que nos habla de guerras continuas entre los iberos y de la existencia de mercenarios en los ejércitos personales vinculados a los régulos del sur.

Clientela y devotio

Junto a todo lo dicho hasta ahora, y posiblemente por ello, hay dos aspectos o fórmulas en la España prerromana que se asocian siempre con el mundo ibérico y que muchos historiadores incluyen dentro del campo institucional, dándoles el nombre incluso de instituciones. Se trata de la clientela y la llamada devotio ibérica. De la existencia de ambas en el área ibera nos informan con profusión los escritores antiguos (Polibio, Tito Livio, Apiano, Plutarco, Floro, etc.). Sobre ellas han sido realizados estudios que insisten en los aspectos jurídicos más que en el análisis histórico de las mismas, es decir, no se centran tanto en la evolución que va sufriendo relacionándola con el contexto en que se producen, en otras palabras, en el significado histórico de ambas fórmulas.

Estas relaciones entre los iberos se rigen por una fides (fidelidad), que les da

un contenido de permanencia y que, a veces, toma la forma de devotio. Pero se trata de una fides interesada: Sagunto es fiel a Roma porque le interesaba, lo mismo que los ilergetes y edetanos con respecto a Escipión. En el mundo romano, al igual que en general en todo el mundo antiguo, las relaciones de clientela implican la existencia de una relación no igualitaria que se establece entre dos o más individuos de los que uno disfruta de una posición privilegiada (económica, política o religiosa). Conocemos por las fuentes la realización de clientelas en la Península Ibérica con una finalidad militar, entre las que podemos citar el pacto que realiza Indibilis, régulo de los ilergetes, con Escipión, o las que se crean durante la guerra sertoriana y Pompeyo. En estos vínculos de clientela, según Rodríguez Adrados, existirían obligaciones recíprocas por las cuales el patronus (patrón) debía dar protección al cliente y éste estaba obligado a la obediencia en períodos de paz y a proporcionarle ayuda militar en la guerra.

Un tipo especial de clientela es la denominada devotio, que en el caso que nos ocupa se conoce como devotio ibérica, término que no es correcto por dos razones: en primer lugar, porque su existencia no es exclusiva del área ibera, ya que aparece también entre los celtíberos, y, en segundo lugar, porque existen también paralelos en otras zonas fuera de la Península Ibérica, entre los galos (soldurii) y entre los germanos (comitatus).

Se trata de una relación personal libremente contraída de fidelidad y servicios recíprocos creada fundamentalmente para la guerra. Es una forma peculiar de la fides que se caracteriza por un elemento religioso de la consagración de la vida de un hombre y la de los suyos al servicio de un individuo (patronus), quien, a su vez, contrae una serie de obligaciones con el devotus. Para A. Prieto, hay que entender la devotio dentro del marco de la situación social existente en las diversas áreas de la Península Ibérica, caracterizada por la aparición de diversos tipos de desigualdades sociales que provocarían el surgimiento de jerarquías y el que por diversos medios unos individuos detentarían mayor poder e influencia que otros. Roma se aprovechará de esta situación, al igual que hará con el hospitium, que mantiene lejanos paralelos con lo existente en el mundo romano, para utilizarlos como mecanismos de integración de lo indígena en el mundo romano. El proceso sería el siguiente: en un primer momento los generales romanos aparecen vinculados a los modelos indígenas, siendo Escipión el ejemplo más claro, pero, a medida que transcurre su presencia en España, los romanos irán transformando esos modelos indígenas de acuerdo con sus normas e intereses.

La actividad económica

Quizá sea éste uno de los aspectos sobre los que peor estamos informados en las fuentes antiguas con respecto a los pueblos prerromanos de España, pues los textos de los escritores greco-latinos se ocupan, sobre todo, de la narración de la conquista y rara vez hallamos en ellos referencias a los elementos que forman la estructura económica de los pueblos que van paulatinamente siendo conquistados por los romanos. Es, por ello, muy difícil encarar con perspectivas de éxito el análisis de la estructura económica de los pueblos de España en general y concretamente ahora, de los del área ibera, si tenemos en cuenta, además, que los intentos de evaluación de las noticias económicas por parte de algunos investigadores resultan poco eficaces, al tener que utilizar datos y noticias de áreas geográficamente muy distantes e incluso de épocas bastante alejadas.

Hasta el momento dos han sido las vías de análisis de la organización económica de los iberos, una puramente descriptiva, en cuyos trabajos se realiza simplemente una enumeración de productos a partir de los datos que nos transmiten los autores greco-latinos, con los problemas que la propia naturaleza de estas noticias trae consigo, y otra teórica, cuyos trabajos están esencialmente enfocados desde planteamientos del materialismo histórico y los que se lleva a cabo un análisis de las relaciones de producción, muy difícil en estos casos, pues los datos son mínimos y con una escasa posibilidad de comprobación en el ámbito indígena por la falta de fuentes fidedignas.

No obstante, sí hay una serie de datos que, aunque dispersos, no podemos dejar de analizar, apoyando las escasas noticias de las fuentes escritas con los hallazgos arqueológicos realizados en estas áreas que, en época prerromana, estaban ocupadas por los pueblos iberos. Optamos por un análisis de toda el área en general, ya que, como en otros aspectos, lo que buscamos es dar una visión de conjunto de cada una de las áreas histórico-culturales en cada uno de los aspectos analizados.

Sectores de producción, medios y productos. La agricultura y la minería

Dos son los sectores que hay que destacar de la actividad económica que debió de desarrollarse en el área ibera, la agricultura y la minería; el primero por toda el área y el segundo con sus centros principales en Cástulo, Cartagena y valle medio del Ebro. A ellas hay que añadir otras actividades en los sectores ganaderos y de la caza y la pesca, así como las actividades artesanales.

A partir de la Edad del Bronce el nivel técnico de las explotaciones agrarias había dado un gran avance y la agricultura era la base de la economía en la España

ibérica. El importante desarrollo histórico de estas poblaciones a lo largo de los siglos IV y III a. C. tiene mucho que ver con los medios de producción aplicados a la agricultura, en especial con los elementos tecnológicos. Tradicionalmente se había considerado que los instrumentos más avanzados utilizados para las labores agrícolas de la zona ibera eran debidos a los romanos, pero los trabajos realizados en este campo por Pla Ballester demuestran que los instrumentos de hierro utilizados en plena época ibérica son los mismos que vamos a ver usando a estas poblaciones en época romana. En el poblado ibérico de la Bastida de Mogente (Valencia), destruido en la segunda mitad del siglo IV a. C., Pla Ballester ha hallado instrumentos de hierro para trabajar en sectores de producción muy diversos: agricultura, construcción, cantería, trabajos de la madera, de la piel, etcétera, con una gran variedad de instrumentos.

Es frecuente la presencia de rejas de arado en los poblados de la segunda mitad del siglo IV a. C. así como layas o palas de hierro, cucharas de sembrador, escardillas (azadas), podaderas y hoces. Los productos más importantes del área ibera son los cereales, especialmente abundantes en la zona de Sagunto y en general en toda el área ibera; el olivo, traído a estas tierras por los fenicios y cartagineses, y la vid, cuyo cultivo podemos situar a partir del siglo IV a. C. parece ser que los frutales se cultivaban en toda el área ibérica, al igual que las hortalizas, algunas de las cuales merecen la cita de Plinio, como las que se cultivaban en Cartagena y Córdoba. También tenemos noticias del cultivo de palmeras, introducidas por los cartagineses, e higueras, y han aparecido almendras en Baza en tumbas del siglo IV a. C. entre las plantas textiles, por los datos de las fuentes escritas sabemos que se cultivaban el lino, siendo muy famoso el de Tarraco (Tarragona) y Saitabi (Játiva), y el esparto, que se cultivaba sobre todo en el sudeste de España. Presedo piensa que el lino se trabajaría con un sistema muy parecido al que Plinio describe para el esparto, pues la descripción que hace éste del trabajo del esparto se parece mucho al método empleado para el lino en Galicia: se sembraba la semilla y se recogía en el mes de junio. Una vez quitada la linaza, se ataban pequeños manojos y se sumergía en agua durante una semana, se secaban al sol y se metía en un horno de temperatura no muy alta. Finalmente se «tascaba», cardaba, hilaba y tejía.

Las zonas más ricas en general debían de ser las vegas de los ríos Ebro, Segura y Guadalquivir. Debió de tener también gran importancia la explotación de los bosques, pues las masas forestales del sur de Sierra Nevada serían para Schúle uno de los mayores atractivos de la costa meridional para los colonizadores mediterráneos. No tenemos noticias de ello, pero, sin duda, los cartagineses debieron de encontrar en España la madera y la pez que necesitaban para los

barcos de su flota y de su comercio.

Nos queda todavía una pregunta por resolver: ¿quiénes eran los propietarios de la tierra? Arribas y Vigil hacen referencia a la existencia de grandes terratenientes entre los iberos, mientras que Maluquer propugna la existencia de una posición individualizada por familias. Para el Alto Guadalquivir, A. Ruiz y M. Molinos, aún sin decidirse claramente, parece que quieren ver un tipo de propiedad mixta, es decir, propiedad individual o familiar, en su caso, junto al oppidum, núcleo urbano-comunidad, como una unidad de producción, a partir del texto de Tito Livio (28, 3,4) en el que se dice que algunas ciudades como Oringis contaban con sus propios campos, encontrando un caso semejante en la Turris Lascutana, cuando se permite a sus habitantes seguir manteniendo el usufructo las tierras que ya tenían como tales, pero cuya propiedad era del oppidum de Hasta Regia.

En lo referente a la minería compartimos plenamente la opinión de Presedo de que es muy probable que toda la historia de España antigua, desde el Bronce hasta Augusto, esté determinada por la abundancia de metales, su búsqueda y explotación por los pueblos del Mediterráneo oriental, primero, y por Roma, después.

Ya en época de predominio de Tartesos la explotación de los minerales estaba bastante desarrollada en el sur de España. En época ibérica se acrecentó la importancia, al añadirse ahora el empleo masivo del hierro a los metales tradicionales. El hierro aparece por primera vez en la Turdetania hacia el 700 a. C., desplazándose su uso hacia el norte y el este, fabricándose en este metal, como ya hemos visto en el apartado dedicado a la agricultura, la mayor parte de los utensilios dedicados a la producción, así como las armas. Si hacemos caso a las fuentes antiguas greco-romanas, los yacimientos más importantes de mineral de hierro en esta época estaban en Bilbilis (Calatayud) y Turiasso (Tarazona), es decir, en el valle medio del Ebro, aunque también se extraía entre los bergistanos en Cataluña y en numerosos yacimientos se han encontrado restos de escorias de mineral de hierro de época ibérica.

Pero hay en el área ibérica otras zonas y otros minerales que son objeto de explotación antes de la llegada de los cartagineses, que se siguen explotando, incluso aumentando la producción, con los cartagineses y que no se dejan de explotar por los romanos, una vez conquistada la zona.

El territorio de los oretanos es un área minera de gran importancia con dos

centros mineros por excelencia, Sisapo (Almadén) y Cástulo (cerca de Linares). En época ibera se obtenían los metales de plomo y plata, aunque cuando realmente se aceleró la producción fue con la llegada primero de los cartagineses y luego de los romanos. Los datos de Plinio y los estudios de G. Tamaín y C. Domergue al respecto son concluyentes. Con la llegada de los cartagineses se intensificó la producción española, utilizando nuevas técnicas aprendidas de los atenienses, y se desplazó esta actividad minera hacia el este. Se abandonan, al parecer, las explotaciones de la región de Huelva, pero se continúan las de los yacimientos de Linares y, sobre todo, se realizan grandes explotaciones en la zona de Cartagena, donde tenemos noticias de que en la época de dominio cartaginés trabajaban 40.000 indígenas en la extracción de la galena argentífera.

Otros metales que se siguen explotando son el cobre de la zona de Cástulo, el oro de las minas de Sierra Nevada y que se beneficia en los ríos que arrastran las arenas auríferas (Genil y Darro), el minio, cuyo centro principal es Sisapo (Almadén) y del que Teofrasto nos habla en el siglo IV a. C. y el plomo, que se explota juntamente con la plata y que debió de emplearse en abundancia, pues se han hallado restos en las excavaciones a partir del siglo IV.

Por lo que se refiere a los medios de producción es importante resaltar el conocimiento para esta época y en esta área ibera del tornillo de Arquímedes, así como hornos de fundido con ventilación (Estrabón, 3, 2, 8-11). En cuanto a las unidades de producción, también aquí parece que se puede hablar de la dualidad entre oppidum y familia, al menos para el área del sur peninsular. En las casas del poblado minero de Ríotinto, A. Blanco ha encontrado escorias repartidas por el interior de las casas y no en grandes montones, como sucede en época romana, por lo que piensa que la producción no se realiza en grandes establecimientos, sino que estaba repartida entre los habitantes del poblado con el carácter de pequeña industria doméstica. Por otra parte, la ausencia de lucernas y trabajos de profundidad en época prerromana en las minas de cobre demuestran que estas explotaciones a flor de tierra pudieron perfectamente ser trabajadas por una sola familia. Junto a ello encontramos la especialización que se ha descubierto en los restos de mineral para algunos de los oppida. Se trataría, según A. Ruiz y M. Molinos, de la especialización de ciudades en determinados productos. Lo que no está claro para la época ibérica es la propiedad de las minas, si pertenecían a propietarios privados o si tenían carácter de públicas.

Ganadería, caza, pesca y otras actividades

A pesar de haber afirmado que la agricultura y la minería constituían los

principales sectores de producción en el área ibera, no debemos olvidarnos de la importancia de la ganadería, que, en algunos casos, como el de los oretanos, constituye la principal fuente de riqueza, en contraste con otras zonas básicamente agrícolas. La gran abundancia de esculturas con el motivo del toro en escenas cercanas a ésta y relacionadas con ella son buena muestra de lo dicho. A pesar de lo que a veces se escribe, la agricultura y la ganadería son dos actividades complementarias, pero, mientras que puede existir ganadería sin agricultura, lo contrario es impensable, ya que ciertas especies de ganado son indispensables para la realización de labores agrícolas, sobre todo la tracción, tanto del arado como de otros instrumentos utilizados en la agricultura.

Entre las especies de animales objeto de cría, el caballo debió de ocupar una situación preeminente por la propia organización social de los iberos y la organización militar existente entre ellos. Las fuentes así lo confirman, pues a las noticias de que la caballería ibérica actúa en todas las guerras del siglo III a. C. se une la gran cantidad de bocados de caballo aparecidos en las necrópolis y las representaciones en la cerámica de su doma y adiestramiento. En el Cigarralejo aparecieron gran cantidad de exvotos del siglo IV a. C. o anteriores con figuras de caballos, algunas fielmente caracterizadas.

También en el Cigarralejo aparece en el siglo IV un ex voto relacionado con el asno; se trata de una hembra con su pollino, lo que nos lleva a pensar también en su cría. Por su fuerza y gran alzada eran conocidos los mulos de la Península Ibérica, especialmente los de Menorca.

Asimismo, el ganado vacuno era objeto de cría, como en la mayor parte de las zonas con economía ganadera. Para el transporte eran empleados bueyes y se conoce el episodio en el que, estando luchando los iberos contra Aníbal, aquellos lanzaron contra las tropas cartaginesas carros incendiados tirados por bueyes. En la cerámica ibérica aparecen con profusión las representaciones de ovejas y cabras, apreciadas, sin duda, por su leche, su carne y, sobre todo, porque la lana de unas y el pelo de otras son usados para la fabricación de tejidos.

Aunque no tenemos noticias en las fuentes de la cría del cerdo, las excavaciones arqueológicas realizadas en los poblados ibéricos han sacado a la luz restos de estos animales, por lo que debió de ser criado como animal productor de carne.

También hay evidencias arqueológicas de la cría de las abejas en Levante, donde tiene una tradición que se remonta al Mesolítico. La caza ha sido en todas

las sociedades antiguas, incluso desde la aparición del hombre sobre la tierra, una forma primaria de aprovisionamiento de viandas, cuando aún no se conocía la agricultura y la ganadería. Cuando el hombre comenzó a cultivar la tierra y a criar ganado, esta actividad pasa a un plano secundario, convirtiéndose incluso en ocasiones en un deporte, como sabemos que ocurre en época romana por las noticias continuas de las inscripciones.

En los vasos de Lliria aparecen con profusión escenas de caza, lo que da muestras de su importancia. Se conoce un vaso que está en el museo de la diputación de Valencia donde aparece representada una cacería en todos sus detalles: jinetes a caballo con dardos persiguiendo a una cierva, que lleva uno clavado, peces y un hombre de pie en una barca con un dardo en la mano derecha y escudo en la izquierda, figuras de peces alrededor del barco posible representación de la red para cazar pájaros, etc. hay otro vaso en el que los individuos tratan de enlazar un toro, mientras que otro trata de domar a un caballo a pesar de que no podamos saber con exactitud si se trataba de representaciones reales o tenían un sentido religioso, el mismo hecho de su profusión debe hacernos pensar en que la caza tuvo gran importancia entre los iberos.

Otra forma de actividad económica complementaria es la pesca. Han sido descubiertas grandes factorías en el litoral, sobre todo en los lugares de asentamiento de los fenicios, pero desconocemos por completo la participación de los iberos en estas actividades.

La artesanía está muy relacionada con aspectos que veremos más adelante, cuando analicemos el arte ibero, pero no obstante sí conviene resaltar la cerámica indígena, realizada en algunos casos en hornos domésticos, como el que descubrió M. Roca en los hornos de Guadalimar, fechado en el siglo IV, justo antes de que en el mismo lugar apareciera un vertedero de un alfar con características de producción en serie, por lo que podemos pensar que se pasó de una producción familiar a una producción a mayor escala. En la artesanía del metal es importante resaltar los miles de exvotos que han aparecido en los santuarios ibéricos, así como toda una serie de bronce de influencia orientalizante, sobre todo en la zona del sudeste, que son similares a los bronce tartésicos. Finalmente es de suma importancia resaltar la aparición en el sector económico de trabajos complementarios, por ejemplo la relación cría de oveja-industria textil-industrias colorantes; entre cantería-carpintería-albañilería, o entre minería-metalurgia-orfebrería.

El comercio. Exportaciones e importaciones

Al igual que la etapa anterior, llamada etapa orientalizante, el comercio de época ibérica no estaba dominado por los indígenas. Los iberos no fueron protagonistas de la actividad comercial en el sur y levante de la Península Ibérica, sino que fueron los pueblos comerciantes del Mediterráneo, fenicios y griegos sobre todo, quienes dominaron el comercio. Aunque faltan todavía muchos estudios concretos sobre el material arqueológico hallado en España y no producido en ella, estudios que nos indiquen la procedencia y el medio por el que ha llegado a nuestro país ese material, sí estamos en condiciones de poder afirmar que el comercio de estos productos y de los producidos por los indígenas se hacía a través de las colonias griegas, fenicias y, más tarde, cartaginesas establecidas en las costas del sur y del Levante. Pero mientras que para otros aspectos la tradicional distinción en la historiografía entre zonas de influencia griega y de influencia fenicia y púnica puede considerarse relevante, los comerciantes apenas se vieron afectados y comerciaban indistintamente en una u otra zona, explicándose así el hallazgo de productos griegos en origen en zonas de influencia fenicia, y viceversa. De las colonias y asentamientos fenicios, griegos y cartagineses partían rutas comerciales hacia oriente, con escalas intermedias (Magna Grecia —sur de Italia—, Cartago, Etruria, Marsella), hasta las grandes metrópolis de Grecia y las islas y las costas más orientales del mar Egeo (Corinto, Atenas, Chipre, Samos, Focea, Tiro, etc.).

Desde el punto de vista comercial España es un país colonial, pues exporta materias primas e importa productos manufacturados. En opinión de Presedo, este comercio debió de estar en manos de mercaderes orientales, que realizan su actividad en los grandes centros mercantiles de oriente (metrópolis) y que tenían agentes en las costas que comerciaban con los indígenas. El interlocutor de estos agentes entre los iberos del sur y del sudeste debe de ser el grupo que controlaba el excedente, especialmente de las minas, cuyo antecedente quizá se deba buscar en el legendario Argantonio. También controlarían el excedente de la producción agrícola de la rica y fértil Turdetania, aunque este comercio es posible que tuviera un radio de acción menor, teniendo como destino las poblaciones costeras donde vivían los mercaderes. Son los que están enterrados en las grandes tumbas del sudeste con ajuares que demuestran claramente su riqueza y los destinatarios de las obras de arte, muchas de ellas importadas.

Muy poco es lo que sabemos sobre las formas concretas de comercio y, aún lo poco que sabemos, no puede ser aplicado de la misma forma a unas u otras zonas, sino que hay que distinguirlas. Turdetania conocía desde épocas más antiguas (influencia orientalizante) formas avanzadas de intercambio, mientras que la que consideramos como región ibérica nuclear (sudeste de España y Murcia)

adquirió estas técnicas bastante más tarde. No es probable que el intercambio se realizara en estas zonas de España de manera muy distinta a como se realizó en etapas históricamente paralelas en otras zonas del Mediterráneo. No es necesaria la existencia de moneda para que se produzca un importante desarrollo comercial con una organización compleja, como se ve claramente en el próximo oriente, donde, a pesar de que hasta el primer milenio a. C. la economía es premonetal, hubo un importante desarrollo del comercio ya en etapas anteriores. Las primeras fases de intercambio la Península Ibérica fueron, sin duda, premonetales, utilizando como medio de trueque algún producto especialmente apreciado o incluso cambiando unos productos por otros, como sabemos por los datos de los escritores clásicos que hacían los ártabros (pueblo de Galicia) en el siglo II a. C. que entregaban a los comerciantes el estaño y el plomo a cambio de cerámica, sal y utensilios de cobre. El uso de la moneda es traído a las zonas costeras del sur y Levante por los propios mercaderes griegos, una vez que este uso se ha generalizado en la zona oriental del Mediterráneo. Las primeras monedas encontradas en España fueron acuñadas en focea y aparecen en Cataluña, ya en los siglos VII y VI a. C. se abre más tarde el abanico de procedencias de estas monedas; en los siglos VI y V a. C. acuñaciones de Marsella, Magna Grecia, focea, Sicilia y Rodas, se encuentran en Alicante y Cataluña. En el siglo IV ya hay abundantes acuñaciones españolas y, junto a ellas, siguen apareciendo monedas exteriores, concretamente de la Magna Grecia, que en el siglo III a. C. llegan hasta Portugal.

Tanto las monedas como los hallazgos arqueológicos de materiales importados apuntan a Grecia como el primer destinatario de la actividad comercial, tanto de importación como de exportación. El sistema de pesos utilizados en la España ibérica nos es conocido por los estudios de Cuadrado a partir de las series encontradas en Valencia y Murcia. El peso máximo es de 290 mg y este autor cree que los platillos de balanza que aparecen junto o los ponderales se utilizaban para el peso de la moneda. Por su parte, Ramos Folqué halló en Elche, y realizados en piedra basáltica, pesos de 3525, 1600, 960 y 425 gm, empleados, según Cuadrado, como unidades de peso de metales preciosos. Presedo concluye, a partir de estos datos, que las transacciones comerciales en la Península Ibérica se hacían con el mismo método que en el oriente mediterráneo.

España fue en la Antigüedad un país exportador de metales, siendo su abundancia, para muchos autores, la causa de la presencia de colonizadores extranjeros desde el inicio de la Edad de los Metales, que se continúa en la etapa orientalizante y no desaparece en época ibérica. Entre estos metales destacan el oro, que se tenía en gran cantidad en los ríos Segura, Darro y Genil, y la plata, muy abundante en la zona del sur y el sudeste de España, desde Huelva hasta

Cartagena pasando por Cástulo. Ésta se comercializaba en época tartésica y sigue comercializándose en época ibérica, siendo uno de los metales con más demanda para la acuñación de monedas en las ciudades griegas. Junto a la plata aparece el plomo, importante en época romana y que ya debió de ser exportado en época ibérica. Otro importante producto es el hierro, cuya explotación sistemática es de esta época pero cuyo conocimiento se remonta hacia el 700 a. C. por influencia fenicia. Hay abundantes e importantes restos de metalurgia del hierro en los poblados y necrópolis ibéricos, que nos dan idea de lo avanzado de las técnicas empleadas por estos pueblos. El cobre, cuya producción abarcaba Riotinto, el Algarve, Cerro Muriano y Almería, fue objeto de gran exportación a Oriente Próximo por los fenicios en la época anterior y por los griegos en la época ibérica. No propiamente ibero es el estaño, que, procedente de Galicia, era exportado a través de Cádiz.

Además de la exportación de los metales, se produce una importante exportación de fibras textiles de la España ibérica: esparto, cuyos primeros cultivadores, según Plinio, fueron los cartagineses, siendo comprado incluso por los sicilianos (el tirano Hierón II de Siracusa). Este esparto era empleado en cordajes para la flota. En el Cigarralejo, Cuadrado halló gran cantidad de objetos fabricados con esparto: calzado, gorros, redes de pesca y de caza. Del lino y la lana, que también debieron de exportarse, tenemos menos noticias.

Como tercer elemento objeto de exportación está la cerámica. Vasijas de cerámica ibérica (cerámica de barniz rojo y cerámica ibérica pintada) han aparecido fuera de España, concretamente en Italia (isla Ischia) y en Cartago. Probablemente su exportación no es debida a su propio valor, sino como continente de algún producto árido o líquido objeto de exportación, creyendo Cuadrado que éste sería la miel, abundante en la zona íbera.

Por lo que se refiere a las importaciones del mundo ibérico, podemos decir que se centran mayoritariamente en productos manufacturados, aunque no falten importaciones de materias primas como es el caso del estaño que, procedente de Galicia, es introducido a través de Cádiz, que sirve también, como hemos dicho anteriormente, de centro de exportación hacia el Mediterráneo oriental. Decae la importación de marfil, tan importante en la etapa anterior, y continúan a buen ritmo las importaciones de objetos de adorno y el vidrio, que llega al mundo ibérico por medio de las factorías públicas y griegas. También los cartagineses debieron de ser los introductores de los numerosos escarabeos egipcios que se han encontrado en los yacimientos ibéricos. Especial atención merece la cerámica, que en la época anterior había sido sobre todo oriental y griega y que sirvió como

elemento catalizador de la propia evolución interna de la producción de cerámica para desembocar en la denominada cerámica ibérica. En la época ibérica no se distinguen claramente las cerámicas orientales y cartaginesas de las ibéricas y queda como elemento único la cerámica griega y sus derivados en la Península.

Respecto a este tema, el exhaustivo y documentado trabajo de G. Trías de la Primera Reunión de Historia de la Economía Antigua de la Península Ibérica y los de M. Picazo y otros autores nos dan una visión bastante exacta de lo que pudo suceder. Desde finales del siglo VI a mediados de siglo V a. C. decae la importación de cerámicas áticas (las excavaciones en Rosas, por ejemplo, no han proporcionado ni un solo fragmento anterior al siglo V), pero cuando España entra en el área comercial ateniense (fines del siglo V), empieza a producirse cerámica ática, que, desde los puntos de la costa, sigue las rutas hacia el interior. Como han visto bien los autores antes citados, a partir del último cuarto del siglo V y la primera mitad del siglo IV aumenta extraordinariamente la cantidad de cerámica ática encontrada en los poblados ibéricos de Levante y alta Andalucía, coincidiendo precisamente con un período de gran esplendor de la cultura ibérica. Sin embargo, todavía no se han descubierto indicios de ningún establecimiento griego en la costa levantina, o lo que, de nuevo, hemos de afirmar que la pretendida exclusividad de ciertas zonas para los pueblos «colonizadores» no es tal en el caso del comercio, coexistiendo diversas vías comerciales en el área de la cuenca occidental del Mediterráneo. El siglo IV es el momento en que prácticamente en todo el sur y levante de la Península Ibérica se encuentra cerámica ática lo vemos en los poblados de toda Andalucía, de Alicante a Cartagena con varias rutas terrestres que se dirigen al interior y los territorios del norte de Alicante, al igual que en Cataluña (Ampurias continúa las importaciones de cerámicas áticas de figuras rojas y en Ullastret se reanudan las importaciones a finales del siglo V y continúan en el siglo IV, sólo por citar dos ejemplos significativos), e incluso con incursiones hacia el norte, como se ve por los hallazgos de cerámica ática la desembocadura del Tajo o por el hallazgo de Medellín.

El tratado romano-cartaginés del año 348 a. C. concede a los cartagineses el sur y el sudeste de Hispania, con lo que las importaciones griegas, que continúan al norte de Cartagena, tienen mayores dificultades en la zona de dominio cartaginés. No obstante, en el siglo III se sigue importando cerámica de lujo, la campaniense, hasta la llegada de la terra sigillata. También hay que considerar como cerámica de importación la cerámica gris ampuritana o massaliota, que se extiende por la costa oriental y el sudeste.

En feliz expresión de Presedo, la cerámica griega constituyó la vajilla de lujo

de los iberos, que desplaza en las tumbas de los personajes más importantes a la cerámica ibérica pintada de mejor calidad. Su imitación por los iberos tuvo muy poco éxito, pues resultaba muy compleja para ser copiada por los artesanos locales.

Los bronce y objetos de arte, que analizaremos en el apartado dedicado al arte, como esculturas, relieves y otras piezas, son también objeto de importación por parte de los iberos.

La moneda ibérica

Ni que decir tiene que la aparición de la moneda en el mundo ibérico, al igual que ha sucedido previamente en otras áreas del Mediterráneo, es uno de los hechos históricos de mayor importancia. Pero es necesario, antes de nada, hacer una primera distinción entre las monedas acuñadas en el área ibérica de España en la época definida, culturalmente como ibérica y las monedas acuñadas desde fines del siglo III a. C. hasta mediados de siglo I d. C. por las comunidades (ciudades) indígenas sin un control, al menos directo, de una potencia externa, aunque parece evidente que todas las acuñaciones posteriores a la llegada de Roma a la Península fueron emitidas con el permiso e incluso de acuerdo con las necesidades de Roma.

Hoy sabemos que la moneda pudo desempeñar muchas funciones en la antigüedad: como medio de pago, sobre todo para las tropas, que pudo ser una de las causas principales de su aparición; como medio de cambio, tanto en las grandes transacciones, como las actividades de la vida diaria; como expresión de autonomía política (como han visto con claridad Austin y Vidal-Naquet para las poleis ciudades griegas); como portadora de mensajes de propaganda o actuando como nivelador social.

La moneda fue introducida en el mundo ibérico por los griegos, quienes la extendieron por todo el Mediterráneo. Presedo, que ha sintetizado los conocimientos referentes a este punto, piensa que el hecho de que hayan sido los griegos los introductores de la moneda nos debe llevar a considerar que las influencias griegas tienen un carácter de economía urbana que es necesario admitir en toda su importancia, frente a los que creen que lo ibérico como cultura es una consecuencia de lo púnico y, antes, de lo fenicio.

Las primeras acuñaciones conocidas son las de Ampurias, aunque según Guadán, ya se utilizaban en la colonia griega las monedas focenses. El comienzo de las acuñaciones se sitúa en torno al 400 a. C. y lo primero que se acuñan son óbolos y otros divisores con un patrón que suele denominarse «ibérico», lo que revela

cierta independencia económica. Éstas monedas ampuritanas llegan hasta el Cabo de la Nao en Alicante, lo que nos da idea de la inversión de estos pueblos iberos dentro de la economía monetaria. La colonia de Rhode emite en la segunda mitad del siglo IV unas dracmas que son consideradas como las más bellas acuñadas por los griegos en España; estas acuñaciones van desde 320 al 237 a. C. Ampurias acuña dracmas típicas a comienzos del siglo III hasta el desembarco romano del 218 a. C. la moneda de bronce aparece en Ampurias en el 206 y continúa posteriormente.

Otros focos de acuñación, precisamente en la otra punta de la zona ibera, es Gadir (Cádiz), que a partir de comienzos del siglo III a. C. acuña monedas de bronce, en principio anepígrafas (sin leyenda), para satisfacer las necesidades diarias de intercambio de su comunidad. Pero a partir de la dominación de los cartagineses comienza a acuñar monedas de plata para cubrir las necesidades militares de las guerras púnicas en España.

Parece que también Ebusus (Ibiza) acuñó moneda de bronce para sus propias necesidades a partir de hacia el año 300 a. C. el panorama monetario de época ibérica se ve limitado fundamentalmente a los colonizadores y en muy pequeña medida afecta las poblaciones indígenas del sur y levante peninsular, muy posiblemente sólo los grupos privilegiados de ellas. Con la época de dominación cartaginesa y, sobre todo, durante la II Guerra Púnica, se produce un importante cambio en la situación en distintos aspectos de la vida de la península por influencia de la guerra, que sitúa a unas poblaciones frente a los conquistadores ya cartagineses, ya romanos, y a otras como aliados o mercenarios de unos u otros. En este nuevo escenario se extendió, como no podía ser menos, el uso de la moneda. Durante la época de dominio cartaginés y primeros años del conflicto bélico con Roma en España surgen nuevas cecas: la de Cartago Nova (Cartagena), para pagar a los mercenarios del ejército cartaginés con las series hispano-cartaginesas de plata, así como para la realización de los intercambios en la vida diaria; la de Cástulo, donde se acuñaron monedas de bronce para subvenir a las necesidades de la gran concentración humana que trajo consigo la explotación de los recursos mineros del Alto Guadalquivir, monedas que, según M. P. García y Bellido, debieron de ser las primeras monedas indígenas con rótulos en el signatario ibérico del sur; Arse (Sagunto), que comienza a acuñar moneda muy pronto con influencia de Cartagena, utilizando poco a poco el alfabeto ibérico después de la II Guerra púnica, monedas que se extienden por todo el área levantina y andaluza a impulsos de la administración romana; Saiti o Saitabi (la romana Saetabis, Játiva), que también acuña como Arse dracmas y didracmas, no sabemos exactamente para que, pero que posiblemente tenga que ver con el pago a los ejércitos romanos, como sucedió con las acuñaciones de Ampurias tras el

desembarco en ella de los romanos en el año 218 a. C. Ebusus (Ibiza) dentro del área de influencia cartaginesa comienza a acuñar monedas entre 214 a. C. y el inicio del siglo II. Antes del final de la II Guerra Púnica en Hispania (206 a. C.) acuña moneda, además de las ya citadas, Kese (Cesse-Tarragona), con rótulos ibéricos, al igual que Arse y Cástulo, Obulco (en la Alta Andalucía), con rótulos bilingües, ibéricos y latinos, y Florentia (= Iliberris, Granada), con rótulos únicamente en latín, en la zona de Cataluña se emiten dracmas a imitación de las de Ampurias con letreros en signario ibérico, Iltirtar-Ilerda (Lérida), Barkeno-Barcino (Barcelona). En general los numismáticos hispanos están de acuerdo en identificar estas dracmas con el denominado en varias ocasiones por Livio (33, 10,4; 33, 10,46 y 40, 43,4) argentum Oscense.

Según Guadán, entre el año 206 a. C. fecha del final de la II Guerra Púnica en la Península, y el 133 a. C., momento en que termina la guerra celtibérica, con lo que se produce el final de las guerras en la Meseta Norte, se van formando grupos de cecas emparentadas; todas las cecas de la alta Andalucía utilizan el alfabeto ibérico del sur (Obulco Porcuna, Jaén, Cástulo, Iliberris Granada, etc.), mientras que las de la Baja Andalucía, con acuñaciones desde época muy temprana, llevan leyenda en latín (Urso-Osuna, provincia de Sevilla, Ilturgi, cerca de Andújar, Carmo-Carmona, etc.).

Durante todo este tiempo nuevas cecas, que no es el momento de enumerar pormenorizadamente, van apareciendo por toda el área turdetana e ibera, lo que da idea de que la vida urbana va adquiriendo una importancia creciente. Dentro de ellas destaca, por las influencias que refleja una nueva serie monetaria, la denominada «libiofenicia», con cecas desde Cádiz hasta Málaga, con influencias africanas y sin tipología uniforme, que lo único que tienen en común es el alfabeto. También es importante resaltar que en esta época comienzan a aparecer con más profusión cecas de influencia pirenaica, cecas, en el valle del Ebro y hacia el interior de la península, series con alfabetos ibéricos del norte.

Parece fuera de toda duda, como han puesto de manifiesto R. Knapp y F. Beltrán, que la mayor parte de estas acuñaciones son moneda de «frontera», es decir, directamente relacionadas con la conquista de la Península Ibérica por Roma, y que las emisiones ibéricas (o indígenas) están ligadas estrechamente a la presencia romana.

Por otra parte, es necesario también resaltar, como lo hace Presedo a partir del análisis de las acuñaciones, que el mundo ibérico está evolucionando desde el siglo IV a. C. hacia una economía de ciudad, proceso que se ve acelerado por la

introducción de la moneda griega a través de Ampurias y Rosas, en lo que se refiere a las zonas de mayor influencia griega, y por las acuñaciones de Cádiz, base de la influencia cartaginesa en la parte sur de la Península, y que va a verse favorecido y continuado por la presencia de Roma a finales del siglo III a. C. a partir de estas bases de influencia, este mismo autor propone una clasificación, a mi entender un poco simplificadora, de las acuñaciones del área ibera en dos grandes zonas: desde Cataluña a Levante, donde actuó la influencia de la dracma emporitana, y el sur, sometido a las factorías fenicias y cartaginesas.

El arte ibérico

Es algo admitido por los historiadores, sin excepciones, que las expresiones artísticas son un reflejo casi exacto de la vida de la sociedad en la que se producen y que, a partir de ellas, se puede descubrir la propia estructura social, los cambios que sufre la sociedad en que estas manifestaciones aparecen, así como sus ideas religiosas, estéticas y humanas. Sin duda es el arte uno de los aspectos mejor conocidos y más llamativos de la cultura ibérica, tanto que, en general, cuando se habla de la cultura ibérica, de lo que realmente se habla es de sus manifestaciones artísticas, que fundamentalmente se centran en la escultura y la pintura sobre cerámica, dado que los restos de la arquitectura, sobre todo en lo referido a la urbanística, al menos por lo conocido hasta el presente, no son nada espectaculares.

Desde fines del siglo XIX se han venido produciendo con mucha frecuencia hallazgos de objetos reflejo de estas expresiones artísticas, por lo que es éste uno de los aspectos en que se puede realizar hoy en día con más facilidad una síntesis, a pesar de las novedades que se van obteniendo en cada momento con la aparición de nuevos hallazgos. Es digno de resaltar, frente a la abundancia de manifestaciones artísticas en la escultura y la pintura sobre cerámica, la casi total ausencia de muestras arquitectónicas, en contra de lo que sucede en otras áreas que se han tomado como paralelo a la hora de considerar la cultura ibérica como una civilización urbana (la griega y la romana). Nos detendremos en ello un poco más adelante.

Quizá antes de seguir debemos decir unas palabras sobre los orígenes del arte ibérico, que han sido buscados en lugares distintos por los historiadores del siglo XX. Varias han sido las tesis mantenidas sobre las influencias de las que ha surgido lo que en la actualidad conocemos como arte ibérico. Destaca en primer lugar en orden cronológico la tesis que podríamos llamar de influencia griega, mantenida a comienzos de siglo por P. Paris y seguida por R. Mélida, a partir de

algunos rasgos de la cerámica de la cultura Micénica, tesis que hoy no se puede mantener, pues, con el avance de las técnicas arqueológicas, se ha descubierto que estas cerámicas ibéricas aparecen junto a vasos griegos perfectamente datables en épocas bastante posteriores a la Micénica. Continuator de esta teoría de valorar las influencias griegas es P. Bosch Gimpera, no sólo en la cerámica, sino en toda la cultura ibérica, opinión que persistió durante mucho tiempo. R. Carpenter sintetiza todo este movimiento dándole un planteamiento más global. Para él todas las manifestaciones artísticas en la escultura y la cerámica pueden explicarse por la influencia griega, directamente desde Grecia o a través de las colonias de la Magna Grecia, valorando, además, por primera vez, la presencia de los focenses en España. También García y Bellido es partidario del origen griego de las influencias en la escultura y pintura sobre cerámica ibéricas.

Descabellada, y no sin razón, es considerada por algunos autores, entre ellos Presedo, la teoría de A. Schulten, según la cual debe buscarse un origen africano para el arte ibérico, al igual que africano es, en su opinión, el origen de los propios pueblos ibéricos.

Sin lugar a dudas es Martínez de Santa Olalla, con su obrita publicada en el año 1941, quien sitúa el problema en una perspectiva más cercana a la realidad, valorando como base en su evolución interna los elementos propios y las influencias externas como elementos dinamizadores de esta evolución. Entre estas contribuciones exteriores destacaban las indoeuropeas y el papel fundamental de las griegas y púnicas, negando, por supuesto, cualquier influencia del continente africano y situando la cronología del arte ibérico desde el 450 a. C. hasta el inicio del Imperio Romano con distintas fases. En 1943, García y Bellido, después de estudiar la Dama de Elche, sitúa la cronología del arte ibérico en unas fechas más cercanas a nosotros, tras la II Guerra Púnica, más de 250 años después de las fechas dadas por Santa Olalla.

En cuanto a la mayor antigüedad de unos motivos decorativos sobre otros, Bosch Gimpera pensaba que en la cerámica ibérica los motivos florales y humanos eran más antiguos que los geométricos. D. Fletcher propone la tesis contraria, demostrada en la actualidad, y a ella se une M. Almagro Basch, que resalta tanto la influencia tartésica como la griega en la aparición del arte ibérico.

La naturaleza del arte ibérico aparece bastante clara en el presente, pues, a partir del análisis de sus distintas manifestaciones artísticas podemos decir que se trata de un arte funerario o religioso. Las estatuas y demás objetos de arte tenían como destinatarios al grupo dirigente de la sociedad ibérica en cuyas tumbas o

monumentos funerarios han aparecido.

La arquitectura

Ya hemos dicho anteriormente que la arquitectura de los iberos no responde a lo que sucede en otras sociedades similares de la cuenca del Mediterráneo, concretamente a las sociedades clásicas griega y romana. En el área ibera lo más sobresaliente en cuanto a arquitectura son las fortificaciones y murallas de los poblados. En este sentido cabe resaltar las palabras de Tarradell: no se ha identificado nunca en los poblados o ciudades el doble tipo arquitectónico que constituye su aspecto más monumental desde las civilizaciones del próximo oriente, pasando a las altas culturas mediterráneas: el templo y el palacio. En la urbanística resalta la pobreza de los poblados, hasta tal punto que para algunos investigadores no existió una arquitectura ibérica, sino que debió de tratarse de un desarrollo urbanístico incipiente que fue suprimido por las conquistas bárquida y romana. A partir de los estudios de García y Bellido sobre los yacimientos arqueológicos conocidos en su época y de la síntesis y descubrimientos posteriores (es muy interesante el estudio de Presedo), sabemos que en la construcción los iberos utilizaron la piedra, el adobe y la madera. Los restos de edificaciones de piedra son los más abundantes de los hallados en los poblados ibéricos, pero tiene una posible explicación natural por tratarse del material más duradero de los empleados. Los tamaños de las piedras varían, desde los bloques monumentales a pequeños cantos, y lo mismo la técnica de colocación, desde la simple mampostería hasta paredes realizadas con bloques perfectamente labrados.

Sabemos que el adobe fue utilizado con profusión dentro de la arquitectura del mundo ibérico, sin duda, como piensa Presedo, porque no debemos olvidar que la mayor parte de los casos estamos hablando de la España seca y de zonas en donde la piedra se utilizaba para los cimientos, pero después la parte superior de las paredes se hacía de adobe. No obstante, por su propia naturaleza es bastante difícil detectar en las excavaciones esta situación.

También se empleó el tapial y tenemos noticias de abundantes restos de madera en tumbas y poblados de época ibérica. Las soluciones arquitectónicas de los iberos fueron de lo más normal, el dintel y la arquivolta, aunque sabemos que hay algún intento de cerrar un espacio con piezas de pequeño tamaño, como sucede en la puerta de la tumba 75 de Galera en la que se utilizan para cubrir un vano dos dovelas y una clave. En alguna ocasión hay también falsos arcos y bóvedas realizados por aproximación de hiladas.

Como ejemplo importante de arquitectura ibérica debemos citar Pozo Moro, bien conocido y estudiado por M. Almagro Gorbea, yacimiento que evidencia la existencia en el sudeste de monumentos ibéricos de gran tamaño decorados con estatuas y relieves. También en Lacipo hay restos de un monumento del mismo tipo y quizá muchas de las piezas que se hallan en los museos procedan de monumentos similares que no se encontraron en tan buen estado de conservación. Otro monumento funerario ibérico de gran perfección técnica es el de Toya, que no es el único de los existentes en la necrópolis de la que formaba parte.

Hay, asimismo, algunos ejemplos de monumentos pertenecientes a la arquitectura religiosa, aunque no haya sido este el elemento fundamental de la arquitectura ibérica. No obstante, hay (o mejor, ha habido, por la destrucción de que ha sido objeto) un ejemplo impresionante de santuario, el templo del Cerro de los Santos, descubierto en 1830 y cuyas piedras, como las de tantos otros edificios de época antigua e incluso medieval o moderna, fueron utilizadas con profusión en las construcciones posteriores de los alrededores. Hay otra serie de santuarios que, desde el punto de vista religioso tienen gran importancia, desde el arquitectónico apenas son dignos de mención, como el Cigarralejo o la Secreta de Alcoy.

La escultura

Es esta, sin duda, junto con la cerámica pintada, la más importante manifestación artística de los iberos, que afortunadamente va siendo objeto de estudios individualizados a través de los cuales conocemos, aparte de su calidad artística y todo el proceso de fabricación, su funcionalidad.

A la hora de exponer en síntesis lo que sabemos sobre la escultura ibérica nos encontramos con un dilema: realizar una división, como lo que hace Tarradell, atendiendo su funcionalidad, entre escultura de los santuarios, un valor de ofrenda, de exvoto, y cultura funeraria, utilizada y hallada en las tumbas, que nos daría, al menos en teoría, una visión más global de la sociedad en la que se producen esas manifestaciones artísticas, religiosas, etc., o si, por el contrario, realizar esta división —quizá más fácil para la comprensión del lector, por cuanto, en mi opinión, no tenemos todavía suficientes datos para realizar la anterior— atendiendo al material de que están hechas las distintas esculturas, y entonces hablar de bronce ibérico (y terracotas), escultura en piedra y relieve ibérico, como hace Presedo. Por esta facilidad de expresión y comprensión me voy a inclinar por esta segunda.

Los bronce ibéricos

Se trata de pequeñas estatuillas de bronce fabricadas a molde y retocadas después y macizas. Los hallazgos realizados lo han sido tanto de figuras masculinas como femeninas, de pie, con los brazos abiertos o en posición de plegaria. A veces los hombres llevan armas y se conoce también alguna figura de jinete. Hoy contamos con algunos trabajos monográficos, como los de Nicolini o Marín Ceballos, importantes para descubrir su significado, pues, aparte de su realización más o menos perfecta, las figuras nos ofrecen datos para conocer aspectos religiosos, sociales, de costumbres, etc, de la sociedad ibérica. No obstante, es este todavía un camino que está en sus inicios.

Sus lugares de aparición son normalmente los santuarios, aunque algunos hayan aparecido en otros espacios arqueológicos, y, en cuanto al área geográfica de dispersión de los hallazgos, ésta es muy grande, prácticamente todo el área íbera (Badajoz, Huelva, Sevilla, Córdoba, Granada, Jaén, Ciudad Real, Albacete, Murcia, Alicante, Valencia, Tarragona), aunque la máxima concentración se produzca en Despeñaperros (Jaén), Castellar de Santiesteban (Jaén) y Santuario de la Luz (Murcia), santuarios todos situados en el área de Sierra Morena y el sudeste, zona que, como luego veremos, coincide con la de la gran escultura en piedra y que tiene su correspondencia no por casualidad, sin duda, con las grandes zonas mineras de la España ibérica.

Para Nicolini, la aparición de los bronce se debe a la abundancia de metal en la zona y a la técnica importada por los colonizadores de oriente. Pero esto no debe desligarse, como piensa Presedo, del propio desarrollo en el territorio ibérico de la cultura y la religión que propiciarán la aparición de una industria artístico-religiosa. La técnica de fundición era el proceso conocido como de la cera perdida en moldes de arcilla, retocándose posteriormente y realizando la decoración deseada. Por ser macizas no tenían un tamaño excesivo, oscilando, según los autores, entre alrededor de 10 y alrededor de 20 cm, aunque no falta alguna especial que llega a tener 30 cm.

La cronología atribuida a estas estatuas de bronce está relacionada con la asignada por los arqueólogos a la cultura ibérica en general, desde el siglo VI a. C. a mediados del siglo IV como etapa de influencia greco-oriental, la etapa de un siglo entre mediados del siglo IV y mediados de siglo III denominada período clásico y la época final o período romanizante, de claro dominio romano. En esta cronología coinciden tanto Cuadrado como Almagro y Nicolini.

Pero ¿quiénes eran los destinatarios de estos objetos y qué función realizaban? Parece que nadie ha ofrecido hasta el momento una idea mejor que la

expuesta por García y Bellido, según la cual los fieles acudían a los santuarios y, de acuerdo con sus posibilidades económicas, adquirirían distintos tipos de piezas, ejemplares estilizados al máximo junto a otros que recuerdan de cerca modelos griegos arcaicos, que no andarían muy lejos de ser los modelos originales. Luego eran depositados por los fieles en los lugares sagrados: templos, bosques sagrados.

Con una función muy similar a la de los bronce y las características también parecidas se han hallado estatuillas realizadas en tierra cocida en yacimientos ibéricos, que se concentran también en lugares muy concretos, destacando en este caso la Serreta de Alcoy. Probablemente la falta de disponibilidades de metal en la Comunidad Valenciana con respecto a Sierra Morena y el sudeste expliquen la utilización de la arcilla para la realización de las mismas figuras con las mismas funciones. También en este caso se trata de producciones en serie realizadas con moldes para un amplio consumo y, aunque predominan las figuras femeninas, no faltan representaciones de varones. En cuanto a la tipología, va desde pequeños muñecos, que parecen trabajos de niños, hasta figuras que guardan una clara relación con estatuillas helenísticas.

Las esculturas en piedra

En el territorio de los iberos han aparecido también, desgraciadamente no siempre en su contexto arqueológico, grandes esculturas de bulto redondo que se pueden comparar con las griegas arcaicas y la etruscas. Tradicionalmente siempre ha sido la Dama de Elche la figura más representativa de estas manifestaciones artísticas, pero a partir de nuevos hallazgos en las últimas décadas, algunos de ellos in situ como la Dama de Baza, el estudio de la naturaleza y función de las esculturas ibéricas en piedra ha pasado a ser centro prioritario de interés de los arqueólogos que dedican su actividad preferentemente a las zonas del sur y levante de España.

Las esculturas ibéricas en piedra se pueden clasificar en dos grupos según los temas: figuras humanas y figuras de animales. Dentro del conjunto de figuras humanas tenemos figuras funerarias, como la Dama de Baza, descubierta por Presedo, presidiendo una sepultura que se encontró con su ajuar intacto, y otras halladas fuera de su contexto, como el busto de la Dama de Elche y otros restos más que se encuentran en nuestros museos, pero también figuras femeninas oferentes en piedra, la más significativa de las cuales es la Gran Dama del Cerro de los Santos. Pero no siempre se trata de grandes estatuas, como las enumeradas y otras a las que haremos referencia más adelante, sino que en el propio santuario del Cerro de los Santos el tipo de la Gran Dama se reitera en tamaño menor en las

ofrendas.

La estatutaria de animales refleja animales reales (leones y toros en su mayoría) o simbólicos (esfinges, grifos), que son las famosas bichas, llamadas así por los habitantes del lugar donde han aparecido. La más famosa de las conocidas es la de Balazote, en la provincia de Albacete. Su tipología es la constatada en los territorios que bordean la zona del Mediterráneo oriental y se les atribuye carácter sagrado como protectores del hombre, tanto de los vivos como de los difuntos, correspondiendo su área de expansión, por los datos de que disponemos hasta ahora, al sector ibérico del sur peninsular.

Los conjuntos más importantes conocidos son los siguientes:

1. El de Porcuna (Jaén), con estatuas de guerreros y grifos alados de tipología jónica, aunque con armas de influencia celtibérica. Se fecha hacia mediados del siglo V a. C.

2. La Dama de Baza, descubierta por Presedo en el año 1971 en el curso de las excavaciones de una necrópolis en Baza. Su excavador fecha esta necrópolis con toda seguridad en la primera mitad del siglo IV. Según su descubridor, esta estatua femenina sedente, tallada en piedra local, que aparece estucada y pintada en toda su superficie y va tocada con un manto que le cubre la cabeza y cae sobre los hombros hasta los pies (aparte de otras serie de caracteres que puede verse en la descripción que de ella hace Presedo), estaba destinada a ser una urna cineraria para el difunto para que se construyó la tumba, lo que sucede en esta misma época en otras zonas del Mediterráneo.

3. La Dama de Elche, aparecida en 1897 en la Alcudia de Elche y actualmente en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid), ha sido durante mucho tiempo el gran punto de referencia de la escultura ibérica en piedra. Está realizada en piedra caliza y quedan restos en ella de su policromía. Quizá lo más característico de la misma sea su gorro puntiagudo, las tres filas de bolitas que forman una diadema sobre la frente y las dos grandes ruedas a ambos lados de la cara que, en opinión de García y Bellido, encerraban las trenzas del cabello enrolladas en espiral. Tiene varios adornos más. Tras el conocimiento de la Dama de Baza, Presedo piensa que no se trataba de un busto, sino también de una estatua sedente de tamaño natural y con la misma función de servir de cista funeraria. A partir del conocimiento de la Dama de Baza, ahora puede ser fechada también en el siglo IV a. C. Además de la Dama se han encontrado en Elche varias piezas más. Lo que ha hecho pensar a los investigadores que en realidad en esta época hubo un taller de escultura en este

entorno. Cabe citar entre estas piezas el busto de un guerrero con pectoral labrado al que le faltan la cabeza y los brazos, un escudo de umbo asido por una mano, un brazo de Dama sedente similar al tipo conocido por la Dama de Baza y un fragmento de estatua de Guerrero con una falcata.

4. La estatuaria del Cerro de los santos. Es el primer yacimiento en que se encontraron estatuas en número suficiente para que fueran objeto de interés. Su cronología puede oscilar entre los siglos IV a. C. y la romanización, aunque falten estudios detallados de las piezas. Entre éstas destacan la Gran Dama Oferente, estatua erigida que sostiene un vaso con ambas manos a la altura del vientre, cubierta con un manto amplio que le cae sobre los hombros y los brazos en pliegues hasta los pies (relacionada estilísticamente con las damas de Baza y Elche), las Damas Sentadas, estatuas de unos cuantos centímetros, que repiten el tipo de la Dama de Baza y posiblemente de Elche (Marín Ceballos piensa que se puede tratar de exvotos), fechadas entre los siglos III y II a. C., aunque alguna con una tipología casi del todo romana, cabezas y bustos tanto masculinos como femeninos que puede pensarse que eran estatuas y cuya cronología parece más antigua para las femeninas y ya romana para las masculinas.

5. La estatua del Llano de la Consolación. En este lugar apareció una gran estatua femenina sedente muy destruida, a la que le faltan la cabeza y los hombros. Tiene un manto de excelente factura y debajo de éste se ven dos túnicas. Para Presedo se trata de una estatua con bastantes puntos de contacto con la Dama de Baza, aunque quizá un poco más antigua, de finales del siglo V o principios del siglo IV.

6. La estatua sedente del Cabecico del Tesoro. En esta necrópolis se encontró la estatua de una dama de un tamaño algo menor que el natural, muy destruida y en múltiples fragmentos. Los pliegues rectos del manto que la cubre demuestran gran arcaísmo y su función debió de ser similar a la de la Dama de Baza.

7. La Kore del Museo de Barcelona. Únicamente conocemos que es de la zona del sudeste. Se trata de una cabeza femenina con un peinado ondulado sobre la frente y una diadema más ancha por delante que por detrás. García y Bellido la fecha en la primera mitad del siglo V a. C. y pregona un origen griego para ella.

8. Conjunto del Corral de Saus. En Moixent (Valencia) han aparecido en un ambiente funerario varias figuras femeninas tendidas que, unidas a los relieves de Pozo Moro, que veremos más adelante, confirman la asociación de la gran escultura en piedra con las tumbas. El material empleado por los iberos en la

realización de estas esculturas en piedra fue de una calidad bastante inferior a la del resto de las culturas del entorno y la época en las que tuvieron relación. Frente al mármol abundante en las obras escultóricas de griegos y romanos, o el uso de piedras duras, como sucede en el arte egipcio, los iberos emplearon sobre todo la caliza y la piedra del país, aunque no por ello dejaron de realizar en ocasiones obras con una elevada perfección artística.

Pero quizá lo más importante sea conocer la funcionalidad de estas obras. Los hallazgos recientes de nuevos yacimientos y nuevas esculturas en piedra apuntan muy claramente a una relación funeraria de estas manifestaciones artísticas: las estatuas de damas sedentes aparecen en las necrópolis (el hallazgo de la Dama de Baza fue decisivo en este sentido) y los leones y demás animales forman parte de monumentos funerarios.

Finalmente es obligada una referencia a los elementos que han intervenido en la cristalización de estas expresiones artísticas. En primer lugar es necesario resaltar que, salvo contadísimas excepciones, el hallazgo de esculturas humanas de piedra de bulto redondo se da en la zona oriental de Andalucía y el sudeste de España, es decir, zonas de un desarrollo económico importante. A ello hay que unir, sin duda, los impulsos llegados del exterior a través de los pueblos colonizadores. Estos estímulos externos se deben en gran medida al mundo jónico, como en todo el arte ibérico en general, pero en la animalística ibérica hay algún elemento nuevo, sobre todo a partir del conocimiento de yacimiento del Pozo del Moro, por lo que hay que hablar de contactos con el mundo fenicio e, incluso para algunos autores, neohitita. Presedo aventura como conclusión provisional la idea de que la estatuaría animalística está influida por lo fenicio en parte, y en parte por lo griego, mientras que la estatuaría de figura humana parece una consecuencia de unas motivaciones jonias que actuaron desde muy antiguo, a través de las costas del sudeste.

Pero tanto en este como en otros aspectos de la evolución histórica de los pueblos de España, el grado de desarrollo alcanzado no sería explicable sin el sustrato interno, en este caso la propia riqueza económica y las condiciones de espiritualidad de la zona. Como resumen de lo dicho hasta aquí y de lo que hasta hoy sabemos, sí parece posible afirmar las importantes influencias orientales en la escultura en piedra del área ibérica, así como una funcionalidad predominantemente funeraria.

El relieve ibérico

Se trata de una manifestación artística bastante menos abundante que las esculturas exentas, realizado también en piedra como aquéllas, aunque de gran interés, sobre todo después de los descubrimientos de Pozo Moro estudiados por M. Almagro Gorbea. Precisamente los hallazgos en este yacimiento dan pie para intentar descubrir su naturaleza y función, así como su disposición dentro de los monumentos arquitectónicos que les servirán de soporte. Para M. Almagro Gorbea, en Pozo Moro existió, sobre una hilera de piedras, un friso en bajorrelieve ocupando los cuatro lados del recinto arquitectónico, aunque sólo parte de ellos han llegado hasta nosotros. Para todo lo relacionado con su descripción pormenorizada pueden verse las distintas noticias de Almagro Gorbea, excavador del monumento, pero conviene enumerar algunos de los restos encontrados. En la esquina sudeste hay un personaje con casco redondo y cimera, túnica corta y cinturón. La estela conservada más completa es la del lado oeste y en ella se ve a la izquierda un personaje con dos cabezas superpuestas, lenguas largas que caen hacia afuera, sentado en un trono con respaldo y garras de león. Sostiene un cuenco en una mano y un jabalí sobre una mesa de ofrendas situada delante de él en la otra. Detrás de la mesa hay un personaje de pie con cabeza de gran boca abierta y lengua bífida, vistiendo túnica larga. Otros restos recompuestos y descritos por Almagro Gorbea de los restantes lados nos hablan de otros personajes grandes y pequeños, algún animal en actitud amenazante, flores de loto, escenas sexuales, un monstruo de tres cabezas y un sillar en el que aparece un jabalí con dos cabezas, una a cada lado, luchando con un ser mitad humano y mitad serpiente. Según su excavador, este monumento puede fecharse hacia el año 500 a. C.

Pero lo más interesante de Pozo Moro son los problemas que plantea en cuanto a sus relaciones con mundos artísticos bastante alejados, concretamente el norte de Siria, con sus relieves neohititas con influjo arameo y fenicio. Todavía hay mucho que indagar sobre el tema y, como afirma Tarradell, futuras investigaciones pueden deparar grandes sorpresas, pero hay un hecho innegable: en el área ibérica del sudeste a fines del siglo VI a. C. hay unos artistas que realizan unos relieves que tienen influencias de culturas muy lejanas en el espacio.

Aparte de los relieves de Pozo Moro, a los que hemos hecho referencia siguiendo a M. Almagro Gorbea, tenemos en la zona ibérica otros conjuntos importantes, acotados geográficamente en el extremo occidental por los de Osuna, pero con la máxima concentración en la alta Andalucía y el sudeste. Los más importantes, sin pretender realizar una enumeración exhaustiva, son los de Osuna (el relieve de la flautista y un hombre con capa y el de las dos damas oferentes, ambos en el Museo Arqueológico Nacional, así como otro sillar en ángulo en el que

se representa a dos guerreros luchando, vestidos y tocados con los trajes y elementos defensivos que ya hemos visto en los bronceos y las esculturas en piedra, y otro fragmento de un guerrero a caballo sujetando las riendas, fechables hacia siglo II a. C.); el relieve de La Albufereta (pequeña metopa en la que se representa una figura masculina frente a una femenina, fechables por los datos de Llobregat hacia el siglo IV); esculturas de animales procedentes de toda el área de influencia tartésica y el levante (casi en su totalidad animales monstruosos y sin contexto arqueológico, por lo que poco podemos saber de su significado y función); el importante hallazgo de Pozo Moro, al que ya nos hemos referido con antelación, el grifo de Redován (Orihuela), que parece que hay que fechar, según Presedo, alrededor del año 500 a. C.; la esfinge de Agost, sentada sobre las patas traseras y con el rabo entre ellas, sin patas anteriores y con cara femenina, así como con plumas rectas, todo lo cual denota la influencia de los tipos griegos arcaicos por lo que hay que situarla hacia finales del siglo VI; la esfinge de Bogarra, en la misma postura que la anterior, pero con las patas delanteras flexionadas, así como alas, de las que únicamente se conserva el arranque; la bicha de Balazote, un cuerpo de toro y cabeza humana con cuernos cortos, que según García y Bellido, tiene prototipos claros en el mundo griego, aunque con rasgos orientales evidentes y que debe datarse en el siglo IV a. C.; la bicha de Toya, de un tipo similar a la anterior y datable en el siglo IV; el toro de El Molar, procedente de una necrópolis también de siglo IV; los toros de Rojales (seis toros que se encuentran en el Museo de Alicante, que García y Bellido cree que deben situarse en el siglo III a. C.); las leonas del Minguillar (tres ejemplares hallados cerca de Baena que se encuentran en el Museo Arqueológico Nacional); los leones de Nueva Cartaya (descubrimientos casuales y sueltos de trozos de leones que se conservan en el Museo de Córdoba y que tienen rasgos similares a los de Pozo Moro, aunque con una mayor perfección); el toro de Porcuna, tendido sobre sus cuatro patas con referencia directa a los toros orientales y, según Blanco Freijeiro, relacionado con las influencias griegas que, penetrando por el sudeste, llega a la alta Andalucía, donde se sintetiza con el influjo orientalizante de la zona de influencia tartésica, y la leona de Los Molinillos, animal sentado sobre sus patas traseras y amamantando un cachorro, procedente de esta localidad cercana a Baena.

Esta larga nómina va aumentando continuamente a medida que se realizan los trabajos arqueológicos por toda Andalucía y el levante y cuya enumeración sería demasiado prolija.

Aunque aún sea difícil establecer una evolución cronológica, Blanco Freijeiro propone tres períodos, uno primero con influencias griegas de la época arcaica tardía y clásica y elementos fenicios, un segundo coincidente con la época

helenística con influencias celtas y aportaciones helenístico-romanas y un tercero que sería ya de plena época romana, concretamente de final de la República.

La cerámica pintada

Se trata de una de las manifestaciones mejor conocidas y más valoradas del arte ibérico, tanto las decoraciones con figuras geométricas, más tempranas y abundantes por más sencillas de realizar, como las de figuras humanas y animales.

Para Tarradell la cerámica ibérica puede agruparse en dos períodos, uno primero a partir del siglo V a. C., con una temática muy simple (bandas horizontales, círculos o medios círculos, en definitiva, decoración geométrica), que se mantiene a lo largo de todo el tiempo y en general en toda el área ibérica, y una segunda época ya en pleno dominio romano, a partir del año 200 a. C., donde aparecen el estilo narrativo y simbólico de figuras humanas y animales, aunque es muy posible que ya se hayan iniciado durante siglo III.

También aquí vemos como los influjos externos (greco-orientales) complementan y dinamizan elementos de la propia evolución interna, por lo que se pueden distinguir varias zonas atendiendo a la decoración y a la época en que se realiza cada uno. Dentro de la amplia área ibérica distingue Presedo varias subáreas:

1. Cerámica ibérica andaluza. Valle del Guadalquivir y afluentes, así como el sur de Portugal y la región extremeña, que emplea el torno, traído por los colonizadores orientales, desde época temprana. En esta área la cerámica protoibérica recoge las dos corrientes externas, la fenicio-chipriota y la jónica, a partir del siglo VII-VI. No es, no obstante, una zona de desarrollo importante de la cerámica ibérica.

2. La cerámica del Sudeste, llamada también cerámica de estilo simbólico, que tiene como focos principales los de Elche y Archena, que han dado nombre a este estilo, aunque también haya habido importantes hallazgos en el Cigarralejo, el Cabecico del Tesoro y Pozo Moro. Las formas cerámicas son las mismas que en Andalucía, pero sobre ellas se pintan escenas de animales y de hombres. Se trata de figuras diversas, en general de tamaño grande, que normalmente tienen valor por sí mismas y no forman conjuntos. Junto a las figuras de animales (lobos, pájaros, etc.) encontramos representaciones de guerreros en distintas actitudes de combate. Se trata de un arte hierático con un área de difusión relativamente concentrada, la zona sur de la Comunidad Valenciana y casi toda Murcia.

3. La cerámica de oliva-Llíria, denominada de esta forma por ser los yacimientos que proporcionaron los primeros lotes de este denominado estilo narrativo los vasos están pintados con colores oscuros y en muchos casos las figuras están rellenas con color negro. Frente a la individualidad de las dos figuras del arte de Elche-Archena, en los vasos de Lliria encontramos ciertos argumentos en los conjuntos de figuras, junto a letreros que hoy en día son todavía inaccesibles a nuestro conocimiento. Hay conjuntos que representan escenas de caza, de guerra, de danza, hombres a pie o a caballo persiguiendo jabalíes o lobos, etcétera, luchas de grupos enfrentados, tanto a pie, como a caballo o en barcas. Por lo general son figuras de tamaño menor que las del estilo simbólico. Su área de distribución, reducida en un principio por los primeros descubrimientos a la zona central valenciana, debe hoy día extenderse hacia el valle del Ebro en la provincia de Teruel (por ejemplo, el poblado de Alloza).

4. Azaila. Dejando de lado, por no venir al caso en este momento, el intrincado problema de la iberización del valle medio del Ebro, al que se ha hecho referencia en otro lugar, y, si podemos hablar propiamente de zona ibérica, tenemos la evidencia cerámica del poblado de Azaila. En el Bajo Aragón la cerámica es más tardía porque el sustrato sobre el que aparece en el siglo IV a. C. es un horizonte hallstático. En los vasos de Azaila aparecen figuras de animales enmarcadas con figuras vegetales y geométricas, sin paralelos en otras zonas. No deja de tratarse de una zona que podríamos llamar marginal con referencia a los dos núcleos básicos de Elche-Archena y Lliria-oliva.

5. La cerámica del Nordeste. En la zona ibérica de Cataluña han aparecido cerámicas pintadas importadas, algunas de ellas concretamente de Archena. Hay también producción de talleres locales en distintos lugares, pero sobre todo en Ampurias, donde la gran calidad de la escasa cerámica ibérica allí aparecida tiene la importancia de la fuerte influencia de la cerámica griega.

En general en toda la cerámica que podemos considerar como ibérica se utilizan prácticamente los mismos colores, oscuros como decíamos antes. Destacan el rojizo oscuro, el que Tarradell llama vinoso, el marrón y el negro, empleado sobre todo para rellenar las figuras de los vasos de Lliria. Como conclusión sobre la cerámica pintada podemos decir que las influencias externas encontraron en cada región sustratos distintos que derivaron en tendencias individualizadas en relación también con la época en que recibieron los influjos llegados de la otra parte del Mediterráneo.

El traje ibérico

A partir del análisis de los bronceos, esculturas en piedra y decoraciones de las cerámicas a que nos hemos referido en el apartado anterior, podemos decir que hoy nos es bastante bien conocido el traje utilizado por los iberos, aunque debemos pensar que no era uniforme, debido a las variantes regionales; no obstante, en muchos casos es difícil descubrirlo por la falta de representaciones gráficas en relación precisamente con la ausencia de hallazgos de las manifestaciones artísticas anteriormente analizadas (zona turdetana y zona catalana sobre todo). A ello debemos añadir otro problema no menor, y es que a menudo las representaciones son figuras de divinidades que probablemente no llevaran el traje cotidiano de los hombres y mujeres ibéricos.

Los tejidos utilizados en su confección eran la lana y el lino, habiendo distinguido E. Llobregat en la Albufereta diversos tipos, entre los que destacan unos tejidos gruesos de textura como de lanilla actual y lienzos finos similares al hilo posiblemente para fabricar la ropa interior.

Para los colores, si tenemos que hacer caso de la pintura de las estatuas, se utilizaba el rojo púrpura para los mantos masculinos y el azul cobalto y la combinación de varios colores en las mujeres. Para Presedo es probable que el ajedrezado que aparece en algunos mantos como el de la Dama de Baza se deba a que están realizados con fibras previamente teñidas.

Hasta el presente las aportaciones de Nicolini son las más completas a la hora de analizar estos extremos, por lo que es una obra de utilización obligatoria para quien quiera acercarse con mayor profundidad al tema. Las damas ibéricas que conocemos por la arqueología llevan unos vestidos y tocados ricos y barrocos, en los que predomina la acumulación de joyas. Cuatro son los elementos a analizar dentro de la estética de las mujeres iberas: el tocado, el traje, los adornos y el calzado. El tocado de la cabeza de las damas iberas es muy complicado, como puede verse por la de Elche o la menos compleja de Baza. También los hombres ofrecen una gran variedad de tipos, aunque con menos complicación que las damas. Las iberas usaban diademas y mitras, altas o bajas, que, aun pudiendo ser un producto autóctono, estarían inspiradas en modelos greco-orientales.

Velo, manto y túnica son los tres elementos del traje femenino Ibero. El velo a veces se confunde con el manto, aunque el triangular que cubre la parte posterior de la cabeza y llega hasta los hombros es inconfundible. Hay, además, un velo propio de las «sacerdotisas» que va sobre la mitra y llega hasta los muslos. El manto es la prenda que envuelve toda la figura llegando hasta los pies, que aparece sobre todo en las estatuas de piedra. Nicolini ha distinguido hasta cuatro

tipos de túnica, traje de mangas cortas que cubre toda la figura hasta los tobillos, atendiendo a la forma de terminar la prenda. Aunque tienen parecidos con prendas similares de la cuenca del Mediterráneo, su origen parece local. Hay, además, toda una serie de adornos que servían para realzar la belleza de las mujeres ibéricas, destacando entre ellos los variados collares de las grandes damas (Elche, Baza y el Cerro de los Santos) y los también abundantes de los bronce y terracotas. También son frecuentes los cinturones, pendientes, brazaletes y pulseras.

Por la Dama de Baza podemos deducir que el calzado de estas grandes damas consistía en unos escaarpines que parecen de cuero, pintados en su totalidad de color rojo. Tanto en el caso de las mujeres como el de los hombres debía de usarse también calzado de esparto, tan típico de la zona. También tenemos suficiente información arqueológica para conocer el traje utilizado por los hombres. Se compone de manto o capa, con distintas variedades, túnicas, largas y cortas, adornos y calzado.

Los mantos se hacen de una pieza y se sujetan normalmente con una fíbula anular al hombro derecho, dejando casi siempre libre el izquierdo. Nicolini ha descubierto abundantes variedades de este manto (sin vuelta, de vuelta corta, con una punta en la espalda, etc.). Las túnicas son la prenda que lleva normalmente el ibero debajo del manto, aunque, a veces, se trate de otro tipo de prendas.

También entre los hombres hay una serie de adornos, que aparecen sobre todo en los bronce: cordones cruzados sobre el pecho, cinturones que ciñen el vestido al cuerpo y sujetan las armas, que aparecen abundantemente en todas las excavaciones de necrópolis ibéricas.

El calzado de los hombres lo tenemos en las pinturas de los vasos de Lliria, donde aparecen jinetes calzados con zapatos de media caña. Otras veces aparecen como botos abiertos. Tanto unos como otros debían de estar hechos en cuero, aunque los menos ricos usarían, como en caso de las mujeres, alpargatas de esparto.

La escritura ibérica

La aparición de la escritura constituye no sólo un fenómeno lingüístico o epigráfico, sino también un suceso histórico de primera magnitud, pues este hecho sólo se produce en aquellas sociedades que han alcanzado un alto grado de desarrollo socio-económico.

Para el mundo ibérico la escritura está atestiguada desde fines del siglo V a. C. por una inscripción existente en la base de un kylix ático, aparecido en Ullastret, cerca de Ampurias, en una zona de clara influencia griega y que debe de hacer referencia, sin duda, al propietario de la citada cerámica. No se trata, sin embargo, de la escritura más antigua de la Península Ibérica, como tendremos ocasión de ver cuando analicemos en capítulo aparte las lenguas y la epigrafía prerromanas de España.

Existen dos hipótesis suficientemente contrastadas sobre el origen de la escritura ibérica. Según la primera, no es la más antigua de la península (De Hoz, Correa y otros), puesto que la escritura hispánica más remota de la que tenemos noticia aparece en el Suroeste, fruto para De Hoz de la influencia ejercida por la escritura fenicia y que podemos situar en el siglo VIII o, como muy tarde, en el siglo VII a. C. según este mismo autor, esta escritura del Suroeste se extendió hacia el Este dando lugar por influencia de los griegos a una nueva forma de escritura, que es la ibérica. Ambas coinciden en sus principios básicos, pero al mismo tiempo se diferencian de manera clara en la forma de algunos signos y otros aspectos lingüísticos. Así pues, para De Hoz el origen de la escritura ibérica habría que buscarlo en las grafías del Suroeste.

Pero no todos los lingüistas están de acuerdo con esta hipótesis y se ha formulado una posterior, que mantiene algunas de las afirmaciones anteriores. En esta segunda hipótesis, cuyo defensor más visible es J. Siles, la escritura ibérica se habría desarrollado cronológicamente en un período preciso entre el siglo V o IV a. C. al siglo I a. C. y geográficamente en un área bastante amplia, desde la Contestania hasta la Narbonense con incursiones hacia la Bética, Albacete y el interior. Sería el fruto de un intenso proceso de aculturación que se inicia con la helenización de la zona costera y termina cuando la latinización llega a su punto álgido, momento también en el que la escritura ibérica desaparecería. El origen estaría en el alfabeto greco-ibérico, alfabeto en el que aparecen los primeros documentos ibéricos más antiguos de Alcoy y el Cigarralejo en los siglos V-IV a. C. y que es consecuencia del contacto entre los indígenas y las poblaciones griegas. De ese alfabeto greco-ibérico derivaría la llamada escritura meridional, que puede ser considerada como una fase intermedia entre el greco-ibérico inicial y el ibérico clásico resultante. El foco de expansión de esa escritura sería el Sudeste, efectuándose su sistematización progresiva en la zona de Ampurias en contacto con los focenses expandiéndose hacia el Sur y el interior. Este sistema ibérico conocerá, además, la influencia del latino, que lo va a perfeccionar, al tiempo que determinará su desaparición.

Pero los iberos no sólo van a adoptar una escritura para su lengua, sino que van a adaptar a su propia cultura un número considerable de tipos de documentos conocidos por los griegos: grafitos cerámicos, lápidas sepulcrales, plomos inscritos, etc. Los más numerosos y significativos hasta el momento presente son las lápidas sepulcrales y los plomos. Los plomos son piezas sin otra misión que la de servir de soporte de escritura. Básicamente parece que contienen documentos de carácter práctico: cartas de negocio, contratos, etcétera, no faltando alguno como el del Cigarralejo con un posible contenido religioso.

Finalmente, no es posible separar el uso que de la escritura hace un pueblo de su grado de evolución histórica en cuanto a su organización social y económica, ni de su propio desarrollo cultural. La escritura del mundo ibérico no se usa con fines literarios, ni tampoco parece que haya sido utilizada con fines públicos (no tenemos noticias de ninguna inscripción ibérica hecha por un magistrado o un organismo representativo de la comunidad), lo que conduce a la conclusión de que las inscripciones en lengua ibérica proceden de la iniciativa privada.

La religiosidad de los iberos

Es difícil hablar de un tema como el de la religiosidad de los iberos cuando encontramos una gran carencia de noticias en las fuentes literarias greco-latinas de época clásica, las excavaciones arqueológicas nos ofrecen noticias escasas y fragmentarias y los datos se reducen prácticamente al análisis de las escrituras en piedra y metal, a los exvotos de los santuarios y a las representaciones en las pinturas de la cerámica, en espera de que algún día los textos hasta hoy incomprensibles de las estelas o de la misma cerámica nos ofrezcan datos sobre este aspecto tan importante de la vida de los pueblos. En la región de influencia tartésica poseemos noticias por la arqueología de divinidades del ámbito fenicio, pero no tenemos la menor evidencia sobre su culto, sino sus posibles representaciones en objetos arqueológicos. Según el estudio de M. C. Marín Ceballos, ya sea en objetos arqueológicos como anillos o sortijas, placas, etcétera, como en templos dedicados a ellos, aparecen en esta área el dios El, divinidad del mundo ugarítico y bíblico primitivo; Baal, divinidad fenicia por excelencia; Melqart, con un santuario en Cádiz que irradia por toda la Baja Andalucía, llegando hasta Salacia en el estuario del Tajo y hasta la isla de Heracles en la región de Levante; también hubo un templo en Cádiz a Milk Astart y toda una serie de sincretismos de divinidades procedentes del mundo egipcio y en general del Mediterráneo oriental. Por lo que se refiere al área ibera propiamente dicha, piensa Presedo que hubo también en el aspecto religioso griegas y púnicas que actuaron sobre fondo preorientalizante de las influencias fenicias y tal vez griegas antiguas,

pero más tarde tuvieron que ser reelaboradas por los indígenas, resultado de lo cual tuvo que ser una síntesis completamente distinta, ya que en ella actuarían concepciones religiosas ancestrales de los iberos heredadas de edades pasadas.

A partir de los testimonios que la arqueología y las fuentes literarias nos ofrecen podemos decir algunas cosas sobre los siguientes aspectos: dioses, lugares sagrados, culto y vida de ultratumba.

Divinidades

Dejando aparte ahora la influencia griega y oriental, no podemos nombrar ninguna divinidad adorada por los fieles, aunque sabemos que en Ampurias, según los arqueólogos, existió un templo de Asclepios, así como otro dedicado a Serapis y evidencia de culto a Demeter y a la Artemis efesia, la cual, según las noticias de las fuentes clásicas, tuvo varios santuarios en la zona costera del levante y, sin olvidar tampoco la influencia de los cultos y las divinidades traídas por los cartagineses —Baal Amón aparece en los textos como Cronos y Tanit como Juno—, a la vez que muchas inscripciones latinas dedicadas a la Dea Caelestis, que debe ser una asimilación de la citada Tanit y otra divinidad cartaginesa, Bes, aunque su representación se reduce a pequeños objetos de comercio que no prueban de manera decisiva la existencia de su culto, en el mundo propiamente ibérico. Sospechamos que se trata de un dios de los caballos o vinculado a los mismos una figura que aparece en un relieve entre dos figuras de caballos vistas de perfil, lo mismo que puede ser una divinidad masculina un jinete que lleva en su mano una flor de loto en pinturas de los vasos de Lliria.

Hay un mayor número de posibles representaciones de divinidades femeninas que masculinas, por lo que probablemente los cultos femeninos predominaban sobre los masculinos, lo cual no representaría más que un fenómeno típicamente mediterráneo. Creemos con Presedo que en su inmensa mayoría quizá puede reducirse al culto de la Gran Madre Asiática, y predominó sobre el Mediterráneo a partir del Neolítico.

Lugares sagrados y cultos

Hay unos lugares sagrados que dejaron huella arquitectónica, que son los santuarios, de los que ya hemos hablado al tratar de la arquitectura. Pero, junto a ellos, hay otros entre los que destacan las cuevas de la Comunidad Valenciana. Se trata de lugares alejados de los poblados y de difícil acceso, y que por su ajuar funerario, aunque pobre, puede fecharse el inicio de su uso en el siglo V a. C. a

pesar de la inexistencia de evidencias, no debieron de faltar cultos en lugares que en las religiones antiguas son sacralizados, como los bosques sagrados, los montes o las fuentes.

Tampoco sabemos mucho sobre los cultos que tuvieron lugar en los santuarios ibéricos, aunque, a partir de los exvotos, se pueden ver ciertas actitudes que pueden indicarnos el modo de relacionarse de los iberos con la divinidad: devotos que saludan a la divinidad levantando el brazo derecho, otros que cruzan los brazos sobre el vientre o sobre el pecho o levantan ambas manos. En las estatuas de piedra y en los exvotos de bronce vemos oferentes de vasos conteniendo probablemente todo tipo de ofrendas.

En el capítulo religioso hay que incluir también las danzas de que nos dan noticia los textos literarios (concretamente Estrabón dice que los hombres y mujeres bastetanos bailan cogidos de la mano), que tienen su representación en las pinturas de algunos vasos de Llíria, así como otros testimonios en que los danzantes llevan ramas en las manos, danza que tiene un origen oriental y que pasó al mundo griego.

Vida de ultratumba

El rito funerario generalizado es el de la incineración, aunque no faltan testimonios de inhumaciones. Junto con la urna se entierran los objetos de uso corriente del difunto, destacando las armas en el caso de las tumbas de los guerreros, las cuales aparecen en ocasiones dobladas, como si se hubiese querido hacerlas «morir» con el guerrero. Se encuentran también en las tumbas ibéricas una serie de objetos rituales: pebeteros para quemar perfumes y braseros y jarros de bronce, posiblemente relacionados con ceremonias de purificación una vez enterrada la urna y el ajuar, la tumba se cerraba de muy distintas maneras y se recubría a veces con un túmulo. En tumbas monumentales aparecen varias urnas, lo cual nos hace pensar en que tuvieron un carácter familiar.

Sobre las ideas de los iberos acerca de la vida de ultratumba carecemos de textos. Sí parece evidente, a partir de la observación de las tumbas y ajuares y de la escultura funeraria (la más representativa es la Dama de Baza), que los iberos creían en la pervivencia de la personalidad. Por otro lado, la incineración significaría la purificación mediante el fuego. Finalmente, como afirma Presedo, de la existencia de animales fantásticos en las necrópolis (grifos, leones, esfinges,) que en el Mediterráneo tienen la función de guardianes del más allá, no se pueden extraer conclusiones automáticas, pues es posible que hubieran perdido su

simbolismo originario.

ÁREA INDOEUROPEA. PUEBLOS DEL CENTRO OESTE Y NORTE DE LA PENÍNSULA

En la historiografía actual se va imponiendo este término, a pesar de su contenido esencialmente lingüístico, por ser más comprensivo de la realidad a la que queremos referirnos que los términos utilizados con anterioridad. Esta área se corresponde fundamentalmente con los territorios y poblaciones antiguas de los valles del Duero y Tajo, toda la cornisa cantábrica, utilizando palabras de Estrabón, de los galaicos hasta los vascones y los Pirineos (aunque no se pueda afirmar con él que todos tienen el mismo modo de vida y organización), parte del valle medio del Ebro (La Rioja) y los valles de los afluentes del Ebro por la derecha (Jalón y Jiloca) en la parte sur de este valle medio. Es decir, la parte peninsular al norte de una línea imaginaria trazada desde la cuenca baja del Tajo a la cuenca alta del Ebro.

Tampoco en este caso podemos hablar de uniformidad en cuanto a las formas organizativas de estos pueblos, pues han tenido un proceso de formación histórica distinto, en el que han influido su propia evolución interna y estímulos exteriores, y ha llegado a grados de desarrollo distinto en el momento de ser conquistados por los romanos, que es cuando, debido a la propia conquista, tenemos más noticias de ellos. Y es fundamentalmente a partir de los datos de las fuentes literarias, confirmados en algunos casos por los trabajos de la arqueología, como podemos distinguir a estos pueblos o conjuntos de pueblos y su ubicación geográfica, no olvidando en ningún momento lo afirmado anteriormente en el sentido de que las fuentes y datos que poseemos para el conocimiento de estos pueblos son básicamente romanos y no indígenas.

Límites y ubicación geográfica de los principales pueblos

Comenzando por los celtíberos, debemos afirmar que en los escritores grecolatinos de época clásica hay grandes imprecisiones con respecto a la ubicación de estos pueblos y su territorio. Así, por ejemplo, Plutarco sitúa a Cástulo en la Celtiberia, Artemidoro hace lo propio con Hemeroskopeion y Diodoro hace de Indíbil, regulo ilergete, un celtíbero. A partir de los datos de Polibio, Livio, Estrabón, Plinio y Tolomeo, completados por el extraordinario documento latino aparecido en Botorrita (Tabula Contrebiensis), se pueden trazar unos límites más o menos precisos.

En primer lugar es necesario hacer una distinción entre celtíberos citeriores y ulteriores. Los celtíberos citeriores ocupaban los valles del Jalón y del Jiloca y parte de los márgenes derechos del Ebro, mientras que los celtíberos ulteriores ocupaban

las altas cuencas del Duero y la llanura hasta el Tajo, es decir, la actual provincia de Soria en su totalidad, gran parte de la de Guadalajara, parte de la zona sur de la de Burgos y la parte oriental de la zona de Segovia.

Entre los celtíberos citeriores las fuentes citan a lusones, titos y belos. Los lusones limitan en el valle medio del Ebro con la zona ibera y con los vascones, como se ha evidenciado a partir del Bronce latino de Botorrita. Destacan entre sus centros Contrebia, en las proximidades de Daroca, y Bilbilis, la actual Calatayud. Los titos y los belos limitan con los arévacos y apenas tenemos noticias de ellos por su temprana conquista. Segeda, en las cercanías de Belmonte, era el principal centro urbano de los belos, así como Arcobriga, Arcos de Jalón. Por el sur se extendían por toda la zona este de Guadalajara. Todos estos pueblos reciben las influencias ibéricas que, procedentes de Levante, remontaron el Valle del Ebro, al estar situados en los pasos estratégicos del Valle del Ebro a la Meseta. A los celtíberos ulteriores pertenecen los arévacos y los pelendones. Los primeros constituyen, al menos según las fuentes romanas de la conquista y posteriores, el principal grupo de población de los celtíberos. Entre sus ciudades destacan por su importancia Clunia (Peñalba de Castro, Burgos), Termantia (Montejo de Tiermes, Soria), Uxama Argalea (Burgo de Osma, Soria) y Segontia (Sigüenza, Guadalajara). Al parecer en época prerromana los pelendones fueron arrinconados por los arévacos hacia las zonas montañosas del norte de la provincia de Soria (zona de los castros sorianos), si tenemos en cuenta los datos que nos aportan autores grecolatinos y la interpretación que de estos han hecho F. J. Lomas, M. C. González y J. Santos, entre otros. Del análisis de las fuentes puede deducirse que los pelendones fueron un pueblo sometido por otro pueblo indígena en expansión, los arévacos, posiblemente en el momento inmediatamente anterior a la conquista romana. La política seguida por Roma devolvió a los antiguos habitantes, pelendones, el territorio del que habían sido desalojados. De ahí que Numancia aparezca en unos autores como arévaca y en otros como pelendona.

Los carpetanos estaban situados al sur de los celtíberos en el Valle del Tajo, ocupando un territorio bastante amplio desde la Sierra de Guadarrama hasta La Mancha y gran parte de la cuenca del Tajo hasta pasada Talavera de la Reina. Centros importantes son Toletum (Toledo), Complutum (Alcalá de Henares) y Consabura (Consuegra). Podemos decir que los vacceos ocupan las mejores tierras cerealistas del valle medio del Duero en las provincias de Burgos (Rauda, Roa de Duero), Palencia (Pallantia), Salamanca (Viminatium, Terradillos), Zamora (Oceloduri, Zamora o alrededores), Valladolid (Porta Augusta, Portillo, y Septimanca, Simancas) y Segovia (Cauca, Coca).

Por su parte, los vettones ocupaban ambas vertientes de las sierras de Gredos y Gata, destacando entre sus emplazamientos Salmantica (Salamanca), Bletisa (Ledesma), Mirobriga (Ciudad Rodrigo), Lama (Baños de Montemayor), Capara (Ventas de Caparra), Obila (Ávila) y Turgallium (Trujillo). Parece ser que también en este caso el pueblo más fuerte, los vacceos, arrinconó al más débil en las zonas montañosas y menos productivas y, por ello, también Helmantica-Salmantica aparece en unos autores antiguos como vaccea y en otros como vettona. En el territorio que en época romana incluye la provincia de Lusitania deben distinguirse dos zonas claramente delimitadas, la zona sur, donde habitaban turdetanos: zona del Algarve —Balsa (Tavira), proximidades de Ossonoba (Faro)— y zona del Alemtejo —Salacia (Alcacer do Sal), Caetobriga (Setúbal) y Pax Iulia (Beja)—; y la zona entre el Tajo y el Duero, donde habitaban los lusitanos propiamente dichos con centros tan importantes como Aeminium (Coimbra), Caurium (Coria), Eburá (Évora) y Norba Caesarina (Cáceres).

Al este de los vacceos se encuentran los turmódigos, que limitan por el norte con los cántabros, mientras que por el este los Montes de Oca les separaban de los autrigones, es decir, ocupan la parte centro-occidental de la provincia de Burgos, siendo su núcleo más importante Segisamone (Sasamón), y la parte colindante de la provincia de Palencia, donde destaca Pisoraca (Herrera de Pisuerga).

Ocupando la mayor parte del territorio de la actual comunidad autónoma de La Rioja y algún espacio cercano (La Rioja alavesa y zona suroccidental de Navarra) se encontraban los berones. Es discutida la ubicación del límite entre berones y várdulos, que estaban al norte de ellos, situándolo unos autores en la Sierra de Cantabria y otros en el lecho del río Ebro, con lo que La Rioja alavesa quedaría en un caso dentro y en otro fuera de su territorio. Las últimas investigaciones, sobre todo lingüísticas, de M. L. Albertos, y hallazgos arqueológicos recientes, apuntan a la Sierra de Cantabria como límite. Por el oeste el límite con los autrigones es probable que fuera todo el curso del río Tirón, mientras que por el este la divisoria varía según nos refiramos a la etapa anterior o posterior a la expansión vascona por el valle medio del Ebro, aceptándose actualmente que antes de la conquista las ciudades del valle medio del Ebro — Cascantum (Cascante), Graccurreis (Alfaro) y Calagurreis (Calahorra)— eran beronas y, a partir de la expansión vascona, desde el final de las guerras celtibéricas, pertenecerían a los vascones. Por el sur limitan con arévacos y pelendones, perteneciendo los altos valles del Nájera y Alhama al territorio de estos pueblos. Sus principales núcleos son Vareia (Varea), Tritium (Tricio) Magallum y Libia, cerca de Herramélluri.

Al norte de los berones y celtíberos citeriores (indoeuropeos), al oeste de los iacetanos y de los salluinses del valle del Ebro (iberos) y al este de los várdulos se encuentran los vascones históricos de los textos greco-latinos de la época de la conquista. Este pueblo tiene dos zonas claramente definidas en la historiografía grecolatina, el saltus (zona montañosa sobre todo) y el ager (la zona más bien llana al sur de Pamplona, que se vio ampliada con toda probabilidad en los siglos II y I a. C. a costa de berones y celtíberos). Los grupos de población más importantes de este pueblo que aparecen en las fuentes romanas son los andelonenses, de la zona de Andión; los carenses, de la zona de Santa Cara; los pompaelonenses, de Pompaelo (Pamplona), fundación de Pompeyo sobre un antiguo poblado indígena; Ilurcis, probablemente poblada por vascones antes de las guerras de los romanos contra los celtíberos, como piensa R. López Melero, y sobre cuyas ruinas. T. Sempronio Graco fundó Graccurreis (Alfaro) con población vascona. Si tenemos en cuenta que en la guerra de Sertorio contra Pompeyo, mientras Calagurreis defiende a ultranza a Sertorio, Graccurreis está de parte de Pompeyo. También parece que en época clásica Segia (Ejea de los Caballeros) pertenece a los vascones.

Con un límite común en Treviño (Trifinium) y llegando a su territorio hasta la costa encontramos, al norte de los berones y de este a oeste, a los várdulos, que, según las fuentes antiguas, ocuparían parte de la provincia de Guipúzcoa, entre los valles del Oiartzun y Urumea como punto de referencia más oriental y el del Deva como punto más occidental, y de la de Álava (la parte oriental de la llanada, incluyendo Alegría de Álava) como centro más occidental y el Condado de Treviño como punto más meridional, y parte del territorio colindante de Navarra. A continuación los caristos, que están situados a modo de cuña entre los várdulos y los autrigones, ocupando por la costa el territorio entre el Deva al este y el Nervión al oeste, constituyendo la Vega del Bayas y los montes de vitoria en Treviño la parte más meridional de la divisoria. Entre sus centros principales destacan Suessatio, posiblemente Kutzemendi en Olarizu en época prerromana y Arcaya en época romana, y Veleia, poblado de Arkiz en época prerromana e Iruña en época romana. El territorio de los autrigones estaría incluido entre el mar cantábrico, con el Asón como punto de referencia, y la Sierra de la Demanda, y desde los ríos Nervión y Tirón a la región de Villarcayo, la Bureba y el Puerto de las Brújulas; entre sus núcleos más importantes destacan Faviobriga (Castro-Urdiales), Uxama Barca (Osma de Valdegobía), con un importante número de castros de la edad del hierro, Virovesca (Bribiesca) y Segisamunclum (Cerezo del río Tirón), ya lindando casi con los berones.

Y, siguiendo hacia el oeste por la cornisa cantábrica, nos encontramos con los cántabros, cuyos límites vienen dados en la costa por los ríos Asón por el este

(con los autrigones) y Sella por el oeste (con los astures). Por el sur lindan con los vacceos y turmódigos, ocupando, aparte de la Cantabria actual, la zona oriental de Asturias, la zona norte de Palencia y nororiental de León al este del Esla (vadinienses) y la parte noroccidental de Burgos. En las fuentes aparecen divididos en varios grupos: vadinienses, cuya epigrafía ha merecido un estudio de M. C. González, orgenomescos, salaenos, plentauros, coniscos, avariginos, etcétera, siendo sus principales núcleos Tamarica (Velilla de Guardo, Palencia), Vadinia (civitas vadiniensis), en la zona occidental y aún sin localizar, quizá porque no tuviera centro urbano, y Vellica, no lejos de Monte Cildá.

Al oeste de los cántabros y separados de estos por el Sella y el Esla se asentaban los astures, nombre que posiblemente dieron los romanos a todo un conjunto de pueblos que vivían a uno y otro lado de la cordillera y que tiene que ver con el nombre del río, Astura (Esla), y con la capital en época romana, Asturica Augusta (Astorga). Entre los astures transmontanos (del otro lado de la cordillera) se encuentran los luggones en la zona centro oriental de Asturias y los pélicos en la parte occidental hasta el Navia. Entre los astures augustanos, que ocupaban casi toda la provincia de León, parte de la de Zamora al oeste del esla y hasta el Duero y zona nordeste de Portugal hasta el Sabor, así como la parte nordoriental de la provincia de Orense, destacan los zoelas, situados en la parte más meridional, al sur de la Sierra de la Culebra, los brigaecinos, en la zona alrededor de Benavente, los lancienses, en la zona de Villasabariego y León, los amacos, en la zona de Astorga, y los gigurros, en la zona de Petín, Puebla de Trives y Viana do Bolo.

Y ya en el noroeste los galaicos, posiblemente también nombre genérico dado por los romanos a un grupo de pueblos, numeroso, como abundantes son sus asentamientos, que vivían en lo que será la Gallaecia romana. En época romana se distingue entre lucenses y bracarenses. Los lucenses ocuparían el territorio al oeste y al norte de una línea que uniría el Navia con el Sil y la ría de Vigo, y los bracarenses, al norte del Duero y al oeste de la continuación de la línea del Navia por la Sierra de El Caurel, la Sierra de San Mamed, hasta la cabecera del Sabor, cuyo curso hasta el Duero les separa de los astures. Entre los lucenses están los ártabros, en la zona al oeste de Betanzos; los supertamaricos, al norte del río Tambre; los albiones, en la zona occidental de Asturias al oeste del Navia; los cilenos, entre el río Ulla y el Lárez, y los Lemavos de la zona de Monforte de Lemos. Entre los bracarenses se encuentran los coelernos de la zona de Castromao; los Límicos, cuyo centro estaría en Xinzo de Limia; los quarquernos, en la zona de Bande; los tamaganos de la cabecera del Támeiga; los bíbalos, al sur de estos, y los aquiflavienses, en la zona de Chaves.

Formación histórica de los pueblos del área indoeuropea

En la formación histórica de los pueblos de la denominada «área indoeuropea» aparecen como elemento esencial las denominadas tradicionalmente «invasiones indoeuropeas» y que, en la actualidad, parece más correcto designar como «infiltraciones indoeuropeas». Pero, como ya hemos visto para el área ibera, no son únicamente las influencias externas (de las cuales las infiltraciones indoeuropeas con ser las más importantes no son las únicas) el exclusivo factor que influye en el desarrollo histórico anterior de estos territorios antes de la llegada de los romanos. De todos modos, en algunas áreas, como la Meseta Norte, el hecho de que no estuvieran muy densamente pobladas produjo que el impacto de las oleadas indoeuropeas fuera importante con claras repercusiones en la historia posterior.

En los primeros tiempos del I milenio a. C. se produce un cambio de panorama en la cultura material de las grandes áreas peninsulares, especialmente en la mitad norte: aparecen nuevos tipos de poblados y necrópolis, así como elementos metálicos y cerámicos nuevos, que hay que poner en relación con la llegada de distintos grupos de gentes a través del Pirineo.

Pero estos movimientos de pueblos no tuvieron como único punto de inflexión la Península Ibérica, a partir de los pasos de los Pirineos, sino que se trata de un desplazamiento más general en gran parte de Europa e incluso en territorio extraeuropeo (del centro hacia el sur de Europa y hacia Asia Menor). Son los denominados genéricamente pueblos indoeuropeos, con una comunidad de lengua, aunque luego no cristalizará de la misma forma en todos los territorios, y con elementos comunes de cultura material.

Durante la I edad del hierro (1000 a 500 a. C., aproximadamente) se produce a través de los Pirineos la llegada de pueblos indoeuropeos a la Península Ibérica, aunque desconocemos con exactitud el mecanismo preciso de llegada. Sí conocemos, sin embargo, las consecuencias de estos aportes externos, especialmente desde el punto de vista lingüístico. Partiendo de las teorías difusionistas se ha venido y se sigue hablando de «invasiones/oleadas» que penetran en nuestra península desde Europa del este y central. En la actualidad la teoría difusionista no se considera tan real y absoluta como se cree, rechazándose el término de «invasiones/oleadas», ya que no se produjo un movimiento continuo de pueblos indoeuropeos para poder hablar de invasores y se ha producido un abandono de la tendencia a «ensalzar» exageradamente las cuestiones transpirenaicas (penetraciones indoeuropeas) como causa única de toda una serie

de innovaciones culturales, pues, además, se había hablado de penetraciones de elementos indoeuropeos hasta los más recónditos lugares de la Península Ibérica. Sí es clara, no obstante, la importancia de las infiltraciones de estos pueblos en algunas zonas de la península, sobre todo por los cambios acelerados o producidos desde el punto de vista de la cultura material y lingüística. Pero no se deben olvidar otras influencias externas y la propia evolución interna de las poblaciones indígenas con su tradición cultural anterior (Edad del Bronce).

Hoy se tiende a valorar en sus justos términos la presencia de las infiltraciones indoeuropeas, tal y como los resultados de los trabajos de arqueología y lingüística nos permiten conocer. Hagamos un poco de historia sucinta de los principales hechos de la investigación. Bosch Gimpera fue el primero en plantear el tema de los celtas en la arqueología española. Buscó elementos comparables a los del Rin y Suiza y los halló en primer lugar en Cataluña, con extensión por Aragón e incluso hasta el sudeste de España, y atribuyó los topónimos en —dunum de la zona subpirenaica a los componentes de la primera oleada de indoeuropeos. Hoy sabemos que son testimonios de influencia gálica muy posterior. Bosch Gimpera, en definitiva, lo que hizo fue construir una teoría de invasiones mediante conexiones de nombres de grupos de población en Hispania y en otras zonas, teoría que debe ser comprendida dentro del momento en que vive, época de sobrevaloración del «panceltismo». Desde la objetividad de la distancia y en el Estado actual de conocimientos se descubre una serie de puntos débiles, apareciendo como una síntesis prematura con bases arqueológicas insuficientes.

Posteriormente del lado lingüístico se habían ido buscando explicaciones a étnicos y topónimos del occidente de Europa y, junto a las explicaciones por el céltico, se propuso una explicación «ligur». Schule, con su obra sobre la Meseta (valles del Duero y Tajo) (1969), aparece como el más claro representante de una nueva época en el estudio del tema, combinando en su análisis los datos de la arqueología, la lingüística y la tradición histórica más remota. Desecha en principio que la aparición de una serie de rasgos culturales suponga necesariamente una invasión. Cree que el cambio en ciertos términos de los rasgos culturales de los campos de urnas y la aparición de los caracteres de la cultura de Hallstatt puede ser simplemente la aceptación de las novedades hallstáticas por la población anterior.

La invasión deja de ser el único factor de cambio y se señala en más de una ocasión la persistencia de culturas que conservan un remoto pasado al lado de zonas donde el cambio repentino ha de explicarse por la llegada de gentes nuevas.

Actualmente se cree que el proceso parece haber sido más complejo y es difícil poder reducirlo a un esquema seguro y siempre en el que se concede demasiada importancia en el desarrollo prerromano de esta zona a cuestiones de índole transpirenaica es preciso afirmar, una vez más, que, junto a factores que podríamos considerar externos, no deben dejarse de lado los propios elementos indígenas en su evolución durante las etapas anteriores.

Como el aspecto lingüístico va a ser objeto de un capítulo aparte más adelante, interesa en este momento analizar el panorama desde el punto de vista arqueológico.

Desde siempre hay tres elementos de cultura material que siempre se han asociado al fenómeno de las «invasiones indoeuropeas»: las cerámicas excisas, el empleo del hierro y el rito de incineración. Vamos a analizar uno por uno.

La cerámica excisa

En el Estado actual de las investigaciones arqueológicas no se puede hacer depender a todos los grupos de cerámica excisa (citaremos como más importantes los de los valles del Ebro y del Duero) del fenómeno único de las oleadas indoeuropeas, pues existen en la península varios grupos cerámicos decorados mediante la técnica excisa; todos ellos presentan características tipológicas y estilísticas propias y pertenecen a entidades culturales diversas. Por ejemplo, no se puede hacer depender las cerámicas excisas que aparecen en el horizonte de Cogotas I de unos estímulos centroeuropeos llegados a partir de la segunda mitad del I milenio a. C. las fechas que se dan actualmente para las cerámicas excisas de la Meseta (siglo IX-VIII) son más antiguas que las de la cuenca del Ebro. Hoy se piensa en la existencia de una técnica excisa peninsular que se desarrolla a partir de la cultura del vaso campaniforme, sin tener que buscar su origen en las cerámicas excisas indoeuropeas. Surgirán en la Meseta enlazando con tradiciones culturales anteriores. Hay otra cuestión que se liga a las cerámicas excisas y a los enterramientos bajo túmulos, que es la importancia que adquieren las actividades pastoriles (ganadería, pastoreo, trashumancia), importancia que surge como consecuencia de la llegada de poblaciones de pastores procedentes de Centro Europa, a las que se considera, portadoras de las cerámicas excisas. A este respecto conviene hacer dos matizaciones: que las cerámicas excisas aparecen tanto en yacimientos de altura (las Cogotas, el Berrueco), que podrían tener como actividad económica básica la pastoril, como los situados en las llanuras fluviales (por ejemplo, los de Valladolid), lo que significa que, aunque una parte de su economía es pastoril, no quiere decir que la cultura de la Meseta esté desligada de la

actividad agrícola y que, por otra parte, las actividades ganaderas no suponen una novedad en la zona, ya que han estado presentes como factor económico relevante en la Península Ibérica desde el Eneolítico.

El origen de la explotación del hierro y su difusión

Fijar los orígenes de la explotación del hierro en la Península Ibérica y su difusión es cuestión problemática y difícil de resolver, pues, fundamentalmente, ha de hacerse a partir de los hallazgos arqueológicos y, en los primeros momentos, los objetos de hierro son escasos, debido a que son privilegio de unos pocos.

Tenemos constancia de que hacia el año 1100 a. C. ya se conocía el hierro en el reino de Tartesos (lo que no quiere decir que se conociera el proceso de obtención), pero también que entre 1000 y, más o menos, el 500 a. C. gran parte de la Península Ibérica desconocía la metalurgia del hierro e incluso en algunas áreas no se utilizaba.

Los objetos más antiguos aparecidos son dos instrumentos de hierro del Tesoro de Villena (Alicante), fechado hacia el 1000 a. C., cuchillos de hoja curva de la necrópolis de la Joya (Huelva) con prototipos en la Grecia Micénica; restos aparecidos en una tumba de Cástulo (cerca de Linares), que puede situarse entre los siglos VII y VI a. C. y objetos de hierro que aparecen en Almuñécar de alrededor de 750 a. C.

Sin embargo, la presencia de objetos de hierro no significa la existencia de una metalurgia del mismo, pues debemos distinguir entre el uso de los objetos y el conocimiento de las técnicas metalúrgicas y su aplicación. Por ello, el planteamiento del estudio del hierro en la península debe girar en torno a cuestiones como si este uso es en algún punto peninsular fruto exclusivo del desarrollo de una tecnología local, si es consecuencia de la acción comercial de importación o si, por el contrario, es un redescubrimiento aparte de su existencia y uso.

La arqueología nos presenta un doble frente de contacto con el exterior: un amplio frente marítimo con Oriente desde los Pirineos hasta el Atlántico, en el que se produce el contacto entre pueblos que conocen el hierro y pueblos indígenas que no lo conocen o, en todo caso, que no lo produce, y otro terrestre representado por el Pirineo por medio del cual distintos pueblos pueden haber conocido el hierro sin contacto obligado con el marítimo Mediterráneo.

Con influencias de uno u otro frente, o de ambos a la vez, se pueden distinguir en España tres grandes zonas: frente catalán y bajo Ebro, valle medio del Ebro y zona Sur. Por estar refiriéndonos al área indoeuropea, vamos a fijarnos sobre todo en las dos primeras zonas. En lo que podríamos denominar frente catalán Mediterráneo se documentan contactos por parte de poblaciones indígenas y prácticas de incineración con los griegos focenses que recorren sus costas. En el caso del bajo Ebro se constata una cultura paleoibérica con importaciones que aparece en la primera mitad del siglo VI a. C. y en la que hallamos una amplia utilización del hierro. La documentación de la zona catalana proviene fundamentalmente de las necrópolis costeras donde se atestigua el uso masivo del hierro, sobre todo para armas. Se plantea la duda de si se trata de producción propia o importación, inclinándose Maluquer por atribuirlo al comercio, como parece que demuestran la extraordinaria uniformidad de útiles y armas y gran extensión de los mismos tipos y su perduración.

Para el valle medio del Ebro sabemos que estos productos de hierro se extienden desde el bajo Ebro hasta el norte, remontando la cuenca del río, aunque desconocemos cuáles son los mecanismos de esa expansión, si consecuencia de la acción aislada de comerciantes griegos o de la extensión de grupos humanos indígenas relacionados con la cultura de los campos de urnas. Parece ser que el contacto con la riqueza férrica del Moncayo y facilidad para su extracción da lugar al nacimiento de la primera industria metalúrgica indígena, por imitación de los productos que se importan, en la ribera de Navarra en el ambiente celtibérico, que habrán de influir decisivamente en la introducción del hierro en la Meseta norte. Como ejemplo, las excavaciones de Cortes de Navarra indican que en la segunda mitad del siglo VI a. C. había una metalurgia del hierro, que coexistía con la metalurgia del bronce (junto a un horno utilizado para fundir bronce se documentó el mineral en un bloque de varios kilos de peso). En la Meseta no sólo el uso, sino también la producción del hierro, alcanzó rápidamente un gran desarrollo. Parece que la metalurgia férrica llega a la Meseta norte a partir del valle del Ebro (en el siglo VI a. C. hay grupos de pueblos, los «paleoceltíberos», que están produciendo hierro en la Meseta).

La incineración

Por último, el tercer elemento que tradicionalmente se ha puesto en relación con la llegada de poblaciones indoeuropeas es el rito de incineración (véase anteriormente lo dicho para la cultura de los campos de urnas). En este caso el fenómeno transpirenaico aparece sobrevalorado, porque el rito de la incineración pudo llegar a la Península Ibérica a través de las relaciones mediterráneas, pues

existe en Tartesos. Tartesos y los campos de urnas son dos momentos culturales que se desarrollan paralelamente.

La influencia de los campos de urnas llegó desde Cataluña por el Valle del Ebro hasta las tierras de Navarra y Álava y a la Meseta por el Sistema Ibérico desde el Bajo Aragón, siguiendo las rutas del Jalón y de Pancorbo. Pero estas influencias procedentes del norte de los Pirineos traían a las demás zonas elementos específicos por su propia evolución en los territorios del este del Sistema Ibérico.

Pero las infiltraciones y movimientos de poblaciones indoeuropeas a que nos hemos referido no fueron sincrónicas, sino que se realizaron en épocas distintas, estando atestiguados los últimos movimientos en el siglo III a. C., sobre todo por la propia dinámica interna expansiva de las comunidades preexistentes. Es precisamente en esta etapa de expansión de los pueblos más poderosos cuando debieron de producirse los arrinconamientos de poblaciones en las zonas montañosas y menos productivas (arévacos que marginan a los pelendones, vacceos que postergan a los vettones, etc.), como parece que hay que deducir de los datos de los autores grecolatinos de época clásica que se han analizado M. C. González y J. Santos.

Por tratarse de una zona de tránsito de influencias múltiples debido a su situación geopolítica, vamos a detenernos sucintamente en lo que sucede en el territorio de los vascones históricos en la época anterior a la llegada de los romanos. Para A. Castilla la escasa población indígena del Alto-Medio Valle del Ebro en la Edad del Bronce se vio incrementada en la Edad del Hierro con la presencia de nuevas gentes. Nos encontramos, de esta forma, con un aporte indoeuropeo sobre la base indígena del Bronce con dos vías de acceso, la una por los Pirineos occidentales y la otra remontando el valle del Ebro desde el Bajo Aragón y Cataluña. Pero, ¿cuál es el resultado de este proceso desde el punto de vista del poblamiento? Seguimos el trabajo de Sayas (Veleia, 1, 1984) en el que se constata que la zona al norte de Leire, Lumbier, Pamplona, etc. con testimonios muy abundantes en la Edad del Bronce, apenas registra asentamientos del Hierro. Los recién llegados por los Pirineos occidentales no produjeron asentamientos en los valles altos profusamente habitados en la Edad del Bronce, aunque en algunos lugares de la montaña aparecen manifestaciones culturales que, a simple vista, sugieren un establecimiento de la Edad del Hierro al lado o sobre otro del Bronce, este último con una orientación preferentemente ganadera. Pero ¿son asentamientos de gentes indoeuropeas o una continuidad poblacional del Bronce con un pequeño aporte hallstático? Los materiales arqueológicos apuntan más bien a una integración poblacional. En la zona del valle, al sur de Pamplona, se

producen mayores asentamientos de la I Edad del Hierro (primeros aportes transpirenaicos) y, a medida que avanza el I milenio a. C. una cultura de tradición celta, emparentada con los túmulos y campos de urnas y con cerámica manufacturada, será sustituida en lo que llamamos convencionalmente II Edad del Hierro por una cerámica torneada correspondiente a la cultura ibérica, dando lugar a las vasijas celtibéricas. Sobre este doble sustrato se realizará el poblamiento romano.

Otro factor externo que interviene decisivamente en la formación histórica de algunos de los pueblos del área indoeuropea es el denominado Bronce Atlántico. En las zonas occidentales de la península, tanto en el noroeste como en toda su extensión hasta el estrecho, encontramos culturas que participan del desarrollo llamado por los arqueólogos Bronce Atlántico. Supone comunicaciones marítimas importantes con Bretaña, Inglaterra, Cornualles e Irlanda. Estas conexiones se realizaron porque el estaño de las costas e islas occidentales de Europa (Galicia y Tras-os-Montes en la zona norte de Portugal, Bretaña, Devon y Cornualles) se hizo indispensable para los pueblos civilizados del Mediterráneo.

Las relaciones costeras se realizaban mediante navegaciones atlánticas en pequeños barcos de madera o cuero a lo largo de las playas con dunas o de costas rocosas.

Organización socio-política

La casi totalidad de los datos utilizados para el análisis de la organización socio-política indígena prerromana no son de esta época, sino que han sido extraídos de las fuentes romanas, sobre todo de las epigráficas. Hoy todos los estudiosos están de acuerdo en que lo que ha llegado hasta nosotros reflejado en estas fuentes no es la realidad indígena prerromana, sino la realidad indígena-romana (galaico-romana, astur-romana, vasco-romana, etc.); de ahí la dificultad de analizar por separado estos dos mundos, pues, como dice G. Pereira, conocemos el primero, el indígena, gracias a las formas de expresión del segundo. Por otra parte, a pesar de que aparecen en testimonios de época romana, hoy nadie duda que las gentes, gentilitates y demás formas organizativas indígenas del área indoeuropea peninsular sean de época anterior a la conquista; el problema es interpretar el significado de la referencia a estos elementos en época romana.

Gallaecia

Dentro del conjunto de pueblos que habitaban la amplia zona peninsular de

dominio de las lenguas indoeuropeas hay un grupo de ellos, los denominados «galaicos» por los romanos, que presentan una organización socio-política diferente a la de los restantes pueblos del área indoeuropea, tanto en época prerromana como los primeros tiempos de la época romana, como intuyó M. L. Albertos y han demostrado J. Santos y, sobre todo, G. Pereira.

Apenas tenemos información en las fuentes literarias sobre la sociedad que habitaba en el territorio que los romanos denominaron Gallaecia, únicamente algunas menciones en el Periplo de Avieno y en otros autores grecolatinos, pero todas ellas de carácter muy fragmentario e inseguro. La arqueología ofrece una información interesante permitiéndonos un panorama bastante unitario que hace pensar en una cierta uniformidad de todos los pueblos, al mismo tiempo que los identifica y los separa de los demás. A ese panorama arqueológico se le conoce como «cultura castreña»; se trata de un hábitat concentrado en núcleos más o menos grandes, que son los castros, habitados por grupos de población que no eran completamente independientes entre sí, sino que habría una especie de comunidades más amplias, que incluían dentro de ellas a los habitantes de un grupo de castros. Estas comunidades aparecen en las fuentes literarias y en la epigrafía con los nombres de *populi* y *civitates*: albiones, cabarcos, cilenos, interamicos, Límicos, seurros, célticos supertamaricos, etc. por ello estas que podríamos llamar su comunidades aparecen en las fuentes con el nombre de *castellum*: expresamente sabemos que la su comunidad que vive en el Castro de Talabriga pertenece al *populus* o a la *civitas* de los Límicos.

En toda la documentación epigráfica de Gallaecia no encontramos ni una sola mención a los términos del resto del área indoeuropea, sino un número importante de inscripciones en las que aparecen nombres personales acompañados del signo epigráfico, seguido de un término que M. L. Albertos considera un topónimo en ablativo. Este signo aparece normalmente como expresión del lugar de origen de la persona, tanto referido a individuos con onomástica indígena como latina.

Pero las referencias de este signo no son en todos los casos a personas, es decir, a su origen personal, sino que en ocasiones hacen dedicaciones a divinidades, lo que marca una clara diferencia con las unidades organizativas del resto del área indoeuropea, que, en ningún caso, aparecen como dedicantes en inscripciones votivas.

Cuál sea el contenido del signo epigráfico mencionado, si una comunidad de tipo parental o una comunidad con carácter territorial, que habita un poblado, es el

contenido fundamental del debate historiográfico en los últimos años.

Como ya hemos expuesto anteriormente, se pensaba que el signo epigráfico, que se hacía equivalente a centuria (Schulten, Tovar, M. L. Albertos en su primera época, le Roux, y Tranoy entre otros), reflejaba las mismas formas organizativas que para el resto del área indoeuropea las organizaciones suprafamiliares de que habla M. L. Albertos. Y es precisamente en la interpretación del significado de este signo donde se encuentra la diferencia entre organización sociopolítica del área de Gallaecia y del resto del área indoeuropea, aunque con ello no queramos decir que en el resto del área las formas organizativas y su grado de evolución sean uniformes.

Schulten identifica este signo con centuria como forma organizativa característica de los pueblos indoeuropeos occidentales, la organización gentilicia decimal de que habla Rodríguez Adrados. Esta fue la interpretación admitida por todos hasta que en el año 1975 M. L. Albertos, a partir de una revisión exhaustiva de las inscripciones del área indoeuropea llega a la conclusión de que el término que acompaña al signo es un topónimo en ablativo y propone la identificación con castellum con referencia a los núcleos habitados indígenas (castros). Hipótesis que ha sido reforzada con argumentos no sólo epigráficos, sino en su mayoría históricos, por J. Santos y, sobre todo, G. Pereira. En la actualidad se siguen manteniendo dos posturas:

1. Una defendida por Pereira y Santos, que parte, como he dicho, de la intuición de M. L. Albertos, según la cual este signo y el término que lo acompaña, que es un topónimo que hace referencia al nombre de una localidad o poblado, seguramente un Castro, no se refieren a una unidad de tipo parental, sino a la comunidad que habita en cada uno de esos castros.

2. Otra que mantienen (o mejor, mantenían, pues han dado como válida la primera interpretación), entre otros, le Roux y Tranoy, en un primer momento como centuria, aunque posteriormente hayan cambiado su opinión, a pesar de seguir con su no aceptación de la identificación de este signo con castellum, pues piensan que no hay argumentos sólidos que lo permitan.

Pero hay un argumento histórico de primera magnitud, ya resaltado por Pereira y Santos en 1979 y completado después por varios trabajos del propio Pereira y finalmente por la tesis doctoral de M. C. González. La mención del signo epigráfico de referencia se mantiene en la epigrafía romana de Gallaecia únicamente hasta finales del siglo I d. C. o principios del siglo II, mientras que los

términos que en el resto del área indoeuropea expresan unidades de tipo parental se mantienen hasta el siglo III d. C. y, en un caso excepcional, en el siglo IV, ello debe hacernos pensar en que el contenido de unas y otras formas organizativas era distinto, si tenemos en cuenta que la potencia colonizadora era la misma, Roma, y que los instrumentos romanizadores de ésta (implantación de la civitas, concesión del derecho de ciudadanía, explotación económica, reclutamiento de tropas, etc.) son iguales en ambas áreas. Por los datos de la epigrafía y los estudios de Pereira sabemos que a partir de fines del siglo I d. C. la expresión de la pertenencia del individuo a la comunidad no es únicamente en la civitas romana, expresada de dos formas: por medio de términos acabados en *-ensis*, formados en algunos casos sobre nombres de castella (Talabricensis Valabricensis, Abrobigensis, etc.) y con los términos que aparecían ya anteriormente las inscripciones precediendo al signo (Limicus, Interamicus, etc.), encontrándose a veces ambas fórmulas en una misma inscripción, como es el caso del denominado «Padrão dos Povos» (CIL II 2477) del Puente de Chaves, del año 79 d. C., inscripción dedicada a Vespasiano y su hijo Tito por diez comunidades que se denominan civitates. El cambio de forma de expresar la comunidad de la que es originario el individuo (el origo) es de tal importancia que podemos decir que, si ha cambiado la forma de expresar el origo, ha cambiado también la forma de organizarse las comunidades.

Los datos que en este punto proporciona la arqueología son también de gran importancia las excavaciones llevadas a cabo por C. A. Ferreira de Almeida en el Castro de Monte Mozinho (norte de Portugal) han puesto en evidencia que en época Flavia hay una reorganización dentro del poblado, con construcción de casas de planta cuadrada, fruto del influjo, así como la posible construcción de un templo al dios supremo Júpiter Óptimo Máximo. La combinación de unas y otras fuentes nos llevan a pensar que la segunda mitad del siglo I d. C. las comunidades indígenas de Gallaecia empiezan a transformarse en un nuevo modo de organización sociopolítica, abandonando sistema indígena y adoptando las estructuras político-administrativas romanas.

Resumiendo, a partir de los trabajos de G. Pereira, se puede afirmar que podemos distinguir dos momentos en la forma de organizarse la sociedad galaico-romana:

1. Dentro de un *populus* o *civitas* (posiblemente ya en época prerromana) existen una serie de asentamientos, sin duda no muy grandes, que deben de responder a los abundantes castros conocidos por la arqueología. En cada uno de estos asentamientos y de una comunidad, autónoma frente a otras comunidades hermanas (por eso dentro del territorio del *populus* se expresará pertenencia del

individuo a uno de esos núcleos), pero que junto con ellas compone el *populus* (por ejemplo el pueblo de los Límicos). Desde el exterior y en las relaciones del derecho público todo son Límicos, grovios, etc. para el exterior, estas pequeñas comunidades no tienen entidad suficiente para definir la ciudadanía de las personas, aunque dentro del *populus* sean la unidad básica.

2. Se produce un cambio sustancial en la organización de las comunidades indígenas, cuando desaparece de la epigrafía la mención a los castros y, en su lugar, aparecen dos tipos de *civitates*, que son las que dan el origen de las personas, con términos de formación distinta, pero de todas denominadas *civitates*.

Esto quiere decir que en la reestructuración producida (en época Flavia según todos los indicios) las nuevas comunidades se han organizado tanto a partir de alguno de los núcleos de población existentes en el interior de un *populus* o *civitas*, como a partir de la propia *civitas* indígena.

Las unidades organizativas indígenas del resto del área indoeuropea

En primer lugar debemos aclarar a que nos estamos refiriendo cuando hablamos de unidades organizativas indígenas. Se han utilizado varias expresiones para designar a aquellas realidades que encierran los términos *gens*, *gentilitas* y *genitivos* de plural que aparecen en las inscripciones formando parte del nombre de los individuos. Desde el término homónimo de «gentilidades», inicialmente utilizado por Tovar y seguido posteriormente por muchos autores, hasta quizá el más cercano a la realidad de «organizaciones suprafamiliares», propuesto por M. L. Albertos, aunque esta autora incluye también en la denominación términos como *populus* y otros, o el que, aun pareciendo más antiguo por su primera parte («unidades organizativas»), mejor define lo que realmente son por el segundo («indígenas»), utilizado por M. C. González y otros autores. Así pues, cuando hablamos de unidades organizativas indígenas, nos estamos refiriendo a esas realidades, que, por cierto, no sabemos todavía que son, ni su forma de organizarse, que aparecen en la epigrafía bajo los términos *gens*, *gentilitas* y *genitivos* del plural en —*onl-om*, *un/-um* y —*orum*, y que han sido objeto de una recogida y análisis exhaustivo por M. C. González, siguiendo y ampliando los trabajos de M. L. Albertos, pioneros en este como en otros temas referidos al análisis de la realidad indígena en la Hispania romana, y de J. Santos.

Lamentablemente para nosotros, los datos transmitidos por las fuentes son insuficientes para poder hacer una reconstrucción completa de cómo era la

sociedad indígena en el momento de la conquista de la Península Ibérica por Roma. A pesar de ello, los investigadores han intentado definir el grado de desarrollo histórico alcanzado por estos pueblos y, para ello, se han fijado fundamentalmente en la información que transmiten las fuentes epigráficas, en las que aparecen los términos anteriormente referidos. Junto a estas informaciones tenemos las descripciones que Estrabón hace de estos pueblos.

El problema se centra en saber qué es lo que representan esos términos y cuál es el papel que las unidades que representan desempeñan dentro de la organización social indígena. A pesar de la falta de información, se ha calificado a la sociedad indígena de la zona como una sociedad de carácter gentilicio o tribal, aludiendo con estos términos a una sociedad preestatal, aplicando un modelo teórico elaborado por Morgan a finales del siglo XIX a partir de su análisis de la sociedad de los indios iroqueses de Norteamérica, aplicación de este modo que no es exclusiva de la Antigüedad de la Península Ibérica, sino que tiene su origen en su aplicación a otras sociedades del mundo antiguo, concretamente a Grecia y Roma.

En el siglo XIX se crea un modelo que intentaba explicar el proceso mediante el cual en Grecia y Roma se había llegado a la formación de la ciudad-estado, a partir del conocimiento del resultado final, pero no de su desarrollo, ni de su punto de partida. Para llenar este vacío se recurrió a un esquema teórico elaborado en buena parte sobre sociedades primitivas modernas. Se suponía, con una perspectiva evolucionista, que estas colectividades se hallaban en un estadio de desarrollo similar al del pueblo heleno y latino de comienzos del primer milenio y, por ello, su estructura social debía de ser semejante. Según esto, se asumió que la ciudad-estado clásica se había constituido a partir de una sociedad fundamentada en grupos de parentesco con escaso o nulo enraizamiento territorial. Estos grupos de parentesco estarían vertebrando las principales actividades comunitarias en el plano social y económico como en el religioso, etc. la confirmación de esta similitud se establecía a partir de la existencia en las sociedades clásicas de una serie de términos como *genos*, *phratria*, *phylé* en Grecia, y *gens*, *Curia* y *tribu* en Roma, que se identificaban con los grupos de parentesco que se conocían entre los pueblos primitivos modernos, en particular, entre los indios norteamericanos. Los términos *gens*, *phratria* y *tribu* se convierten en categorías que designaban a ciertas agrupaciones parentales fuera cual fuera la sociedad en la que se hallaban, e incluso el adjetivo «gentilicio», derivado de *gens*, fue utilizado para designar el tipo de organización social que constituía la pieza básica.

Las noticias que se conservan en la sociedad clásica sobre estos términos son

escasas y confusas; sin embargo, a partir de ellas, se intenta reconstruir de una manera razonable y verosímil el proceso que condujo a la cristalización de la ciudad-Estado desde el estadio gentilicio definido a partir de determinados modelos antropológicos. Los fundamentos de la teoría gentilicia surgieron con los primeros balbuceos de la ciencia antropológica de los años sesenta y setenta del siglo XIX. Varios investigadores (Maine y Morgan, entre otros), partiendo del estudio de sociedades distintas (la clásica o, más concretamente, el derecho antiguo el primero y las sociedades primitivas modernas, concretamente los iroqueses, el segundo) coincidieron en dos puntos de interés que llevaron a la elaboración de la teoría gentilicia: por un lado, la preocupación que se mostraba por la familia, su génesis y desarrollo, y, por otro, la valoración del relevante papel de las relaciones de parentesco en las sociedades primitivas. A partir de aquí se intenta elaborar un esquema sobre la evolución social de la humanidad.

El verdadero padre de la teoría gentilicia fue L. H. Morgan, para quien la organización gentilicia había nacido del «salvajismo» y habría acompañado a la humanidad como forma fundamental de la organización social e incluso habría sobrevivido, aunque desvirtuada durante las primeras fases de la «civilización». Para Morgan no importaba la sociedad de la que se tratara, pues esta organización era idéntica en estructura organizativa y principios de acción, de forma que el *genos* griego, la *gens* latina, etc., eran lo mismo que la «gens» del indio americano.

Su valoración del papel de parentesco en las sociedades elementales, así como de la importancia de la actividad económica en el desarrollo social y, en particular, de la propiedad privada y su transformación hereditaria como elemento clave en el proceso de formación del Estado, hicieron que rápidamente su teoría fuera aceptada por los padres del marxismo, Marx y Engels, y que sus postulados quedaran sólidamente arraigados.

El término «tribu» es utilizado a partir de Morgan por toda la antropología en general para designar dos realidades: un tipo de sociedad, un modo de organización social específico que se compara con otros estados (estados, bandas, etc.) y un estadio de la evolución de la sociedad humana. En ambos casos el término es muy impreciso y, por ello, hace tiempo que está en crisis debido a las críticas sobre su imprecisión. En la actualidad, en la definición de Morgan únicamente se ha mantenido su primer aspecto, es decir, el descriptivo de un tipo de sociedad, aunque no tal y como Morgan lo había hecho. El segundo aspecto, la referencia a un estado de evolución, se ha perdido a raíz del hundimiento de las teorías evolucionistas.

Antes de pasar adelante vamos a fijarnos en los elementos esenciales que definían el modelo de sociedad descrito por Morgan. Según este autor, la «Sociedad gentilicia» se caracteriza en todas partes por:

1. Estar basada en las relaciones de parentesco o, lo que es lo mismo, que la consanguinidad es lo que cohesiona la sociedad. Existen otros grupos básicos, que suponen tres grados distintos de parentesco, gens, phratría y tribu. El grupo fundamental es la gens: varias gentes constituyen una phratría y varias phatrías constituyen una tribu. La gens constituye un grupo que tiene un antepasado común y la pertenencia a este grupo se fija por la sangre, por vía materna.

2. En su seno existe la igualdad más estricta entre sus miembros.

3. Existe la propiedad de la tierra.

4. Todos los miembros eligen o deponen en asamblea a sus jefes.

5. Tienen una relación de las prácticas religiosas comunes, así como un cementerio común.

Los avances de la antropología han mostrado cómo muchas de estas características eran dudosas: en muchos casos no coinciden unidad lingüística, cultural y tribal; la descendencia común a partir de fundadores ancestrales era una ficción; y se ha descubierto que aquellas sociedades que se clasificaban como «democracias militares» eran auténticas «sociedades estatales» donde la organización en tribus no había desaparecido.

El concepto de «sociedad tribal» designa en la actualidad un pequeño grupo de rasgos visibles del funcionamiento de numerosas sociedades llamadas «primitivas»: el carácter segmentario de las unidades socio-económicas elementales que lo constituyen, el carácter real o aparente de los grupos de parentesco de estas unidades socio-económicas y el carácter multifuncional de esas relaciones de parentesco. Del concepto de tipo elaborado por Morgan ha desaparecido aquello que estaba directamente relacionado con las concepciones especulativas, por ejemplo, la idea de un orden necesario de sucesión de sistemas matrilineales de parentesco o patrilineales.

Numerosos trabajos desde el campo de la lingüística y de la historia antigua se han ocupado del estudio de la organización social de los pueblos del área indoeuropea de la Península Ibérica. Los avances de una y otra disciplina, así como nuevos hallazgos epigráficos, han contribuido a ampliar los conocimientos sobre

las características de la organización social de los pueblos prerromanos y su continuidad o transformación en época romana.

Tradicionalmente se ha definido a la España prerromana indoeuropea por el carácter «tribal» o «gentilicio» que se atribuye a su organización social, carácter que estaría ausente en la zona ibérica. Bajo este apelativo se trataba de remarcar la inexistencia o precariedad de formas estatales y el predominio de las relaciones de parentesco como elemento de articulación social. Pero el área indoeuropea no es homogénea y, aunque hay zonas en las que percibir la existencia de una organización «estatal» es muy difícil, en otras no lo es tanto, y las relaciones de parentesco debieron de jugar un papel importante, de forma que en la epigrafía se mencionan unidades organizativas cuya denominación alude al vocabulario del parentesco.

Sin embargo, cuando se habla de organización gentilicia, lo que se quiere expresar claramente es algo más que esto, es decir, aludir a una sociedad organizada según el modelo teórico elaborado por Morgan, un tipo de comunidad basada en el parentesco, sobre el que girarían todos los actos de la comunidad.

Schulten ya utilizó esta definición para el área indoeuropea (para él, céltica) de España, existía, en su opinión, la organización en tribu, clan y familia. El clan equivaldría a las gentes o gentilitates y a las centurias (signo de la epigrafía). Varias familias constituirían un clan y varios clanes una tribu. Caro Baroja, al tratar de la organización social de los pueblos del Norte, realizó una gran aportación con su revisión de la utilización del término «tribu» por los historiadores modernos, aunque esta llamada de atención no haya sido tomada en cuenta por la mayor parte de los historiadores. En general se han utilizado y se siguen utilizando términos y conceptos no definidos claramente y que han llevado a errores y vagas generalizaciones. No debemos olvidar que los autores antiguos utilizaron términos con una acepción institucional concreta en su ámbito político y socio-cultural; la cuestión es saber si estas denominaciones tienen un contenido idéntico o no cuando se aplican a pueblos considerados bárbaros. Es el tan traído y llevado tema de la interpretación romana de la realidad indígena a partir de los esquemas de los conquistadores.

Desde el campo de la lingüística, los trabajos de Tovar suponen un gran avance, pues, aparte de hacer una recogida exhaustiva para su época de todos los documentos en que aparecen términos que se refieren a estas formas organizativas, señala que el territorio de las «gentilidades» (término que utiliza para englobar a gentes, gentilitates y genitivos del plural) es distinto y excluyente con respecto al

ocupado por las «centurias» (sic). M. L. Albertos siguió con esta labor de recogida de todos los documentos, pero sin llegar a intentar una interpretación de su significado.

Desde el punto de vista de la historia antigua hay que resaltar el artículo de M. Vigil antes citado, que dio una serie de pautas para analizar la pervivencia de las estructuras sociales indígenas. Dentro de esta línea debe encuadrarse el primer intento de descubrir la realidad social indígena y su evolución con la llegada de los romanos realizado por J. Santos a partir de la interpretación del Pacto de los Zoelas, y el análisis tanto de las inscripciones con términos que pueden tener una referencia parental como los de castella de Gallaecia.

Otros autores han equiparado gentilitas y genitivos del plural con clan, como es el caso de Salinas de Frías de sus estudios sobre los pueblos prerromanos de la Meseta.

En un trabajo de Urruela sobre los pueblos del norte peninsular se afirmaba que estos pueblos se encontraban en una situación de paso entre las tribus igualitarias y las sociedades jerarquizadas, con el siguiente esquema organizativo. Pueblo-tribu clan-linaje y grupo familiar, en el que las gentilitates (sic) documentadas en la epigrafía correspondían a grupos de linaje. El principal problema de este trabajo es el de no haberse ocupado del análisis de las fuentes, por lo que su esquema teórico elaborado desde presupuestos antropológicos y etnológicos no resiste la prueba de contrastarlo con las fuentes.

Pero, sin duda, el mayor avance realizado lo tenemos en la obra citada de M. C. González, completado en algunos aspectos por otras obras citadas en la bibliografía, donde, analizando los términos que reflejan formas organizativas indígenas suprafamiliares del área indoeuropea, se establecen tres grupos precisamente a partir de estas formulaciones:

1. Unidades organizativas indígenas representadas por el término gens, atestiguado casi únicamente entre cántabros y astures.

2. Unidades organizativas representadas por el término gentilitas, que es el grupo menos numeroso, reduciéndose prácticamente a las menciones del Pacto de los Zoelas y a una dedicatoria religiosa hallada en Oliva, Cáceres.

3. Unidades organizativas representadas por el genitivo de plural, que forman parte del sistema onomástico de los individuos y que son, con mucho, las

más numerosas.

A partir de su exhaustivo análisis M. G. González llega a establecer una serie de conclusiones entre las que cabe resaltar la referida a la naturaleza de la realidad que encubren estos términos de la epigrafía y de la que damos cuenta a continuación. Los términos gens, gentilitas y genitivos de plural hacen referencia a unidades organizativas indígenas de mayor o menor amplitud caracterizadas por ser unidades parentales que actúan como unidades sociales dentro de unos límites territoriales definidos. Aunque los tres aluden a unidades organizativas cuyo principio básico común es el de estar integradas por individuos unidos entre sí por vínculos de parentesco, tienen cada uno de ellos un valor concreto, definido y distinto en cada caso y no pueden ser equivalentes.

Los genitivos de plural se mencionan preferentemente en el origo personal y, cuando no es así, figuran como propietarios de algunos instrumenta, como sucede con los individuos particulares, y como partes que participan en la realización de pactos de hospitalidad y en una ocasión aludiendo a una divinidad.

Las gentilitates nunca aparecen en el origo personal, sólo lo hacen como parte que interviene en pactos de hospitalidad y una ocasión aludiendo a una divinidad concreta. Las gentes que aparecen en el origo personal con frecuencia después de la alusión a la civitas o la entidad territorial, pero nunca lo hacen como partes que actúan en pacto de hospitalidad, como propietarios de objetos o instrumenta ni asociados al nombre de una divinidad. Son además estas las únicas que toman como base de una civitas (es el caso de los zoelas).

En el Pacto de los Zoelas se distinguen dos partes claramente diferenciadas, pues ambas están fechadas por el año de los cónsules, la primera del año 27 d. C. y la segunda del 152 d. C. en la primera el contexto y la mayoría de los elementos son indígenas (nombre de los firmantes del pacto, magistrado de los zoelas, lugar en que se realiza el pacto —Curunda, posible centro de la gens Zoelarum-), mientras que en la segunda se ve claramente la acción de Roma (los firmantes del pacto tienen nombres latinos, los magistrados son probablemente legati romanos y el pacto se sella en Asturica Augusta, Astorga, capital del territorio de los astures tal como lo han organizado los romanos y económica y administrativamente de todo el Noroeste).

Probablemente la realidad socio-política que encuentran los romanos y referida a los zoelas sea la siguiente: varias gentilitates (grupos menores) formaban la gens de los zoelas (primera parte del pacto); posteriormente, uno o varios de sus

grupos menores se desgajan del tronco común por causas diversas o por la propia evolución interna de la unidad suprafamiliar superior y forman grupo aparte. Al desgajarse del tronco común, la unidad menor, por la tendencia a reproducir el modelo, pasa a primer plano político-administrativo, el mismo que la unidad de la que se ha desgajado, ocupando un territorio propio, no sabemos si distinto del de la unidad originaria (lo más probable) o dentro del de la gens originaria. Nos encontramos así con que una o varias unidades suprafamiliares menores, desgajadas del tronco común de la unidad superior, aparecen como nuevas unidades superiores (gentes). Es el caso de los Visaligos y Cabruagenigos. Pero, por encima de las unidades suprafamiliares desgajadas del tronco común, los romanos descubren que todas ellas son originariamente zoelas y denominan al conjunto de todas estas unidades civitas Zoelarum. De este modo, junto a la unidad primitiva superior (zoelas), compuesta por varias unidades menores (Desoncos, Tridiavos), quedan incluidas en la civitas Zoelarum las unidades desgajadas del tronco común, unidades equiparables en ese momento a la gens Zoelarum, debido a su mayor amplitud territorial o demográfica, o por el hecho decisivo de tratarse de la unidad superior originaria. La civitas Zoelarum incluye las distintas unidades suprafamiliares que aparecen en el pacto y el territorio que ocupan.

Ni en las fuentes literarias, ni en las fuentes epigráficas aparece muy claro que cada una de las unidades organizativas indígenas a que hemos hecho referencia con anterioridad tuvieron territorio propio. No obstante, hay un texto de Estrabón (3, 3,7. A los criminales se los despeña y a los parricidas se los lapida fuera de [lejos de, más allá de] las montañas y los cursos de agua), donde se ha querido ver la referencia al territorio por medio de la expresión «fuera de», que tiene un marcado acento del lugar, «fuera del» grupo humano y el espacio que ocupa. Este espacio habitado tiene unos límites que son los cursos de agua y las montañas (que, por otro lado, son elementos sacralizados con mucha frecuencia) y fuera de estos límites son ejecutados los condenados a muerte por delitos que van en contra del orden establecido, al quebrar la cohesión del grupo humano.

Un poco más adelante el mismo Estrabón completa la información del texto antes citado: A los enfermos, como en la antigüedad entre los egipcios, se los sacaba a los caminos para obtener la curación de los que han padecido la misma enfermedad. A pesar de la literalidad del texto, es posible que la verdadera causa de colocar a los enfermos en los caminos tenga que ver con la pretensión de que no contaminaran el territorio de la comunidad a que pertenecían.

Más difícil es descubrir a qué unidad organizativa se refiere el texto. Es

probable, como afirma Lomas, que el territorio fuera el de la unidad básica de la primera parte del Pacto de los Zoelas, es decir, la gentilitas, que sería la poseedora del ámbito en el que vivían las distintas familias que la componen.

En época romana el panorama cambia sustancialmente, pues el territorio es el de la civitas en la que están encuadradas las unidades organizativas indígenas. Por ello, desde el punto de vista del derecho público y de las relaciones intercomunitarias y a nivel general, lo realmente operativo es la civitas, como aparece en esta y en otras inscripciones del área indoeuropea y ha visto J. Santos, a quien sigue en este punto M. C. González. Cuando un individuo muere en un territorio distinto al de la civitas en que se encuadra la unidad familiar a la que pertenece, se expresa en la inscripción funeraria, siempre por medio de un genitivo de plural (nunca gentilitas o gens), la unidad organizativa indígena de la que forma parte y a través de la cual se integra en la civitas y la propia civitas. De la misma forma, en la segunda parte del Pacto de los Zoelas, renovado en Asturica Augusta, fuera del ámbito territorial y jurisdiccional de las civitates que en él aparecen (zoelas y Orniacos), se expresa, junto al nombre de los individuos admitidos en el pacto, la unidad suprafamiliar a la que pertenecen (Visaligos, Cabruagenigos y Avoligigos), lo que indica que todavía está viva y es operativa la organización social indígena, y las civitates en que estas unidades suprafamiliares están incluidas (zoelas y Orniacos). Por el contrario, si el individuo muere dentro del territorio de la civitas en la que está integrado por medio de la pertenencia a una unidad suprafamiliar, se expresa únicamente ésta. De todas las gentes de las inscripciones, sólo la de los zoelas aparece en las fuentes epigráficas y literarias; las demás únicamente en la epigrafía.

A partir de una serie de trabajos de la propia M. E. González y de F. Beltrán, hoy parece que existe un acuerdo en que no se pueden reducir los distintos grupos a un esquema simplista donde las gentes indicarían las divisiones mayores de los pueblos y las gentilitates y los genitivos de plural las menores.

En el trabajo de M. C. González, después de analizar una serie de aspectos esenciales, como son la relación entre antropónimos indígenas y nombres de unidades organizativas indígenas, entre teónimos y nombres de unidades organizativas indígenas, el agrupamiento de estas entidades organizativas conocidas de acuerdo con la fórmula epigráfica utilizada en las inscripciones (variantes de Nombre Personal+ genitivo de plural+ filiación, normalmente con el nombre del padre en genitivo y la palabra filius, ya en su totalidad, ya en sigla f. o abreviatura fil, con o sin indicación de civitas) la función de la civitas y de las unidades indígenas, cuando aparecen en la misma inscripción, las unidades

organizativas y las relaciones de parentesco de los individuos que aparecen en las inscripciones relacionados con estas magnitudes, se llega a una serie de conclusiones que es importante resaltar:

1. Las unidades expresadas por genitivos de plural debían de estar constituidas por un número no muy elevado de individuos, sin llegar en ningún caso al cuarto grado de parentesco en ninguna de las líneas y alcanzando el tercer grado únicamente en la línea colateral. Esto está relacionado con el hecho de que estos genitivos de plural tienen una extraña relación con nombres personales documentados en la misma época y en la misma zona geográfica, incluso en ocasiones se encuentran en la misma inscripción un genitivo de plural y un nombre de persona de la misma raíz, lo cual permite suponer que estos genitivos se formaban a partir del nombre de un antepasado no muy alejado en el tiempo ni en los grados de parentesco. El parentesco que expresan estos genitivos debe de ser, por tanto, un vínculo real y no mítico.

Estas unidades organizativas de tipo parental Serían al mismo tiempo unidades sociales dentro de un ámbito territorial y geográfico reducido y, dentro de este ámbito, tienen capacidad para realizar pactos de hospitalidad y ser propietarias de objetos domésticos (grafitos sobre cerámica por ejemplo), al igual que un individuo particular. Y, tienen capacidad de actuación en asuntos relacionados con las normas y costumbres institucionales indígenas, pero, sin embargo, nunca aparecen en ningún tipo de inscripción, ni funeraria, ni honorífica, ni votiva, lo que les diferencia de otros grupos parentales y de otras comunidades de carácter territorial: vicus, castellum, pagus.

2. El término gentilitas no se menciona nunca en el origen personal de los individuos, al contrario de lo que es característico en los genitivos de plural. Este hecho puede tener dos explicaciones:

a. Que se trate de la «interpretatio» romana de los genitivos de plural. Sería, pues, la misma realidad.

b. Que se trate de un momento distinto dentro del proceso de desarrollo de las unidades organizativas indígenas. Estaríamos en este segundo caso ante una entidad que por tener algún elemento diferenciador con respecto a las unidades formuladas mediante los genitivos de plural es llamado por los romanos gentilitas.

A partir de la escasa documentación epigráfica se descubren dos diferencias entre la unidad expresada mediante los genitivos de plural y la que expresa el

término gentilitas:

- el término gentilitas no se documenta nunca en el origo personal.
- En un caso se asocia al nombre de una divinidad protectora.

El culto a una divinidad concreta es una de las características de la gens romana y es esta una de las pocas características comunes que documentamos (a pesar de que un solo ejemplo no permite generalizaciones) entre ésta y las unidades organizativas del área indoeuropea peninsular. Desde esta perspectiva se podría entender el porqué de la utilización en este caso del término latino gentilitas, ya que el elemento parental junto con el religioso acercarían, en cierto sentido y desde el punto de vista, esta unidad organizativa al concepto de gens presente en la mentalidad romana.

Las unidades organizativas indígenas expresadas con el término gens presentan algunas características que las diferencian de las unidades de orden inferior y que permiten a los romanos designarlas con este término. Sólo entre algunos pueblos muy concretos del área indoeuropea peninsular se encuentran unidades indígenas que hayan alcanzado el desarrollo suficiente y las características mínimas que hacen posible que los romanos las denominen como gentes. Todas se localizan en territorio cántabro y astur y todas ellas se documentan en inscripciones realizadas a partir del siglo I d. C. y durante los siglos II y parte del III. En estos dos siglos las gentes aparecen funcionando dentro del esquema político-administrativo romano, como se comprueba en la segunda parte del Pacto de los Zoelas y en todas aquellas otras inscripciones en las que se menciona también a la civitas.

Por esta misma época se siguen documentando entre los cántabros inscripciones con mención de genitivos de plural, lo cual demuestra el desarrollo desigual de grupos de población pertenecientes a un mismo pueblo y posiblemente haya que ponerlo en relación con el tipo de actividad económica dominante de cada grupo de población:

1. Vadinienses: economía de tipo ganadero-pastoril. No encontramos en ningún caso mención de gentes, ni de gentilitates y, sin embargo, son muy numerosos los genitivos de plural.

2. Entre sus vecinos los Orgenomescos si aparece el término gens. El desarrollo de las unidades indígenas más elementales en otras más amplias debió

de ir sin duda a un proceso de territorialización de las mismas y esto es más fácil de lograr en los grupos de población sedentarios dedicados a la actividad económica de tipo agrícola.

En resumen, por las diferencias deducimos que los genitivos de plural deben de aludir a grupos parentales cercanos a la idea de una familia extensa o amplia; sin poder precisar con total exactitud hasta qué grado de parentesco abarcaban, posiblemente no pasarían del tercer grado, tanto en línea ascendente como descendente y colateral.

Estos grupos parentales básicos, a los que se refieren de forma inmediata los individuos en algunas zonas, en casos muy concretos adquieren una amplitud mayor junto con alguna característica nueva que era prácticamente ajena a las unidades expresadas mediante genitivos de plural. Ello da lugar a que estas unidades aparezcan expresadas bajo el término de gentilitas. Y, yendo aún más allá en el grado de evolución y desarrollo de estas unidades parentales, algunas, incluso, preferentemente en zonas que podemos considerar como marginales dentro de la propia área indoeuropea, en las que está ausente el fenómeno urbano y son las más tardías en ser conquistadas por los romanos, pueden en algunos casos alcanzar un grado de desarrollo y evolución mayor, lo cual permite que sean denominadas con el término de gens, y que alguna sea utilizada por los romanos como base y centro político-administrativo de una civitas.

Será precisamente en estas áreas donde la civitas tenga una incidencia más clara de la organización indígena debido al desarrollo alcanzado por las unidades parentales.

Por otra parte, la presencia en la epigrafía de estos términos no nos sitúa irremediamente ante una organización social gentilicia idéntica a la romana y con sus mismas características. La raíz de los términos gens y gentilitas expresa una característica común en ambos, pero no debemos olvidar que uno y otro son términos latinos aplicados a una situación que no tiene porqué ser idéntica a la realidad y aceptación que tal término poseía para los romanos y que, a menudo, puede tratarse de una «interpretatio». Sucede lo mismo que con la utilización del término gens en las fuentes literarias. En el caso de Plinio, por ejemplo, sirve para referirse tanto a pueblos, como un pueblo concreto, como población o habitantes, país, región o nación.

Hay, todavía, dos aspectos que resaltan en la documentación epigráfica que es necesario señalar y que se convierten en interrogantes a resolver:

1. ¿Por qué dentro de un mismo grupo de población unos individuos hacen constar su pertenencia a una unidad organizativa indígena y otros no?

2. ¿Por qué hay ciudadanos romanos que están incluidos dentro de una unidad organizativa indígena?

1. En mi opinión, nadie ha dado hasta el momento una explicación convincente al hecho de que dentro de un mismo pueblo o grupo de población estas unidades organizativas se mencionen en el origen personal de unos individuos y no de otros. Una posibilidad es la ya apuntada por Tovar de que se tratara de grupos de población procedentes de las primeras infiltraciones indoeuropeas, afincados o arrinconados en zonas montañosas por pueblos procedentes de nuevas oleadas, aunque también podría tratarse de gentes procedentes de distintas infiltraciones.

Quizá este hecho deba ponerse también en relación con el arrinconamiento que algunas de estas poblaciones; si hemos de hacer caso a los datos de los autores antiguos, sufren en época prerromana por la presión de poblaciones vecinas más poderosas o de llegada más reciente y la posterior acción de Roma, que vuelve las cosas a su posición original restituyendo a sus primeros ocupantes las tierras en las ciudades que les habían sido arrebatadas, lo que pudo traer consigo una mezcla de poblaciones a que antes no referíamos.

Esto explicaría en parte el hecho de que aparezcan en un mismo pueblo, en una misma época y en una misma zona geográfica individuos que expresan su pertenencia a una unidad organizativa indígena al lado de otros que no lo hacen.

2. La explicación para el segundo aspecto, la existencia de ciudadanos romanos que expresan su pertenencia a una unidad organizativa indígena, tiene que ver, sin duda, con el hecho de que Roma no llegó a romper la organización peninsular, porque no estorbaba a su estructura político-administrativa, a no ser elementos equivalentes (al contrario de lo que sucedió por ejemplo, con los castella-castros de Gallaecia) las unidades organizativas indígenas con una base parental y no necesariamente territorial y la civitas como unidad política básica dentro de la estructura político-administrativa romana.

Jerarquías

En las sociedades primitivas actuales estudiadas por Morgan y los antropólogos en general se ha descubierto siempre algún tipo de jerarquía, tanto

de índole política como militar o religiosa.

Lo mismo sucede en la Antigüedad como vemos en las sociedades que nos son más conocidas, el mundo helénico y el romano. En la Grecia homérica la autoridad permanente estaba representada por el Consejo (Boule), primitivamente formado por los jefes de genos; junto a él estaba la asamblea del pueblo (agora) y también tenían un jefe militar (basileus). En Roma la situación es similar, aunque en ninguna parte se menciona la elección de los jefes (príncipes). No obstante, si seguían la norma general de elegir todos los puestos, comenzando por el rey, por aclamación, se puede admitir que el mismo orden regía respecto a los jefes de las gentes (príncipes).

Referido a la zona indoeuropea de Hispania también se aprecia cierta jerarquización, que se pone de manifiesto en los banquetes, como narra Estrabón en su libro 3, 3,7, refiriéndose a las poblaciones montañosas, desde los galaicos hasta los vascones y el Pirineo. Comen sentados sobre bancos construidos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según su edad y dignidad. Se trataba, según Estrabón, de jerarquías basadas en la edad y la dignidad, pero no en la capacidad económica. La edad es algo biológico, lo que nosotros llamamos madurez; pero lo que no sabemos es en qué consistía la dignidad (término griego *timé*= dignidad, estimación, honor, consideración pública) y cómo se alcanzaba. En opinión de Lomas este segundo término estaría contrapuesto a la edad (término griego *helikía*) y sería casi privativo de la juventud. Estas jerarquías de la cultura castreña, que ocupa gran parte del territorio a que se refiere Estrabón, se han puesto en relación con las denominadas «joyas castreñas», que podían haber sido llevadas como exponente de distinción social o por ciertas personas, los oficiantes del culto, que podían ser estos mismos individuos.

Pero es que, además, en la epigrafía de la zona tenemos suficiente constancia de estas jerarquías:

1. En el primer pacto de la Tabla de Hospitalidad de los Zoelas (27 d. C.) se renovó un antiguo pacto de hospitalidad entre los representantes de las unidades indígenas afectadas, dando validez al mismo Abieno, hijo de Pentilo, magistratus Zoelarum (magistrado de los zoelas).

2. en el pacto de hospitalidad de El Caurel, Lugo (28 d. C.), el pacto se realiza entre el propio Tillego, hijo de Ambato, y los magistrados (abreviatura mag. En la inscripción) de los Lougos del castellum Toletense, Latino hijo de Aro y Aio hijo de Temaro.

3. en una inscripción aparecida en Vegadeo, Asturias (Diego Santos, ERA, núm. 14), aparece un princeps Albionum. García y Bellido interpreta este término como un jefe o caudillo, un personaje importante de la tribu (sic) de los albiones. Es posible que también haya un princeps en la inscripción de Paredes de Nava, Palencia (CIL II 5762), zona de unidades organizativas indígenas y no de castella.

4. En una inscripción de Lugo (CIL II 2585) es mencionado también un princeps, de acuerdo con la nueva lectura ofrecida por Arias, Le Roux y Tranoy (les inscriptions romaines de la province de Lugo, núm. 34).

5. en la Tabula Contrebiensis los contrebienses que intervinieron como jueces del litigio son denominados praetor en un caso y magistratus en cinco.

6. En una inscripción de Pedrosa del Rey, zona de vadinienses y, por ello, de unidades indígenas suprafamiliares, según la lectura que de ella hacen J. Mangas y J. Vidal, por ellos publicada, tendríamos otro princeps.

Probablemente haya que pensar que títulos como magistratus praetor y princeps, todos ellos latinos, deben de ser una interpretación romana de las magistraturas indígenas, y aparecen también en algunas otras áreas del Mediterráneo en las narraciones de la conquista romana.

El pretendido matriarcado de los pueblos del norte

La idea de la existencia de un régimen de tipo matriarcal entre los cántabros —y, por extensión, entre todos los pueblos del Norte— en época prerromana se fundamenta, por una parte, en el conocido texto de Estrabón (3, 4,18): por ejemplo entre los cántabros los hombres dan la dote a las mujeres, las hijas son las que heredan y buscan mujer para sus hermanos; esto parece ser una especie de ginococracia (dominio de las mujeres), régimen que no es ciertamente civilizado; y, por otra, en la asunción de la teoría evolucionista del siglo XIX, que sostenía la anterioridad de las sociedades de tipo matriarcal con respecto a las patriarcales.

En la actualidad, debido a la justa valoración de la información que proporciona el geógrafo griego, a la comparación con lo que sucede en otras sociedades antiguas del Mediterráneo occidental, al abandono de las tesis evolucionistas del siglo XIX, que defendían la existencia de una fase general de las sociedades humanas que había precedido a la sociedad patriarcal (Bachofen, Morgan, Engels), y a una más adecuada interpretación de los datos que proporcionan las inscripciones cántabras, la tesis «matriarcal» tiene cada vez

menos argumentos a la hora de intentar establecer las características de la organización social de los cántabros en época antigua.

Por los datos que nos ofrece Estrabón, lo único que se puede intentar construir es el sistema matrimonial de este pueblo. J. C. Bermejo, tras analizar el valor concreto de los términos utilizados por Estrabón en el pasaje mencionado, teniendo en cuenta su preciso contexto histórico-cultural, señala, refiriéndose a todos los pueblos del Norte (generalización que, en nuestra opinión, es excesiva, ya que el texto de Estrabón sólo alude a los cántabros), que se dio una tendencia estructural al matrimonio entre primos cruzados. Éste sistema matrimonial sería, además, de tipo «matrilineal» y posiblemente «uxorilocal» para el hombre y «matrilocal» para la mujer, pero no necesariamente matriarcal.

La descripción que Estrabón hace del tipo de matrimonio entre los cántabros no es suficiente para demostrar la existencia de una «ginococracia» o «matriarcado», puesto que, si bien las mujeres tuvieron un papel importante en los intercambios matrimoniales (las hermanas dan esposa a sus hermanos), no se debe olvidar que los hombres dotan a las mujeres, lo cual indica que el hombre posee un importante papel económico en la sociedad cántabra. A esto hay que añadir que tanto el poder militar como el político están en manos de los hombres.

Todo ello impide seguir manteniendo, a partir del texto de Estrabón, la existencia de un matriarcado, régimen en el que el papel económico, político, jurídico y religioso de la mujer sería precisamente considerando el sentido etimológico del término.

La historicidad del matriarcado, tal y como pretendía Bachofen, es indemostrable actualmente. Como dice E. Cantarella, ni en la sociedad minoica, ni en la ligur, ni en la etrusca hay pruebas históricas de su existencia. En la historia antigua del Mediterráneo occidental no hay ninguna posibilidad de probar la existencia de una sociedad patriarcal en el sentido etimológico del término. La mujer puede ocupar una posición significativa, elevada en la sociedad (por ejemplo, por el desempeño de funciones sacerdotales o por su papel en la economía en las épocas más primitivas), pero esta posición no se encuentra ligada al poder político.

Incluso la costumbre de la covada (la mujer abandona el lecho una vez parida y lo ocupa el hombre, al que ésta cuida), interpretada por Bachofen como un acto de imposición de la paternidad expropiando de la maternidad a la mujer, no tiene por qué significar la existencia de un momento de poder femenino. Puede

interpretarse de forma mucho más sencilla, como una prescripción ritual y mágica de las sociedades «primitivas». Sería la expresión del deseo de participar en un suceso que tiene importancia fundamental para la colectividad sin que ello implique una detentación del poder por parte de las mujeres.

Los trabajos más recientes de la antropología han demostrado también que no se da un orden necesario de sucesión de los sistemas matrilineales de parentesco a los patrilineales, y que la realidad social y la evolución de la humanidad es mucho más compleja y variada de lo que visiones apriorísticas y esquemas evolucionistas unilineales pretendían ver. Hoy día nadie se atreve a deducir la existencia de un régimen matriarcal en las épocas más antiguas de la historia de las sociedades mediterráneas occidentales por el hecho de que en ellas la mujer parezca tener un papel relevante en la vida del grupo o porque la filiación sea de tipo matrilineal.

Por su parte, la epigrafía aparecida hasta el presente en territorio cántabro tampoco ayuda demasiado a la defensa de la tesis matriarcal. A. Barbero y M. Vigil, basándose en el análisis de los sistemas de filiación documentados en inscripciones cántabras, sostenían que, si se comparaban las noticias de Estrabón con los datos proporcionados por las inscripciones, se podía pensar que se estaba llevando a cabo entre los cántabros el paso de una sociedad matriarcal a una patriarcal. Estos autores parten de la validez de las tesis evolucionistas y argumentan que la figura del tío materno o avunculus, que aparece en varias inscripciones pertenecientes al grupo de los cántabros vadinienses, representaría un tipo de filiación matrilineal indirecta. Una forma transicional que establece la sucesión de varón a varón, pero en línea femenina. Esta forma de filiación matrilineal indirecta les da pie para pensar que antes de la conquista romana la sociedad cántabra era una sociedad matriarcal y que, poco a poco, se fue transformando por cambios internos y por la propia acción romana en una sociedad patriarcal.

A este planteamiento se puede objetar lo siguiente:

1. Desde el campo de la antropología hay autores que han demostrado que no será necesariamente este esquema de evolución y que la figura del avunculus o tío materno no tiene porque ser considerada como una supervivencia de un régimen matriarcal. Esta figura tiene importancia tanto en sociedades de tipo matrilineal como patrilineal. Basta ver los índices del Corpus Inscriptionum Latinarum (donde se recogen las inscripciones latinas de toda la extensión del imperio) para comprobar cómo son numerosas las inscripciones dedicadas o

realizadas por el tío materno en contextos muy diversos, sin que ello quiera decir, ni lleve a pensar, que se está ante una sociedad matrilineal.

2. el estudio de las inscripciones vadinienses muestra que en todos los casos, la filiación es de tipo patrilineal, siempre por medio del nombre del padre (como la romana), nunca de la madre.

Por otro lado, la existencia de un tipo de filiación matrilineal directa documentada en una inscripción procedente de Monte Cildá no parece muy relevante, si consideramos globalmente el conjunto de las inscripciones cántabras. En las distintas zonas del Imperio Romano se encuentran inscripciones de este tipo de filiación, sin que ello sirva para demostrar la existencia de un régimen matriarcal. El hecho de que la filiación se exprese por medio del nombre de la madre no es suficiente por sí solo para poder afirmar rotundamente que estamos ante una sociedad de tipo matriarcal. Como ya hemos señalado con anterioridad, la realidad social es mucho más compleja de lo que a simple vista pueda parecer.

Por todo lo dicho, consideramos que no hay razones suficientes para seguir manteniendo el término «matriarcado» a la hora de referirnos a la sociedad cántabra en época antigua. Ni los datos de los autores antiguos, ni los de la epigrafía dan pie para ello.

Se puede hablar de la presencia de algunos rasgos matrilineales, tal como parece deducirse del tipo de sistema matrimonial y de filiación en una zona muy concreta. Pero de ello no podemos inferir la existencia de un matriarcado, de una sociedad en la que la mujer tenga en sus manos el poder político, económico y religioso. Afirmar que no existen pruebas históricas de la existencia de matriarcado entre los cántabros significa simplemente lo mismo que señala Cantarella refiriéndose a la sociedad griega y romana, que la sociedad cántabra desde el momento en que es posible su reconstrucción histórica es patriarcal.

El hospitium céltico

Al menos desde Ramos Loscertales (1948) se ha considerado el hospitium como una de las instituciones hispanoceltas más peculiares y características. Conocemos por un texto de Diodoro (5,34) la existencia entre los celtíberos de una benévola acogida a los extranjeros que acuden a sus comunidades, lo cual se ha entendido como un tipo de relación indígena a la que los romanos denominaron bajo el término de hospitium, probablemente por reconocer en ella una serie de rasgos similares a la práctica romana.

Además de este texto existen una serie de documentos epigráficos que dejan constancia de los pactos de hospitalidad. Se trata de las denominadas «téseras de hospitalidad», documento portátil en bronce o plata del que cada parte comprometida conserva una mitad. Esas téseras tienen forma figurada (animal — jabalí, delfín, etc.—, manos entrelazadas o formas geométricas). El texto está escrito en varios casos en lengua celtibérica (Osma, Monreal de Ariza, Sasamón, Cabeza del Griego, etc.) y otros en lengua latina, y su límite cronológico se sitúa entre los siglos II a. C.-I d. C. trece de ellos están datados en época prerromana. En cuanto al contenido de las inscripciones, descubrimos que estos pactos se realizan entre individuos particulares, entre un individuo y una comunidad ciudadana o entre dos grupos suprafamiliares. La extensión del texto varía, pero en ninguno falta el pacto de hospitalidad que hacen los dos contrayentes no sólo para sí y los suyos, sino para sus descendientes. Para recordar la existencia de este pacto se realizan los documentos en bronce o plata. El *hospitium* es una fórmula de relación jurídica por la que dos individuos pertenecientes a diferentes comunidades acordaban voluntariamente el otorgamiento de derechos y deberes mutuos e igualitarios de transmisión hereditaria este tipo de relaciones son propias de una sociedad en la que no existe un derecho internacional que proteja al extranjero. En los orígenes de Roma el *hospitium* era una relación establecida entre dos o varios individuos del mismo rango que no pertenecían a la misma ciudad, que promete a aquellos que la habían contraído disfrutar de una protección recíproca: el romano, cuando se encontraba en el extranjero, y el extranjero, cuando estaba en Roma. Este *hospitium privatum* por el que el huésped cumplía una función de protección que es ignorada por el poder público fue seguido del desarrollo del *hospitium publicum*, realizado entre Roma y una ciudad, que respondía a los mismos principios de protección recíproca. Esta práctica no permanece con sus mismas características a lo largo de toda la historia de Roma, perdiendo en los últimos tiempos de la República el carácter igualitario de sus orígenes para aproximarse más a la forma de clientelas.

M. D. Dopico ha sistematizado una serie de ideas que, de alguna forma, ya se habían ido formulando por otros autores y que ella ha terminado de confirmar a partir del estudio de los pactos del Caurel y del de los Lougei, sobre el cual ha realizado una monografía. Constata ante todo que el *hospitium* llamado celtibérico no es diferente en su naturaleza histórica al resto de los pueblos indoeuropeos. Textos similares al de Diodoro existen para otros por los indígenas no peninsulares, como los galos (César, *De Bello Civile*, 6,23) y los germanos (Tácito, *Germania*, 21), lo que indica que el *hospitium* como forma de relación prerromana estaba ampliamente extendida entre otros pueblos de la antigüedad (lo mismo sucede en la Grecia homérica o en la Roma antigua). Para Dopico, el hecho de que

los autores antiguos destaquen el *hospitium* como una característica propia, exclusiva y diferenciadora de un pueblo concreto, más parece deberse a un tópico que a una realidad histórica.

Por otra parte, es muy probable que los pactos entre dos comunidades indígenas o dos individuos indígenas de la epigrafía hispana estuvieran en muchos casos, por la fecha y el contexto histórico en que están realizados, supervisados por Roma y sirvieran como elemento integrador de las propias comunidades. Como afirma Dopico, Roma junto con la integración de las comunidades indígenas en el mundo romano busca también la convivencia entre las propias unidades, pues en el caso de la España prerromana, según las fuentes, eran escasas y en muchas ocasiones hostiles (no olvidemos las razias que se dirigen unos contra otros). Esta desunión debía desaparecer una vez formaran parte del imperio. Roma recurrió a los acuerdos para asegurar la convivencia entre ellos, como queda reflejado en la primera parte del Pacto de los Zoelas, donde dos gentilitates, unidades menores que pertenecen a una unidad superior, la gens Zoelarum, renuevan un pacto posiblemente bajo la supervisión de Roma.

La actividad económica

Es este quizá uno de los aspectos de la sociedad indígena del área indoeuropea que no han merecido por parte de los investigadores la misma atención que otros. Por ejemplo, si lo comparamos con la organización social donde, desde los primeros trabajos de Schulten, se han ido produciendo avances importantes procedentes de campos diversos: historia, lingüística, o antropología.

La actividad económica ha sido objeto de menos estudios que, en líneas generales, no han supuesto una gran aportación. La mayor parte de ellos tiene un carácter eminentemente descriptivo, concediendo gran importancia a la enumeración de las actividades económicas que desarrollan esas comunidades o sus miembros y de los productos que generan. Se suele prestar poca atención a la comprensión de la actividad económica dentro de todo el entramado social, es decir, relacionando a la economía con los demás niveles de la misma. No obstante, en los últimos años se han realizado algunos trabajos en los que sí se ha intentado esto.

Las razones que explican esta descompensación en el análisis son varias y, entre ellas, podemos resaltar, por un lado, la propia evolución de la ciencia de la historia en general y de la historia antigua en particular (sólo modernamente ha habido corrientes historiográficas que consideran que la economía, junto con la

política, juega un papel determinante en el desarrollo de los procesos históricos), y, por otro, el carácter cuantitativo y cualitativo de las fuentes de información de que disponemos.

Otro de los rasgos que caracterizan estos estudios sobre la organización económica es la ausencia de un planteamiento metodológico coherente que sirva como instrumento de análisis. Como consecuencia de ello se produce un uso erróneo de una terminología económica propia aplicable a sociedades modernas, pero inaplicable para sociedades antiguas. El uso de estos conceptos lleva a oscurecer y confundir la realidad haciendo más difícil su análisis y comprensión. Por ejemplo, cuando se habla de «capital» o «capitalismo agrícola o pecuario» en el contexto histórico del área indoeuropea para intentar explicar el fenómeno del bandolerismo lusitano enfocándolo, además, como «un movimiento de rebeldía de clases sociales desamparadas».

Así pues, en muchos de estos trabajos el resultado que se obtiene es una serie de afirmaciones y conclusiones que resultan obvias con la lectura de las fuentes o valoraciones arriesgadas derivadas de asociaciones incorrectas que llevan a reconstrucciones erróneas de la realidad histórica.

Pero hay también otros estudios que intentan analizar la actividad económica integrándola y relacionándola con el conjunto de la estructura social, estudios que se han realizado siguiendo la teoría de la evolución de las sociedades humanas elaborada a partir de los trabajos de Morgan, como hemos visto anteriormente. Esta visión del mundo indígena implica la existencia de una serie de características que Morgan define para la sociedad iroquesa y que hacen referencia también a la organización económica: el clan tiene como base la igualdad y, como consecuencia, se produce una estricta igualdad de derechos sobre la tierra, es decir, existe la propiedad comunal.

Es de esta base de la que parten historiadores como Vigil en su análisis de la economía del área indoeuropea y, posteriormente, Salinas estudiando a los vettones y celtíberos. Aunque sus trabajos suponen un avance respecto a otros anteriores, al tratar de explicar esta faceta de la actividad humana dentro de la estructura social hay una cuestión metodológicamente peligrosa, la aplicación de un modelo cerrado ya establecido en el que deben encajar los datos de las fuentes, lo que a veces produce la impresión de que aquellos son tomados más con la intención de corroborar una teoría inicial establecida de antemano que con la de reconstruir a partir de ellos la organización de la sociedad, su estructura económica y su funcionamiento. En este sentido, se produce un esfuerzo por suplir la falta de

información sobre determinados aspectos de la economía de un pueblo concreto mediante la utilización de los testimonios pertenecientes a otro pueblo. Los ejemplos más claros son dos: la propiedad de la tierra entre los vettones y celtíberos, a quienes se atribuye un sistema de organización gentilicia y a los que, por ello, de acuerdo con el esquema de Morgan, les correspondería un tipo de propiedad comunal, a partir del texto de Diodoro (5, 34,3) que hace alusión a la propiedad comunal de la tierra entre los vacceos. El dato de Diodoro se utiliza, pues, como norma general.

En otras ocasiones este dato se interpreta un poco a la inversa, es decir, a partir del texto de Diodoro se afirma tajantemente que los vacceos conservan un régimen tribal muy puro. Es decir, si la propiedad comunal de la tierra es una característica de la organización gentilicia y si el texto de Diodoro se interpreta como tal, puede hablarse de este tipo de sociedad.

Sectores de producción y productos

A pesar de la fragmentariedad de las informaciones hay una diferencia bastante clara entre los celtíberos y los pueblos del valle del Duero y Tajo y los pueblos del Norte.

Celtíberos y valles del Duero y Tajo

Nos encontramos en estas áreas con una agricultura de cereales de secano, una ganadería bastante desarrollada y la extensión del uso del hierro. De una forma más pormenorizada por pueblos podemos decir que:

a. Entre los celtíberos citeriores, lusitanos y vettones la base fundamental de su economía es la ganadería (son famosos los verracos del área de los vettones), destacando dentro del ganado menor las ovejas y las cabras en el ganado mayor la ganadería y el pastoreo de caballos. En el año 140-139 a. C., Numantia (Numancia) y Termantia (Tiermes) entregaron a los romanos, entre otras cosas, 3000 pieles de buey y 800 caballos, cantidad muy importante para sólo dos ciudades.

b. Los arévacos y pelendones se dedican a la ganadería-pastoreo y a la agricultura, desarrollando una agricultura no demasiado importante de cereales en tierra de secano y de huerta en los márgenes de los ríos.

c. Los carpetanos tenían en la ganadería una de las riquezas fundamentales, aunque la agricultura era más importante que entre los celtíberos. Hay un indicio bastante claro de que tenían una economía más próspera que otros pueblos de la

Meseta, las frecuentes incursiones que realizaban los lusitanos para aprovisionarse de productos de los territorios de los carpetanos.

d. Parece probable, por los datos que proporcionan las fuentes que los vacceos se hubieran expandido por el sur a costa de los vettones controlando las mejores tierras ganaderas del sur del Duero. La agricultura está muy desarrollada en su territorio tanto al norte como al sur del Duero, por ejemplo en Cauca (Coca), donde conocemos por las fuentes que se produce la acumulación de exceso de producción que destinan a la industria bélica para ayudar a los arévacos y para el abastecimiento del mineral para fabricar armas.

En este grupo de población debió de tener también gran importancia la actividad ganadera-pastoril, como demuestra el hecho de que en el año 150 a. C. Lúculo, general romano, recibiera de los caucenses, además de rehenes y talentos de plata, fuerzas de a caballo; por su parte los de Intercatia hubieron de entregarle ganado y 1000 sagoi (prendas hechas de lana de oveja); finalmente los de Pallantia (Palencia) le ofrecieron dura resistencia gracias a su caballería.

Se trata de una región especialmente apta para los cultivos cerealísticos, donde se hallan incluso poblados de una fase antigua de la época indoeuropea de antes de la mitad del primer milenio, que presentan las características de un grupo de población predominantemente agrícola (es el caso del Soto de Medinilla).

e. Los autores antiguos hablan de la fecundidad de las tierras de los lusitanos, de la abundancia de frutos y de que sus ríos son navegables y con oro. Sí parece cierto en las tierras costeras, donde se produce un temprano desarrollo de una agricultura y ganadería próspera, aunque con fuertes diferencias sociales y económicas, con Astolpas y Viriato como ejemplo, pero no para el interior, donde grandes masas de gente depauperada no tienen otra salida que el pillaje y el bandolerismo.

Pueblos de ambos lados de la cornisa cantábrica

a. Los turmódigos ocupan dos zonas claramente delimitadas, una llana donde se desarrolla la agricultura y una montañosa donde se impone el pastoreo.

b. Los autrigones, caristos y várdulos desarrollan una economía mayoritariamente pastoril, aunque hay también importantes zonas agrícolas en el territorio que ocupaban en la actual provincia de Burgos y en Álava (la Llanada).

c. Los vascones tienen una economía diferenciada, según se trate de la zona

montañosa (pastoril-ganadera) o de las fértiles tierras del valle del Duero (agricultura y horticultura).

d. Dentro de los cántabros, astures y galaicos hay dos sectores claros y diferenciados: el agropecuario y el minero.

Según los datos de las fuentes literarias y la arqueología, no cultivaban ningún cereal para la elaboración del pan (Plinio, NH 16,15, y Estrabón 3,3, 7 y 3, 4,18, donde afirma que el ejército romano se vio obligado en las guerras cántabras a traer trigo de Aquitania). En contra tenemos, no obstante, el texto de Dión Casio (53,29) en el que se nos dice que, cuando Augusto abandonó Hispania y dejó como legado a Lucio Emilio, envió a decir al legado que pensaban regalarle trigo y otros aprovisionamientos para el ejército. Es frecuente entre ellos, según Estrabón y Plinio, el empleo de las bellotas para hacer pan, bellotas que han sido halladas en distintos castros del noroeste en los niveles arqueológicos de esta época (Castro de Coaña, castros bíbalos del Valle del Búbal, Castro de Vixil en Lugo, etc.).

Otros productos de los que tenemos noticias en las fuentes literarias y arqueológicas son: un grano para hacer el zythos, bebida fermentada que utilizan en lugar del vino; el mijo y la escanda (la escanda aparece ya en el siglo VIII a. C. en el norte de España, y el vino, pero únicamente en algunos lugares de Galicia).

En cuanto a la ganadería tenemos referencias en las fuentes al ganado equino, los famosos asturcones y tieltones de que habla Plinio y que pondera Silio Itálico, muy apreciados en Roma durante todo el imperio, encontrándose también representados caballos en la diadema áurea de Ribadeo, y ganado caprino, base de la alimentación de estas poblaciones según Estrabón, así como objeto de sacrificio, junto con los caballos y prisioneros, a un Dios indígena asimilado a Marte. También tenemos en los restos de los yacimientos arqueológicos noticias de la caza, destinada a completar la dieta y no como deporte, lo que sucede ya en época romana, y de la pesca, con ausencia de referencias a las fuentes literarias, pero habiéndose hallado en los niveles arqueológicos inferiores de los castros costeros pesos de redes y numerosos concheros.

En los escritores grecolatinos de época altoimperial encontramos gran número de referencias a minerales. Se trata de oro (Estrabón, Plinio, Silio Itálico y Floro), estaño (Estrabón y Plinio), plomo (Estrabón y Plinio), cobre y hierro. El problema principal es asignar una cronología a estas explotaciones. Sabemos que ya se obtenía oro en época prerromana, con el que se hicieron las joyas castreñas, cuya área de difusión tiene mucho que ver con las explotaciones de época

prerromana y romana, tanto beneficiando las arenas auríferas de algunos ríos como con explotaciones del subsuelo, y además los términos empleados por Plinio en la descripción de las explotaciones son indígenas. Por otra parte en las minas de cobre se han encontrado herramientas de piedra y hueso para la obtención de mineral, así como utillaje de cobre prerromano en yacimientos arqueológicos.

Por ello el texto de Floro (2, 33, 60) no debe entenderse en el sentido de que los romanos comenzaron a explotar las minas del noroeste, sino que aceleraron la explotación indígena existente antes de su llegada.

Propiedad de los medios de producción

A partir del texto de Diodoro (5, 34, 3) y siguiendo el esquema de Morgan, se ha pensado que entre los vacceos había propiedad comunal de la tierra, repartiendo cada año la tierra cultivable en suertes y asignando cada una de ellas para que fuese trabajada por las unidades suprafamiliares. El producto total pertenecía a la colectividad, que los repartía a cada uno según sus necesidades; quien se apropiara fraudulentamente de alguna parte recibía el castigo de la pena capital. En opinión de Lomas, a primera vista la propiedad de la tierra y los frutos de la comunidad estaban por encima de las fracciones (gentes) y subfracciones (gentilitates).

Pero este pretendido igualitarismo económico es desmentido por otras fuentes. Sabemos que existe una diferenciación social entre estas poblaciones, pues, cuando Aníbal sitiaba Helmantica, parlamentaron con él los hombres de condición libre, quedando en el interior de la ciudad los esclavos.

La explicación del texto de Diodoro en clave de sociedad gentilicia sería la siguiente (Lomas): la tierra laborable era asignada a la gentilitas para que sus componentes la trabajasen colectivamente, siendo la propiedad de la gens o del populus. La gentilitas, a su vez, la asignaba a cada familia o miembro de la misma. El papel de la gentilitas sería de supervisión y administración.

Entre los celtíberos tenemos también un indicio de esta posible propiedad comunal. En las excavaciones de Langa de Duero, realizadas por Taracena, se encontró dentro del poblado un edificio de proporciones mucho mayores que el resto de las casas y dentro de él gran número de herramientas agrícolas.

También en algunos textos de los agrimensores latinos (concretamente en Julio Frontino) se hace referencia a un tipo especial de campo a la hora de fijar las

dimensiones con referencia a los tributos, englobando todo el territorio de un pueblo, sin tener en cuenta las divisiones que pudiera haber dentro de él.

Por otra parte, en el territorio de los lusitanos encontramos un agudo contraste entre el rico propietario con una explotación técnicamente avanzada (Astolpas) y el menesteroso lusitano (Viriato). Según el texto de Diodoro (33, 7), hay que pensar en la concentración de la riqueza en manos de la aristocracia indígena.

Destino de los productos

Por los pocos datos que tenemos hasta el momento, a partir de los análisis realizados por distintos autores, se puede afirmar que la mayor parte del producto de la actividad económica de estos pueblos se dedicaba a la autosubsistencia, produciéndose, según las fuentes, situaciones distintas. Sabemos que había excedentes de se dedicaban a la industria bélica en ayuda de los vacceos y que también abastecían a este grupo de población de los celtíberos de mineral para armas. Por otra parte, deducimos que entre estas poblaciones la producción era en algunos casos deficitaria, porque se dedicaban a vender su fuerza como mercenarios (de los cartagineses en Sicilia en el siglo V a. C.; de estos mismos en época de Aníbal); también aparecen como mercenarios de los pueblos del sur, teniendo noticias de que a comienzos del siglo II a. C. los turdetanos opusieron a los romanos 10.000 mercenarios celtíberos, lo cual, aunque sea una exageración propia un texto con una intención clara de sobrevalorar la potencia de Roma, y de ahí la cantidad, no deja de confirmar la existencia de estos soldados.

Este carácter supuestamente deficitario de la economía de estas poblaciones da lugar también al bandolerismo, en el cual hay que distinguir el bandolerismo surgido a causa de las desigualdades económicas y sociales dentro de un pueblo, es decir, las contradicciones dentro de un mismo grupo, y la práctica de expediciones depredadoras llevadas a cabo por todo un pueblo como fuente de aprovisionamiento para la autosubsistencia. Este hecho se produce entre poblaciones que habían sido expulsadas de terrenos más fértiles o entre comunidades que se hallaban en un estadio de desarrollo más primitivo.

Los metales son usados a veces como elementos de trueque. Es lo que sucede, según Estrabón con los trozos de plata recortada que utilizan las poblaciones del norte de la Cordillera Cantábrica para los intercambios.

La religión de los pueblos del área indoeuropea

Muchas y frecuentes son las referencias de las fuentes literarias grecolatinas a la religión de los pueblos del área indoeuropea y a ellas nos vamos a ceñir para la exposición, ya que las fuentes epigráficas, prácticamente todas de época romana, incluyen elementos de asimilación que no es el momento de poner de manifiesto.

Para una mejor comprensión vamos a dividir el área en tres zonas: pueblos del centro (entre los que se incluyen los celtíberos y sus vecinos de los valles del Duero y Tajo), pueblos del Oeste (básicamente los lusitanos) y pueblos del Norte (básicamente los situados en torno a la Cordillera Cantábrica —al norte y al sur—, con inclusión de los galaicos), siguiendo los numerosos trabajos de Blázquez sobre el tema.

Pueblos del Centro

Por el texto de Diodoro sabemos que sus divinidades eran dioses que imponían la hospitalidad, pues, cuando algún forastero en tiempo de paz llegaba a sus puertas, los recibían como don de los dioses. Asimismo entre estos pueblos se da la creencia de que los dioses enviaban objetos, animales, etc., a determinadas personas, hecho que implica una protección especial de la divinidad.

En el año 152 a. C., cuando Marcelo sitió Nertobriga, el territorio de los celtíberos, le enviaron un heraldo cubierto con piel de lobo. De esta noticia se ha querido deducir la existencia de un dios nocturno que empuñaba un martillo, cuyo emblema entre los galos era la piel de lobo y cuyo epíteto era *sucellus*. Sin duda sería una deidad muy adecuada a estos pueblos que se dedicaban a la forja del hierro. También podría estar en relación con un dios etrusco de carácter infernal, que cubre su cabeza con una piel de lobo o del *Dis Pater* itálico vinculado estrechamente con los lobos, según las fuentes latinas.

Sabemos también por las fuentes literarias que existían, entre estos pueblos, montes y árboles sagrados. Marcial y Plinio nos dan noticia de encinares sagrados; el primero nos trasmite la noticia de que los montes más elevados recibían también culto: un monte entre los Berones y el *Mons Caius* (Moncayo).

Para realizar sus cultos no parece que estos pueblos hayan buscado construir grandes templos llenos de imágenes, siendo las rocas, las montañas, las fuentes y los ríos los lugares elegidos para tributar devoción a los dioses. Hay dos aspectos especiales a resaltar; por un lado, los sacrificios colectivos que se celebran entre estas poblaciones y, por otro, los ritos de adivinación. Sabemos que en fechas determinadas del año celebraban sacrificios especiales colectivos. Según noticias de

Florentino (3, 2, 4), Viriato atacó a los segobrigenses en el año 145 a. C. mientras conmemoraban una de estas ceremonias. Probablemente los sacrificios colectivos iban precedidos de comidas, de lo que tenemos noticia en Floro (1, 34, 12) para los numantinos. Estas comidas rituales también se celebraban entre los celtas (Plinio, NH, 16,250) y entre los germanos.

En cuanto a la adivinación, sabemos por Apiano y Plutarco, que, a la llegada de Escipión, en el ejército romano que sitiaba Numancia había adivinos y magos indígenas, tanto hombres como mujeres, al igual que entre los galos, germanos y cimbrios, y que los soldados estaban entregados a sacrificios adivinatorios.

No menos interesantes son sus creencias sobre la vida de ultratumba. Parece que entre los celtíberos, si hemos de hacer caso a las noticias de Silio Itálico y Eliano, existía un rito propio relacionado con las creencias de después de la muerte: dejar a los muertos a la intemperie para que los despedazaran los buitres. Esto tiene una explicación clara por la creencia extendida entre estos pueblos de que el cielo era la morada de los muertos y la divinidad suprema residía en las alturas. Estas noticias de las fuentes escritas parece que están confirmadas por la arqueología. En Numancia, según Taracena, unos montones de piedras en círculo servirían para depositar los cadáveres de los guerreros hasta que los buitres los despedazaran, y el mismo motivo aparece en dos fragmentos de cerámica pintados aparecidos en Numancia que representan a dos guerreros caídos y dos buitres volando hacia ellos. Este tema aparece también en una estela funeraria de época romana de Lara de los infantes.

Pueblos del Oeste

Los lusitanos creían en la comunicación con la divinidad a través, particularmente, de los sueños, así como en la existencia de animales sagrados, especialmente vinculados a determinadas deidades. (Baste recordar el episodio de la cierva de Sertorio, regalo de un lusitano, la cual, desaparecida en la batalla, cuando le vuelve a aparecer a Sertorio, éste alcanza la victoria.)

Plutarco da como propia de los lusitanos la creencia de que los dioses andaban por la tierra. Plinio (NH, 8, 166) da noticias de que entre los lusitanos se criaba una raza de caballo tan veloz que se originó la leyenda de que a las yeguas las fecundaba el viento Zephyro, a quien se tributaba culto en un monte sagrado junto al Atlántico, que Leite de Vasconcelhos sitúa en Monsanto, cerca de Orlisipo (Lisboa). Esta leyenda aparece en Varrón, Columela, Virgilio, etc., siempre unida a un monte sagrado. Silio Itálico, por su parte, la localiza entre los vettones.

Parece, por otro lado, que los sacrificios humanos eran algo muy corriente entre los lusitanos, pues, según noticia de Plutarco, Craso, procónsul de la Ulterior entre el 95 y 94 a. C. los prohibió. Apiano nos da noticia de que en los funerales de Viriato se sacrificaron muchas víctimas, que Maluquer cree que eran humanas. La existencia de sacrificios humanos es confirmada por Estrabón (3, 3, 6) y sin duda hay que poner en relación estos sacrificios humanos con ritos de adivinación, pues la manera ordinaria de los lusitanos de hacer vaticinios requería sacrificios humanos.

El citado texto de Estrabón es el único en que un escritor clásico habla de sacerdotes refiriéndose a pueblos de la Península Ibérica. Blázquez piensa que seguramente no había un sacerdocio organizado como el de los druidas, sino miembros aislados que serían los encargados de los vaticinios.

Pueblos del Norte

El texto de Estrabón (3, 4, 16) es muy explícito respecto a las divinidades de estos pueblos: según ciertos autores los galaicos son ateos; más no así los celtíberos y los otros pueblos que lindan con ellos por el norte, todos los cuales tienen cierta divinidad innominada, a la que, en las noches de luna llena, las familias rinden culto danzando hasta el amanecer, ante las puertas de sus casas.

Este texto debe entenderse en lo referente a los galaicos no en el sentido de que no hubiera dioses, sino que no tenían representaciones o que sus nombres eran tabú. Por lo que se refiere al culto a la Luna, se trata de la divinidad principal indígena entre estos pueblos y sus vecinos. Sabemos por Caro Baroja que para los vascos el nombre de la luna es tabú y en Galicia todavía en la actualidad hay numerosas danzas en honor de la luna, a la vez que por Tolomeo (2, 5,3) sabemos que en Galicia había una isla consagrada a la Luna.

Que la veneración a la luna era algo fundamental en estos pueblos lo tenemos en el episodio del año 136 a. C., cuando Emilio Lépido sitió Pallantia (Palencia), ciudad de los vacceos, y tuvo que retirarse; en la huida un eclipse de luna salvó al ejército romano, pues los palantinos creyeron ver en ello la prohibición de la divinidad a que siguieran combatiendo.

Con el culto a la luna se asocia y contraponen el culto al sol, que, a juzgar por los datos suministrados por la arqueología, estaba muy extendido en Numancia y entre los pueblos del centro de la península.

Por Estrabón (3, 3, 7) sabemos de la existencia de un dios guerrero asimilado a Marte, aquí se sacrifican machos cápridos, caballos y también prisioneros.

También hay entre estos pueblos una civilización de los montes, que en época romana son asimilados con la morada de Júpiter, apareciendo el nombre de aquellos como epíteto del Dios supremo romano. Es frecuente también entre los galaicos y otras poblaciones del norte la veneración a las aguas, a los árboles y a las piedras, ritos típicamente celtas que estaban extendidos por toda Europa. Sin duda es del culto a las aguas del que conocemos más documentos, tanto en la península como fuera de ella.

Finalmente, es muy posible que la serpiente, animal representado frecuentemente en el noroeste de la península, sea una especie de «tótem» para estas poblaciones.

Por lo que se refiere a los cultos y ritos de estos pueblos, Horacio y Silio Itálico confirman la existencia de sacrificios de caballos entre los cántabros, ceremonias que ya conocíamos por Estrabón. Según Horacio, estos sacrificios incluían la bebida de la sangre de los caballos, lo que presupone que estos animales son sagrados.

Por las noticias de las fuentes (Silio Itálico) sabemos que los galaicos eran hábiles en obtener agüeros del vuelo de las aves, al igual que los germanos, de la contemplación de los intestinos de las víctimas y de las llamas sagradas. Incluso en el siglo IV d. C. San Martín Dumense alude a los augurios y adivinaciones frecuentes en su época y en particular a la observación de las aves.

A comienzos del Bajo Imperio los vascones tenían gran fama de agoreros, renombre que conservaron durante toda la Edad Media, habiendo recogido Caro Baroja testimonios de esta época.

Junto a los sacrificios y ceremonias de adivinación debemos mencionar las danzas religiosas, de las que nos da cuenta Estrabón (3, 4, 16 y 3, 3, 7). Se trata de competiciones en honor del dios guerrero asociado a Marte. Estas danzas de guerreros son también conocidas entre los lusitanos, que las realizaron alrededor del cadáver de Viriato (noticias de Apiano y Diodoro). Posiblemente haya que considerar también como danza ritual céltica la especie de procesión de la diadema de oro de Ribadeo, en la que los jinetes llevan cascos de cuernos, escudos y puñales.

LAS LENGUAS PRERROMANAS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Es este quizá uno de los aspectos que en la actualidad está siendo objeto de mayor dedicación por parte de los lingüistas, como puede verse, por ejemplo, con la celebración de los Coloquios sobre Lenguas y Culturas Prerromanas y Paleohispánicas de la Península Ibérica. Pero no se centran, como en épocas anteriores, en la ubicación de las lenguas que se hablaban (y se escribían) en la Península Ibérica antes de la llegada de los romanos y su delimitación, sino que es más bien un triple intento de descubrir hasta donde sea posible su origen, en el caso de que éste no sea conocido, descifrar aquellas lenguas que no nos son conocidas, así como su naturaleza; si son alfabéticas, si son semisilábicas, y resaltar las diferencias entre lenguas que son parecidas. No es el momento ni el lugar de hacer una historia de las investigaciones, ni de comenzar con discusiones lingüísticas, sino de dar un panorama general de las lenguas que, según el estado actual de nuestros conocimientos, se utilizaban en la península antes de que el latín se impusiera sobre todas ellas, salvo el reducto pirenaico del vasco. En este sentido es fundamental y punto de arranque de la investigación posterior la obra de A. Tovar publicada en 1961, *The Ancient Languages of Spain and Portugal*, quien, a partir de los documentos escritos, establecía cuatro lenguas prerromanas en la península, además del vasco que, para otros autores como sus Schmoll o Untermann, no era una de las lenguas que existían en España antes de la llegada de los romanos, sino que fue quizá introducida en época romana o posterior.

En primer lugar hay que decir que puede mantenerse, aunque, con matices, la antigua división, que reflejan los modernos mapas de Tovar y Untermann, entre Hispania indoeuropea (con topónimos en —briga) opuesta a la no indoeuropea (con topónimos en uli—, ili-). Dentro de la zona indoeuropea hay dos lenguas claramente diferenciadas, el lusitano y el celtibérico, mientras que en la zona no indoeuropea encontramos la lengua del Sudoeste de la Península, donde se realizó la más primitiva escritura hispánica, y el ibero con testimonios por todo el Levante, el valle medio del Ebro, Cataluña y hasta el norte de Narbona en territorio francés.

La lengua del sudoeste

Los documentos más antiguos de esta lengua son grafitos sobre cerámica (siglos VII-VI a. C.) en Andalucía (Huelva) y Extremadura (Medellín) y las lápidas sepulcrales sobre todo del Algarve en Portugal. De la epigrafía del Suroeste conocemos en la actualidad más de 70 estelas, algunas sólo fragmentos; salvo cinco

todas han sido halladas en territorio portugués, en el Algarve, al sur de Aljustrel y al oeste del Guadiana. Los arqueólogos portugueses piensan que pertenecen a la Edad del Hierro (siglos VII a V-IV a. C.). Son más abundantes los textos escritos de derecha a izquierda que los escritos de izquierda a derecha.

Según Correa, lo que podemos leer de los textos suena distinto del ibero, afirmando este autor que la ausencia que más caracteriza de momento, a esta desconocida lengua frente al ibérico es la de *-il*, que tan documentada está en textos, topónimos y antropónimos ibéricos, tanto del sudeste como levantinos. Este mismo autor se inclina por pensar, siguiendo a Tovar, que se trata de la escritura tartesia propiamente dicha y que debe ser denominada como tal, referido a un sistema gráfico y también lingüístico y no prejuzgando sobre la extensión territorial del dominio tartesio.

En fin, los textos escritos en esta lengua como los de las siguientes de las que vamos a hablar (del vasco no conocemos textos equiparables a los de las demás para esta época), son textos a partir de los cuales se puede establecer un signario, aunque en caso del ibero a partir de Gómez Moreno podemos comprender la estructura interna de esta escritura, pero de los que, hasta el presente, no nos es posible conocer el contenido en su totalidad.

La lengua ibérica

Al igual que hemos visto para otros aspectos de la sociedad ibérica, los iberos aprenden a escribir como consecuencia de dos influencias diversas, la griega y la meridional desde el Alto Guadalquivir, quizá sumada a influencias fenicias.

La distribución geográfica de los documentos en lengua ibera se extienden desde Almería y Murcia (zona denominada del sudeste de España) hasta el río Herault en el sur de Francia. Su penetración hacia el interior es difícil de fijar, pues lo único que sabemos con seguridad es que en época romana alcanza la región de Jaén y en el Valle del Ebro llega hasta Zaragoza.

Los soportes de estas inscripciones son variados, destacando las cerámicas pintadas, sobre todo en la zona Llíria-Azaila; los denominados «plomos ibéricos», que son piezas exclusivamente epigráficas, sin otro objeto que el de ser soporte de la escritura, entre los que se encuentran el de el Cigarralejo en Mula (Murcia) y el de la Serreta de Alcoy, escritos ambos en alfabeto griego, por lo que tenemos alguna información adicional al ser más rico y diverso el alfabeto griego que el ibérico (por ejemplo el ibérico no distingue entre sordas y sonoras o fuertes-suaves

en las oclusivas, mientras que esta distinción se hace regularmente en escritura griega y latina), y muchos que han aparecido y siguen apareciendo en la zona de Cataluña (Ullastret y alrededores), algunos muy largos y escritos todos ellos en alfabeto ibérico; las lápidas sepulcrales, que carecen de un formulario como las de El Algarve y reflejan una tradición diferente, y, por supuesto, las leyendas monetales, muy abundantes en la zona.

Como decíamos más arriba, Gómez Moreno logró comprender la estructura interna de la escritura ibérica, mezcla de alfabeto y silabario, utilizando sistemáticamente la comparación de los topónimos y étnicos transmitidos a la vez en las fuentes clásicas —literarias y monetales— y en las Monedas con letreros en escritura ibérica.

Actualmente podemos descubrir con relativa seguridad los nombres propios debido a la feliz coincidencia de que se haya conservado el denominado Bronce de Ascoli, donde se recoge la concesión en el año 89 a. C. de la ciudadanía a los componentes de la Turma Salluitana, procedentes del valle del Ebro, por el padre de Pompeyo el Grande a causa de los servicios prestados y en el que aparecen indígenas con nombre ibérico y otros con nombre latino pero con el del padre todavía indígena. El elevado número de nombres propios de este documento está permitiendo que sea utilizado como patrón para la identificación de los nombres de personas que aparecen en los demás documentos. A partir de este texto se descubre que la estructura canónica de los nombres propios es de compuestos bimembres y cada miembro consta normalmente de un elemento bisilábico. Por ejemplo, Illur-tibas Bilus-tibas f., Aunque también los hay monosilábicos (sufijos), Enne-ges, Biur-no, etc.

Por otra parte, parece que hoy se conocen varias secuencias gramaticales: —mi, —armi, —enmi para indicar posiblemente la posesión, pues van detrás de los nombres personales. A su vez en la fórmula are tace en este las sepulcrales quizá pueda ponerse en relación con la latina hic situs est.

Dentro del área de la escritura ibérica quiere verse una distinción entre dos zonas, cuya diferencia más clara estaría dada por los signos utilizados, la zona del Este y Cataluña y la zona del Sudeste (Murcia y Almería).

En cuanto a la tradicional relación entre el vasco y el ibérico encontramos una serie de coincidencias fonológicas en ambas lenguas: falta de p, f y m; falta de r— inicial (latín rota "rueda" —erota "molino"); falta del grupo oclusiva + líquida (latín crux vasco gurutz); cinco vocales en un sistema idéntico al castellano, pero

no al gallego o al catalán, entre otras. Estas coincidencias se explican por ser lenguas en contacto y no es exclusiva de ellas concretamente, sino que es un fenómeno muy extendido. Como ejemplo más significativo de situaciones parecidas puede deducirse la liga balcánica: griego, macedonio, rumano y búlgaro, lenguas con orígenes muy diversos, pero con coincidencias fonológicas y de otro tipo.

Por otra parte hay también una relación onomástica ibérico-vasca: ibérico bele's/bels —vasco beltz, "negro" —aquitano —belex, —bels; ibérico Enneges (de la Turma Salluitana) —vasco Eneko (vasco medieval Enneco) —español Iñigo; ibérico iaun/iaur, —vasco iaun/iaur, "señor", Jáuregui. Pero la equivalencia onomástica no es lo mismo que equivalencia lingüística de modo automático.

El Celtibérico

En el área indoeuropea de la Península es probable que a mediados del I milenio a. C. existiesen distintos dialectos procedentes del mismo tronco común indoeuropeo y que únicamente cuando varios de ellos hayan llegado a alcanzar una cierta homogeneidad entre sus características, se convirtieran en lenguas, favorecido, además, este proceso, como piensa De Hoz, por estímulos políticos o culturales fuertes, como debió de ocurrir en el caso de los celtíberos y en el de los lusitanos.

La onomástica indígena de la zona tiene elementos comunes precisamente por este origen colectivo, pero no quiere esto decir que todos hablaran la misma lengua.

Esta diferencia de lenguas dentro de lo que genéricamente podríamos denominar «área indoeuropea» se ve muy claramente entre el celtibérico y el lusitano. El celtibérico es una lengua céltica de rasgos muy arcaicos que está documentada en inscripciones realizadas en escritura ibérica, lo cual es una dificultad adicional por las carencias de estas grafías para reproducir una lengua distinta a la íbera.

Entre los documentos celtibéricos más importantes destacan el Bronce de Luzaga y el de Botorrita en escritura indígena (conocemos otro en Botorrita, la denominada Tabula Contrebiensis, pero está escrito en latín), así como las inscripciones en escritura latina de Peñalba de Villastar. En la gran inscripción de Botorrita tenemos 123 palabras en las 11 líneas del anverso y 14 nombres personales con los cuatro elementos característicos nombre personal + unidad

suprafamiliar + genitivo del nombre del padre que expresa la filiación + una palabra que debe indicar magistratura, aparte de cuatro posibles indicaciones de localidades de origen. La tésera de hospitalidad de Luzaga (Guadalajara) en letras celtibéricas tiene 26 palabras y la más extensa de Villastar, 18. Precisamente a partir de la abundante documentación existente, en la que los letreros monetales constituyen un elemento de primer orden, hoy podemos fijar lingüísticamente un territorio celtibérico, cuyos límites están en el río Ebro en La Rioja, siguiendo hasta Botorrita, la antigua Contrebia Belaisca; de aquí por el Huerva incluyendo Teruel por las inscripciones de Villastar y un límite sur que dejaría dentro del territorio a Valeria y Segrobiga; el límite Oeste dejaba entre los carpetanos a Complutum-Alcalá de Henares, y pasando por el Sistema Central deja parte del territorio de Segovia dentro y la mayor parte en territorio vacceo, incluye Clunia y vuelve hasta el Ebro en el lugar de inicio.

Es muy interesante a tal efecto el artículo de M. L. Albertos sobre la onomástica de la Celtiberia en el II Coloquio de Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica.

Hoy sabemos que el celtibérico es una lengua céltica, pero las inscripciones celtibéricas son muy difíciles de traducir, pues los celtas que aparecen como celtíberos estaban en la península desde antes del siglo VII a. C. tuvieron un desarrollo independiente prolongado y no tenemos ninguna lengua del grupo que haya sobrevivido.

El Lusitano

En el año 1935 Hernando Balmori afirmaba que la inscripción aparecida en un peñasco en Lamas de Moledo, pocos kilómetros al norte de Viseu, estaba escrita en un dialéctico céltico arcaico, con nombres parecidos a los ligures. Hacia 1959 se halló una inscripción semejante al anterior en el Cabeço das Fráguas, cercano a la ciudad de Guarda, que tenía en común con el anterior el término porcom. Este nuevo hallazgo permitió relacionar con éstas la perdida de Arroyo del Puerco en Cáceres, con la forma indi común a la del Cabeço. Las tres habían aparecido, además, en territorio lusitano.

La escasez de documentos no ha sido óbice para que ante esta posible lengua se hayan perfilado dos posturas, la de quienes piensan que hay indicios claros y suficientes de naturaleza fonológica y morfológica para pensar en una lengua indoeuropea occidental distinta del grupo céltico y, por ende, del celtibérico, y los que, basándose en la homogeneidad en el empleo de la onomástica personal y en la

existencia de topónimos en —briga en todo el área indoeuropea, así como en la falta de datos, piensan que se trata de una lengua de tipo céltico. Tovar y Untermann serían los más claros representantes de una y otra postura, respectivamente.

En nuestro caso nos inclinamos por que el lusitano tiene un carácter independiente no céltico, a partir del refuerzo que para la tesis de Tovar han supuesto los trabajos de Smidt y Gorrochategui, quedan poco valor a los criterios onomásticos y se basan en argumentos de tipo fonológico (mantenimiento de la *p indoeuropea, tratamiento de las aspiradas indoeuropeas y el léxico gramatical). Estamos de acuerdo con Tovar cuando afirma que las invasiones indoeuropeas no fueron en realidad siempre de grandes naciones organizadas, sino de grupos mayores o menores, que generalmente no llegaban por de pronto a organizarse en grandes territorios lingüísticos. Las lenguas de gran extensión sólo la lograron por asimilación de grupos menores y por influencias políticas, religiosas, económicas, etcétera. El lusitano como lengua es el único ejemplo de la península que podemos contraponer al celtibérico como otro dialecto indoeuropeo que ha llegado a nosotros.

El Vascuence

Como planteamiento metodológico inicial es necesario distinguir entre esta lengua, que se ha denominado por algunos autores «pirenaico antiguo» y que actualmente se nombra como «euskera», lengua no sólo prerromana, sino, según todos los investigadores, preindoeuropea, y el pueblo de los vascones históricos, situados por los textos grecolatinos de época romana en el territorio de Navarra y algunas zonas aledañas (noroeste de Guipúzcoa alrededor de Irún, zona de la margen derecha del Ebro en la actual comunidad autónoma de La Rioja después de la expansión de los siglos II-I a. C. la zona de las Cinco Villas de Aragón, y la zona noroccidental de Huesca hasta el territorio de los iacetanos con su centro en Jaca). Porque, además, está suficientemente demostrado en distintas etapas y lugares que no es posible hacer una identificación mecánica entre pueblo y lengua.

Para esta pequeña exposición seguimos un artículo de Gorrochategui. Según este autor en la actualidad parece evidente que en una zona determinada del litoral del golfo de Vizcaya, entre Bilbao y Biarritz, siguiendo hacia el interior por la zona norte de la cordillera cantábrica y a ambos lados de los Pirineos occidentales hasta la provincia vascofrancesa de soule, se atestigua directamente desde el siglo XVI d. C. e indirectamente desde el siglo XI-XII una lengua no indoeuropea que ha sufrido un retroceso desde sus más avanzadas posiciones medievales.

Pero ¿cuál era la situación a la llegada de los romanos? Se piensa por parte de Bähr y Michelena que en la zona vasco-aquitana el aquitano representa un estadio antiguo del vasco o de una lengua íntimamente relacionada con él. El río Garona sería el límite a la llegada de los romanos, aunque Burdeos y alrededores, por las noticias de Estrabón, quedarían fuera. Desde allí río arriba hasta la altura de Agen, donde se separaría hacia el sur para ir al encuentro del Garona sin encontrarlo; la línea en dirección Norte-Sur dejaría a Tolosa al Este para alcanzar el Garona, traspasándolo por el desfiladero de Boussens, englobando por la derecha el valle pirenaico del Salat. El vasco histórico del norte de los Pirineos sería continuación del hablado allí en época romana. Por lo que se refiere al vasco peninsular, aunque carecemos de datos para establecer la división entre vasco e ibérico en la zona central de los Pirineos, Gorrochategui piensa que no hay argumentos suficientes para probar la afirmación que hacen algunos autores de la presencia del vascuence en la zona del este del Valle de Arán. Para la zona de vascones, várdulos y caristos hay una serie de datos, aunque no muy abundantes, permiten suponer a Gorrochategui que el vasco era una lengua de uso y que razones sociolingüísticas o de naturaleza de la misma hicieron que sus habitantes no consignaran por escrito sus nombres o bien que hubieran aceptado la antroponimia de las personas que se expresaban en una lengua más prestigiosa que la suya. Sería el caso de algún dialecto indoeuropeo y, más tarde, del latín.

Lo que sí parece claro, tanto para Gorrochategui como para los autores antes citados, es que el vasco (o una forma antigua del mismo) ya existía en el lado sur de los Pirineos en época prerromana.

En contra está la opinión del prestigioso lingüista J. Untermann, que recoge una idea ya expresada por Schmoll y que ha afirmado que posiblemente hay que aceptar que el vasco no perteneció a las lenguas antiguas hispanas: quizá fue introducido por primera vez de la península con los desplazamientos de población de época romana o altomedieval.

Pero, como afirma el propio Gorrochategui, intentar establecer los límites precisos del antiguo vasco en la Península es empresa hoy por hoy, a falta de materiales, imposible, y el intentar establecerlos con exclusividad en oposición a las otras lenguas de la zona, un error.

GRANDES SEMBLANZAS

Cronología de la prehistoria Peninsular

Paleolítico Inferior (1,5 MILLONES-95.000 años)

1,6-1,7 millones de años

Posible penetración del homo erectus en la península: lasca procedente del Cortijo de don Alfonso (Orce, Granada).

1,4-1,2 millones de años

Restos humanos de Cueva Victoria (Mar Menor, Murcia y venta Micena (Orce, Granada).

780.000 años

Restos del Homo antecesor en la Gran Dolina de Atapuerca (Burgos).

750.000-100.000 años

desarrollo del complejo industrial Achelense: industria de bifaces.

300.000 años

Restos del Anteneanderthales en la Sima de los Huesos de Atapuerca (Burgos).

Paleolítico Medio (95.000-35.000 años)

95.000-35.000 años

Presencia del hombre de Neandertal en la península: cambio de hábitat, vida en las cuevas. Complejo industrial Musteriense.

Paleolítico Superior (35.000-12.000 años)

35.000 años

el hombre de Neandertal es sustituido por el Homo sapiens sapiens:

desarrollo de la pintura rupestre.

35.000-20.000 años

Complejo industrial Auriñaciense-Perigordiense.

20.000-15.000 años

Complejo industrial Solutrense.

15.000-12.000 años

Complejo industrial Magdaleniense.

Epipaleolítico (12.000-7500 años)

12.000-10.000 años

Epipaleolítico antiguo: continuación de las tradiciones Paleolíticas. Industria Aziliense (Cantábrico), industrial microlaminar (Mediterráneo).

10.000-7500 años

Epipaleolítico reciente: evolución hacia formas neolíticas. Industrias Asturiense y postaziliense (Cantábrico).

Industria microlaminar geométrica (Mediterráneo).

Neolítico VI milenio-2500 A. C.)

VI milenio-2500 a. C.

Domesticación de animales y aparición de la agricultura: tendencia al sedentarismo (predominio de la vida en cuevas). Aparición de la cerámica.

3500-2500 a. C.

Generalización de los asentamientos al aire libre. Inicio del megalitismo.

Calcolítico o Edad del Cobre (2500-1700 A. C.)

2500-1700 a. C.

Trabajo del cobre (los Millares). Expansión del megalitismo. Cerámica del vaso campaniforme. Vida en poblados.

Edad del Bronce (1700-1300 A. C.)

1700-1300 a. C. Trabajo del bronce (El Argar). Paso de enterramientos colectivos a individuales.

Bronce Final y Edad del Hierro (1300-500 A. C.)

1300-500 A. C. Colonizaciones Fenicias y Griegas. Penetración Indoeuropea (Cultura de los Campos de Urnas). Trabajo del Hierro. Formación de los Pueblos Indígenas Prerromanos: Área Ibera (Tartésico-Turdetanos, Iberos) y Área Indoeuropea (Celtíberos, Carpetanos, Vacceos, Lusitanos, Vettones, Astures, Galaicos, Cántabros...).

¿CÓMO SE DATAN LOS FÓSILES?

Son muchos los sistemas de datación de fósiles. Uno de los más utilizados es el de los principios de estratigrafía, que es la parte de la geología que estudia la forma, disposición, distribución, clasificación, correlación y, por tanto, sucesión cronológica de las rocas estratificadas, especialmente de las sedimentarias. Con esto, los sucesos del pasado geológico quedan registrados en los estratos de la corteza terrestre. En una sucesión de estratos, la ley de superposición establece que las capas más jóvenes yacen sobre las más antiguas. Basándose en los fósiles que contienen, se puede averiguar su edad y poner en correlación los estratos de rocas de lugares distantes. Otro sistema muy fiable para la datación de fósiles orgánicos es el del Carbono 14. Como el periodo de desintegración del C 14 es de unos 5550 años y la proporción entre los isótopos del C 14 y C 12 es constante en todos los seres vivos, se puede establecer la edad de estos de forma fiable siempre que hayan dejado de existir hace más de 50.000 años.

ATAPUERCA

En la Sierra del mismo nombre, en la provincia de Burgos, han sido descubiertos restos humanos de unos 800.000 años de antigüedad, por tanto, anteriores a los Neanderthales y los más antiguos de Europa. Los descubrimientos más importantes son los restos de seis individuos encontrados en la Gran Dolina, y los 32 hombres del Pleistoceno Medio, en la Sima de los Huesos; esto supone que se trata del primer enterramiento colectivo encontrado del Paleolítico inferior. Además de los ya citados, otros yacimientos componen el conjunto arqueológico de Atapuerca, como son los de la Trinchera del Elefante, la Trinchera del Ferrocarril, la Trinchera Galería, el Portalón y el Mirador.

EL HOMBRE DE NEANDERTAL

Esta raza de hombre prehistórico habitó en Europa y en el área del Mediterráneo durante la etapa interglaciar Riss-Würm, en el Pleistoceno medio y superior, entre aproximadamente los años 200.000 y 40.000. Trabajaba la piedra para obtener utensilios de caza y corte, enterraban a sus muertos y empleaban el fuego. Los primeros restos se hallaron en 1898 en el peñón de Gibraltar, pero no se les presta atención hasta que ocho años más tarde se descubrió un esqueleto en el valle del río Neander, cerca de Dusseldorf, que le dio su nombre. De cuerpo robusto, el hombre de Neandertal o Neanderthal quedó finalmente aislado y se extinguió a principios del Paleolítico Superior de forma relativamente repentina.

EL CLIMA DE LA PENÍNSULA EN LA PREHISTORIA

A lo largo de su evolución, el hombre como otras especies animales, tuvo que hacer frente a condiciones climáticas extremas. Su capacidad de adaptación y su creciente habilidad para manipular el entorno fueron claves para su supervivencia.

Las glaciaciones

La aparición del hombre sobre el planeta tuvo lugar hace 2,5 millones de años, durante el Plioceno, última fase del Terciario; en la Península Ibérica, la actividad humana está atestiguada hace aproximadamente 1,7-1,6 millones de años, en los comienzos del Pleistoceno, primer y más largo periodo del Cuaternario. El rasgo más sobresaliente de esta era geológica son las glaciaciones, etapas de clima frío durante las cuales los hielos cubrieron grandes extensiones continentales. En Europa occidental se pueden distinguir cuatro, denominadas desde la más antigua a la más moderna: Günz (1,1 millones-750.000 años), Mindel (580.000-390.000), Riss (200.000-140.000) y Würm (95.000-10.000).

Junto a las glaciaciones, otra de las características del Cuaternario es la fuerte variación climática; a estos episodios de frío extremo siguieron períodos cálidos, como el actual, llamados «interglaciales». Estos cambios tuvieron una incidencia determinante en la evolución del hombre. Así, el clima es una de las razones que se aducen para explicar la expansión por Europa del Homo Erectus, un proceso que parece coincidir con un periodo de sequía en el continente africano. Asimismo, se piensa que el hombre de Neandertal buscó refugio masivo en cuevas y abrigos de la cornisa cantábrica por el intenso frío característico del estadal Würm II (55.000-35.000 años).

No obstante, en el territorio peninsular los efectos del glaciario debieron de ser moderados, especialmente en la regiones meridionales, donde los periodos fríos se caracterizaron, especialmente, por la humedad. De hecho, en España sólo se conservan huellas de las glaciaciones de Riss y, en particular; de Würm: se localizan en los Pirineos, la Cordillera Cantábrica (Picos de Europa), el sistema ibérico (Picos de Urbión), el Sistema Central (Guadarrama, Gredos) y Sierra Nevada. Durante estas fases, el límite de las nieves perpetuas en la Península Ibérica, que en la actualidad se halla entre los 1900 y 2500 m de altitud, había descendido a cotas cercanas a los 1500 m. Igualmente, se ha calculado que las temperaturas medias fueron entre 8 y 12 °C inferiores a las de hoy, y se sabe que el nivel del mar estaba situado unos 100 o 120 m por debajo del actual. Las

temperaturas de las fases interglaciares, por el contrario, debieron de ser muy semejantes a las que hoy se registran en el territorio peninsular, con clima templado y cierta tendencia a la aridez en las regiones mediterráneas, y clima más frío y húmedo en las regiones cantábricas.

En las épocas más frías, el paisaje debió de tender hacia la estepa; durante las fases interestadiales y templadas se producía un aumento del bosque.

El Holoceno

Tras la retirada de la última glaciación, las temperaturas comenzaron a ascender el incremento de las precipitaciones y el retroceso de los hielos provocó el desarrollo de las zonas forestales en la Europa templada. Especies como el roble o el avellano se extendieron por la cornisa cantábrica. Así ocurrió también con la encina, que junto con el roble parece dominante en Cataluña, y que debió de poblar; con el pino, el interior Mediterráneo, Levante y el suroeste.

Hace unos 13.000 años se inician las oscilaciones Bölling-Alleröd, que determinan una etapa cálida con temperaturas sensiblemente superiores a las de la fase anterior. Unos dos mil años más tarde se inició un nuevo período frío, Dryas Reciente, que toma su nombre de una planta característica de la tundra. En este momento, los bosques vuelven a retroceder y son sustituidos por la vegetación más pobre característica de la época glacial.

El inicio de la fase Preboreal, que comienza en 10.000 a. C., se puede considerar el final de la Edad de los Hielos y el principio del Holoceno. Continúa la mejora de las temperaturas a lo largo de los periodos Boreal (8000 a. C.) y Atlántico, que se prolonga entre 7500 y 4500 a. C., y en el que, con carácter general, se establece en el Mediterráneo el clima actual, que no obstante, sufrirá periódicamente pulsaciones frías y cálidas. Su inicio coincide, en líneas generales, con el del Epipaleolítico. El clima de este período, templado y húmedo, reúne las condiciones óptimas para el desarrollo de los bosques caducifolios.

El fin del periodo Atlántico y el inicio del Subboreal, más fresco y seco, se produce en torno al 4500 a. C. y trae como consecuencia el retroceso de las masas forestales. El Eneolítico y buena parte de la Edad del Bronce se desarrollarán bajo estas condiciones climáticas. Poco antes de que la península entre de lleno en la Edad del Hierro, irrumpe un nuevo período, el Subatlántico, más suave y húmedo.

EL HOMBRE DE CROMAÑÓN

Cro-Magnon es un abrigo rocoso de Francia, situado en la localidad francesa de Les Eyzes (Dordoña), donde, en 1868, se encontraron restos de fósiles humanos, a los que se les dio el nombre de la cueva. El hombre de Cromañón es el representante más característico del hombre moderno, en la misma línea sucesoria, aunque en un estado inmediatamente anterior, cuyos datos genéticos se acercan más al hombre actual que al hombre de Neanderthal, a pesar de que los estudios genéticos se han realizado sobre especímenes Cromañones y Neanderthales que diferían en un tiempo no superior a 10.000 años. El hombre de Cromañón apareció hace unos 40.000 años y coincidió cronológicamente con aproximadamente los últimos 10.000 años de existencia del hombre de Neanderthal.

LA CUEVA DE ALTAMIRA

El primer santuario pictórico de reses bravas, españolas está formado por 17 bisontes y un jabalí, además de tres ciervas.

Estas pinturas policromadas se superponen a otras figuras e ideomorfos más antiguos, algunos de ellos pintados con tinta plana roja y otros grabados con buril sobre la roca. Se calcula que provienen del Magdaleniense Superior Cantábrico.

Cueva en obras

Desde su descubrimiento en 1868 varias obras han modificado la planta de la cueva. En 1902 fue cerrada la sala de pinturas con un muro y una puerta, costeados por el príncipe Alberto I de Mónaco. En 1924 se rellenaron las grietas del techo de la sala con cemento Portland, se excavó el suelo hasta 2,20 m, y se construyó un muro de 400 metros cúbicos para sustentar el techo del vestíbulo.

La réplica

En el interior del edificio del museo de Altamira se ha construido una réplica exacta de la sala de pinturas de la llamada «Capilla Sixtina» de la prehistoria. Se trata de la parte de las cuevas donde fueron pintados hace 14.000 años los famosos bisontes policromados.

LA CAPILLA SIXTINA DEL ARTE PALEOLÍTICO

Esta cueva descubierta en 1868 cerca de Santillana del Mar (Cantabria), es famosa por sus pinturas rupestres (vistas en 1879 por primera vez), que tienen entre 20.000 y 12.000 años de antigüedad. La cueva está formada por una galería con pocas ramificaciones en la que destacan la gran sala de pinturas policromadas, «la Capilla Sixtina del arte Paleolítico». Las características generales de estas pinturas, que constituyen la llamada escuela franco-cantábrica, son el realismo, la ausencia de figuras humanas, la representación de animales —sobre todo el bisonte— y la carencia de composición. Sus autores dibujan sobre las rocas el contorno de las figuras, valiéndose de buriles de piedra y amoldando formas a los abultamientos de aquellas.

FAUNA IBÉRICA PREHISTÓRICA

La aparición del hombre en la península se produjo durante el Pleistoceno, período geológico en el que la fauna y la flora del planeta presentan ya escasas variaciones con respecto a las especies actuales, aunque algunos de los animales habituales entonces no sobrevivieron a los cambios climáticos acaecidos en la transición al Holoceno.

Las diferencias de latitud y los cambios climáticos característicos del Pleistoceno, época en que se desarrolló la cultura Paleolítica, con fases glaciares muy frías e interglaciares cálidas, se reflejan en la fauna peninsular de este período. Está constatada la presencia de especies como el ciervo, el caballo, el toro y la cabra, que se mantienen a lo largo de todo el Paleolítico en la regiones cantábricas en épocas concretas de frío extremo, coincidentes con las glaciaciones, aparecen renos, rinocerontes lanudos, mamuts, alces y glotones, así como la gamuza y el bisonte, que admiten climas más moderados. También llegó al golfo de Vizcaya la foca de Groenlandia. Las especies mencionadas no vivieron en la zona mediterránea, salvo en la región catalana, donde ha sido atestiguada la presencia del mamut y el reno. Otros animales característicos de la fauna glacial son el lagomis enano y la marmota, mientras el hipopótamo, el elefante, el rinoceronte de Merck y la hiena son propios de climas cálidos. Mayor capacidad de adaptación presentan el león, el oso y la hiena de las cavernas, el lobo, el zorro —el de las cavernas—, el caballo salvaje, el jabalí, el toro, el ciervo, el corzo, la cabra montés, la liebre y el conejo.

De manera general, y salvo las excepciones citadas, puede concluirse que durante esta etapa, en la Península Ibérica vivieron casi exclusivamente animales de clima templado y cálido. Caso particular es el de las Islas Baleares, donde se conoce la existencia en este período de un rumiante autóctono, con cuernos y tamaño muy reducido (*Myotragus Balearicus*).

Finalizada la última glaciación, la elevación de las temperaturas y el incremento de las precipitaciones provocaron el desarrollo de los bosques en la Europa templada y un cambio en la distribución de la fauna. Los grandes animales de clima frío, habituales en el litoral cantábrico durante las glaciaciones, sufrieron un notable retroceso y tuvieron que adaptarse a las nuevas características del clima y el medio ambiente, o bien emigrar hacia la Europa septentrional.

Por lo que respecta a la fauna salvaje neolítica, en zonas meridionales se ha detectado la presencia del ciervo, el rebeco, el corzo, el jabalí, la cabra montés, el

zorro, el uro —de mayor tamaño que el toro—, el lince, el conejo, el erizo y el gato montés. En Nerja hay evidencias de diferentes aves, así como de la pesca de focas, peces y moluscos (lapa, mejillón, murex). La fauna de la región mediterránea no varía considerablemente, mientras en Huesca se han hallado evidencias de la presencia del oso.

Con el clima estabilizado —las pulsaciones frías y cálidas se moverán desde aproximadamente 8000 años a. C. dentro de las características generales del clima de cada zona—, las sucesivas etapas de la prehistoria no depararán cambios significativos en la fauna peninsular.

Domesticación

En el Neolítico se domesticaron algunas especies, proceso que daría origen al surgimiento de la ganadería. Entre los animales domésticos destacan las vacas y los bueyes, descendientes del toro salvaje. Este último, representado ya por el arte rupestre Paleolítico, era en origen un animal de notable envergadura; sin embargo, con su domesticación, su tamaño se redujo y comenzó a ser utilizado como fuerza de tracción más que como alimento.

El perro, descendiente del lobo, es tal vez el animal de domesticación más temprana; su presencia aparece documentada en niveles mesolíticos del Oriente Próximo y del norte de Europa. Su acoplamiento a las sociedades humanas resultaría fácil en comunidades cazadoras y necesitadas de eficaces guardianes de los rebaños.

El caballo procede del caballo salvaje; aunque no es desconocido en el Neolítico, será sobre todo a partir de la Edad de los Metales cuando su empleo se generalice para tracción, carga y monta. No existen suficientes datos que permitan asegurar que en épocas anteriores había sido domesticado.

Otro animal de suma utilidad fue el cerdo, que descende del jabalí, cuya carne sería ampliamente consumida desde su temprana domesticación, en los albores del Neolítico. Así lo atestiguan los restos hallados en la cueva de Nerja (Málaga). Junto a los animales mencionados, también es muy frecuente en la Península la presencia del conejo doméstico. No obstante, las especies fundamentales de la primera domesticación son, sobre todo, las dos más características de las sociedades neolíticas: la cabra —descendiente de la cabra salvaje— y la oveja, que procede del muflón asiático y debió de ser importada en la Península. Sus restos son difíciles de diferenciar, por lo que habitualmente se

consideran en conjunto a la hora de valorar la fauna de los yacimientos arqueológicos.

LA CUEVA

Desde el comienzo de la última era glacial (95.000-10.000 a. C.), y sobre todo desde el último estadal Würm II (55.000-35.000 a. C.), en que el hombre dormía a la intemperie o bajo la protección de abrigos naturales, hasta los periodos Mesolítico y Neolítico (10.000-4000 a. C.), cuando comienza a generalizarse la construcción de viviendas artificiales, parece que la cueva natural fue la más utilizada por el hombre como vivienda en los territorios calizos, aunque ésta escondiera un entorno interior muy hostil. Allí se refugiaba el hombre Paleolítico, como cazador y recolector, y desarrollaba su vida diaria, su arte y sus ritos mágico-religiosos.

EL ARTE RUPESTRE

Las más tempranas manifestaciones artísticas del hombre remontan su origen al Paleolítico Superior. A este período corresponden grabados y pinturas naturalistas realizados en las paredes y techos de cavernas y abrigos montañosos. Posteriormente, la pintura rupestre evolucionaría hacia el esquematismo, hasta desembocar en escenas de difícil interpretación.

El arte del Paleolítico

Las mejores realizaciones del arte rupestre Paleolítico se encuentran en el interior de las cuevas, en algunos casos en salas muy alejadas de la boca o zona de habitación, que han sido consideradas como «santuarios» o lugares de culto. Como colorantes se emplearon pigmentos naturales machacados, que eran después extendidos sobre paletas de piedra, en las oquedades óseas de los grandes mamíferos o conchas marinas. El dibujo de las figuras se realizaba con simples trazos lineales o por medio de impresiones de puntos, probablemente hechas con los dedos (técnica del tamponado). Los colores debieron de aplicarse después con brochas y pinceles fabricados con pelos de animal o crines de caballo. En los grabados, las incisiones proporcionaban un efecto de realce.

La alusión al hombre se hacía mediante su figuración parcial, centrada en la representación de rostros y órganos sexuales. La presencia de animales es abundante y variada; es en este apartado donde se alcanzan cotas de auténtica perfección. La primacía corresponde a caballos y bóvidos (toros y bisontes), seguidos por ciervos, renos y cabras monteses. Los signos, que se conocen con el nombre genérico de tectiformes, constituyen el grupo más enigmático; las interpretaciones acerca de su significado son diversas (Cabañas, empalizadas, trampas, simples señales).

El área de difusión del arte rupestre Paleolítico es la Europa atlántica (Aquitania, Ardèche y Pirineos, en Francia, y costa cantábrica española), aunque también hay vestigios en la zona mediterránea (penínsulas ibérica e itálica) y en otros lugares de Europa. La mayor parte de los yacimientos están fechados en el Magdaleniense. Dentro del área franco-española, los conjuntos pictóricos de las cuevas de Lascaux (15.000-14.000 a. C.) y Altamira son las más importantes.

En la Península Ibérica y más concretamente en el País Vasco, destacan las cuevas de Etxeberri e Istúriz (esta última, fechada en el Gravetiense, con numerosos objetos de arte mobiliario). De las asturianas, en el Valle del Nalón la más

importante es la de San Román de Cándamo, que alberga numerosas representaciones zoomórficas grabadas y pintadas entre las que cabe mencionar un toro de dos metros de longitud. Junto al río sella fue descubierta en 1968 la cueva de Tito Bustillo, con grabados y pinturas dispersas que representan animales o signos sexuales. La cueva de Buxu (Cangas de Onís) ofrece, asimismo un buen número de figuras animales y signos cuadrangulares. En Cantabria, aparte de la cueva de Altamira, existe un núcleo de especial significado; es el cobijado por el monte del Castillo, en Puente Viesgo, a orillas del río Pas, con las cuevas del Castillo, la Pasiega, las Monedas y las Chimeneas. Han conservado numerosas representaciones de animales (a veces silueteados en negro) y signos abstractos. Especialmente notable, por su originalidad, es el llamado Hombre bisonte, representado en una columna estalactítica de la cueva del Castillo.

Emplazada a 35 km de Santander, en el término de Santillana del Mar, la cueva de Altamira es el gran santuario del Paleolítico español. Fue descubierta en 1879 por Marcelino Sanz de Sautuola. Mide unos 270 m y en ella se distinguen la Sala de las Pinturas, un tramo medio y el corredor final. La sala tiene una longitud aproximada de 18 m, una anchura de nueve y una altura variable, desde algo más de 2 m hasta los 110 cm del fondo. Las pinturas representan animales de gran tamaño, como bisontes (uno con faz humana), ciervos, jabalíes y caballos, signos claviformes, antropomorfos, etc. cerca de la entrada hay varias superficies ocupadas por «macarrones», y en el interior los grabados se combinan con las pinturas. El artista se valió de las rugosidades del techo para realzar el volumen de las figuras, y del tono amarillento de la propia roca para simular sus fondos, matizados con el ocre rojo y amarillo, con la marga blanca y grisácea y con el pigmento negro, obtenido fundamentalmente del carbón vegetal. El conjunto está datado entre 15.000 y 13.900 a. C.

Alejadas de la cornisa septentrional, pueden mencionarse la cueva de Maltravieso (Cáceres), que conserva un conjunto de manos mutiladas; las de la provincia de Burgos (Atapuerca, Penches, Ojo Guareña), afines a las cantábricas; en la meseta central, las de Guadalajara (Los Casares y La Hoz de Anguita), Segovia (La Griega) o Madrid (El Reguerillo), y en Andalucía, las de Málaga (La Pileta, La Cala, Ardales, Nerja) y Cádiz (Palomas I).

La pintura postpaleolítica

No cabe duda de que entre las manifestaciones pictóricas postpaleolíticas adquiere un especial protagonismo el llamado «arte levantino», que se extiende mayoritariamente por la región suroriental de la Península Ibérica (Tarragona,

Lérida, Valencia, Teruel, Cuenca, Albacete, Murcia, Almería, Jaén y Cádiz). Datado en sus fases más tempranas entre el VIII y el VI milenio a. C. se considera una manifestación propia del Epipaleolítico o del horizonte inicial del Neolítico, aunque hoy parece fuera de controversia su continuidad hasta la Edad del Bronce.

La pintura levantina se encuentra en abrigos naturales de poca profundidad y en paredones al aire libre. Los grabados son muy raros, y los colores empleados fueron el pardo rojizo (mayoritario), el negro y, raramente, el blanco. Los animales —ciervos, cabras monteses, toros, caballos salvajes, jabalíes y, ocasionalmente, pájaros y peces— se representan en pequeño tamaño; las figuras humanas protagonizan escenas de caza y de guerra, así como ceremonias de carácter ritual o religioso e incluso, en algún caso, prácticas cotidianas como la recolección de la miel. Los trazos son fluidos, los cuerpos, estrechos y alargados, y se evita la representación de los rasgos faciales. Se advierte, en cambio, un decidido interés por reflejar la indumentaria, los tocados y los adornos personales. Entre los conjuntos más notables figuran los de Cogull (Lérida), Alpera (Albacete) y Valltorta (Castellón).

La evolución de la pintura, desde las formas naturalistas del Paleolítico Superior hasta las estilizadas, reducidas casi a simples esquemas geométricos, fue muy lenta. La pintura neolítica continuó el desarrollo de las técnicas pictóricas del período final del Paleolítico. No obstante, se observa una clara tendencia al esquematismo en el trazo de las formas, que se aprecia ya en las escenas del levante peninsular, y una mayor animación en las escenas del grupo, tanto de guerra como de caza. Uno de los focos más interesantes de este período se halla en el norte del Tajo, en la Sierra de Francia (Las Batuecas), y se prolonga hasta alcanzar el Guadiana, donde se encuentran las estaciones de Almadén y Badajoz. Importantes son, sobre todo, las pinturas de Sierra Morena (Aldeaquemada, Despeñaperros, Riofrío, Fuencaliente Horcajo). En la baja Andalucía destacan las de la provincia de Cádiz (Laguna de la Janda), y en Andalucía oriental, las de Jaén y Almería (Vélez Blanco), que enlazan con las de Albacete (Minateda).

La pintura esquemática debe interpretarse como el resultado de un proceso de evolución autóctona al que se asociaron elementos importados por gentes que llegaron a la península en busca de metales. Sus inicios se sitúan en el final del Neolítico o el horizonte cultural del Calcolítico, y sus postrimerías, sobre todo en algunos casos, en fase avanzada de la Edad del Hierro. Este tipo de pinturas es especialmente importante en las cuencas del Guadalquivir, Guadiana y Tajo, extendiéndose, además, por levante y Cataluña. En los abrigos del sudeste penibético y Sierra Morena se localizan los modelos más antiguos que, en su

avance hacia el norte, se modificaron por la influencia del arte estilizado levantino, de corte más expresivo y narrativo. Suelen encontrarse en abrigos o covachos y en frentes rocosos. Los colores predominantes son el rojo y el ocre, y el tamaño medio de las figuras oscila entre 20 y 30 centímetros. Son, en su mayoría, antropomorfas, y entre las zoomorfas, cuando aparecen, predominan los cérvidos, caballos, toros, aves y peces. La figura humana se representa, según el esquema más difundido, con brazos y piernas en arco, o en ángulo, con cabeza, tronco y sexo, si se trata de un varón, realizado de un solo trazo.

En una fase de mayor simplificación aparecen los tipos denominados de golondrina, ancoriformes y cruciformes, habituales en Sierra Morena. Otro esquema humano frecuente es el llamado de brazos en asa o en phi (por su semejanza con la letra griega de este nombre), formado por un trazo vertical que atraviesa el círculo, de forma más o menos regular. Todas estas figuras, tanto si aparecen aisladas como en escenas grupales de danza o actos rituales, se caracterizan por su disposición estática, al igual que sucede en la fase denominada estilizada estática del arte rupestre levantino, que se desarrolló aproximadamente por la misma fecha. Las figuras zoomorfas, menos abundantes que las humanas, experimentaron el mismo proceso de esquematización.

EL VASO CAMPANIFORME

Alrededor del año 2500 a. C. se generalizan en casi todo el continente europeo los llamados «vasos campaniformes», con formas de campana invertida y amplia decoración. Estas piezas de cerámica tienen tres tipos clásicos: vaso, cazuela y cuenco, según la altura y anchura del objeto. En la Península Ibérica existieron dos fases diferentes de producción: entre 2200 y 1900 a. C. con decoración puntillada y distribución básicamente costera, y entre 1900 y 1700 a. C., en la que comienzan a definirse diferentes estilos locales dentro de la Península.

EL HOMBRE PREHISTÓRICO

Los sencillos instrumentos de piedra fabricados por el hombre durante el Paleolítico Inferior fueron paulatinamente perfeccionados por los sucesivos homínidos, que desarrollaron, asimismo, otras habilidades determinantes en la evolución de la humanidad: desde la utilización del fuego o la comunicación verbal hasta el conocimiento de los metales.

Paleolítico inferior

La escasez de restos conservados dificulta la reconstrucción de las formas de vida de los hombres del Pleistoceno Inferior y Medio. La habilidad constructiva de los australopitecos —homínidos exclusivos de África— estaría probablemente restringida a la simple manipulación de palos y piedras sin tallar. Se alimentaban fundamentalmente de vegetales y habían alcanzado el bipedismo. La invención más importante del Paleolítico Inferior tuvo que ser el control del fuego, sin el cual no sería posible la supervivencia del hombre en climas fríos. Los lugares de habitación durante esta etapa son, generalmente, al aire libre, cerca de los ríos, y revelan ocupaciones cortas; el hábitat en cuevas sólo comenzó a ser sistemático en la fase final del Paleolítico Inferior.

Otros representantes del género Homo desarrollarían una tecnología más compleja; la mayoría de los instrumentos líticos que caracterizan a las culturas del Paleolítico Medio y Superior fueron ideados durante el Achelense (raederas, raspadores, buriles, perforadores). La evidencia arqueológica de los cazaderos, depósitos fluviales o lacustres en los que aparecen restos de animales de notable tamaño, junto a grandes instrumentos cortantes, ha dado pie a distintas interpretaciones. Según algunas teorías, los hombres empujaban a sus presas mediante el fuego hacia zonas cenagosas, donde eran abatidos con lanzas y piedras; otras investigaciones sostienen que estos cazaderos solo revelan un tipo de aprovechamiento de animales muertos.

Paleolítico Medio

Los rasgos culturales más significativos de este periodo, caracterizado por una amplia variedad de industrias, corresponden a la cultura de los Neanderthales. Tenían hábitos depredadores y se alimentaban, fundamentalmente, de animales. Ocuparon cuevas y abrigos, y en estos yacimientos dejaron huesos, artefactos diversos y cenizas de sus hogueras. Respecto al tamaño y la organización social de los cazadores, debían de ser nómadas y seguir movimientos

estacionales, aunque es posible que ocuparan los mismos emplazamientos durante varias temporadas seguidas. Probablemente poseyeron un lenguaje hablado rudimentario. A pesar de que no han dejado representaciones artísticas, en los lugares que habitaron se ha registrado la presencia abundante de colorantes y se han recogido objetos como minerales, fósiles y huesos con posibles grabados. Por otro lado, el hombre del Paleolítico Medio desarrolló las primeras formas de espiritualidad, atestiguadas por la existencia de prácticas especiales con los muertos, interpretadas en tres aspectos distintos: enterramientos, culto a los cráneos y canibalismo.

Paleolítico Superior

A finales del Pleistoceno el hombre moderno había colonizado todo el planeta y se había adaptado a todos los climas. Los hombres de finales del Cuaternario dominaron la fabricación de una gran variedad de instrumentos —la talla de la piedra alcanza un alto grado de maestría en algunas puntas bifaciales—, practicaban intercambios comerciales y la subsistencia de la sociedad estaba basada en la caza, cuyas técnicas experimentaron un notable desarrollo respecto al Paleolítico Medio. Los hábitat del Paleolítico Superior reflejan ocupaciones de corta duración que se repiten durante varias temporadas. Se han conservado restos de numerosas cabañas de formas y dimensiones variadas. Respecto a la demografía, parece claro que fue más elevada que en las fases anteriores. Asimismo, se desarrollan durante esta etapa las primeras expresiones artísticas tanto en el arte mueble como en el arte rupestre.

Mesolítico y Neolítico

En la etapa posterior al Paleolítico se generalizó el hábitat al aire libre, a menudo en la proximidad de las cuevas antiguamente habitadas.

La cultura neolítica supone un cambio sustancial respecto a los anteriores modos de vida. El hombre maneja nuevas técnicas y producen nuevos instrumentos, al tiempo que surgen transformaciones de tipo económico y social, sobre todo la domesticación de plantas y animales y la sedentarización de las poblaciones. La sociedad neolítica se define por un sistema económico agrario y ganadero —conviven el pastoreo nómada y la trashumancia con la estabulación— frente a los usos cazadores y recolectores del Paleolítico. Durante esta etapa aparece la cerámica y la piedra se trabaja con nuevas técnicas: se fabrican útiles pesados, en rocas duras, cuya superficie se pule hasta conseguir hachas, azuelas o morteros. Asimismo, en el final del Neolítico está constatado el uso de vestidos de

lana y lino en Egipto y Oriente Próximo.

En el Neolítico las sociedades se harán sedentarias, proceso iniciado en el Mesolítico. El sedentarismo promueve el aumento de población, la aparición de nuevas relaciones sociales y de estructuras económicas más complejas que permitan alimentar a una población creciente, afrontar mayores riesgos y solucionar las tensiones entre los miembros del grupo. Surgen las primeras organizaciones internas la jerarquía progresiva y los rituales como afirmación de la estructura social.

La Edad de los Metales

En la Edad del Cobre (Calcolítico), además de difundirse el empleo de este metal, tiene lugar una intensificación de la producción agraria, favorecida por la práctica de la irrigación, el abonado y deforestación, la introducción del arado o el cultivo de nuevas especies, además de cereales y leguminosas (lino, algodón, olivo, Viña e higuera). Asimismo, el ganado comienza a utilizarse como fuerza de tracción y se inicia la producción especializada. Como consecuencia, se generan excedentes que hay que almacenar, organizar y redistribuir, tareas que quedarán en manos de las primeras élites y jefaturas, como demuestra la progresiva variabilidad en los ajuares de las tumbas, prueba de la jerarquización de la comunidad. Los poblados crecen y surgen conflictos derivados de la competencia por los recursos esenciales, se perfilan formas de organización económica y política, al tiempo que se levantan los primeros edificios de culto, lo que indica un grado mayor de organización y complejidad social. La explotación de sal o de las minas determinará el desarrollo del transporte —la invención de la rueda o la vela resulta fundamental— y el comercio.

En el Bronce Antiguo se intensifican todos los procesos de cambio cultural iniciados en el Calcolítico. El rasgo más destacado del Bronce Medio (1500-1250 a. C.) fue el gran desarrollo alcanzado por las industrias metalúrgicas, aunque la agricultura y ganadería siguieron siendo las bases fundamentales de subsistencia. Existe una clara jerarquía social, derivada de la posesión y consumo de esos bienes de prestigio; así lo demuestran las sepulturas, con ricos ajuares integrados por sofisticadas piezas metálicas producto de la industria y de los intercambios comerciales antes mencionados. Por lo que respecta al Bronce final, cuyos límites cronológicos pueden fijarse entre 1250 y 750 a. C., se caracteriza por una serie de movimientos y oscilaciones y afectaron a toda Europa tras la relativa homogeneidad y estabilidad alcanzadas durante el Bronce Medio.

Por último, la Edad Del Hierro europea quedó dividida en dos grandes fases: primera Edad del Hierro, o periodo de Hallstatt, y Segunda Edad del Hierro, o periodo de la Ténè, según los nombres de dos importantes yacimientos epónimos. El comienzo de esta época se definió por la aparición del nuevo metal, aunque su utilización no fue repentina y simultánea en todas las regiones europeas. A pesar del perfecto conocimiento técnico alcanzado por los metalurgistas del bronce, el trabajo del hierro implicaba nuevas dificultades, puesto que funde a mayor temperatura y era necesario adaptar los antiguos hornos; además, una vez fundido debe ser purificado y no puede colarse en moldes de piedra o arenisca, como el cobre o el Bronce. Había que forjarlo, es decir, darle la forma deseada por martilleo en caliente, y luego templearlo, proceso que consiste en enfriar la pieza rápidamente en agua para obtener mayor dureza.

Algunos descubrimientos parecen demostrar que ya en el quinto milenio se conocían pequeños objetos de hierro en algunos lugares de Oriente Próximo, y que en los siglos X-IX a. C. se extendieron a Grecia. En el resto de Europa su adopción fue posterior, en torno a siglos VII a. C. durante la Edad del Hierro son más evidentes las diferencias entre unas regiones y otras, puesto que mientras Europa central y occidental permanecían en la protohistoria, el Mediterráneo oriental había entrado ya en época histórica. El desarrollo y posterior expansión mediterránea de estos pueblos históricos influirían en la evolución de las restantes sociedades europeas, pues establecieron nuevas vías de comunicación y centros estratégicos para asegurar redes comerciales que proporcionase materias primas a cambio de productos manufacturados deseados por estas comunidades del interior, que algunos autores franceses denominaron «bárbaras» como contrapunto a los citados focos de civilización.

LA UTILIZACIÓN DE LOS METALES

Durante la Edad del Cobre (3000-2000 a. C.), dada la escasa resistencia del metal, muchos instrumentos seguían siendo de piedra, por eso a este período se le llama también Calcolítico. De su combinación con estaño surgió una nueva aleación: el Bronce, un metal más resistente que dio lugar a la aparición de armas, escudos y otros instrumentos; es la Edad del Bronce (2000-1100 a. C.). Más tarde, coincidiendo con la Edad del Bronce Final y comienzos de la Edad del Hierro, tribus indoeuropeas cruzaron los Pirineos, con sus armas de hierro, y fueron asentándose por todo el tercio norte de España. Así comenzó la Edad del Hierro en la Península Ibérica (siglos X-III a. C.).

LA CULTURA DE LOS MILLARES

En un poblado de la actual provincia de Almería llamado los Millares, uno de los focos megalíticos más notables del Mediterráneo, sus habitantes trataron el cobre de tal manera que constituyeron uno de los asentamientos más asombrosos de la llamada Edad del Cobre (3000-2000 a. C.). Otros centros importantes son Almizaraque, Llano de Atalaya y Llano del Jalón. Esa forma de trabajar el metal se extendió por amplias zonas del Levante español y de Andalucía, llegando incluso hasta Portugal, y es por eso que a este vasto territorio y a la forma de tratar el cobre se le llame cultura de Los Millares.

TARTESOS

Con este nombre los griegos designaban al país occidental donde los fenicios obtenían los metales para comerciar con Oriente. Este país no era otro que la ciudad principal de la región (Tarsis) que ocupaba el Bajo Guadalquivir ya desde la Edad del Bronce, cuyo apogeo vivió entre los siglos VIII y V a. C. al perder importancia la cultura tartésica decayó también su ciudad, que quizá fue destruida por los cartagineses, pasando Gadir a ostentar la capitalidad de la región. El emplazamiento de Tartesos sigue siendo un enigma. Los dos conjuntos arqueológicos más notables se han hallado cerca de Carmona y Osuna, ambos en la provincia de Sevilla.

LA PREHISTORIA EN LAS ISLAS CANARIAS

La etapa prehispanica del archipiélago canario y las características de sus protagonistas, los guanches, extinguidos después de la conquista, han dado lugar a numerosas leyendas y enigmas que las recientes investigaciones históricas han comenzado a desvelar.

Hasta hace poco tiempo, las principales fuentes de información sobre la prehistoria de las Islas Canarias eran las crónicas, saturadas de mitos legendarios. Las primeras referencias fueron hechas por navegantes fenicios y cartagineses, que descubrieron el archipiélago en el primer milenio a. C., aunque no mencionan a sus habitantes. Otras referencias posteriores provienen de clásicos latinos (Horacio, Virgilio, Plinio), sin conocimiento directo de las islas. En el siglo XIV de nuestra era comienzan las primeras crónicas de navegantes italianos, portugueses, mallorquines y castellanos, que llegaban a las costas canarias en busca de sangre de drago, cueros, pieles y esclavos; algunas de estas crónicas fueron recogidas y desarrolladas por escritores como Boccaccio. En ellas aparecen por primera vez los guanches, nombre genérico asignado a los pobladores prehispanicos de las Canarias y que, con carácter estricto, corresponde los primitivos habitantes de Tenerife.

El origen de los guanches

La descripción que en las crónicas se hace de los guanches como una raza de elevada estatura, cabello rubio y ojos claros, que vivía en la edad de piedra, dio lugar, desde el siglo XIX, a la aparición de numerosas teorías para explicar este hecho desconcertante, muchas de ellas fantásticas. Al influjo de los movimientos románticos y del despertar de los movimientos nacionales europeos (en especial el alemán), con el concepto de raza como elemento principal, llegó a sostenerse con enjundiosos argumentos que las Islas Canarias fueron ocupadas por migraciones de pueblos germánicos, hasta la identificación de los guanches como descendientes de los habitantes de la mítica Atlántida, últimos restos de unos hombres pertenecientes a una civilización superior que después de la catástrofe legendaria habrían retrocedido al Paleolítico.

Sin embargo, ya en esa época fue apuntada la tesis que hoy, apoyada en modernas investigaciones históricas y antropológicas (basadas en los escasos restos prehistóricos conservados: unas pocas momias y cráneos tipo Cromañón, y pinturas y signos rupestres), parece más verosímil, y que relaciona a los primitivos canarios con la población bereber del norte de África, emparentados con los

primitivos saharianos y los libios que aparecen en la historia del antiguo Egipto. Este grupo étnico, cuyo origen estaría en Cromañones llegados de Europa, desarrolló durante el Neolítico una particular «cultura Capsiense» y, probablemente, desde el tercer milenio a. C. comenzaron a extenderse hacia el archipiélago en sucesivas oleadas.

La sociedad, la economía y la cultura guanches

El diferente desarrollo que llevaron consigo cada una de esas oleadas provenientes del norte de África a través de los siglos, así como la diversidad ambiental de las islas y el aislamiento insular, serían la causa de los distintos estratos culturales y formas de organización social que caracterizan el período prehispanico. Los asentamientos, generalmente junto a fuentes de agua, estaban formados por edificaciones de piedra, de planta circular y con techos de ramas y hojas, aunque gran parte de la población habitaba en cuevas naturales y excavadas. Las actividades económicas, centradas en el sustento, dependían de las características ambientales: la agricultura predominaba en Gran Canaria, la ganadería en Fuerteventura y La Palma, y las restantes islas combinaban la agricultura y el pastoreo. El desarrollo tecnológico, hasta la conquista hispana, fue muy rudimentario, basado en la piedra, el barro, la piel de los animales y la madera.

La organización social era compleja, debida a la sucesivas oleadas de población llegadas desde África a través de los siglos y a la diversidad insular, aunque el diferente nivel de riqueza (propiedad de tierras y animales) era el factor principal, que a su vez se reflejaba en la jerarquía política. La forma de gobierno basada en la monarquía parece comprobada en Gran Canaria (guanartemes) y en Tenerife (menceyes). El monarca era la cabeza de una nobleza o grupo social dominante representada por órganos colegiados, frente a la mayoría de la población trabajadora y dependiente. En las islas menores prevalecían los jefes de tribu las unidades político-territoriales variaban según las islas; mientras que en El Hierro y Lanzarote estaban sometidas a un poder único, Gran Canaria y Fuerteventura estaban divididas en dos, La Gomera en cuatro, Tenerife en nueve y La Palma en doce.

La religión primitiva Canaria se centraba en el culto al sol y otros elementos y fenómenos naturales relacionados con una forma de vida agraria, y la autoridad religiosa estaba ligada a la autoridad política. Las lenguas guanches, afines a la bereber, alcanzaron la escritura (en el alfabeto tfinagh bereber) en una época imprecisa pero no muy anterior a la conquista, y se extinguieron luego de ésta, en

el siglo XVI.

GADIR

Entre los siglos IX y VIII a. C. los fenicios establecieron una colonia comercial en el islote de San Sebastián, al oeste de la actual ciudad de Cádiz, a la que dieron el nombre de Gadir. En los siglos VII-VI a. C., los griegos focenses, los mismos que fundaron Ampurias, se establecieron en la isla y sus inmediaciones hasta que se produjo el fin del mundo tartésico, y terminaron por sustituir la presencia fenicia. Con la II Guerra púnica, librada en tierras ibéricas, los romanos se hicieron con la ciudad en el año 206 a. C., precisamente la última que conquistaron en su avance iniciado en Tarraco doce años antes. Desde su fundación, cerca de 3000 años, Cádiz siempre ha sido un importante centro comercial e industrial.

LA LLEGADA DE LA AGRICULTURA A LA PENÍNSULA IBÉRICA

El Neolítico supone una profunda transformación de las formas de vida, marcada especialmente por el paso de una sociedad de cazadores y recolectores a una sociedad agropecuaria. En Europa, y a través del Mediterráneo, el principal centro de difusión de la actividad agraria fue el denominado Creciente Fértil, un área que comprende el valle del Nilo y la antigua Mesopotamia.

Existe constancia de la práctica de la agricultura en la península desde el V milenio a. C., y es probable que la domesticación de los primeros animales (cerdo, perro, buey, oveja, cabra, conejo) sea ligeramente anterior. La primera referencia fiable que atestigua el cultivo de la tierra procede de la cueva de l'Or en Beniarriés (Alicante), donde se ha constatado la existencia de un silo con cereales que puede datarse en torno a 4500 a. C.; en él se han encontrado, mezcladas, variantes de trigo (esprilla, escanda y espelta) y cebada. Por los restos procedentes de Nerja (Málaga), sabemos que a finales del IV milenio a. C. se había obtenido ya una variedad de trigo que pone de manifiesto la existencia de un proceso de selección de las especies. Sin embargo, y al margen de Andalucía y Levante, no existe evidencia de que durante el Neolítico se practicaron la agricultura en otras regiones de la Península, aunque todo parece indicar que sí se desarrolló en Cataluña y, en época tardía, en la zona vasca y en la Meseta. Cabe pensar que la difusión de esta actividad en el ámbito peninsular es resultado de una corriente cultural típicamente mediterránea, de probable procedencia oriental.

Durante el Calcolítico, la actividad agrícola se generaliza; aumenta la población y la sedentarización, especialmente a orillas de los ríos —las áreas más fértiles—, se extiende. En la Península la agricultura constituye la base económica de Andalucía y Levante, mientras Cataluña, el norte y, en menor grado, la Meseta estaban poblados por sociedades fundamentalmente pastoriles. El trigo y cebada son los cultivos básicos del periodo, y lo serán durante toda la Edad del Bronce, aunque también se produzca centeno, mijo, habas, lentejas o lino. En cambio, la vid y el olivo continúan siendo especies silvestres. En cuanto a la ganadería, sabemos que el caballo fue domesticado en este momento. En este contexto en el que se desarrolló la cultura de Los Millares.

A medida que avanza la Edad del Bronce tiende a incrementarse el cultivo de cereales y leguminosas, como atestigua la abundante presencia de voces en los yacimientos de el Argar. En zonas de influencia de esta cultura es probable que las

técnicas agrarias experimentarían una mejora notable, gracias, entre otros procedimientos, a la construcción de acequias destinadas al regadío.

En el Bronce Final y durante la Edad del Hierro la cultura de los campos de urnas, de origen indoeuropeo, penetra a través de los Pirineos y se extiende por Cataluña y el Valle del Ebro. Estas comunidades de agricultores cerealistas introdujeron avances importantes en los cultivos, entre los que quizá se incluyera el empleo del arado. Al margen de la agricultura desarrollaron una importante ganadería basada en la explotación del cerdo.

Consolidación

La influencia de los pueblos indoeuropeos y de las colonizaciones de fenicios y griegos se dejó sentir en todo el territorio peninsular, que asiste durante el I milenio a. C. a la definitiva consolidación de la agricultura. En esta etapa comienzan a cultivarse la vid y el olivo y se generaliza el uso del arado tirado por bueyes, así como otros instrumentos de trabajo realizados con metales que permiten obtener un mayor rendimiento.

Las regiones con técnicas más avanzadas son las meridionales y orientales (tartésico-turdetanos e iberos), donde se impondrán los cereales y, en menor medida, los cultivos típicamente mediterráneos; en ellas se han descubierto obras de irrigación y, al parecer, existía una creciente diferenciación social basada, al menos en parte, en el acceso a la propiedad de la tierra. Paralelamente, desarrollarán la ganadería vacuna, ovina, caprina y caballar.

En el centro y el oeste peninsulares, en cambio, predominan la propiedad y el trabajo comunitarios de la tierra. Celtíberos, carpetanos y vettones se dedican especialmente a la actividad ganadera, mientras que en la región noroccidental, bajo dominio vacceo, la actividad económica se basa en los cultivos cerealísticos de secano. Los pueblos del norte, por su parte, mantuvieron un considerable retraso agropecuario, y en muchos casos continuaban practicando un seminomadismo basado en la recolección. No sembraban trigo, ya que obtenían el pan triturando y moliendo bellotas, aunque galaicos, astures y cántabros cultivaban la cebada, a partir de la cual fabricaban una especie de cerveza. En cuanto a la ganadería, criaban cabras, cerdos, ovejas, vacas y caballos, que eran utilizados en la guerra.

AMPURIAS

Este asentamiento de la costa de la provincia de Gerona, en el golfo de Rosas (actual comarca del Ampurdán), fue fundado hacia el año 550 a. C. por los focenses de Marsella, unos colonizadores griegos que a su vez procedían de una región cercana a Esmirna (actual Turquía). El primer asentamiento lo efectuaron en una pequeña isla muy cercana al continente (paleapolis, ciudad vieja) y poco después se trasladaron a la península (neapolis, ciudad nueva), cuyos magníficos restos arqueológicos se pueden admirar hoy. Al conjunto lo denominaron Emporion, que en griego significa mercado.

EBUSUS

La colonia púnica de Ebusus fue fundada por los cartagineses en el año 654 a. C. con el nombre de Pitiusa cuyo fundador, Diodoro Sículo, la bautizó de esta forma porque la isla estaba llena de pinos. Aunque, según recientes investigaciones de distintos historiadores, fueron los fenicios quienes establecieron en Ibiza un primer asentamiento en el siglo VIII a. C. se cree que los primeros pobladores fueron los egeos, que habrían llegado a la isla antes de la primera mitad del II milenio a. C. sin embargo, en Ibiza destacan tres yacimientos arqueológicos de origen púnico: la gran necrópolis de Puig des Molins, el santuario de Isla Plana y la cueva de Es Cuieram.

LOS ASENTAMIENTOS CARTAGINESES

En la costa mediterránea de la Península Ibérica la influencia púnica de los restos arqueológicos es muy notable —como ocurre con la fenicia Ebusus, acaso cartaginense—. El más emblemático de los asentamientos de los colonizadores procedentes de Cartago (Túnez) es Cartago Nova (la actual Cartagena de la región de Murcia), fundada por Asdrúbal hacia el año 227 a. C., un puerto comercial y militar que mantuvo su importancia aún bajo el Imperio Romano (290 d. C.) como capital de la división administrativa Cartaginense de la diócesis de Hispania.

EL MUNDO FUNERARIO HASTA LA ÉPOCA ROMANA

Tenemos constancia de que la costumbre de los hombres de enterrar a sus muertos se remonta a época Paleolítica. Desde entonces, las prácticas funerarias, que implican unas determinadas creencias y un pensamiento trascendente, han ido evolucionando a través de los siglos en las diferentes culturas que han habitado la Península Ibérica.

Las primeras sepulturas aparecen en el Paleolítico Medio, con la cultura Musteriense, en el periodo interglaciar Riss-Würm, en cavernas y abrigos rupestres que han facilitado su conservación. Durante el período Paleolítico, los cadáveres se inhumaban, a menudo en las mismas grutas en las que habitaba el grupo; se excavaba una fosa donde se colocaba el cuerpo recostado, estirado decúbito supino o acurrucado, y luego se protegía cubriéndolo con losas de piedra. Ya desde los primeros momentos aparece materiales ofrendados al difunto, especialmente armas y alimentos.

Con la neolitización se produjo la aparición de poblados, cerca de los cuales se empieza a enterrar a los muertos fuera de las cuevas. En la Península Ibérica el Neolítico no se extiende de una manera uniforme en las distintas áreas, sino que hay diferencias locales: destacan, en etapas ya cercanas al Calcolítico, las llamadas «culturas de Almería», en la zona suroeste, y la de «sepulcros de fosa», en el nordeste.

En la cultura de Almería las tumbas son siempre colectivas y con un alto número de individuos en cada una; se trata de tumbas circulares, de dos a tres metros de diámetro, o rectangulares, hechas con losas pesadas colocadas alrededor; sin cubierta ni túmulo. Las ofrendas realizadas son muy uniformes: útiles de piedra pulida, elementos de caza y lucha, cerámicas y punzones de hueso. En los sepulcros de fosa las sepulturas asientan diversas variantes: desde las simples fosas excavadas en la tierra, sin protección alguna, hasta las cistas cubiertas con una o más losas, o bien por un grupo de piedras. Las dimensiones de las sepulturas son reducidas, ya que se trata de tumbas individuales, y el cadáver está colocado en posición fetal o encogida.

Con la aparición de el megalitismo, a caballo entre el Neolítico y el Calcolítico, se documentan en la península tres tipos distintos de cámara funeraria: el primero es el sepulcro de corredor; en el que un pasadizo comunica con la cámara propiamente dicha, y que en ocasiones aparece cubierto de tierra formando un túmulo; el segundo tipo es el sepulcro de galería cubierta, variante del anterior,

en el que cámara y corredor se hallan unidos; el tercer tipo, y más sencillo, es el dolmen o cista, formado por varias losas de piedra hincadas verticalmente, que sostienen otra o varias horizontales.

En este mismo período, y coincidiendo cronológicamente con los megalitos, se llevan a cabo también enterramientos en cuevas sepulcrales. Se trata de inhumaciones colectivas en lugares que han sido utilizados de forma continuada durante grandes periodos de tiempo. Todos los enterramientos señalados suelen aparecer acompañados de un ajuar funerario consistente en piezas de sílex, vasos cerámicos, elementos de hueso y objetos metálicos. La Edad del Bronce trae como novedad los enterramientos individuales en el interior de los mismos poblados.

Los «campos de urnas»

En torno al año 1000 penetraron en la península los pueblos de la denominada cultura de los «campos de urnas», así llamada por su característico sistema de enterramiento. Estas gentes, de filiación indoeuropea, introducen el rito de la incineración del cadáver junto con su ajuar. La nueva práctica funeraria alcanzó un notable desarrollo en Cataluña y el Valle del Ebro, siguiendo una doble tradición, los enterramientos en urnas apenas protegidas por unas cuantas losas de piedra y las urnas rodeadas de una sencilla construcción tumular. junto a las urnas de las necrópolis, y a menudo en su interior, es frecuente encontrar pequeños vasos de ofrendas con comida para el difunto, así como objetos personales. Tras la colonización fenicia, cada poblado contará con su propia necrópolis. Se documentan sepulturas colectivas en hipogeos subterráneos e individuales, las más numerosas, que pueden consistir en una fosa, en cistas de sillares, en sarcófagos un sepulturas de pozo. Por lo que respecta a las costumbres funerarias, se observan tanto inhumaciones como incineraciones, que existen simultáneamente y a veces mezcladas; no obstante, los contactos culturales con los indígenas ibéricos y las nuevas tendencias llegadas de Grecia y la Magna Grecia hicieron que con el curso de los siglos el número de incineraciones superara al de inhumaciones. Las incineraciones, tradicionalmente asociadas a los pueblos indoeuropeos, fueron también mayoritarias en el área de influencia ibera —estaban ya generalizadas en Tartesos—, donde junto con la urna se enterraban los objetos de uso cotidiano del difunto.

LOS PETROGLIFOS

Son manifestaciones artísticas rupestres, aunque realizadas de forma tosca, grabadas o pintadas sobre rocas al aire libre, muy desarrolladas en la zona galaico-portuguesa durante el periodo que va desde el final del Neolítico, coincidiendo con el megalitismo, hasta la Edad del Hierro, coincidiendo con la cultura castreña. Tienen un significado claramente religioso, muy vinculado al mundo funerario, ya que han aparecido muchos sobre sepulcros megalíticos y en cistas funerarias de la primera Edad del Bronce.

LA FALCATA Y LA IDENTIDAD GUERRERA

Exclusivamente ibérica, la falcata es una espada corta fabricada de una sola pieza, curvada y con hoja de hierro de un solo filo que tuvo gran aceptación entre otros pueblos coetáneos a los iberos y celtíberos. Era muy raro que existieran dos falcatas iguales, ya que éstas se fabricaban por encargo y debían medir la longitud del brazo de su dueño, incluida la empuñadura (alrededor de 45 cm). El desarrollo de diferentes formas de armas propias, ofensivas y defensivas, da idea de lo arraigada que estaba la lucha entre los distintos pueblos iberos. Posteriormente, con la llegada de los romanos a la Península Ibérica, la falcata fue incorporada al ejército imperial y se convirtió en la segunda arma más utilizada en la zona del Mediterráneo después de la pesada espada griega.

EL MEGALITISMO

En fases avanzadas del Neolítico, la creencia en el más allá y el culto a los antepasados culminaron con la construcción de edificaciones a base de piedras de gran tamaño sin desbatar. En 1829, Algernon Herbert, uniendo los términos y griegos lithos (piedra) y megas (grande), denominó «megalitos» a estas construcciones.

Aunque es evidente que su principal área de difusión fue la fachada atlántica europea —los megalitos más antiguos son los de Bretaña (4800 a. C.), el occidente de la Península Ibérica 3700-3400 a. C.) y las islas británicas (3350 a. C.)—, el megalitismo fue adoptado por las poblaciones europeas de forma independiente, es decir, poligenista.

El menhir

El megalito más simple, el menhir, es un monolito de gran tamaño, hincado la tierra en posición vertical. La agrupación de varios menhires en hilera se denomina alineamiento. Dispuestos en círculo, semicírculo o elipse, forman un cromlech. La forma y la altura de los menhires es muy variable, y su función, muy controvertida. Descartando su carácter funerario, con frecuencia han sido asociados con cultos solares los alineamientos de Carnac (Bretaña), dispuestos en fila ininterrumpida a lo largo de 4 km, componen uno de los más importantes conjuntos megalíticos conservados (2934 menhires). De entre todos los cromlech, ninguno tan sorprendente como el de Stonehenge (Wiltshire, Inglaterra). Erigido a mediados del III milenio a. C., consta de varios anillos de piedras concéntricas, algunas de las cuales proceden del sur de Gales, a 220 km del lugar.

El dolmen

De la función funeraria del dolmen no existe la menor duda. Fue una construcción destinada a enterramientos colectivos y a ritos de inhumación. Se compone de varias piedras informes y de gran tamaño, dispuestas verticalmente, sobre las cuales descansa otra gran piedra colocada horizontalmente. El esquema más sencillo presenta planta cuadrangular o rectangular y aparece abierto por uno de sus lados para permitir el acceso al interior de la cámara. El llamado sepulcro de corredor se compone de una cámara —de planta circular, poligonal o cuadrada— y un corredor de acceso, elementos que forman una única unidad en el sepulcro de galería. Si el conjunto aparece recubierto por un montículo de tierra, a modo de cueva artificial, se habla de dolmen bajo túmulo. Finalmente, la cista megalítica es

el dolmen simple, de reducidas dimensiones.

En la Península Ibérica no hay huellas aparentes de cromlechs, ni de alineamientos aunque, menhires sólo se encuentran en Cataluña y en Portugal, mientras que en Extremadura aparecen aislados algunos obeliscos antropomorfos de modestas dimensiones. Dólmenes, en cambio, se hallan repartidos por varios puntos del territorio hispano. Fue durante el Eneolítico, en torno al III milenio a. C. cuando las construcciones megalíticas peninsulares alcanzaron su más amplio desarrollo.

Los principales sepulcros de cúpula y de corredor se hallan en el sur. De todo este conjunto de tumbas colectivas, el grupo más notable es el de Antequera, con las cuevas de Menga, Viera y Romeral. La primera es un sepulcro de corredor formado por una cámara de planta ovoide de 25 m de largo, seis de anchura máxima y otros tantos de altura (reducida a 3 m en la actualidad). Las paredes están recubiertas por grandes piedras calcáreas. La techumbre la forman cuatro losas de enormes dimensiones sostenidas por tres pilares monolíticos y exentos, tal vez colocados con posterioridad a la construcción de la cámara. El corredor de acceso a la misma es corto y ancho. Todo este imponente conjunto está cubierto por un túmulo de tierra probablemente artificial. En el dolmen de Viera el corredor y la cámara están separados por una piedra rectangular, perforada por una abertura de 93 cm de altura; la cámara, casi cuadrada, está compuesta por cuatro grandes monolitos, perfectamente encajados entre sí. La cueva de El Romeral es un sepulcro de largo corredor que conduce a dos cámaras de falsa cúpula, construida por aproximación de hiladas horizontales que recuerda patrones heládicos y egeos. La cámara principal tiene 5,20 m de diámetro por cuatro de altura.

La cultura talayótica

Caso particular es el de las Islas Baleares, donde se desarrolló, en la Edad del Bronce, la cultura de los talayots, taulas y navetas, que se prolongó a lo largo de la Edad del Hierro. Los talayots son grandes torres cónicas con funciones de vigilancia. Las taulas, formadas por una piedra vertical clavada en el suelo y otra horizontal sostenida por la anterior; son enormes megalitos de entre 3 y 4 metros de altura que aparecen dentro de los poblados. Se discute su función: ritual y religiosa, o su empleo como elementos de sustentación de viviendas. Las navetas, cuyo destino se supone que fue exclusivamente funerario, son construcciones con forma de nave invertida y paredes en talud.

EL LEÓN DE BAENA

Es la escultura tallada en piedra caliza que representa un león. La figura, dispuesta en actitud amenazante, muestra sus fauces abiertas. De estilo muy esquemático e idealizado el león o leona de Baena (Córdoba) es una pieza ibérica de clara inspiración oriental donde este felino era mitificado. Aunque este animal no existía en la Península Ibérica, se le otorgó en el sur y el Levante la misma categoría alegórica que a la esfinge o al grifo, y se le consideraba guardián de las tumbas contra todo mal. Por su estilo y características morfológicas, se puede fechar entre finales del siglo VI e inicios del V a. C.

EL CERRO DE LOS SANTOS

En la provincia de Albacete, limitando con la de Murcia, se encuentra el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo), uno de los principales yacimientos de arte ibérico del sureste de la península y santuario más importante de la zona, que debe su nombre a la cantidad de esculturas —«santos»— que aparecieron en sus alrededores. Los restos encontrados en este «santuario ibérico» —por la cantidad de exvotos aparecidos entre las ruinas del templo de tipo griego— están fechados entre los siglos V y II a. C. las piezas más representativas son las esculturas femeninas en piedra, representaciones religiosas de tipo plenamente ibérico, entre las que destacan las damas sedentes y oferentes, todas con influencia helenística, pero con decidido acabado Ibero.

LA CERÁMICA PRERROMANA

La cerámica tiene como soporte un material humilde, la arcilla, que el hombre aprendió a moldear y cocer al fuego cuando, ya en el Neolítico, se asentó junto a los campos de cultivo y cambio sus hábitos de alimentación. Su desarrollo permitió elaborar recipientes diversos, útiles sobre todo para la conservación y transporte de las reservas alimentarias.

Durante el Neolítico, la producción cerámica de la península responde principalmente a dos tipos: cerámica cardial o impresa y cerámica incisa. La primera, la más antigua (5500 a. C.), se caracteriza por la producción de recipientes cuya decoración se imprime sobre la arcilla utilizando para ello una concha de berberecho —antiguamente considerado del género *Cardium*—. La cerámica cardial alcanzó especial difusión en el levante peninsular: Castellón (Cuevas de Petrolí y de la Selda), Valencia (cueva de la Sarsa, en Bocairente), Alicante (Cova de L'Or, en Beniarrés), Barcelona (cueva de Monserrat) y zonas próximas a la costa catalana (San Quirze de Gallineros, Cueva Bonica, El Payne, etc.); igualmente se conservan restos notables procedentes de Granada (cueva de la Carigüela, en Piñar), Córdoba (cueva de los Murciélagos, en Zuheros) y Almería (cueva de Ambrosio, en Vélez Blanco). La cerámica incisa (IV milenio a. C.) supone un avance técnico y formal: aumentan los repertorios tipológicos y evolucionan los motivos decorativos, que recuerdan a modelos procedentes de Malta, Chipre o el norte de África. La técnica de la incisión con punzón se combinaba, a veces, con la aplicación de cordones en relieve. La superficie de los recipientes se trataba a veces con un baño de almagre y después se bruñía. El área de difusión coincide con la de la cerámica cardial: cuevas de Nerja (Málaga), de La Carihuela, de los Murciélagos y zonas próximas al estuario del Tajo.

En el Calcolítico aparece la cerámica del vaso campaniforme, así denominada porque su pieza más representativa es un vaso en forma de tulipán, decorado con franjas horizontales y paralelas, incisas, con motivos geométricos rellenos de pasta blanca. Probablemente originarios del valle del Guadalquivir, desde donde, hacia 2500 a. C. se extendieron por el del Tajo, estos vasos se difundieron por toda Europa y la cuenca mediterránea; han aparecido en sepulcros megalíticos, cuevas artificiales y poblados del periodo. Se distinguen tres estilos: el estilo marítimo (con bandas paralelas trazadas con dos líneas en las que se disponen trazos oblicuos), el del sudeste peninsular (cuyas franjas están hechas con tres líneas puntilladas, enmarcadas por otras en zigzag) y el europeo (con numerosas variantes decorativas y de formas, que preludian los tipos argáricos). Al llamado estilo de la Meseta corresponden los ejemplares de Ciempozuelos

(Madrid).

En la Edad del Bronce, la cerámica trató de imitar los resaltes de los recipientes metálicos, a la vez que las superficies exteriores se tornaban bruñidas y brillantes. Prototipo de la cerámica de El Argar (Almería), la llamada copa argárica se ha encontrado en enterramientos.

El desarrollo de la zona ibera

En el Bronce Final y la Edad del Hierro, la cerámica decorada presenta tal diversidad de técnicas y motivos que resulta difícil su sistematización. Al margen de la producción griega, merece mención especial la cerámica ibérica, que empleó pastas finas y formas variadas. Iniciada en el siglo VIII a. C. desde el IV a. C. se extendió por buena parte de la península y se mantuvo hasta entrado el siglo I. Dentro de su variedad se distinguen características comunes según las zonas:

a) Cerámica andaluza o turdetana: se caracteriza por el predominio de motivos ondulantes y por la decoración a bandas alternantes de rojos variados y blanco. A partir del siglo IV a. C. recibe la influencia de la cerámica ática, huella que queda patente con la aparición de la pintura figurativa. Existen composiciones notables como las del llamado Pintor de Toya.

b) Cerámica de Elche-Archena: su producción se extiende desde el siglo III a. C. hasta entrado el siglo I d. C. Motivo inconfundible de esta tipología es el gran pájaro de alas desplegadas (tal vez un águila) y el carnívoro semejante a un lobo con las fauces abiertas. También fue frecuente la representación de la diosa Tanit.

c) Cerámica de Oliva-Llíria: tiene como rasgo más sobresaliente su carácter narrativo. Destacan el llamado vaso de los guerreros de Oliva y los vasos de Llíria. Decorados con escenas de guerra y ceremonias rituales.

d) Cerámica de Azaila: así llamada por ser el conjunto más notable del aparecido en este poblado de la provincia de Teruel, recoge las influencias helenístico-romanas y su momento de mayor producción se dio en el siglo I a. C. los vasos, de gran tamaño, muestran decoraciones figurativas, fitomorfas y florales, de marcado sentido simétrico.

e) Cerámicas del Nordeste: se caracteriza por la fuerte influencia griega. Tiene en Ampurias su centro principal.

SAN ANTONIO DE CALACEITE

Lo que se conoce como San Antonio era un poblado ibérico situado apenas a un kilómetro del actual Calaceite (Teruel), en el Bajo Aragón. Estaba construido por dos plataformas, cuya planta superior fue el núcleo primitivo que debió de ser amurallado entre los siglos V y III a. C. el poblado presenta un urbanismo regular y adaptado a la topografía en el que una calle central a la que daban las casas atravesaba el recinto. Las viviendas, de planta rectangular o cuadrangular, tenían una habitación principal con hogar central.

LA DAMA DE ELCHE

Probablemente el cenit del arte ibérico prerromano, la Dama de Elche, fue encontrada casualmente en 1897 por un obrero en el antiguo templo de la Alcudia, junto al Elche actual. Se trata de un busto policromado de 56 cm de altura, probablemente segmentado del cuerpo entero —viste un manto que debía de llegar hasta los pies, como la Gran Dama oferente del Cerro de los Santos—, realizado en piedra caliza porosa. Destacan los tres grandes collares que adornan su pecho y que quedan al descubierto por el gran escote de la túnica, y el tocado de la cabeza, con dos enormes rodets que cuelgan a ambos lados de la cara. Se piensa que no es la figura de un exvoto ni una sacerdotisa, sino la de una divinidad. Si el levante español de hace 2500 años estaba algo helenizado, la indumentaria de la Dama es enteramente ibérica.

LA DAMA DE BAZA

Descubierta presidiendo una tumba excavada en la roca cuando se realizaban unas excavaciones arqueológicas en 1971 en la necrópolis del Cerro del Santuario —ligada a la antigua ciudad ibérica de Basti, sobre el Cerro Cepedo—, junto a la actual ciudad de Baza (Granada), la Dama que lleva el nombre de esta localidad es una figura de cuerpo entero que una vez sirvió de urna funeraria, allá por la primera mitad del siglo IV a. C. probablemente se trate de una divinidad, ya que, con una paloma en la mano, está sentada en un trono con alas y garras del León. Además, la fosa en la que se encontró la escultura contenía también un magnífico ajuar compuesto por piezas de cerámica, armas y otros utensilios.

LOS PUEBLOS DEL ÁREA IBERA

Los iberos fueron un conjunto de pueblos prerromanos sin unidad política pero con elementos culturales comunes, intensamente influidos por los colonizadores griegos y fenicios. Su historia relevante, que abarca cuatro siglos, se vio inmersa en las luchas entre Cartago y Roma, y concluyó con la conquista romana de la Península.

Entre los siglos VI y II a. C., el sur y el este de la Península Ibérica estuvieron ocupados por un grupo de pueblos cuya denominación común, iberos, procede del nombre latino dado por los griegos al río Ebro (Iber). Los diferentes pueblos iberos no configuraron una unidad política, ya que el elemento de unión que los vinculaba —con múltiples matices— era una cultura común derivada de sus relaciones con las civilizaciones fenicia y griega asentadas en las costas de Cataluña, Levante y Andalucía, cuya intensidad diferenciaba a los pueblos cercanos a éstas de los del interior de la Península, poseedores de una organización política, social y económica menos desarrollada. Más allá de ese nexo, los pueblos iberos presentaban grandes diferencias entre sí: por su localización geográfica y la influencia predominante (griega, púnica e incluso tartésica), por su sistema político (aristocrático o monárquico), por su actividad económica predominante (agricultura, ganadería, minería, comercio), por su estructura urbana, etc.

Iberos y celtíberos

Descendiendo por la costa mediterránea, los principales pueblos iberos y sus territorios de asentamiento eran los siguientes, iacetanos, cerretanos e indigetes en las zonas pirenaicas y la regiones costeras del norte de Cataluña; edetanos y contestanos desde el norte de Castellón hasta el río Júcar; deitanos, mastienos, oretanos y bastetanos o bástulos, desde el Júcar hasta Cádiz; turdetanos y túrdulos en el Valle del Guadalquivir.

En el interior de la Meseta (Guadalajara, Soria, Burgos), en la regiones del curso alto del río Ebro (oeste de Zaragoza, La Rioja) y las sierras de Cuenca y Teruel, se encontraban los llamados pueblos celtíberos, cuyas primeras referencias históricas provienen de Estrabón, y Tito Livio, Plinio y otros historiadores y eruditos grecolatinos. Tradicionalmente se los consideraba como una fusión entre celtas e iberos, pero hoy predomina la tesis de que eran pueblos diversos de origen celta que poco a poco fueron influidos por la superior cultura de los pueblos iberos asentados en la regiones costeras.

Cultura, religión, organización política y social

A partir del descubrimiento del yacimiento arqueológico del Cerro de los Santos (Albacete), al que siguieron muchísimos otros, lentamente se ha podido construir un panorama fidedigno de la cultura ibera, hasta entonces envuelta en una nebulosa legendaria. Poseían una lengua, el ibero, de probable origen camítico, plasmada en una escritura silábica de la que ha llegado a nosotros diversas muestras epigráficas, con diferencias entre las distintas zonas geográficas pero con un probable tronco común. El desciframiento de esta lengua, estudiada entre otros por Gómez Moreno, ha suscitado numerosas controversias —fue considerada en tiempos antecedente del actual euskera—, y aún sigue siendo en buena medida un enigma.

Mucho más abundantes son los restos arqueológicos funerarios, en especial los ajuares integrados por joyas y armas, así como estatuillas y la cerámica de color rojo, de variadas formas y decoración según las regiones. En el arte, las muestras más importantes y famosas son dos grandes esculturas de influencia griega, conocidas como la Dama de Elche y la Dama de Baza, que probablemente formaron parte de sendas urnas funerarias, representaciones canibalísticas entre las que destaca la «bicha» de Balazote. Otros testimonios relevantes de la cultura ibera son los restos de sus poblados y ciudades, generalmente emplazados en lugares elevados y rodeados por murallas, en cuyo interior se han hallado evidencias de formas urbanísticas propias de las civilizaciones del Mediterráneo oriental. En cuanto a la estructura política, la monarquía predominaba en los pueblos asentados en Andalucía, mientras que los gobiernos aristocráticos y oligárquicos dominaban la regiones mediterráneas. La economía se basaba en la agricultura, con una importante presencia de actividades ganaderas y mineras en las zonas montañosas. Un elemento común de los distintos pueblos iberos es su religión, con panteones de dioses similares, de carácter sincrético, relacionado con la naturaleza, y con formas de culto y rituales funerarios de parecidas características (incineración de los cuerpos, depósito de los restos en urnas, acompañados de objetos preciosos). Sin embargo, el proceso de unificación cultural no alcanzó a la unificación política, lastrada además por las desigualdades entre las distintas tribus. A pesar de sus habilidades guerreras y vocación de independencia, los pueblos iberos se hallaron en medio del gran conflicto entre las potencias que aspiraban a dominar Mediterráneo, Cartago y Roma, con las que cada pueblo por separado mantenía relaciones clientelares. A la larga, la política de pactos no pudo hacer frente a la expansión conquistadora iniciada primero por los cartagineses en el siglo III a. C. y continuada luego por los romanos, definitivos vencedores. La destrucción de Numancia por Escipión Emiliano (133 a. C.) constituye el símbolo

de la derrota íbera y del triunfo de la romanización.

LOS TOROS DE GUI SANDO

Por la meseta castellana y el noroeste de España se han encontrado más de trescientos verracos, toros o animales tallados de forma tosca en piedra. Esparcidos, como se cree en principio, por los campos cercanos al convento de Guisando, entre las provincias de Madrid y Ávila, los cuatro toros o verracos celtíberos que hoy se hallan puestos en fila en el municipio abulense de El Tiemblo datan probablemente del siglo III a. C. este escenario, además, volveremos a encontrarlo cuando se plantee el conflicto de Juana la Beltraneja e Isabel la Católica. Las teorías sobre su función son varias: podrían haber servido para delimitar terrenos entre tribus, proteger el ganado como culto a los dioses o marcar los puntos cardinales.

LOS PUEBLOS DEL ÁREA INDOEUROPEA

Los pueblos celtas, que se extendieron durante el primer milenio a. C. por toda la Península, desarrollaron en el noreste de España una importante cultura que no fue extinguida por la conquista romana.

El término indoeuropeo designa a la mayor familia de lenguas del mundo, habladas hoy por casi 2000 millones de personas. De este tronco común se desprenden numerosas subfamilias, albana, armenia, báltica, celta, eslava, germánica, griega, indoiraniana e itálica (que comprende las lenguas románicas). En la época anterior a la conquista romana, habitó en las regiones del norte y también en zonas del centro de la Península Ibérica, en contacto con las tribus íberas, un conjunto de pueblos indoeuropeos vinculados por la lengua y otros elementos culturales y religiosos: los celtas. Los pueblos de cultura celta dominaban la mayor parte del oeste y centro de Europa durante el I milenio a. C., desde la actual España hasta el mar del Norte y desde las islas británicas hasta el bajo Danubio. Conocidos desde antiguo por griegos y romanos, su nombre latino, *celtae*, proviene del griego *keltoi*, con el que los identificaba Heródoto. Los escritores latinos también lo llamaron *galatae* o *galli* (gálatas, galos), nombres con la misma raíz que el que dio lugar a Galicia (Gallaecia).

Los celtas en España

La llegada de los celtas a la Península probablemente se produjo en sucesivas oleadas, desde el siglo X al siglo VI a. C., atravesando los Pirineos por sus extremos oriental y occidental. Al entrar en relación con las poblaciones indígenas, las diferencias en el desarrollo cultural y tecnológico de los pueblos autóctonos de término su evolución futura. Las migraciones célticas que descendieron por la costa mediterránea y se adentraron en la meseta fueron diluyendo poco a poco su identidad, hasta fundirse con la población autóctona en una común cultura íbera influida por los contactos con las civilizaciones griega y púnica. Por el contrario, los celtas que por la vertiente atlántica se desplazaron por el norte de la Península e impusieron a las tribus locales su superioridad, formando pueblos de cultura celta (cántabros, astures, galaicos) que mantuvieron su identidad hasta la conquista romana e incluso posteriormente, contribuyendo a la formación ulterior de España. Los principales pueblos celtas de la Península fueron: en el área del actual Portugal, túrdulos, veteranos y lusitanos; en Galicia y la fachada cantábrica, galaicos, astures, cántabros, autrigones, caristios, várdulos y vascones.

La cultura celta

Las investigaciones históricas, basadas en los hallazgos arqueológicos, asocian a los pueblos celtas con la Edad del Hierro en Europa. Sus orígenes se identifican con la llamada «cultura de los campos de urnas», de finales de la Edad del Bronce (siglo XI a. C.), caracterizada por la cremación de los restos mortales e inhumación de las cenizas en recipientes de cerámica. A este período siguió, ya en los comienzos de la Edad del Hierro (entre siglo VIII y la primera mitad del siglo V), la época denominada como «cultura de Hallstatt», por el nombre de un yacimiento austríaco. Esta cultura, junto con la anterior tradición de los «campos de urnas», ya está extendida en el norte de España; en la etapa final de esa época aparecen los grandes enterramientos y las colinas fortificadas, última evolución de la llamada en España «cultura de los castros», que se expandió por casi toda la Península y cuyos mayores y más significativos yacimientos se encuentran en Galicia, el oeste de Asturias y el norte de Portugal. La última fase de la cultura céltica en la Edad del Hierro (siglos V a. C. en adelante) recibe la denominación de la Tène, nombre de una población en Suiza.

La cultura celta en España

Durante el apogeo de la cultura castreña en España, los poblados se levantaban en lugares elevados, protegidos por fosos y murallas concéntricas. La principal actividad económica era agrícola, almacenándose el grano en pozos cubiertos con arcilla. El comercio era importante, canalizado a través de los navegantes fenicios y griegos que remontaban la costa atlántica.

La estructura social básica de los pueblos celtas era la tribu la jerarquía social y política de la tribu estaba encabezada por las familias dirigentes (nobleza) e integrada por los agricultores libres que también eran guerreros, los artesanos, trabajadores manuales y otras personas no libres y los esclavos. También existía una clase instruida que incluía a los druidas.

El arte escultórico característico representa figuras humanas, guerreros esculpidos en piedra y en bulto redondo, provistos de armas (espada corta, escudo pequeño circular) y adornos. También se realizaban representaciones escultóricas de animales, como adornos de las paredes de las casas. La artesanía de la cerámica, con variadas decoraciones, no utilizaba el torno y tenía una calidad inferior a la desarrollada entre los iberos, todo lo contrario que la orfebrería en oro, de calidad extraordinaria. También era notable la artesanía metalúrgica, reflejada en espléndidas armaduras y arneses.

LA CULTURA DE COGOTAS

El modo de vida del poblado celta de las Cogotas, en la actual provincia de Ávila, se expandió desde su ubicación hasta la cuenca del Duero, durante los siglos IX-IV a. C., un período en el que la población agrícola se concentraba y construía murallas para proteger sus intereses de otras comunidades ganaderas. La Cultura de Cogotas, por un lado, se caracterizaba precisamente por basarse en una economía mixta agrícola-ganadera con trashumancia local de ovicápridos, y por otro, en un aspecto puramente material, cuyo rasgo más representativo era la cerámica decorada con la técnica del boquique o punto en raya, realizada en base de hundir intermitentemente el punzón en una línea incisa.

EL CASTRO DE SANTA TECLA

Situado sobre el monte del mismo nombre, junto a la desembocadura del río Miño, en la provincia de Pontevedra, el Castro de Santa Tecla (Santa Tegra) se extiende sobre una ladera por un terreno de 700 × 300 m y a 341 m de altitud. Increíblemente no se descubrió hasta 1913, cuando comenzaban unas obras para construir una carretera. Aunque el origen del asentamiento en Santa Tecla se remonta a los comienzos de la Edad del Bronce (hacia 1900 a. C.), los restos del Castro que podemos ver hoy datan entre los años 27 a. C. y 14 d. C., e indican una influencia romana final, ya que, además de las características viviendas circulares y ovals de piedra, existen algunas de planta cuadrada.

LA CULTURA DE LOS CASTROS

Existen diversas teorías acerca del origen de la cultura de los castros. Algunos autores la relacionan con focos célticos del centro de Europa; otros la consideran resultado de supervivencias indígenas precélticas, propias de la Edad del Bronce. Casi con seguridad, ambos elementos intervinieron en la configuración de su peculiar forma de vida.

Localización

La cultura castreña se desarrolló en la región noroccidental de la Península; en toda la zona portuguesa del norte del Duero, las cuatro provincias gallegas y el occidente de Asturias, hasta el río Navia. Se caracteriza por la existencia de un tipo específico de poblados, los denominados castros o citanias que fue desarrollada por los galaicos, al menos desde el siglo VI a. C.

Aunque también existen castros en la Meseta y otros territorios de la Península, los conservados en la Gallaecia romana se caracterizan por su singularidad. Eran de pequeño tamaño, se alzaban en lugares altos, de fácil defensa, próximos a las confluencias de los ríos, y se rodeaban de murallas circulares, a veces dobles.

Dentro del recinto amurallado se edificaban cabañas circulares de piedra — en las primeras etapas serían probablemente de barro, de madera o ramaje—. Las viviendas, hasta épocas tardías, se alzaban sin ninguna ordenación aparente. Tenían entre 3 y 5 metros de diámetro y se techaban con vigas de madera cubiertas de paja o ramas. La puerta se hallaba elevada con respecto al suelo, probablemente para evitar la entrada del agua de lluvia. En el interior, que en ocasiones presenta suelo igualado con arcilla apisonada, destaca como elemento principal el hogar.

El número de castros es elevadísimo (según algunas fuentes se aproxima a 5000). En Portugal se exploraron los castros de Briteiros, Sabroso, Santa Luzia o Terroso. En España son bien conocidos los de Santa Tecla, Troya, San Cibrán de Las, Domaio, Borneiro o Boroña, todos ellos en Galicia, en el occidente de Asturias los de Coaña y Pencia, próximo al anterior.

Arte

Los habitantes de los castros desarrollaron una serie de habilidades artísticas, entre las que puede citarse la decoración geométrica de su arquitectura:

los edificios de estos poblados ostentan cruces, espirales o círculos sobre puertas, zócalos o paredes. Asimismo, realizaron toscas esculturas antropomorfas y zoomorfas. Particular interés revisten las figuras de guerreros, de gran tamaño, caracterizadas por su rigidez, destacan las procedentes de Armea (Orense) o Vizela (Portugal). Por lo que respecta a la cerámica, generalmente realizada a mano, predominan las formas globulares o esferoides. Sólo en ocasiones presenta decoración, incisa o estampada, que ocupan los bordes, cuellos y panzas de las vasijas. Predominan los motivos geométricos y esquemáticos, similares a los de la escultura. Mención aparte merece, por su riqueza y características específicas, la orfebrería castreña, constituida por una gran variedad de piezas macizas, decoradas con elementos geométricos. La diadema y el carnero alado de Ribadeo, el tesoro de Bedoya o los torques —collares rígidos usados por los hombres como símbolo de jerarquía en las sociedades del ámbito celta— procedentes de Viveiro y Burela son joyas de exquisito gusto y cuidada factura. Otros útiles metálicos cuyo trabajo alcanza notables cotas de refinamiento son las armas —destacan los puñales de antenas—, los alfileres, las fíbulas, los brazaletes o los peines, la mayoría en oro.

Organización socioeconómica y religión

La organización social de los poblados castreños es poco conocida. El evidente carácter defensivo de estos asentamientos hace pensar en sociedades inestables e inseguras. Los distintos castros debían de ser autónomos, aunque no totalmente independientes entre sí: sus habitantes pertenecían a una comunidad superior, citada en las fuentes romanas como civitates o populi. Por otra parte, la presencia de torques induce a pensar en una sociedad jerarquizada, hecho que se contradice parcialmente con la escasa diferencia existente entre las cabañas.

La economía castreña debió de tener una base ganadera (vacas, caballos, cerdos, ovejas), complementada por la producción agrícola (cereales, leguminosas), la caza, la pesca y el marisqueo en la costa. Asimismo, debió de ser importante la actividad minera y metalúrgica, gracias a las extracciones auríferas.

El hecho religioso está poco documentado. Hay que destacar la ausencia de necrópolis hasta una época posterior a la romanización, ya en el siglo I, y la existencia de un edificio peculiar, relacionado probablemente con funciones religiosas o funerarias. Se trata de una construcción integrada Ors tres cámaras rectangulares, comunicadas entre sí, y una cuarta con planta de herradura y cubierta por falsa bóveda. En la tercera estancia de monumento hallado en Briteiros (Portugal) apareció una gran losa con forma triangular en su parte

superior y relieves geométricos.

LAS RELIGIONES INDÍGENAS PRERROMANAS

Después del triunfo del cristianismo, la religión sincrética de los pueblos iberos desapareció rápidamente sin dejar prácticamente huellas, mientras que la cultura gallega conservó muchos elementos de la espiritualidad céltica.

Religión Ibera

Los distintos pueblos iberos, desde el siglo VI a. C. en adelante, pese a su fragmentación política, presentaban una cierta unidad cultural, evidenciada también en sus concepciones y ritos religiosos. La nota definitoria de esa religión era su carácter sincrético, asimilador de aportaciones de diversos orígenes y provenientes de distintas épocas.

Junto a un primer sustrato de politeísmo ancestral, de raíz indígena, centrado en la naturaleza del lugar (montañas, ríos, bosques, fuentes), los cielos y los fenómenos atmosféricos, característico en todas las comunidades primitivas, se superpusieron, a partir de comienzos del I milenio a. C. elementos de probable origen celta, traídos por los pueblos de esta cultura que en sucesivas oleadas penetraron en la Península por el extremo oriental de los Pirineos y se extendieron hacia el sur por las regiones mediterráneas y ocuparon también zonas montañosas cercanas a la costa, en el Valle del Ebro y en la Meseta.

La primera manifestación de la cultura celta, identificada con los llamados «campos de urnas», penetró en las regiones iberas desde el siglo X a. C. la última aportación al sincretismo de la religión íbera proviene de los contactos de estos pueblos con los asentamientos griegos y fenicios de las costas catalanas, levantinas y andaluzas, que fueron más intensos cuanto más próximos estaban de ellos y más prolongadas fueron sus relaciones unto mientras que el influjo helénico predominó en Cataluña, en la regiones mediterráneas al sur del Ebro y hasta Cádiz tuvieron mayor peso las influencias semíticas, primero fenicias y luego cartaginesas.

El sincretismo de la religión íbera que no contaba con una clase sacerdotal específica, fue potenciado por el panteísmo de la religión púnica, propia de una cultura fraccionada en ciudades autónomas, cada una con su propia deidad particular principal —de características más o menos similares a las de las demás ciudades— y que, centradas en el comercio, asimilaban con relativa facilidad divinidades y cultos ajenos. El panteón religioso y las formas de culto iberos se conforma como una unidad, con dioses similares bajo distintos nombres, que mantienen aún su primitiva relación con la naturaleza del lugar.

Los rituales funerarios también presentan esa similitud. Las necrópolis, que albergaban diversos tipos de monumentos (túmulos escalonados, torres, pilares y estelas), constituían un ámbito físico sacralizado, claramente diferenciado del entorno. La incineración de los cuerpos y el depósito de los restos en urnas, acompañados de objetos preciosos, adquieren con el tiempo mayor complejidad y revisten mayor riqueza ornamental. Las dos obras más famosas del arte ibero, las esculturas conocidas como Dama de Elche y Dama de Baza, verosíblemente formaron parte de urnas funerarias.

La religión ibera no sobrevivió a la conquista romana y sucumbió rápidamente ante el cristianismo triunfante.

La religión celta

Los restos arqueológicos conservados apenas proporcionan información concreta sobre las formas religiosas de cultura celta afincadas en el noreste español, salvo las evidencias de las prácticas de inhumación características del mundo celta (incineración de los cuerpos y conservación de los restos en urnas, depositadas en lugares específicos).

Sin embargo, muchos elementos de la mitología de esta cultura sobrevivieron a la conquista romana, completada en el siglo I a. C. y a la implantación del cristianismo, e incluso se fundieron con éste conformando un sustrato legendario de elementos mixtos, como evidencian los mitos sobre la llegada de los restos del apóstol Santiago a Galicia gran influencia en esa peculiar supervivencia tuvieron las comprobadas relaciones e intercambios que durante el primer milenio de nuestra era existieron entre Galicia y la regiones de las islas británicas (Irlanda, Gales), y Francia (Bretaña) donde además de la cultura y la lengua, la religión celta arraigó con notable fuerza, conformando una iglesia propia que mantuvo una dura pugna con el cristianismo primitivo.

La religión celta estaba en íntima relación con la naturaleza. Cada elemento de ésta tenía un dios titular al que rendía culto por medio de ofrendas, danzas y canciones en festivales que tenían una fecha fija en el calendario. Además de una diosa madre cuyos caracteres variaban según las regiones, las más importantes figuras de su panteón eran Lugh (dios del sol), Taranis (dios de la tormenta) y Cernunos (dios del bosque), seguidos de una extensa serie de dioses menores, ninfas y duendes, algunos bondadosos y otros malignos, relacionados con lugares concretos, que interferían en la vida de los mortales. La religión también impregnaba la relación de los celtas con la guerra; la preparación para el combate

incluía ceremonias místicas, y el guerrero que defendía la libertad de su pueblo era revestido de una calidad semidivina.

En sus orígenes, la religión celta contaba con una clase sacerdotal formada por chamanes que guardaban los secretos de la relación con las deidades naturales. Con el tiempo, en Francia y en Inglaterra —no en España y quizá tampoco en Irlanda— esos chamanes fueron reemplazados por los druidas, que formaban una clase sacerdotal —e intelectual— mucho más compleja, poseedora de autoridad religiosa e incluso política, organizada en una hermandad que unía a todos sus miembros, con peculiares formas de iniciación y estructura jerárquica.

Después de la llegada del cristianismo, el espíritu religioso celta perduró en el noreste peninsular durante largo tiempo, y aún hoy resuenan algunos de sus ecos, integrando el sustrato mítico de la cultura gallega.

LOS CELTÍBEROS

La unión entre tribus celtas e iberas dieron lugar a un nuevo pueblo, hispánico y prerromano, que se estableció en lo que actualmente ocupan las provincias de Zaragoza, Teruel, Soria, Cuenca y Guadalajara, zona a la que se ha llamado Celtiberia. Las principales tribus celtíberas que habitaron esta región histórica son los arévacos, emparentados con los vacceos, que se extendieron por el alto Duero y fueron los habitantes de Numancia; los pelendones, que habitaban las montañas del Sistema Ibérico en el alto Duero; los bellos y littos, que ocupaban el Valle del jalón hacia el sur; y los lusones, asentados en la confluencia de los ríos jalón y Jiloca, que fueron los primeros en tener contacto con los romanos y en someterse.